



Raúl Roa:
Homenaje en sus textos
de fuego



280 Aniversario
de la Universidad de La Habana







Raúl Roa:
Homenaje en sus textos
de fuego

(Volumen II)



Ensayo introductorio
y compilación:
Edel José
Fresneda Camacho

IMAGEN **IC** CONTEMPORANEA

La Habana, 2007





Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA

Director:

Eduardo Torres-Cuevas

Subdirector:

Luis M. de las Travesas Moreno

Editora principal:

Gladys Alonso González

Coordinadora general:

Esther Lobaina Oliva

Administradora editorial:

Yasmín Ydoy Ortiz

Fotos de cubierta y portadillas interiores;
caricatura (página II) "Roa por Roa Kourí", 1972,
cortesía del Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau.



Responsable de la edición:

Zayda González Amador

Diseño de cubierta e interior:

Yamilet Moya Silva

Maquetación:

Beatriz Pérez Rodríguez

© Todos los derechos reservador, 2007

© Sobre la presente edición:

Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA, 2007

ISBN 978-959-7078-98-2

Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA

Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz,

Universidad de La Habana

L y 27, CP 10400, Vedado,

Ciudad de La Habana, Cuba.

e-mail: restherl@infomed.cu

yasmin@ffh.uh.cu





Índice

Volumen I

Ensayo introductorio	IX
----------------------	----

Capítulo 1 Desde la Revolución: el alumno

Tiene la palabra el camarada Máuser	3
Rafael Trejo y el 30 de Septiembre	7
Presidio Modelo	12
Mongonato, efebocracia, mangoneo	36
Adiós al Maestro	44
3 de mayo de 1934	51
Reacción versus Revolución	65
A Jorge Mañach. Por vía directa	84
Una semilla en un surco de fuego	96

Capítulo 2 La Universidad: el profesor

Mis oposiciones	157
1923	284
La revolución universitaria de 1923	288
La Universidad y el 30 de Septiembre	320
Carlos Prío y la Universidad	326
Protesta y renuncia	333
Hoy como ayer	335
La Universidad y el gangsterismo	348
Rosas sobre un volcán	356

Aún es tiempo	363
Crisis de la Universidad	372
Carta de Pedro Miret al Rector Inclán	381
El precio de una conducta	384
Aerópago en el Aula Magna	387
Júbilo y orgullo	394
Palabras ante el Claustro	397
Ciencia y libertad	400
Yunques sonad, enmudeced campanas	404
Bienvenida a los graduados	416
Examen de un examen	418
Semana de servicio social	421
La Universidad y el desarrollo económico	424
Cumpleaños de la Universidad	432
Vida ascendente y programa infinito	435
Un homenaje y una actitud	439

Volumen II

Capítulo 3:

Por la Nación Cubana: Historia y Sapiencia

Natalicio de Martí	445
Centenario de José Martí	448
Martí y el fascismo	466
Vejamen a José Martí	490
Enrique José Varona en su centenario	492
Don Fernando y Don Francisco	516
Manuel Sanguily	534
12 de agosto	547
Los últimos días de Pablo de la Torriente Brau	559
27 de noviembre en Camagüey	572
El espíritu de Gibara	582
Cesarismo y Revolución	585
Papalote sin cuchilla	593
Pino Nuevo	596
El principio del fin	599
Machadato a la vista	603
Dos revoluciones simuladas	



y una contrarrevolución verdadera	613
La disyuntiva electoral	619
La infecta herencia del BAGA	626
La palabra de orden	628
En torno al Frente Único	632
La línea divisoria	635
Campanas sin badajo	638
Marca de fábrica	641
Vocación, palabra y ejemplo de José Gaos	644
Rómulo Gallegos	682
Tributo a Andrés Eloy Blanco	692
La lección de Antonio Machado	697
Ser y devenir de Antonio Maceo	703
Evocación de Pablo Lafargue	724







Ensayo introductorio

Es tiempo de recuento

La mañana transcurrió sin titubeos, calmada quizás por los nuevos aires de compromiso que existían en la sociedad. Reinaba una tranquilidad terca que enmudecía el impertérrito rumor de los espacios en los altos muros de la Universidad. En la antigua Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Diplomático y Consular —conocida entonces por muchos de esa manera y que meses antes había cambiado esa denominación por Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público—¹ tenía lugar un acto solemne.

La junta no hubiese sido mucho más extraordinaria que las que anteriormente se habían efectuado, excepto, por la presentación de un nuevo profesor que en lo adelante haría de esa Facultad y de la Universidad un verdadero espacio de génesis.

Con la estilada prosapia de entonces, el Señor Decano* Dr. Pablo F. Lavín y Padrón introducía a un hombrecillo —también doctor, pero sin tanto abolengo— que miraba en cilicio: de frente amplia, pelo atormentado, espejuelos que le daban un tono de seriedad, ceño fruncido, traje desaliñado después de un negligente arreglo y con una mueca ortodoxa. Su vista

¹ 27 de julio de 1940: ocurre el cambio de denominación, por estar más avenido a las carreras y especialidades que se cursaban en esta. No respondía la antigua denominación a la totalidad del contenido de sus enseñanzas. Por cuanto, habiéndose creado el título de Licenciado en Derecho Administrativo, y el Certificado de Capacidad Administrativa, se asumía una denominación más genérica en concordancia con títulos y enseñanzas de la Facultad. Título máximo: Doctor en Ciencias Sociales y Derecho Público para el curso 1940-1941. con la equivalencia de los títulos de Doctor en Ciencias Sociales y Derecho Público.

* El autor mantiene el tratamiento jerárquico a las personas de acuerdo con las normas de la época. (*N. de la E.*)



recorría el bruñido piso con fruición. Y recordaba. Ya le eran familiares todos esos procedimientos y espacios. Se sentía entrando en la hierática historia de la Universidad, esta vez como profesor: sonreía.

Era 7 de octubre de 1940 y todo parecía funcionar perfectamente en aquella reunión. Era como si los presentes, llenos de trajes y corbatas los unos, y con un arreból ficticio las otras, se hubiesen puesto de acuerdo para hacer un conjunto de caras de acentuados afeites, sienes pálidas y ojos inmensos. Y oían en silencio las palabras del Señor Decano que con excelente dicción enumeraba las cualidades del recién llegado.

Absorto como estaba en sus pensamientos, no escuchó la primera vez que mencionaron su nombre para darle la palabra. Y el énfasis le tomó por sorpresa, pudiendo solo alzar su vista ante la insistencia del orador quien con una voz grave sentenciaba: Raúl...² Doctor Raúl Roa y García, ¡tiene usted la palabra!

Comenzó a dar pasitos pequeños, como quien no quiere llegar adonde tiene que ir. La sorpresa había desdibujado un poco su resuelto carácter, y pensaba en todo el camino recorrido hasta ese justo y aparentemente sencillo momento. Con brusquedad llegaron recuerdos insospechados. Recordaba el orgullo de su padre Raúl y de su madre María la mañana en que pisó por primera vez el sagrado suelo universitario con apenas dieciocho años de edad, recién salido del Instituto de Segunda Enseñanza con su título de Bachiller en Ciencias y Letras.³

² Ramón Raúl Perfecto Roa y García.

Inscripción de nacimiento. Registro Civil 430

Inscripción en La Habana, 2:15 min del 19 de mayo de 1907.

Nació en Carlos III, 205, a las 3 pm el 18 de mayo de 1907

Hijo de Raúl Roa y Reyes y María García Espinosa

Nieto paterno de Ramón: Sagua la Grande y Ángela: Cifuentes

Nieto materno de Celestino: España y Antonia: Canarias.

³ Registrado en la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes al folio 197, no 11929.



Perpetuaba al joven delgado en aquel año 1925, que exhibía un traje gris ceñido, como preparado a su silueta, con un sello no muy visible y un pelo bien peinado, engominado. Las manos le sudaban por la ansiedad de entrar a aquel ínclito lugar, cuya historia —insospechadamente— sería parte de su hagiografía. Pero en ese momento justo, solo pensaba emprender el dilatado camino de la carrera de Derecho Civil y Público.

Ya por esa época comenzaron a nacer sus inquietudes intelectuales en relación con el hombre. Ponía énfasis en las materias que le mostrasen alguna de las tantas facetas que tiene el individuo en sociedad. Y fue sobresaliente en asignaturas como Filosofía Moral, Antropología Jurídica, Historia Moderna, Sociología; y en algunas de Derecho como: Derecho Internacional Público, Gobierno Municipal e Historia de las Instituciones Locales Cubanas.⁴ Asumiendo su aprendizaje con un espectro abierto, no sólo se concentró en las asignaturas de su especialidad, sino que incursionó en

⁴ 1er Año: 1925-1926: Asignaturas: Economía política, Historia Moderna, Filosofía Moral, sobresaliente; Antropología jurídica, sobresaliente; Derecho Romano, Derecho Administrativo, sobresaliente; Derecho Político, Psicología, Matrícula Deportiva.

Curso 1926-1927. (A) aprovechado (Ap) aprobado. Derecho Civil, Ap; Administrativo, Ap; Penal, Ap; Político, Ap; Hacienda Pública, Sociología, Sobresaliente; Historia Moderna, Sobresaliente.

Curso 1927-1928. Facultad de Derecho y Facultad de Letras y Ciencias: Derecho Civil, Ap; Penal, Ap; Legislación industrial, A; Seminario de procedimientos especiales, Derecho Internacional Público, sobresaliente; Gobierno Municipal e Historia de las Instituciones Locales Cubanas, Sobresaliente; Seminario de la Investigación Científica, Historia de América, Historia de la Literatura Española, Historia de la Literatura Latina, Historia de la Literatura Griega.

Curso 1928-1929. Derecho Civil, D. Mercantil, D. Procesal, Legislación Hipotecaria, Seminario de Jurisprudencia, Anatomía y Estilo Forense, Lengua y Literatura Latinas no examinó, Lengua y Literatura Griegas no examinó, Historia de la Literatura Española no examinó, Historia de América, Introducción a la Historia de la Colonización Española en el Mundo, Geografía General.

21 de mayo de 1930. Solicita al Rector de la Universidad, con 23 años, examinar asignaturas estudiadas privadamente. Se había alejado de la Universidad por participar en el proceso revolucionario del 30. Asignaturas: D. Civil, D. Procesal, D. Mercantil, D. Internacional Privado, Legislación Hipotecaria, Seminario de Procesos Civil y Comunal, Seminario de Redacción de Instrucción Públicas.

aquellas que le daban una visión cubana, latinoamericana o universal desde la literatura o la historia propiamente.

Recordaba que fue allí —entre capiteles y dinteles— donde aprendió de solemnidad; pero también a hacer por lo que realmente creía. Nunca había olvidado los momentos importantísimos, por lo determinantes para sí, de su vida estudiantil. El primero, cuando elaboró su primera carta, temeroso, al Decano de la Facultad de Letras para exigir su participación en el examen de premio de la asignatura de Filosofía Moral, del cual le habían excluido por alguna razón incompetente.⁵

El segundo, relacionado con su activa participación en la gesta del 30. Se sentía orgulloso de ello, pues entre muchas otras cosas trascendentes, había conocido de las ideas de Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena, Antonio Guiteras y Pablo de la Torriente Brau, y había asumido “el ser revolucionario”, creando un compromiso con la Nación cubana. Deber que no pocos infortunios le acarreó.

Cuando fue víctima de los atropellos del machadato, dirigió una carta de su puño y letra al Rector José A. Presno en la que le planteaba cómo en uno de los varios registros y atropellos de que fue objeto perdió su carnet de la Universidad. Solicitaba, entonces, que le fuera restituido habida cuenta que no era suyo el deliberado desliz, registrado por añadidura en el acta de Antolín Falcón Barreto, Secretario de la Comisión Depuradora del Cuerpo de la Policía Nacional, y encargado de legajos correspondientes a copias de actas levantadas

⁵ La Habana, lunes 28 de junio de 1926

Sr. Decano de la Facultad de Letras y Ciencias.

Sr.

El que suscribe, alumno oficial matriculado en el primer curso de la carrera de Derecho Civil y Público, expone a Ud:

Que habiendo obtenido la calificación de sobresaliente en la asignatura de Filosofía Moral, desea ser incluido en la lista de los aspirantes al premio de dicha asignatura.

De UD att.

Ramón Roa y García.

Fuente: Expediente de estudiante de Raúl Roa García, Archivo Central de la Universidad de La Habana.

en la extinguida Sección de Expertos de Asuntos de Política durante el gobierno del vilipendiado Gerardo Machado.⁶

Rememoró fugazmente la fecha en que culminó sus estudios, cuando a su nombre se le endosó el grado de Doctor.⁷ Ya en esa época, en los 30, su imagen se tornaba más en correspondencia con el momento que vivía ahora. Su corbata era más amplia, así como su mirada; aparecía el gesto inconforme en su cara y el pelo ondeado como con meses sin ver las tijeras, más libre, como sus ideas, adicionándole al conjunto un ligero bigote.

⁶ Habana, Diciembre 8 de 1933

Sr. Rector de la Universidad de La Habana.

Sr. Rector:

El escrito que tuve el honor de dirigir a usted, acompañado de una certificación de la Jefatura de la Policía, en la que se prueba que el carnet universitario de mi propiedad, que me fue ocupado por la Policía, ha sido extraviado por ese cuerpo, mi escrito, repito, no se encuentra en las oficinas de la Secretaría General no obstante haber sido resuelto favorablemente por usted en lo que respecta a mi petición de que se expidiera un duplicado del carnet sin cobrarme los derechos señalados para esas casos, puesto que no era yo el responsable del extravío.

Atendiendo mi petición, usted se sirvió acceder a ella, disponiendo de que se diera cuenta a la Facultad de Derecho y de Ciencias Sociales para que me proveyera del duplicado que me interesaba; y como el Sr. Secretario no puede dar cuenta de la existencia del escrito y de la identificación que le estaba unida, ruego que disponga la tramitación necesaria para que se cumpla lo que usted tuvo a bien concederme. De usted con la mayor consideración. Raúl Roa.

⁷ El 21 de diciembre de 1933 repite su solicitud de matrícula para culminar los estudios de Doctor en Derecho Civil. El 4 de enero de 1934 se expide el título para visar de Doctor en Derecho Público a favor del señor Ramón Raúl Roa y García registrado en la Secretaría de Instrucción pública y Bellas Artes, folio 263, no. 11467.

Rematricula en 1934 para los ejercicios de Grado de Doctor en Derecho Civil. Se señalan para el 6 de agosto de 1934 a las 10: 00 a.m. donde se efectuaría un sorteo de temas. Escogió el tema 21 cuyo título era "Criterio de código civil". Obtuvo una calificación de sobresaliente. El 11 de agosto de 1934 se expide el título de Doctor en Derecho Civil a su nombre.

Representado por Aureliano Sánchez Arango, solicita matrícula el 14 de noviembre de 1934 para asignaturas posdoctorales en Filosofía del Derecho, Estudios Superiores de Derecho Penal, Estudios Superiores de Derecho Mercantil, Estudios Superiores de Derecho Civil

El 20 de agosto de 1937: solicita al Rector José M. Cadenas un certificado acreditativo del título de Doctor en Derecho Civil y Derecho Público. Se emite con fines universitarios.

Le parecía irónico que aquel que ahora promulgaba su nombre en el Salón de los Actos hubiese sido juez de su entrada al sobrio Claustro de la Facultad. La batalla para ser o no ser digno de “estar” había sido espinosa.

Todo había comenzado el 10 de abril de 1939, unos meses antes, Raúl Maestri y Arredondo y él eran los contendientes, aspirantes a la Cátedra de Historia de las Doctrinas Sociales. Expuestos a largas sesiones e inclementes procesos. Maestri tuvo ventaja desde un inicio, pues reunía más requisitos. Se presentaron programas, clases orales, exposiciones, hubo discusiones científicas y hasta fue encerrado —hecho que recordaba con singular apatía— en la Biblioteca General de la Universidad por más de cinco horas mientras deliberaba el tribunal. El 9 de septiembre de 1940 Maestri renunció, y Roa quedaba como único aspirante que en buena lid ganaba la Cátedra.⁸

⁸ Fuente: *Boletín Oficial Universitario*. Universidad de La Habana, año VII, no. 2, tomo VIII, enero 30, 1941.

10 de abril de 1939. 11: 30 min. Salón de Actos del edificio González Lanuza. Los señores profesores doctores. Miembros del Tribunal del Concurso-oposición para la cátedra de Historia de las Doctrinas Sociales. Doctor Carlos Márquez Sterling, presidente; Pablo F. Lavín y Padrón; Pedro Cué y Abreu; Gerardo Portela Portela, vocal, Antonio Lancís y Sánchez, secretario.

Con la solemne lectura de reglas, se declara el Acto Público, con dos aspirantes a la Cátedra: doctores Raúl Roa y García y Raúl Maestri y Arredondo. Tendrán 10 días hábiles para la presentación de los programas: analizarlos mutuamente, sin recomendaciones, indicaciones u objeciones.

El Tribunal vota afirmativamente por documentos y méritos alegados por ambos. Maestri obtiene más puntuación que Roa de acuerdo con Reglas: 1ª adoptada para ese efecto el 20 de octubre de 1937, por la cual se obtendrían hasta cinco puntos por expediente.

- | | |
|--|---------|
| 1. Título de alumno eminente o beca que pertenezca a la Cátedra. | 1 punto |
| 2. Por cada oposición plaza de Profesor Agregado Cátedra. | 0.50 |
| 3. Empleo a tiempo total de la beca e informe. | 0.50 |
| 4. Por título obtenido en una carrera afín. | 0.25 |
| 5. Título de alumno eminente en carrera afín. | 0.25 |
| 6. Premio extraordinario en la facultad correspondiente. | 0.25 |
| 7. Premio ordinario en la facultad correspondiente. | 0.20 |
| 8. Ejercicio de grado para obtención de título de la facultad. | 0.15 |

Cesó su andar y en el estrado del Salón de Actos del edificio González Lanuza, dirigiéndose a los que a partir de ese momento serían sus compañeros, agradeció la sincera acogida de la que fue objeto y expuso su satisfacción al conside-

Para valorar las calificaciones de cada opositor:

Sobresalientes: 125 milésimas;

notables: 100 milésimas;

aprovechados: 75 milésimas;

aprobados ordinarios: 50 milésimas;

aprobados extraordinarios: 25 milésimas.

Doctor Raúl Maestri

Título de Doctor en Derecho Público:	0.25
Ejercicio de grado para obtener título mencionado	0.15
11 sobresalientes	1.37
2 aprovechados	0.15
2 aprobados	0.10
1 seminario	0.03
Total	2.05

Dr. Raúl Roa

Título de Doctor en Derecho Civil:	0.25
7 sobresalientes	0.875
1 aprovechados	0.75
7 aprobados	0.35
Total	1.55

No habían sido profesores de la Universidad, ni habían obtenido por concurso de oposición ninguna cátedra en algún centro oficial de enseñanza. Méritos y servicios: doctor Raúl Roa, nada; Raúl Maestri, 93 centésimas. Maestri contaba además con: curso sobre el nacional-socialismo alemán; tres cursos en la Universidad de Colonia en Alemania; un curso en la Universidad de Berlín; una monografía relacionada con los contenidos de la Cátedra titulada: El latifundismo y la economía cubana; varias conferencias sobre economía cubana.

Experiencia universitaria: 2.05, Maestri; 1.50, Roa.

Portela quería desestimar ambos programas, por considerar que ninguno reunía los requisitos. El doctor Maestri no hacía referencia a Palestina según su opinión, y en el caso de Roa sin referencias a India y China.

Tribunal opuesto a la opinión de Portela. 13 de agosto. Papeletas. 3 sobres de 50 papeletas.

Roa: 14 de agosto: Licurgo y programas de reformas, Joaquín de Flora y "El Evangelio eterno". Wycleff y Huss y los movimientos del siglo xv. La teoría de la división de poderes de Montesquieu y su influencia en las doctrinas sociales posteriores. Babeuf, Buonarroti y doctrina y organización del Club del Panteón.

rarse vinculado a la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público. Comenzó con una ingente labor, traducida en la docencia de varias asignaturas: Derecho Constitucional, Estadística, Historia de las Doctrinas Sociales, Inglés, Tribunal de Exámenes extraordinarios de Derecho Público y en la creación de un método de acción educativa que redundaría, más de una vez en la trama social.

Consecuencias sociales de la Revolución Industrial. Posición de Saint Simon en la Historia de las Doctrinas Sociales. El Romanticismo en Alemania. Criterio rector de *El único y su propiedad*. Bersntein y el Congreso de Stuttgart. Congreso de Hannover. Se preparó de 10 a.m. a 11 a.m. Habló 11: 55, una hora y cinco min. Después fue recluido en la Biblioteca General de la Universidad hasta las 6: 10 min. acompañado por un miembro del tribunal. A las seis y 10 el Secretario del tribunal recoge el trabajo realizado por Roa, lectura durante 40 min. 17 de septiembre procedió a extraer una de las 49 papeletas. Escogió la 46 " Sindicalismo y Socialismo Gremial"

El Presidente advirtió que de acuerdo con artículo 115 de los Estatutos, la clase oral sobre tema expuesto se desarrollaría en sesión pública para las 9: 10 del día 18 en el Aula Magna.

9:15. día 25. 9 a.m., último ejercicio. 5ta Sesión. Defensa del Programa, exponiendo: métodos, contenido temático, crítica general, conceptos centrales, bibliografía objeto de la cátedra.

Doctor Portela advierte —para añadir dramatismo— que el tribunal debe considerar cuatro cuestiones: si era necesario en la defensa del Programa el término de una hora. Doctor Lavín no necesario: "no es de obligar al opositor". Portela: Tribunal antes de pasar a calificar los ejercicios, debe reproducirlos por medio de los discos en que los de carácter oral fueron recogidos. Doctor Lancís no lo estima necesario, pues con las notas por él tomadas sobre los mismos, y su juicio ya formado puede proceder a calificación. Idéntico sentido doctores Márquez Sterling y Cué

Portela: fundamento al voto. Márquez Sterling hasta emitido el voto no podrá ser fundamentado.

Portela si debe considerarse que con lo dicho por el opositor por el primer ejercicio sobre el tema "El Romanticismo en Alemania" el mismo fue tratado en la forma expresa en el artículo 111 de los Estatutos Universitarios. Cué, cree que sí.

1er ejercicio — 10 temas — 16 puntos

2do ejercicio — tema escogido — 14

3er ejercicio — clase — 16

4to ejercicio — Defensa del Programa — 13.

Total 66.50 puntos

Maestri renuncia el 9 de septiembre de 1940.

Dr. Raúl Maestri y Arredondo.

25 de septiembre de 1940 Roa a la Cátedra de Historia de las Doctrinas Sociales..



Ciencia y conciencia: Universidad

Una de las primeras acciones que emprendió Roa después que asumió la Cátedra de Historia de las Doctrinas Sociales el 25 de noviembre de 1940 fue la creación de un premio especial denominado “José Martí”, cuyas bases se aprobaron el 11 de noviembre de 1940.⁹

Estaba dirigido a los estudiantes, y tenía como requisitos básicos: obtener sobresaliente en dos ejercicios, realizar un trabajo práctico y elaborar una monografía sobre una materia escogida libremente por el profesor.

El primer ejercicio práctico se desarrollaría oralmente durante quince minutos como máximo y diez como mínimo, sobre un tema explicado por el profesor con dos semanas de antelación. El segundo ejercicio era un trabajo escrito sin previa preparación y sobre la lectura de un texto original hecho al efecto. Con esto establecía un incentivo para los estudiantes, para según su criterio, “infundir el rumor de la colmena” en la docencia universitaria y borrar el mimetismo palpable en la enseñanza universitaria que soslayaba la creación científica en muchos sentidos.¹⁰

Para el año 1941 su impronta en la Facultad se hace cada vez más nítida. Publica *Mis Oposiciones*, singular libro que el mismo Roa calificó de *cosa académicamente fallada*. Pretendió publicarlo saliéndose de lo usualmente acostumbrado para descubrir los fines de la docencia, que según su criterio, *no era una función privada*. Entendía que la misión fundamental del profesor era enriquecer y no defraudar a la sociedad en la cual está inmerso; y esto solo se lograba a través de la superación de las intangibles barreras de la ciencia.

Emilio F. Camus, romanista de subidos quilates y profesor de Filosofía del Derecho de la Universidad de la Habana, valoró a modo de prólogo el libro. Y Roa, con su impecable verbo dejaba claro que más que la opinión de una élite, le

⁹ *Boletín Oficial Universitario*. Universidad de La Habana, año VII, t. VII, enero 30, 1941.

¹⁰ 1942: año de adjudicación del Premio Especial José Martí a Julio LeRiverend Brusone: “La Utopía de Tomás Moro en América”. Tribunal: Dr. Juan C. Zamora (presidente), Roa (Vocal), Adriano G. Carmona (Secretario)



interesaba el *veredicto del ágora*. No era un rescate de sus ejercicios de oposición; no hubiese estado en correspondencia con su ética, sino que asumía cada una de las palabras que en sus ejercicios había expresado.

Para ello, pidió al Dr. Ramón Miyar, Secretario General de la Universidad de La Habana, una copia certificada de sus trabajos orales y una copia de sus ejercicios escritos facilitada por el Dr. Antonio Lancís, Secretario del Tribunal que juzgó el Concurso-Oposición a la Cátedra de Historia de las Doctrinas Sociales.

Emilio F. Camus sentenciaba al enjuiciar el libro que Roa creaba *un género de literatura académica hasta estos momentos desconocido*. Exigiendo esta innovación una nueva óptica de análisis, exponía, además, el hecho de que al leer este libro, debía tenerse en cuenta que "... la necesidad imperiosa del opositor de ajustarse a la calidad y extensión de los temas tomados al azar; en fin, sus mismas condiciones subjetivas, que no son idénticas a las del laboreo sereno y meditado que se realiza en el silencio del gabinete ...".¹¹

Era evidente que Raúl Roa era conocido en el mundo político o cultural del decenio de 1930. F. Camus aseguraba sin reservas que él integraba "... la exigua minoría de los que salieron ilesos moralmente de la pugna revolucionaria por implantar en nuestro medio social y político, ideales y principios por la vía universitaria ...".¹²

Y lo calificaba de honesto, con una rebeldía de espíritu, sereno y con una rectitud de ideales, siempre probando el pensamiento en la acción. Con una dedicación y aptitudes excelentes para la *alta labor de docencia que implica una cátedra universitaria*.

Dentro de las ideas más importantes en este libro estaban la cuestión social y las relaciones del individuo con ella; y desde su posición profesoral dejaba entrever la inquietud por los evidentes problemas de la sociedad global. Lúcido es su juicio sobre lo que califica como el "drama social", y en la

¹¹ Roa, Raúl: *Mis oposiciones*. (Valoración por Emilio F. Camus.) Editorial Alfa, La Habana, 1941, p. 3.

¹² *Ibíd.* p. 4.



relación que establecía con la existencia consustancial de la miseria y de las vigentes herramientas técnicas imprescindibles para superarla.

La Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público le felicitó el 6 de febrero de 1941 por esta publicación que inesperadamente, después de unos años de protagonismo, quedó relegada en algunas de las bibliotecas del ámbito universitario; asaz razón para retomarla.

Esa rectitud de ideales la impregnó en la Facultad. Fue exigente siempre que tuvo que serlo, sin dejar a un lado la comprensión o el juicio. En agosto de 1941, el profesor Doctor Gerardo Portela y Portela denunciaba una falta grave cometida por el estudiante señor Álvaro R. Sainz de las Casas, que en un examen de Economía había pasado sus papeles a otro alumno, alegando estar enfermo de la mano derecha. Roa, presidente del tribunal disciplinario conformado para analizar este hecho, junto a los doctores César Salaya de la Fuente y Antonio Lancís y Sánchez, determinó que sería suficientemente razonable la sanción de pérdida de todas las asignaturas que el mencionado estudiante recibía en la Facultad.

Uno de los problemas más acuciantes que estará presente en la vida universitaria de Roa va a ser la necesidad imprescindible de un edificio para la sede de la Facultad. La matrícula había crecido considerablemente¹³ y ya existía una congestión de estudiantes. Y en 1942 este va ser un reclamo perenne del Claustro sobre todo porque otras facultades como las de Medicina, Agronomía, Farmacia, Ciencias Comerciales, Ciencias, Ingeniería, Arquitectura, Letras y Pedagogía contaban con edificios propios.

Esta fue sin embargo una necesidad insatisfecha por muchos años a pesar de los esfuerzos del Decano Pablo F. Lavín y Padrón. La Universidad estaba enfrascada en la recuperación de algunas de sus facultades, de manera tal que el emprendimiento de la construcción de una nueva estructura requería un financiamiento que la institución no podía solventar. Por ello, el 23 de mayo de 1944 en Sesión del Consejo

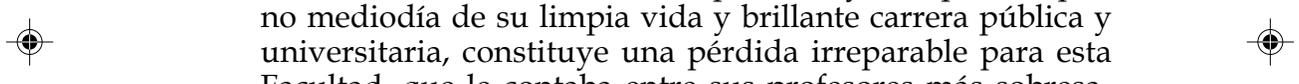
¹³ 1942: en la Facultad la matrícula creció al promedio histórico 1906-1907: 36 alumnos; 1918-1919: 36; 1928-1929: 181; 1938-1939: 1311; 1940-1941: 1537.



de la Facultad se acordó adherirse al proyecto general de dotar de edificio a las demás Facultades, sin afectar la prioridad de la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público, quedando así la posibilidad para años posteriores.

En ese mismo año de 1944 ocurrieron cambios que transformaron la ascendencia de Raúl Roa en la Universidad. Primeramente, en septiembre, renuncia el rector Rodolfo Méndez Peñate por discrepancias en relación con el criterio de elección del Presidente de la Federación de Estudiantes. Se proponen Clemente Inclán —con quien sostendría una cortés amistad— y Manuel Mencía, decano este último de la Facultad de Ciencias.

Después muere, el 12 de diciembre de 1944, el Dr. Ramiro Capablanca y Graupera que en junio había sido electo Gobernador del Cargo de Las Villas. Este era un profesor querido por la Facultad, que quedó consternada ante la trágica noticia. Correspondió precisamente a Roa elaborar una moción con motivo de este hecho:

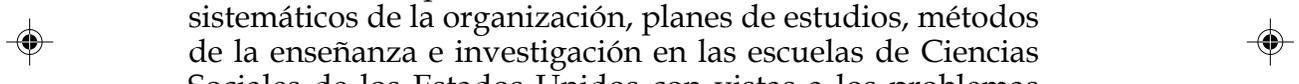


“La muerte del Dr. Ramiro Capablanca y Graupera, en pleno mediodía de su limpia vida y brillante carrera pública y universitaria, constituye una pérdida irreparable para esta Facultad, que le contaba entre sus profesores más sobresalientes y queridos. Nos ha sido arrebatado cuando empezaba a sazonar sus frutos mejores. Cayó, puede decirse, como abatido por un rayo, dictando su última lección, en el ejercicio mismo de su Cátedra, que fue siempre objeto de sus más altos y nobles desvelos. Murió, pues, en el cumplimiento de su deber, como profesor en activo servicio, como quisiera morir todo auténtico vocado a la forja de conciencias. Esta dramática y singular circunstancia imprime sentido aleccionador a su prematura partida, transfigura rabiosamente la brutal injusticia en símbolo fecundo, en intemporal paradigma. Para los que logran alcanzar tan patética aureola, «la tumba es vía y no término». Vida tan próspera, batalladora y generosa y muerte tan preñada de significado son legítimamente acreedores de todos los honores que este Claustro acuerda rendirle. Ninguno se me antoja, sin embargo, más en cabal consonancia con lo que ambos significan y representan para nosotros, que designar con el nombre de Ramiro



Capablanca un aula del nuevo edificio de la Facultad, en una sobria lápida que lleve , bajo aquél, esta sencilla inscripción: Profesor de Gobierno Municipal. No hará falta, en verdad, otra leyenda que ésta. Los ejemplos vivos de conducta no necesitan de la retórica para perdurar en la memoria de la juventud. Creo que al presentar esta Moción estoy interpretando el sentir, aun conmovido de este Claustro y, en alguna medida, le rindo mi entrañable tributo a quien fue mi maestro, mi compañero y amigo”.¹⁴

A raíz de la muerte del insigne profesor, el Decano de la Facultad, Julián M. Ruiz y Gómez, convocó a una sesión especial,¹⁵ para designar y elegir un profesor que habría de desempeñar el cargo de Vicedecano vacante por el fallecimiento de Ramiro Capablanca y Graupera, y que sería efectivo hasta diciembre de 1947. En esta resultó elegido Raúl Roa, decisión que ratifica el Consejo Universitario el 17 de enero de 1945.



Es precisamente en esta fecha cuando Raúl Roa sale a estudiar en varias universidades del extranjero. Para la Facultad era una imperiosa necesidad, la de hacer estudios sistemáticos de la organización, planes de estudios, métodos de la enseñanza e investigación en las escuelas de Ciencias Sociales de los Estados Unidos con vistas a los problemas económicos, políticos, sociales y administrativos que abordaba la asignatura. Para ello, se le concedió un año de licencia, aprobado por el Consejo Universitario.

Desde el mes de octubre se desarrollaba un proceso de legitimación que buscaba profundizar en la eficacia del título de Doctor en Ciencias Sociales y Derecho Público, a lo cual contribuiría el estudio de Roa en los Estados Unidos. Se buscaba que no sólo capacitara para la enseñanza docente de la Segunda Enseñanza, en relación con temas como: Economía Política, Cívica o Enseñanza de la Cívica, Sociología, Historia de Cuba, Historia de América, Historia Medieval, Histo-

¹⁴ Fuente: *Boletín Universitario*, diciembre de 1944.

¹⁵ Esta sesión se desarrolló el 21 de diciembre de 1944. Fuente: *Boletín Universitario*, diciembre de 1944. Doctor Raúl Roa, 8 votos; doctor Juan C. Zamora, 4 votos; doctor L. Silverio, 4 votos. No hay números de votos suficientes por lo que se debe repetir la votación. En definitiva queda elegido Roa.



ria Moderna, Historia Contemporánea; sino que se homologara en función de los requisitos establecidos en otras universidades fuera del país.

En octubre de 1945 la Facultad recibe un escrito de Roa en el que informaba sobre sus actividades en Estados Unidos, y exponía en detalle cada uno de los contactos y visitas que establecía en ese país. Su licencia se extendió hasta enero de 1946. Se concentra en la docencia durante 1947, convirtiéndose poco a poco en uno de los “imprescindibles” de la Universidad. El 6 de enero del mismo año es invitado por Ernesto Dihigo, Director de la Academia Interamericana de Derecho Comparado e Internacional y Enrique Dolz, Secretario, a la II Sesión de Trabajo con destacados juristas del continente, a participar en una mesa redonda con debates sobre Derecho Público y Privado. La misiva que portaba la invitación contenía palabras de honra que ratificaban la ascendencia del profesor Roa dentro del contexto intelectual y universitario cubano:

“Al confeccionar la lista de las personas cuya presencia en los debates de la Mesa Redonda nos interesa, el nombre de usted fue incluido, y por eso, en nombre de la Academia, tenemos ahora el placer de invitarlo, para que concurra e intervenga en las discusiones, contribuyendo así, con su valioso aporte intelectual a la obra que estamos desarrollando ...”.¹⁶

El 27 de junio de 1947 se desarrollan los actos de elección para asumir el cargo de Decano de la Facultad con motivo de la renuncia del Decano Dr. Julián Modesto Ruiz, en la que resulta elegido y retoma la palabra para agradecer la confianza del Claustro en su persona. El Dr. César Salaya y de la Fuente, en nombre del Claustro expresó que se había hecho justicia al designarlo Decano.¹⁷ Y no debía ser otro. Sabían los profesores que esa designación significaba una gestión más eficiente en función precisamente de los intereses de la institución. Este era un cargo para Roa por su competencia,

¹⁶ Expediente laboral No 12 402: 1947-1952. Archivo Central de la Universidad de La Habana.

¹⁷ En la Universidad de La Habana, a los dos días del mes de mayo de mil novecientos cuarenta y siete y siendo las nueve ante meridiano, ante mí, doctor Ramón Infiesta y Boges, secretario de la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público, tomó posesión del Decanato de la misma, con efecto retroactivo al día



eficacia y lealtad con la Universidad. Venía, además, con una visión más acabada de las funciones primordiales de la Facultad, cuestión que pondría en práctica de inmediato.

En este hecho particular destaca una de las peculiaridades que estarán presentes en la vida de Roa: su limpieza de espíritu y honradez ante las circunstancias. Pensaba, que ante la dimisión del Decano debía someter también a consideración su puesto de vicedecano y por ello, en solemne carta arguyó sus razones:

La Habana, Marzo 28 de 1947.

Al Claustro de profesores de la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público.

Compañeros:

A mi regreso de Trinidad en donde disfrutaba de dos semanas de licencia por concepto de enfermedad, me entero de la renuncia irrevocable presentada por el Dr. Julián Modesto Ruiz de su cargo de Decano.

Independientemente de los motivos determinantes de la resolución adoptada por el Dr. Ruiz; considero que, habiendo sido electo conjuntamente con él para el cargo de vicedecano, resulta obligado de mi parte poner a la libre disposición de la Facultad dicho cargo, al cual renuncio por este medio con carácter también irrevocable.

Aprovecho esta oportunidad para testimoniarle a todos ustedes mi permanente gratitud por las deferencias y atenciones que hubieron generosamente que dispensarme durante el periodo en que tuve la honra de desempeñarlo.

Cordialmente.

Raúl Roa.¹⁸

primero del actual, por renuncia irrevocable del señor decano doctor Julián Modesto Ruiz y Gómez, aceptada en sesión de la Facultad del día veinte y ocho del abril ppdo, el doctor Raúl Roa García, vicedecano; confirmado en su cargo por la no aceptación de su renuncia por la voluntad unánime del Claustro en la misma sesión". Doctor Raúl Roa García y doctor Ramón Infiesta y Bages, decano — secretario.

Fuente: Expediente laboral 12.402: 1947- 1952. Archivo Central de la Universidad de La Habana.

¹⁸ Expediente laboral 12.402: 1947- 1952. Archivo Central de la Universidad de La Habana.

Su renuncia no fue aceptada en definitiva, y como primera acción procedió a reactivar la misión con el Rector para la construcción de un edificio propio.¹⁹ E implementó también un plan de mejoras académicas consistente en la reformulación metodológica de las asignaturas y de los temas específicos que se impartían. Como Decano, uno de sus objetivos fue incentivar el estudio y actualización de los profesores en las temáticas abordadas en la docencia a través de la investigación y el intercambio con las instituciones internas y foráneas.

Además, aprueba una moción²⁰ —elaborada por él mismo— para la creación y edición de un anuario de la Facultad,

¹⁹ No sería hasta el 25 de abril de 1949 cuando la Facultad invitara al arquitecto Ramón del Busto para la confección de los planos del edificio para la Escuela de Ciencias Sociales y Derecho Público. El señor Gustavo Adolfo Mejía, presidente de la Asociación de Estudiantes de la Escuela, informó en el Consejo de la Facultad, además, el estado de las diligencias para la construcción del edificio.

²⁰ En sesión celebrada el 26 de junio se aprobó editar el Anuario.

La Habana, mayo 26 de 1947

Al Claustro de Profesores de la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público.

(Por conducto reglamentario)

Señores profesores:

El profesor que suscribe tiene el honor de someter a la consideración del Claustro de la Facultad la siguiente:

Proposición.

Editar cada año, a partir del corriente, un volumen en el que pudiera recogerse, además de trabajos originales de sus profesores sobre las materias de su respectivo cargo, un resumen de sus actividades académicas, docentes y culturales, de la organización, planes y métodos de la enseñanza que imparte, de las mejoras y propuestas obtenidas en las diversas cátedras y de cuanto, asimismo la Facultad estimare oportuno, destacándose preferentemente, el alto ministerio público que le viene impuesto por la índole, contenido y trascendencia de sus estudios.

Entiende el proponente que la impresión regular de este Anuario contribuiría a robustecer y consolidar el prestigio de la Facultad y, en consecuencia, de sus profesores, merecidos por igual de que sus esfuerzos y afanes sean conocidos y apreciados allende el ámbito puramente universitario, siendo ese el exclusivo propósito que lo inspira en este caso. Ya va hora de difundir nacional e internacionalmente la fecunda labor rendida por la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público desde su fundación hasta nuestros días.

Los gastos que erogase la edición de este Anuario podrían satisfacerse con cargo al crédito de laboratorio asignado a la Facultad, el cual en su mayor parte suele reintegrarse sin habersele dado empleo alguno.

Atentamente. Raúl Roa García

Profesor de Historia de las Doctrinas Sociales.



en el que se recogerían los trabajos más sobresalientes de los profesores y alumnos de esta, que tuviesen un rigor científico y significaran un aporte a las ciencias sociales. Expresión de ello es un folleto homenaje a Enrique José Varona, que fue un trabajo realizado por los estudiantes de la Cátedra de Historia de las Doctrinas Sociales en el centenario de su natalicio.²¹

Otro de sus aportes a la docencia en la Universidad consistió en la reformulación de la estructura de ejercicios de grado para obtener los títulos otorgados en la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público. El 30 de julio de 1947 presenta una moción que establecía los que posteriormente serían los requisitos básicos del graduando en su último año de la carrera. El primero de ellos era la elaboración de una tesis que incluirá bibliografía consultada con no menos de 50 cuartillas de tamaño legal a máquina y dos espacios. El segundo, la selección de un tema, objeto de la tesis de libre elección del graduando. El tercero, que la investigación se desarrollaría bajo la dirección inmediata de un profesor de la Facultad, para lo cual se debía hacer una solicitud antes del primero de noviembre de cada año. El graduado tenía el derecho de defender su tesis ante un tribunal constituido por tres profesores de la Facultad, uno de los cuales sería titular, debiendo todos interrogar al estudiante.²²

Su definición de profesor en la Universidad no se circunscribía solamente al celo en la docencia y en la investigación creadora, sino que entendía, como parte indisoluble, la aplicación de los juicios al contexto social en el cual se desenvolvía. Y el protagonismo trascendía los altos muros de piedra para ir, justo de frente, a los problemas acuciantes de la Nación cubana.

En julio de 1947, con motivo de la firma de la Ley Azucarera, se arma un gran revuelo en la Universidad, donde figura indefectiblemente Raúl Roa. El Consejo Universitario, por

²¹ Los autores de este folleto fueron: María Iglesias, Rafael Sardiña, Enrique Rodríguez Loeches, Raquel del Valle, Miguel González.

²² Fuente: Expediente laboral 12.402: 1947- 1952. Archivo Central de la Universidad de La Habana.



medio de su Secretario General, Ramón Miyar, en Sesión extraordinaria del 10 de agosto desarrollada en el Salón Rectoral, protestó contra la ignominiosa Ley. Roa presentó una Moción de trascendencia histórica, digna de ser leída para comprender el fervor —sin romanticismos— del momento.

La Ley en sí era un desconocimiento de la contribución de Cuba al esfuerzo de la guerra, pues al asignársele una cuota del 28% del consumo norteamericano se condenaba a la ruina a la industria básica de la República, provocándose con ello una crisis general, que habría de repercutir gravemente en los ingresos fiscales y en los niveles de ocupación y salario.

La cláusula 202(E), incluida en esa Ley, facultando omnímodamente al Secretario de Estado de la Unión para suspender en todo o en parte la cuota azucarera cuando a su juicio resultasen afectados los intereses nacionales en el extranjero, representaba, por su espíritu y sus implicaciones, un manifiesto atentando a nuestra soberanía, quebrantaba la política de Buena Vecindad establecida por el presidente Roosevelt y hería en lo más profundo nuestra dignidad nacional. Significaba, argüía el profesor "... implícita y explícitamente, la vuelta a la interpretación unilateral de la Doctrina Monroe, el vasallaje de la Enmienda Platt, a la diplomacia del dólar y a la política del Big Stick que tan hondos abismos y tan graves tensiones provocó en el pasado de nuestros pueblos..."²³ La

²³ La Habana, julio 30 de 1947

Señor Rector de la Universidad de La Habana
(Por conducto del Secretario General)

Señor:

Los decanos que suscriben tienen el honor de solicitar de usted la urgente convocatoria del Consejo Universitario a sesión extraordinaria al objeto de fijar la postura de la Universidad frente a la nueva ley azucarera aprobada por el Congreso de los Estados Unidos.

Esta ley, ya a la firma del presidente Truman, representa, no solo un injusto desconocimiento de la valiosa contribución de nuestro país al esfuerzo de guerra de las naciones unidas y, principalmente, de los Estados Unidos, sino también pone en entredicho nuestra soberanía y afecta en lo más vivo a nuestra dignidad nacional. La cláusula 202 (E) que figura en dicha ley, por su espíritu y sus complicaciones, es la negación misma de la política del Buen Vecino, de los acuerdos adoptados en la VII Conferencia de Montevideo, de la Carta del Atlántico, del

Universidad no podía mantenerse en silencio, so pena de negarse a sí misma.

En julio de ese mismo año asistió a un Congreso Nacional de Ciencias Administrativas que se desarrolló en Bruselas, como presidente de la comisión cubana. Fue nombrado por el Rector Clemente Inclán, representante de la Universidad de La Habana a la II Conferencia de la ONU para la Educación, la Ciencia y la Cultura que se desarrolló el 4 de noviembre; y posteriormente, en los primeros meses de 1948, a la toma de posesión a la presidencia de Don Rómulo Gallegos, de quien fuera un ferviente admirador y amigo.

Este fue, sin dudas, año de mucho trabajo para Roa. Pero su labor se mantenía, a pesar de la fatiga, para dar frutos de un reconocimiento intelectual irrefutable. Cuando el Consejo de Ministros canceló el 18 de noviembre de 1948 los Estatutos de la Universidad de Oriente, Napoleón Sánchez Arango, ministro facultado para dictar nuevos reglamentos provisionales y reguladores del funcionamiento de esa Universidad, lo designó junto a los doctores Elías Entralgo, José M. Gutiérrez, Felipe Sardines, Pedro Cañas y Felipe Martínez en una comisión asesora que elaboraría los estatutos o reglamentos reguladores del funcionamiento de la mencionada Universidad.

Participó también de un ciclo de conferencias sobre Enrique José Varona con la exposición titulada "Varona y nuestra generación" en la Sociedad Económica de Amigos del País en los meses de octubre y noviembre junto a renombradas

Acta de Chapultepec, y de los principios que informan la Organización de Naciones Unidas.

No se trata pues de una cuestión política partidista; se trata por el contrario, de una cuestión de carácter nacional, que la Universidad no puede contemplar con los brazos cruzados, sin concurrir a serias responsabilidades.

Atentamente

Fdo.

Dr. Raúl Roa García

Dr. José R Hernández y Figueroa

Dr. Elías Entralgo.

Fuente: Expediente laboral 12.402: 1947- 1952. Archivo Central de la Universidad de La Habana.

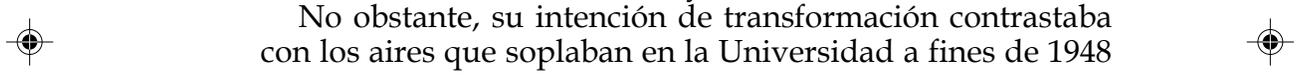


figuras —como él— del mundo intelectual, entre los que se encontraban: Jorge Mañach, Aureliano Sánchez Arango, Medardo Vitier, Raimundo Lazo, Alfonso Bernal del Riesgo, José A Fernández de Castro, Félix Lizaso y Máximo Castro.

A pesar de las responsabilidades, que no eran pocas, y que se incrementarían con su designación al cargo de Director de la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación, continuaba produciendo artículos de verdadera trascendencia, no solo social sino literaria e histórica.

En mayo recibió un premio de la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación al mejor artículo publicado a propósito del Centenario del Natalicio de Manuel Sanguily. Era un conocedor de la vida del insigne patriota y defensor, no solo de su hidalguía en los campos de batalla, sino de su quehacer literario, faceta que trató de redescubrir cuando le llamó “Prócer en letra viva”; y con el artículo mencionado, publicado en la revista *Bohemia* en marzo, en su honor también nombró Sanguily al Salón de Actos del edificio de la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público.²⁴

No obstante, su intención de transformación contrastaba con los aires que soplaban en la Universidad a fines de 1948



²⁴ Con motivo de celebrarse en 1948 del centenario del nacimiento de Manuel Sanguily se organizó un homenaje al “esclarecido patricio”. Roa elaboró una moción junto al doctor Gerardo Portela y Portela. Fragmentos: “Nunca lo fue tan merecido como en esta ocasión. No se trata sólo de un patriota intachable, que ofrendó a la independencia de Cuba sus más puros afanes y sus energías mejores. Manuel Sanguily fue al par una de las figuras representativas del pensamiento cubano, crítico eminente, historiógrafo de rigurosas disciplinas, tribuno de vuelos inusitados y escritos de estilo inconfundible, sus aportes a nuestra cultura, constituyen un acervo preciso, que es ya, por su cuantía, calidad, y proyección, gloria legítima de las letras americanas. Su paso por la vida pública es digno de sus hazañas pretéritas. Fué en todo instante, el custodio celoso de la soberanía nacional. Vió, antes que nadie y lo advirtió a su tiempo, el gravísimo peligro que entrañaba para la nacionalidad cubana, el traspaso de propiedad territorial a manos extranjeras. La causa de la democracia tuvo en él un paladín infatigable y Cuba fue a toda hora, la amada Dulcinea de sus sueños. Como alguien ha dicho en lapidario boceto, “Sanguily ayudó a ganar para la libertad la tierra en que descansa con el perfil vuelto hacia los astros, su mano se abrió sobre las multitudes y se cerró sobre la empuñadura, la frente solo se inclinó ante el libro. Fue en suma, uno de los excelsos fundadores de la patria cubana”.

Fuente: Expediente laboral 12.402: 1947- 1952. Archivo Central de la Universidad de La Habana.



y durante el año 1949. Uno de los problemas más acuciantes en la Universidad era el gangsterismo. Varios habían sido los incidentes, y la situación pronto llegaría a convertirse en una anarquía.

Desde el 2 de marzo de 1948, el Dr. Ramón Millar y Milián, Secretario General de la Universidad, extendió una comunicación en la que certificaba, de acuerdo con el Consejo Universitario, nombrar una comisión integrada por los doctores Raúl Roa, José Manuel Gutiérrez y Francisco de la Carrera para la elaboración de un informe sobre las medidas que debían adoptarse con vistas a la grave crisis de autoridad, docencia y disciplina que afrontaba la Universidad de La Habana.

Sin embargo, nueve meses después, el 31 de enero de 1949, los problemas se hicieron más evidentes. En esa fecha hubo un tiroteo frente al edificio González Lanuza que ocupaba la Escuela de Ciencias Sociales y Derecho Público. Esto motivó una moción del Dr. Adriano Carmona Romay que condenaba los hechos y promovía la coacción para limitar la repetición de estos. Planteaba la necesidad de redefinir los objetivos universitarios, pues la Universidad existía para la enseñanza superior; concretamente, para formar hombres como investigadores y científicos para la investigación, propaganda y cultura. Consideraba necesario aislar a los universitarios del partidismo político, mediante una enérgica y sistemática conducta.

El Doctor Romay denunciaba los hechos de sangre que en ocasiones habían tenido a la Universidad como teatro. No se trataba de inculpaciones a los poderes públicos, sino que analizaba el contexto en que eran cometidas estas transgresiones, matizado por asesinatos políticos, crímenes que quedaban impunes por cuestiones sindicales; gangsters, comerciantes e industriales señoreando sobre las necesidades del pueblo, actividades políticas y policíacas al margen de la Ley, que acusaban una sociedad en descomposición. Juicio que evidenciaba el sentido ético del profesor.

Se encubría todo bajo supuestas organizaciones revolucionarias o tendencias sindicales. Además, el “estado de guerra” propiciaba un régimen jurídico excepcional que implementaba regulaciones sobre la industria y el comercio



totalmente innecesarios. La Universidad se convirtió en madriguera para esos elementos perturbadores de la sociedad cubana. Por todo ello, el profesor Romay proponía la reestructuración de las organizaciones estudiantiles, y la disolución del Cuerpo de Policía Universitaria.²⁵ Además, que se considerara una falta grave para los profesores o los alumnos, someter a examen, crítica o discusión problemas universitarios de cualquier índole con propósitos políticos.

En julio, cuando el profesor Gerardo Portela y Portela se disponía a formar parte de un tribunal de Economía Política, sin que mediaran palabras, fue agredido por un desconocido que lo golpeó en el cuello, manifestando públicamente que lo hacía porque él lo había suspendido varias veces. Dos meses después fue asesinado Gustavo Adolfo Mejía Maderne, estudiante de altos méritos personales, vicepresidente de la Asociación de Estudiantes de Ciencias Sociales y Derecho Público. La situación devino insostenible.

La Facultad acordó condenar enérgicamente los hechos y suspender las actividades desde el día 20 hasta el 22 de septiembre. Roa, por su parte, presentó la renuncia —en sentidísima carta—²⁶ en protesta por los atroces hechos que

²⁵ *Boletín Universitario*, t. XVI, no. 12, noviembre 7, 1949.

²⁶ La Habana, septiembre 25 de 1949

Al Claustro de Profesores de la Facultad
de Ciencias Sociales y Derecho Público.

Compañeros:

Circunstancias gravísimas me decidieron a presentar la renuncia de mi cargo de Decano de la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público, al cual fui exaltado por la gentileza de ustedes, habrá pronto dos años. El acuerdo adoptado por el Claustro, en sesión de septiembre veintitrés de los corrientes, ratificándome su plena confianza y respaldando sin reservas ni vacilaciones la actitud asumida por mí con motivo de la trágica muerte del estudiante Gustavo Adolfo Mejía Maderne, compromete profundamente mi gratitud. Aunque yo hube de manifestarlo a ustedes por conducto del Doctor Rafael Santos Jiménez y Fernández que presidía dicha sesión como Vice-decano de la Facultad, quiero ahora reiterarlo por escrito.

No es mi propósito imponerles condiciones a un Claustro que se ha solidarizado fervorosamente conmigo; pero si me veo obligado a solicitar de ustedes, en consecuencia lógica con los móviles determinantes de mi conducta, la adopción



se manifestaban. El Claustro, sin embargo, le rogó que permaneciera en su cargo, por considerarle imprescindible "... para la solución definitiva de la crisis universitaria..."²⁷

A pesar del respaldo a su actitud, Roa se mantuvo firme en su decisión, dejando el decanato a su sustituto por reglamentación, el Doctor Rafael Santos Jiménez. La Facultad inicialmente no aceptó la renuncia, pero formalmente se hacía necesario mantener una representación ante el Consejo Universitario, por lo cual se eligió un sustituto. El 21 de octubre de 1949 se aprobaba la renuncia de Roa.²⁸

Sin embargo, a pesar de todo, continuaba con su ingente labor docente, que trascendía las fronteras universitarias. Entre los meses de enero y junio, participó en un programa de la emisora de radio CMQ, en la que se pretendía extender el

de un acuerdo en el sentido de retirar la representación de la Facultad en el Consejo Universitario, hasta tanto no recobre éste su plena autoridad. No podría yo, sin traicionar mi propia conciencia, retornar a un Consejo, que ni siquiera ha iniciado expediente disciplinario a los estudiantes que han ocupado el edificio de la Escuela de Medicina y no ha adoptado aun medida alguna encaminada a impedir la repetición de los sangrientos sucesos que han venido mermando notoriamente el prestigio de nuestro más alto centro de cultura y enseñanza. No estoy dispuesto a seguir cargando con responsabilidades que no me incumben. De antemano he aceptado las que me tocan.

Confío que el Claustro de Profesores interpretará rectamente la petición que le hago. No tengo otra alternativa.

Si la Facultad, en uso de su libre discernimiento, juzga que no debe acceder a mi solicitud, le ruego dé por presentada, con carácter irrevocable, mi renuncia del cargo de Decano.

De nuevo quiero testimoniarle a la Facultad mi más vivo reconocimiento por la extraordinaria prueba de confianza que hubo de brindarme, en horas sobremañera difíciles para la Universidad y para mí.

Ni que decir tengo, por último, que independientemente de la resolución que considere conveniente adoptar, la Facultad tendría siempre en mí un celoso defensor de su decoro y cada uno de los profesores a un invariable amigo y compañero.

Cordialmente

Raúl Roa.

Fuente: Expediente laboral 12.402: 1947- 1952. Archivo Central de la Universidad de La Habana.

²⁷ *Ibidem*.

²⁸ *Boletín Universitario*, año XVII, no. 7, t. XVII, 18 de mayo, 1950.



campo de las ideas a la sociedad. El título del curso era Ideas y Problemas de Nuestro Tiempo y su participación no podría haber tenido un tema más perspicaz: Nuevo sentido de la Democracia.

Fue, además, en este año 1949, corresponsal para el nuevo *Year Book* de la ONU; promovió infatigablemente la defensa del doctorado *Honoris Causa* de Don Federico Henríquez y Carvajal, dominicano, defensor de los ideales cubanos, orador, jurista, escritor y autor del libro *A punto Largo* en el que se muestra devoto de Martí y de sus ideas.

En abril la Federación de Estudiantes Universitarios lo invita a participar en una reunión en el “local” para tratar de lograr la expulsión de Cuba del Ministro plenipotenciario de Franco, José del Castaño. Participa como uno más con los estudiantes, con los líderes de la organización: Enrique Ovares, Lionel Soto y Horacio Ortiz. Jura como Director de Cultura del Ministerio de Educación en la oficina del Subsecretario Administrativo Manuel Rivero Setién, aceptando el cargo por decreto presidencial —por lo que sería congratulado por su amigo personal Rómulo Gallegos, que aprovecha la ocasión para convidarlo a participar en un proyecto civilista y democrático—. ²⁹ Y publica su *Historia de las Doctrinas Sociales*, que

²⁹ 30 de agosto de 1949.

Doctor Raúl Roa

La Habana

Querido Raúl:

Excúsame si oportunamente no te felicité por tu designación para Director de Cultura. Ando siempre copado de trabajos y de responsabilidades. Pero fue para mí noticia grata saber que un hombre de tu sensibilidad y mentalidad estaba en la rectoría de ese Departamento.

Ahora te escribo fundamentalmente para solicitar el entusiasmo de tu cooperación a una empresa de cultura política que estamos animando intelectualmente Germán Arciniegas y yo; y que en la parte administrativa esta gerenciada por hombres con posibilidades económicas y espíritu de empresa, lo que garantiza la estabilidad financiera a este esfuerzo.

Te enterarás con más detalle de lo que se trata leyendo el memorándum que te incluyo. Verás allí que se trata de darle vida a una Editorial cuya finalidad confesa es la de difundir y popularizar ideas democráticas entre los pueblos americanos. Será un aspecto, y no el menos eficaz ni el más transitorio, en esta recia pelea que estamos librando muchos hombres de América contra la desatada agresividad fascistoide y castrense.



sería distribuido por el Departamento de Intercambio Cultural de la Universidad a personalidades y centros culturales de Hispanoamérica.

Y prosigue la enseñanza, asumiendo la más noble tarea a lo largo de todo el año 1951. Está presente en la Conferencia Internacional de la UNESCO del 6 de junio. Toma la asignatura de Filosofía Jurídica y Social, dada cuenta de que el Dr. Emilio Fernández Camus ha sido designado Magistrado del Tribunal de Cuentas. Está en el Consejo Interamericano Cultural de la OEA como jefe de delegación. Es miembro del tribunal de oposición de la Plaza Cívica Obrera y Economía Política de la Escuela de Artes y Oficios, faenas estas que se extienden hasta 1952, cuando por designación del Ministerio de Estado es designado para acometer la Codificación del Derecho Internacional.

En 1952, antes de marzo, las cosas parecen volver a la normalidad en la Universidad. Los aires ilustrados parecen remover las hojas de los sauces y de la ceiba al costado de la Facultad de Derecho, y vuelve a ser Decano,³⁰ no sin antes contender con su compañero Antonio Lancís y Sánchez en fructífera disputa. Ostentaría el máximo cargo de la Facultad, por reglamento, hasta octubre de 1955. Los votos le sustentaban por encima del adversario.

Y hemos pensado en ti como uno de los cubanos más indicados para trabajar en la selección de un volumen que contenga el pensamiento de alguno de los grandes valores civilistas de tu país con prólogo crítico tuyo. Pensamos en Varona, pero observaba Arciniegas que en su literatura hay cierto apacible tono que parece no responder a este momento en que necesitamos difundir ideas beligerantes, agresivas, de hombres que hayan entendido la democracia como milicia y como fe. No sé cuál será tu apreciación con respecto a este punto de vista. En todo caso quedaría a tu arbitrio escoger el personaje cuyas ideas serían resumidas en el tomo que tu elaborarás. No se te escapará Raúl, la importancia de esta labor. En este momento crítico para la democracia americana es urgente que la siembra de ideas apasionadamente democráticas se realice al voleo ...

5340 Belt Road, N. W.

Washington D.C.

Rómulo

Fuente: Expediente laboral 12.402: 1947- 1952. Archivo Central de la Universidad de La Habana

³⁰ Octubre de 1952.



Una vez más se volcaba sobre la necesidad insatisfecha: el edificio para la Facultad.³¹ Se iniciaron las gestiones bajo su flamante cargo. Por moción de Antonio Lancís y Sánchez se aprobó que en todas las sesiones que se efectuasen durante el “Año del centenario de Martí”, que se celebraba, se hiciera constar como primer acuerdo, el reiterar al señor Rector, al Consejo Económico de la Facultad de Ciencias y a la Comisión de Obras y Proyectos, la adopción de las medidas que estuviesen a su alcance para conseguir que antes del comienzo del curso 1953-1954, se pudiese inaugurar el edificio de la Facultad que llevaría el nombre del Apóstol, como uno de los homenajes más destacados de la Universidad a su esclarecida memoria.³² Gestión que vería frutos más tarde, cuando el 28 de septiembre de 1953 se aprobada la escritura formalizando el contrato relativo a la construcción del edificio José Martí.

Durante el año 1953 se concentró en la crítica al gobierno de Fulgencio Batista, la confrontación llega a tomar ribetes personales. Y no podía ser de otra forma, era de los que aún mantenían la postura digna y el orgullo erguido ante la desastrosa situación nacional. Tuvo que partir entonces al exilio, en el que también creó, enseñó y mantuvo su pensamiento en la Isla del Caribe.

Como Martí en su época, el Dr. Raúl Roa y García contribuye al pensamiento mexicano; fue director de la revista *Humanidades* en Ciudad de México.³³ Llegó a ese país con una licencia de comisión científica, otorgada por su amigo personal el Rector Clemente Inclán, en momentos en que, debido a su encendido verbo, su vida corría peligro.

El 27 de mayo de 1955, después de un breve exilio, retoma su cargo de Decano. Se le brindó la bienvenida en un acto que se desarrolló en la Facultad, la suya por derecho. Eran las 5:30 p.m. y el hecho se iniciaba con la presencia del Rector

³¹ Desde 1950 en la Facultad se establecieron dos instituciones adjuntas dentro de la misma estructura administrativa: el Instituto de Administración Pública y la Escuela Anexa de Servicio Social, que formaría esta última a trabajadores sociales. Fuente: *Boletín Universitario*, a. XVII, no. 7, t. XVII, 15 de mayo, 1950.

³² *Boletín Universitario*, año XX, no. 7, t. XX, p. 212, 18 de abril 1953.

³³ *Boletín Universitario*, año XXI, no. 15, t. XXI, 16 de agosto de 1954.



y la del Secretario General de la Universidad de la Habana. El profesor Adriano Carmona Romay que en precederas palabras entregó el decanato a Roa.³⁴

El año 1956 fue de regocijo y albur para Roa; por una parte, se alcanzaba la añorada quimera en la cual cada profesor de la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público sentía su huella: el edificio de la Facultad, el “José Martí”, que se perfilaba flamante ante la calle *San Lázaro* y quedaba como dando la bienvenida a “la Colina”. El primero de febrero de 1956,³⁵ Roa programaba la reinauguración del antiguo edificio de Química, restaurado por el arquitecto José Roberto Chomat Berguerie, también director técnico de la obra; y un mes y medio después, en marzo, el Claustro estrenaba las aulas, constituyéndose el hecho en una ilustre noticia, publicada por el periódico *El Mundo*. Culminaban así catorce años de pretensiones y anhelos en torno a un espacio para el libre ejercicio de los profesores de la Facultad, que tuvo a Roa como uno de sus principales protagonistas.

Por otra parte, el 16 de abril, aún lleno de gloria por el logro colectivo de los meses anteriores, fue víctima de imputaciones que buscaban sacarle del ambiente público con anónimos fines siniestros. Lo acusaron de comunista, con las

³⁴ *Boletín Universitario*, año XXII, no. 11, t. XXII, 15 de junio de 1955.

³⁵ Valoró todas las actividades y partió hacia México donde el 17 de febrero de 1956: participó en la Escuela Nacional de Economía con cursos especiales en la Universidad Villa Obregón del Distrito Federal sobre la Reforma, segundo de los tres movimientos que resultaron de la Revolución de Ayutla, tiempo del P. Liberal. Inspirada en los conceptos del doctor José María Luis Mora y en los esfuerzos de Valentín Gómez Farías, precursores de las leyes de la Reforma. Ideólogo y estadista. Se abordaron temas de la Reforma como: Abolición de los privilegios del clero y de la milicia. Ocupación bienes del clero. Difusión de la educación pública en las clases populares. Libertad de opinión, igualdad de derechos civiles de extranjero con naturales. Establecimiento jurado causas criminales, supresión de monacales. Conferencias sobre el origen de las ideas liberales y su evolución en México. Su conferencia: “Las ideas liberales en el Caribe en el siglo XIX”. En carta del 18 de enero de 1956 respondía a la solicitud del tema a ratificar, pero debido al espacio, expresa darle mínima proporción al proceso de las ideas liberales en Centroamérica, Santo Domingo y Haití “...ya que el siglo XIX cubano concentraría por su riqueza, complejidad y esplendor, la mayor parte de mi atención...”. Expresa más apropiado preocuparse por las Antillas y confiarle al guatemalteco Luis Cardoza y al costarricense Vicente Saenz —ambos residentes en México— la empresa.

extensiones y riesgos que en la sociedad cubana de la época implicaba ese tipo de asociación.³⁶

El Claustro no pudo menos que sorprenderse por aquellas censuras, se imaginaba lo que había detrás. Y avivadamente declaró su respaldo al ya proverbial profesor ante el Tribunal de Urgencias, pues "... eligió al Dr. Raúl Roa para el cargo de Decano, atendiendo no sólo a sus virtudes académicas, a sus dotes intelectuales y a su acendrado amor a la Universidad, sino también a su definida y cabal ideología, cuya enseñanza y defensa es misión específica de esta Facultad..."³⁷

La Universidad le protegía; la Federación de Estudiantes Universitarios, en declaraciones firmadas por José Antonio Echevarría, Juan Nuiry y René Anillo, acusó al gobierno de preparar un complot para deshacerse de figuras opositoras mediante falsas acusaciones de ser elementos ligados o pertenecientes al Partido Comunista. Plan, que desde el punto de vista de la organización, partía del discurso de Fulgencio Batista en el que al referirse a un informe del Buró de Represiones Anticomunistas (BRAC), definía a la Universidad como promotora de actividades de ese tipo bajo el pretexto de la confraternidad americana.³⁸

Asimismo, el Consejo Universitario, por medio del Rector Clemente Inclán y el Secretario General René Hernández Vilá, manifestó su rechazo enérgico a las acusaciones del BRAC y del Buró de Investigaciones de la Policía (BIP). La Asociación de Estudiantes de Ciencias Sociales y Derecho Público a través de su presidente, Juan Nuiry Sánchez y Reinaldo Erpión, Secretario de Prensa y Propaganda, rechazó la "aviesa conjura de los elementos represivos del régimen" y definió el pensamiento de Roa como martiano y distante de todo tipo de dictadura.

La respuesta de Roa no se hizo esperar. En el diario *Prensa Libre* refuta las imputaciones del BIP, negando su relación con el Partido Comunista "... del cual discrepa por arraigadas

³⁶ *Boletín Universitario*, año XXIII, no. 7, t. XXII, 16 de abril de 1956.

³⁷ *Ibidem*.

³⁸ Roa, Raúl: "Ni con unos ni con otros: con la República", en *Prensa Libre*, año XII, no. 2, viernes, 16 de marzo de 1956, p. 527.



convicciones democráticas de público conocidas y en cuyos periódicos y papeles se me ha combatido y combate (...) Si no fuese por la oculta intención que parece inspirar estas falsas imputaciones, no valdría la pena refutarlas por absurdas; para mí es evidente que algún propósito inconfesable persiguen. No se explica de otro modo que se pretenda involucrarme en actividades y hechos en los que no tuve ni tengo ni arte, ni parte y se me atribuyan concomitancias con un partido al cual nunca he pertenecido, del cual discrepo por arraigadas convicciones democráticas de público conocidas y en cuyos periódicos y papeles se me combate.

“Si lo que se pretende es utilizar como pretexto esa burda patraña para torcer mi conducta, acallar mi palabra o reducirme a ciervo, erraron en el blanco (...) seguiré siendo quien soy y continuaré manteniendo mi actitud frente al régimen y las ideas que sustento. Abrevado en el pensamiento de José Martí, Manuel Sanguily y Enrique José Varona (...) he luchado y lucho en la esfera que me corresponde como educador y ciudadano, por la autodeterminación nacional, la independencia económica y el equilibrio social, la soberanía de la conciencia y la difusión de las luces, pivotes de la concepción democrática de la vida, de la sociedad y del Estado...”³⁹

El 15 de marzo de 1956 envía una carta al Sr. Leandro Carvajal, Decano del Colegio Nacional de Periodistas, sobre las insidiosas imputaciones y le pide que “... como periodista colegiado, que el colegio que a su digno cargo se manifieste ...” en igual sentido que el Consejo Universitario y la FEU.

Su posición consecuente con la Nación cubana le hizo muchas veces asumir posturas dignas y sin vacilaciones ante hechos concretos. Batista no le perdonaba los intensos escritos suyos aparecidos en la prensa plana en los cuales calificaba sin tapujos el estentóreo golpe del 10 de marzo como la agonía de la democracia cubana.

Sin embargo, su perspectiva era única: estaba con la República, la de Martí, la de Varona, la de Sanguily; creía firmemente en la posibilidad de cambiar —con los jóvenes— esas tragedias oprobiosas de labrantío y limbo cubanos —predo-

³⁹ *Ibidem.*



minantes durante más de cincuenta años—, negaciones de los gestos independentistas de nuestros patricios. Perspectiva que estuvo presente y que salpicó su conferencia “El papel de la juventud en la comunidad” en la edición de los cursos de la Universidad del Aire, que comenzaron el 22 de enero de 1956 en el circuito de la radioemisora CMQ y cuyo director, Jorge Mañach, nombró: “Problemas de la Comunidad”. Este fue descrito como un curso de Cívica Moderna, con especialistas de variadas disciplinas y que abordaba temas como: vivienda, alimentación, salubridad, trabajo, problemas espirituales, cultura, religión moral, arte y conciencia ciudadana.⁴⁰

Se sumó a este proyecto, audaz para las condiciones de la sociedad cubana de la época, porque era consciente de la posibilidad de la extensión de la cultura a través de los medios masivos de comunicación. Convirtiéndose, él mismo, en promotor de la socialización del conocimiento al emplear los medios al alcance y propiciar, desde entonces, la existencia de un nuevo tipo de alumno no constreñido al aula universitaria.

En 1957, a través de un proyecto de extensión universitaria, repitió la fórmula que fue también esta vez un pretexto para transformar la “dolorosa mudez”, como la calificaría el propio Rector Clemente Inclán, cuando apoyó la intención. A través de Telemundo, el entonces Canal 2 de la televisión, emprendió nuevos cursos que tenían como principal referente a la Cuba republicana.

La mudez que el Rector Magnífico mencionaba se refería al prolongado receso docente que existió durante el mismo año; situación ante la cual Roa expresó su oposición al negar la proliferación de las universidades apócrifas y refrendan-

⁴⁰ Entre los profesores estaban: Jorge Mañach, Elías Entralgo, Ramiro Guerra, Rufo López Fresquet, Marcelo Pogolotti, Raimundo Lazo, Vicentina Antuña, Elena Mederos. Los temas fueron: La historia en la formación de la conciencia cívica; La educación y la falta de sentido institucional de Cuba, El analfabetismo en Cuba; A qué tipo de educación primaria debemos aspirar; La influencia familiar y oportunidades de la juventud; Los colegios bilingües; Sentido nacionalista en la educación; Los valores morales; Uso y abuso de los fondos públicos; Los servicios hospitalarios; El desempleo en Cuba; Eficacia de la participación de la mujer en nuestra vida pública.



do su tesis de que si no se daba docencia, entonces la investigación científica y la difusión de la cultura serían los primordiales objetivos de la Universidad de La Habana, con el propósito "... de excluir la cultura y derramarla, como lluvia fecundante, sobre el surco ávido de la conciencia nacional, requerida en Cuba hoy como nunca ...

"Es por esta vía que la Universidad puede contribuir decisivamente no solo al conocimiento espiritual del pueblo, sino también a ponerlo en contacto con los temas y problemas fundamentales del pensamiento contemporáneo ...".⁴¹

El Proyecto incluía cursos, seminarios y conferencias a los cuales contribuiría la facultad a su cargo, que se podrían impartir, según su criterio, no solo en los locales universitarios, sino en los colegios profesionales, instituciones científicas y culturales como el Lyceum Lawn Tennis Club, la Sociedad Económica de Amigos del País, la Casa Continental de la Cultura; además de cursos por la radio y la televisión.

El 8 de noviembre de 1957 recibió una notificación de Elías Entralgo —Director a. i. del Departamento de Información, Publicación e Intercambio Cultural de la Universidad de La Habana— en la que se le informaba la coordinación realizada con Telemundo y su director Carlos Lechuga para un cursillo de título: "Imagen del mundo de hoy", invitándolo a impartir y organizar las conferencias.⁴²

Su labor innovadora tenía como supuesto capital hacer ciencia para crear conciencia y contribuir, en definitiva, al desarro-

⁴¹ "Carta al Rector", 7 de noviembre de 1957, en Expediente laboral 12.402: 1956-1959, Archivo Central de la Universidad de La Habana.

⁴² Los títulos de los cursos fueron: Estructura del Universo, Manuel F. Grau; Instituciones sociales cubanas, Raúl Roa; Energía: misterio y realidad, Antonio Rosado; Espacio y tiempo, Levi Marrero; Neo-humanismo, Vicentina Antuña; Creación literaria en la posguerra, Blanca Dopico; Grandes pintores de hoy, Rosario Novoa; Escuelas filosóficas de nuestros días, Humberto Piñera; Recientes estilos arquitectónicos, Joaquín Weiss; El contorno del subconsciente, Gustavo Torroella; La idea de la justicia y el concepto del derecho en la actualidad, Julio LeRiverend; Corrientes contemporáneas de química, Eduardo Núñez; Las nacientes enfermedades, José Bisbé; El ojo mágico del cinematógrafo, José M. Valdez Rodríguez; El mundo submarino, Luis Howere; El núcleo atómico, Marcelo Alonso; La concepción de la historia en el siglo XIX. Spengler y Trynbee, Elías Entralgo.



llo y prestigio de la universidad cubana. Con esos ímpetus se suma a muchos proyectos. Es miembro del Comité Organizador del Instituto Superior de Estudios e Investigaciones Económicas, creado en beneficio de la nación por recomendación de la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público, cuyo objetivo era preparar economistas y doctores en Ciencias Económicas. Asimismo hace acto de presencia en veladas culturales preparadas por el Grupo Juvenil Literario “La Avellaneda” que lo invita a impartir conferencias en memoria del poeta Rubén Martínez Villena. Se le ve por el Liceo Artístico y Literario de Guanabacoa en respuesta a las invitaciones del presidente Dr. Roberto Pereda Chávez, y del Dr. Everildo Rodríguez Estévez Director de Literatura; en el Aula Magna con la Asociación de Estudiantes de Derecho “Rafael Trejo”; impartiendo charlas de orientación profesional.

Con 50 años de edad se había convertido en el representante por excelencia de la Universidad de La Habana en congresos y reuniones de gran relevancia. Es invitado por su presidente, Frank Tannenbaum, al Seminario de Asuntos Latinoamericanos del Centro Latinoamericano de Estudios Económicos e Históricos de la Universidad de Columbia. Se desempeña como jurado en Puerto Rico del prestigioso Premio ESSO de Relaciones Humanas. Asiste por la Universidad Nacional Autónoma de México al VIII Congreso Nacional de Sociología que se desarrolló en Durango. Imparte conferencias sobre Martí, los Estados Unidos, y la unidad hemisférica en la Escuela de Leyes de la Universidad de Miami. Y es el delegado, con la credencial del Rector Clemente Inclán y Costa, de la Universidad de La Habana en el Congreso por la Libertad de la Cultura, celebrado también en México. En este último evento mencionado firma, junto a prestigiosas figuras del mundo intelectual americano y varios premios Nobel, un manifiesto a favor de los intelectuales y escritores de Hungría y Polonia, que condenaba la agresión del ejército soviético a esos países.⁴³

⁴³ “...Como escritores, artistas y universitarios, como hombres de América, condenamos la brutal agresión de que ha sido el pueblo de Hungría y nos dirigimos a nuestros compañeros de Budapest martirizada para decirles que estamos con ellos...”



Para 1958 la Universidad afrontaba apremiantes problemas de diversa índole y su figura era indispensable y necesaria en esos difíciles momentos. Justo en medio de la apoteosis política se le ocurre crear un Centro de Investigaciones Sociales⁴⁴—avalado por L. A. Costa Pinto director del Centro Americano de Investigaciones en Ciencias Sociales, con sede en Brasil y por Guillermo Francovich, Director del Centro Regional para el Hemisferio Occidental de la UNESCO—. Sabía “adónde iba Cuba”⁴⁵ y preveía la necesidad del método científico para facilitar soluciones.

Al triunfar la Revolución Cubana se sumó, lleno de júbilo cual mozalbete, a la demolición de los viejos esquemas. Y, debido a su incólume estirpe de ileso honor durante 52 años de vida y a su pensamiento, formado en continuas idas y venidas en la Universidad resultó escogido para ser representante, desde ese tiempo, del más significativo proceso que había gestado la Nación cubana. En enero de 1959 es autorizado por el Consejo Universitario a salir del país para asumir el cargo de embajador en la Organización de Estados Americanos. Más tarde, en febrero, renuncia como Decano. Después se funde en el compromiso de defensa, asume responsabilidades tan significadas como la de Ministro de Estado o representante de Cuba en la Organización de Naciones Unidas, pero no olvida, ni en el más entristecido de los mo-

“Ni el escritor, ni el artista, ni el sabio, ni el estudiante pueden cumplir su misión de ensanchar las fronteras del espíritu si sobre ellos pesa la amenaza de las fuerzas armadas, del Estado gendarme que pretende dirigirlos...”

Firman, entre otros: Gabriela Mistral (Nobel), Bernardo A. Houssay (N), Jorge Luis Borges, Juan Ramón Jiménez (N), John Dos Passos, Alberto Gaínza Paz, Roberto Giusti y Raúl Roa.

Fuente: Expediente laboral 12.402: 1956- 1959. Archivo Central de la Universidad de La Habana.

⁴⁴ “...Le doyen de la Faculté des Sciences Sociales de l’ Université de la Havane, avec lequel je me suis entretenu récemment ; m’a mis au courant d’un projet qu’il avait en vue en ce qui concerne l’établissement a la Havane d’un centre de recherches en sciences sociales destine a l’étude de certains problemes fondamentaux de la vie cubaine...”

Fuente : Expediente laboral 12 402, 1956-1959. Archivo Central de la Universidad de La Habana.

⁴⁵ Hace referencia a un artículo de título: “¿Adónde va Cuba?” con el cual ganó el premio Justo de Lara en 1958.



mentos, sus más de 30 años de estudiante y profesor universitario.

Vida Universitaria

La presencia de Roa en la Universidad y de la Universidad en Roa se observa nítidamente cuando se recorren las páginas de la interesante y confinada revista *Vida Universitaria*. De todos los profesores que en la década del 50 integraban el Claustro de la Universidad, su figura sobresale, por lo recurrente, en los espacios y acciones de la Casa de Altos Estudios.

Vida Universitaria fue concebida como el órgano de la Comisión de Extensión Universitaria, y surgió en 1950. Pretendida con un papel modelador de la conciencia nacional, avanzaría durante toda la década, destacando el quehacer universitario según las palabras de Roberto Agramante, Director del Departamento de Intercambio Cultural de la Universidad.⁴⁶ Las ideas que promovieron su creación fueron las de una confraternidad continental que favoreciera la ciencia y la cultura a tenor del acuerdo del Congreso de Universidades Latinoamericanas celebrado en Guatemala en 1949.

Y convertía, esta revista, la “vida universitaria” en expectativa. Sabía del cardinal rol que redimían los pedagogos que habitualmente ceñían su faena a las aulas del recinto. Roa, entre sus páginas, creando para todos: los alumnos, la Universidad y Cuba entera.

En diciembre de 1950 aparece el Profesor universitario en un artículo que evidenciaba los rasgos de esmero y creación que tenía su docencia. Proponía, nada menos, que interpretar la Historia de las Doctrinas Sociales a través del cinematógrafo. Una foto se adjuntaba como para demostrar la hazaña y Raúl, cabizbajo, acompañado de alumnos y alumnas —una de las cuales le mira fijamente en pose fingida para la instantánea— queda inmortalizado como el hombre sencillo que es.⁴⁷

⁴⁶ *Revista Vida Universitaria*, año 1, no. 1, agosto 1950.

⁴⁷ “Interpretación de la Historia de las doctrinas sociales valiéndose del cinematógrafo”, en *Vida Universitaria*, año 1, no. 5, diciembre, 1950, p. 12.



Sabía escoger bien los temas, que en este caso versaba sobre los “Conflictos entre el hombre y la sociedad”. Su noción era acendrada: “... cuando nacemos (...) nos encontramos insertos en un sistema de relaciones sociales, cuya profusa urdimbre nos ata y esclaviza a lo que nos viene dado.”⁴⁸ Pensaba que todos estamos a merced de usos, costumbres y normas inventados por otros, siendo solamente actores de una pieza mil veces escenificada. Complicada filosofía para mantener el orden social y la conciencia humana regida, según su criterio por la estática y las dinámicas sociales.

Realmente esos actores, cuando quieren cambiar lo que les corresponde, deben hacer lo que no se espera de ellos, y romper las intangibles barreras, sin turbaciones.

Escogió el filme *Monsieur Verdoux* de Charles Chaplin en el que se evidenciaba, según su criterio, que nada podría contra los usos, las costumbres, convenciones y prejuicios; sin embargo, el personaje no temía enfrentar el ridículo para cambiar su vida. El dilema, que es universal, se constreñía a la contradicción “... o se decide uno por el cómo reptar de la vida prefabricada o por el riesgoso imperativo de ser el que es ...”.⁴⁹

¿En qué medida esa definición formaba parte de su vida? Pues, en mucho había abortado lo que le atañía. José R. Fernández Figueroa pensaba que sí, que era un hombre excepcional. Era “... de esa estirpe de hombres, tan escasa en estos [y aquellos] tiempos de mediocridad y de acomodamiento, que se agarra a un ideal y lo levanta como una bandera de fe y de esperanza. Si su palabra peregrina de la verdad, levanta ronchas aquí, agravios allá, vítores, más adelante, poco le importa, porque no escribe para agradar a unos ni lastimar a otros. Lo hace para cumplir con su conciencia de hombre ...”.⁵⁰

Y sin rencores se le ve con Jorge Mañach, el otro de la encendida polémica sobre el poeta del *Mensaje Lírico Civil: Rubén*

⁴⁸ *Ibidem.*

⁴⁹ *Ibidem.*

⁵⁰ Fernández Figueroa, José R.: “El Raúl de siempre”, en *Vida Universitaria*, año II, no. 8, marzo 1951.

Martínez Villena. Y aunque es apasionado, se sienta a su lado en una solemne Conferencia General de la UNESCO, junto a los también asistentes Alberto Blanco y Luis A. Baralt.⁵¹

Dispara con su verbo, cree que la Ciencia, la Conducta y la Ciencia enjuiciarían el grave hecho cometido el 10 de marzo. No era hora de enjuiciamientos definitivos. Prío, presidente constitucional de Cuba en el exilio y “... Aureliano Sánchez Arango le puede dar lecciones de probidad y de coraje a los simuladores que lo difamaron ayer y a los descaretados que lo calumnian ahora ...”.⁵²

Y representa a la Universidad, esa que “... todos los cubanos han de mirar (...) imbuidos de sentimientos de respeto y de admiración, ya que es el bicentenario laboratorio de la cultura nacional y uno de los más antiguas luminarias de la ciencia en América...”,⁵³ la anfitriona de singularísimas visitas como la de Luthers H. Evans Director General de la UNESCO; y la de Alexander Fleming. Crisol de elevados espíritus cuyo lema hizo suyo: “Ciencia, experiencia y conciencia”.

En octubre de 1953, el año del Centenario, asiste al VI Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, y habla de Martí. Imparte la conferencia “La polifacética figura de nuestro Apóstol” que provoca un editograma del *Excelsior* de México con motivo de su visita a ese país y en el que se afirmaba que “... Roa difunde su pensamiento social vivo y actuante, sus interpretaciones sobre Martí no es sentir

⁵¹ *Vida Universitaria*, año II, no. 12, julio 1951, p. 23.

En 1927, cuando Rubén estaba enfermo en la Quinta de los Dependientes con una aguda congestión pulmonar, se le ocurrió a Fernández de Castro editar los versos de aquel mediante colecta pública para rendir tributo a su obra. Ante este hecho, en octubre, Jorge Mañach, que había participado junto a Rubén en la Protesta de los Trece, publica en *El País* la crónica Nuestro Rubén en la que ponía en duda el valor poético y literario de este, que le responde el 18 del mismo mes. Roa, por su parte, le escribe a Mañach, y desde entonces sostuvieron enconadas disputas en las que mediaron importantes figuras del mundo intelectual como el propio Nicolás Guillén.

⁵² *Vida Universitaria*, año IV, nos. 35 y 39, 1953.

⁵³ “Prestigio de la Universidad”, en *Vida Universitaria*, año IV, no. 32, marzo 1953, p. 2.

genuflexiones adorativas sino revivir el espíritu imperecedero del hombre ...”, del poeta, del revolucionario.⁵⁴

Está consciente, es sutil y se suma a la coyuntura. Le escribe al Rector, y crea opiniones entre muchos, sobre lo que sucede, habla de lo que escribe Pedro Miret al Rector; y los que no leen entrelíneas se perturban en vano: “... de todas las recibidas [cartas] muy pocas, sin dudas han debido colarle tan hondo en la entraña como la que suscita este comentario...”. Habla del vedado en 1953 reclusorio de Isla de Pinos y de los sobrevivientes del Moncada, y de lo que pretenden hacer: organizar una academia de estudios. Y pide libros y apoyo. “¿No se anima usted, lector, a nutrir con su aporte la pequeña biblioteca de estos jóvenes generosos y corajudos que no pueden cumplir sus deberes de estudiantes porque «otros mayores» se lo han impedido...?”⁵⁵

Reseña “La liberación étnica cubana” de Elías Entralgo como una exhortación al cumplimiento del deber. Incita su lectura para descubrir los problemas básicos de la sociedad cubana a través de la definición de los hechos negros, las ideas blancas y el fenómeno mulato presentes en la sociedad cubana. Visita junto al Rector la prensa cubana. Festeja los 228 años de la fundación de la Universidad “... chorro de luz y bastión de la patria ...”,⁵⁶ reivindicando a Agustín Caballero, Félix Varela, José de la Luz y Varona. Labra la enseñanza, al despertar la curiosidad por el saber, la experimentación, crítica e investigación. Comenta la historia de la institución, de la transformación de 1923; de la Universidad militarmente ocupada en 1935; de la nueva etapa con la ley docente del 8 de enero 1937 en la que se logra autonomía docente, académica y administrativa, consagrada posteriormente en la Constitución de 1940.

Son páginas de huellas. Hojas marcadas por el tiempo por lo marchitas, pero sobre todo porque muestran acendra-

⁵⁴ “Magnífica actuación del Decano, Doctor Raúl Roa en México”, en *Vida Universitaria*, año IV, no. 39, octubre 1953, p. 7.

⁵⁵ “Sobre carta al Rector Clemente Inclán de Pedro Miret”, en *Vida Universitaria*, año IV, nos. 40- 41, noviembre-diciembre 1953, p. 6.

⁵⁶ Roa, Raúl: “Cumpleaños de la Universidad”, en *Vida Universitaria*, año VII, nos. 66 y 67, enero-febrero, 1956.



damente la vida en la Universidad, los inconvenientes y las porfías que motivaron soluciones más de una vez. Roa es pretexto, hubiese estado de acuerdo. Está allí, junto a muchos otros en desprendida legitimación de la Universidad.

Exhortación ineludible

En estas páginas el lector encontrará las palabras de Roa; las relacionadas con su vida universitaria en el periodo comprendido de 1925 hasta 1960, referidas —en menor medida— a su vida estudiantil y la hornada revolucionaria por devenir él, según sus propias aseveraciones, el representante más simpático de la generación de 1930 y a su etapa de profesor. El énfasis en estos años se justifica por el hecho de que en estos siete lustros se va formando un pensamiento audaz, comprometido y creador.

Quien descubra estas páginas tropezará con lecciones trascendentales de inobjetable valor para la formación de la conciencia y la Nación cubana. Al mismo tiempo, con su gran dominio del idioma y con un estilo brillante y original.

Fue especialista en introducir términos y locuciones comunes y jocosas en textos serios, por lo que es cómodo augurar una comprensión holista de sus textos, amén de lo artificioso de su lenguaje.

Aunque se encuentran unidades fraseológicas utilizadas en diferentes estilos que van desde los representativos del español más castizo (“a pie juntillas”, “hacer el agosto”) hasta típicos del sabor criollo (“acabar con la quinta y con los mangos” y “volar el turno”), su proyección es simple; va a al punto mismo de lo que quiere decir, y lo dice sin tapujos, sin esconderse detrás de la palabrería fútil.

Y sus juicios son agudos: “... ninguna obra de verdadera transformación puede hacerse en menos de lo que canta un gallo, ni deslizarse sobre un lecho de rosas ...”, aunque utilice su gracia y donosura. Suele ser perspicaz para arremeter con todas sus fuerzas contra lo que se opone a su ética, y a la de la sociedad cubana: “...ñames se dan en todas los tiempos y todas las latitudes (...) algunos andan con corbata, pero son perfectamente reconocibles...”.



Hemos querido establecer una consecución de textos pero no de manera cronológica, sino seleccionada en función precisamente de esta evolución que mencionamos. Para ello, hemos dividido el libro en tres capítulos. En el primero, se incorporan algunos textos relacionados con su vida estudiantil y con el compromiso del joven Roa con la sociedad cubana.

El segundo capítulo lo hemos titulado: "El Profesor y la Universidad", porque muestra algunas de las brillantes creaciones del Profesor, pero no referidas en lo esencial al proceso docente, sino que en función de una visión íntegra de la sociedad y de la inserta Universidad como gestora de trascendentales cambios en la conciencia de su época. Con aquellas, se observa al Roa preocupado, arduo, airado y pujante ante los problemas políticos y sociales de cada momento y siempre desde el pedestal universitario.

El tercero, compromete: retoma a Martí, a Varona, a Sanguily y justifica, y son sus palabras las mejores explicaciones. Critica sin cortapisas, y enseña con las lecciones los ejemplos imperecederos. Se impone el descubrimiento de sus palabras. Y retomarlas no es justificación, sino necesidad. Exhortación.

EDEL JOSÉ FRESNEDA CAMACHO

Bibliografía

- Expediente Laboral de Raúl Roa: 12, 402, Archivo General de la Universidad de La Habana.
- Núñez Machín, Ana: *El joven Rubén*, Editorial Gente Nueva, La Habana, 1981.
- Raúl Roa: *Canciller de la Dignidad*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986.
- Roa, Raúl: "Ni con unos ni con otros: con la República", en *Prensa Libre*, año XII, no 2, viernes, 16 de marzo de 1956.
- Roa, Raúl: *15 años después*, Ed. Librería Selecta, 1950.
- Roa, Raúl: *Bufa Subversiva*, La Habana, 1935.
- Roa, Raúl: *Don Fernando y Don Francisco*, Ed. LEX, La Habana, 1949. (Conferencia leída, Lyceum, 12 de agosto de 1949.)
- Roa, Raúl: *En pie*, Departamento de Relaciones Culturales, Universidad Central de Las Villas, 1959.

- 
- Roa, Raúl: *Escaramuza en las vísperas y otros engendros*, Santa Clara, Universidad Central de Las Villas, 1966.
- Roa, Raúl: *Historia de las Doctrinas Sociales*, Imprenta de la Universidad, La Habana, 2001.
- Roa, Raúl: *Homenaje de la Universidad de La Habana a la memoria de Antonio Machado*, Imprenta de la Universidad, 1944.
- Roa, Raúl: *José Martí y el destino americano*, Imprenta y Papelaría de Rambla, Bouza y Cía., 1938.
- Roa, Raúl: *Martí y el fascismo*, La Habana, 1937.
- Roa, Raúl: *Mis Oposiciones* (valoración por Emilio F. Camus), Edit. Alfa, La Habana, 1941.
- Roa, Raúl: *Pablo de la Torriente Brau y la Revolución Española*, Empresa Editora de Publicaciones, La Habana, 1937.
- Roa, Raúl: *Programa de Historia de las Doctrinas Sociales*, La Habana, 1944.
- Roa, Raúl: Vida ascendente y programa infinito, primer pronunciamiento público de Raúl Roa como decano, Universidad de La Habana, 1942.
- Roa, Raúl: *Viento Sur*, Editorial Selecta, La Habana, 1953.
- Roa, Raúl: "Vocación, palabra y ejemplo de José Gaos", en revista *Universidad de La Habana*, La Habana, 1939.
- Tristá Pérez; Antonia María: *Fraseología en la obra de Raúl Roa*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987.

Publicísticas

- Boletín Oficial Universitario*, Universidad de La Habana, años 1940-1959.
- Revista *Vida Universitaria*, Universidad de La Habana, años 1950-1958.
- Antuña, Vicentina: Discurso pronunciado en el Acto de Investidura del doctor Raúl Roa como Profesor de Mérito, en *Granma*, 23 de abril de 1977.
- Bueno, Salvador: "Raúl Roa escritor", en *Bohemia*, no. 22, 29 de mayo de 1970.
- Feijoo, Samuel. "Entrevista a Raúl Roa, escritor revolucionario sin final previsible", en *Granma*, 18 de abril de 1977.
- Fernández Retamar, Roberto: "Alborada de la Verdad", en *Bohemia*, no. 31, 18 de diciembre de 1964.







Capítulo 3:
Por la Nación Cubana:
Historia y Sapiencia







Natalicio de Martí*



Anoche debí yo pronunciar una conferencia sobre José Martí en los salones de la “Artística Gallega”. No pude. Pero no, precisamente, por súbita afonía, o por flaqueza de ánimo. El acto, pura velada conmemorativa organizada por un fervoroso grupo de mujeres cubanas, fue prohibido por úkase gubernativo, como si se tratase de una convocatoria apocalíptica. El diálogo cívico a punto de trenzarse excluye, por lo visto, el culto civil a Martí, el derecho de reunión para evocarlo y el uso libre de la palabra para honrar en pie su memoria. Si el contrasentido resulta a todas luces flagrante, obligación ineludible es consignar la protesta. Ante ese hecho, obviamente demostrativo de que, tras el merengue, se aguzan las púas, Enrique José Varona se hubiese ceñido a exclamar: la colonia sobrevive.



Triste cosa, en verdad, que a los ciento tres años del natalicio de la más eminente y radiosa personificación de sus virtudes, calidades y grandezas, el pueblo cubano se vea arbitrariamente impedido de rendirle homenaje. Evidencia, por lo pronto, el dramático abismo que media entre lo que quiso, la generación mambisa que la república fuera y lo que ahora es. O para ser más exacto: el fluido democrático de la Asamblea de Guáimaro ha sido suplantado por el ordeno y mando de las pragmáticas reales y el respeto a la dignidad plena del hombre por un papel sin espíritu.

Si la mayoría de los martianos profesionales parece haberlo olvidado —terrible procesión de culpables—, yo se lo rescribo en el corazón, como un puñado de ortigas. Justamente para impedir que la libertad fuera meramente teórica, la re-

* Enero 9, 1956.



pública cuenco vacío y la soberanía a beneficio de tercero, luchó, soñó, sufrió, pensó, escribió, habló y murió José Martí, homagno generoso de impar epopeya. Su quehacer apostólico y su pensamiento revolucionario tuvieron meta más alta que la emancipación de Cuba del yugo español. Los tiempos habían madurado de nuevo y la nación, ya aflorada en heroica porfía, lo reclamaba como el inexorable cumplimiento de lo que Manuel Sanguily denominara una ley natural; pero Martí, con ese afilado sentido histórico que es la más señera expresión de su genio político, concibió el tránsito de la colonia a la independencia como el necesario y apremiante preámbulo de la ingente faena.

No bastaba eso, con ser mucho, para poner al pueblo cubano en el cabal goce de sí mismo, objetivo céntrico de su ideario, de su prédica y de su acción. Era indispensable, además, y, sobre todo, organizar la nueva realidad de tal modo que de su entraña fluyera, inagotable, un ínsito afán de superación. Como él mismo sentenciara de Cecilio Acosta, Martí vio, previo, postvió. La independencia sin libertad era un escarnio, la libertad sin justicia un fantasma, la justicia sin cultura un peligro. Nada valía ni significaba la república sin sustancia en constante renuevo y sin formas de expresión congruentes con su espíritu; significaba y valía sólo en la medida en que fuese libre, justa y culta. De ahí que la república, como idea y como hecho, jamás estuviera concluida y que hubiese, en consecuencia, que depurarla y rehacerla, cada día, a la lumbre del ideal que la trajo. No en balde no era triunfo, sino agonía y deber; era, en suma, ara y no pedestal. Harto sabía Martí que erigir y consolidar una república limpia desde su raíz y en vuelo ascendente, entrañaba arrestos, sacrificios y abnegaciones sin cuento; mas, también sabía, que si crear es oficio de poetas, llevar a la vida lo creado es oficio de hombres.

Eso quiso Martí que la república fuese en lo interno; y, en lo externo, vigía de las Antillas, fiel del equilibrio continental, bastión del decoro humano y ventana abierta a todos los vientos del progreso. Eso quiso Martí que la república fuera; y, mientras la república no sea lo que él quiso, nos lo estará demandando con desesperación prometeica. El pueblo cu-



bano ha recogido ya ese clamor y se le ha cuajado en conciencia. Martí anida en ella como anheló y pidió vivir.

Todo natalicio de un hombre con vocación nazarena reverdece de ilusiones su aniversario. No se labra en vano la tierra. Día llegará, de eso estamos seguros, en que se podrá hablar libremente de José Martí a toda hora y en todo sitio.

Tomado de Roa, Raúl: Retorno a la alborada, Dirección de publicaciones Universidad de Las Villas, Las Villas, 1964, t. I.





Centenario de José Martí*

Este año conmemora México el bicentenario del nacimiento de Miguel Hidalgo. Cuba conmemora este año un siglo del natalicio de José Martí. La coincidencia es asaz significativa. No sólo fueron Hidalgo y Martí voz y conciencia de su tiempo. Ambos fueron, también, hijos de un mismo proceso y protagonistas de un mismo drama. Son contemporáneos históricos y pares en calidad humana. Y aún iluminan, guían y pugnan.

Del cura generoso y rebelde, que echó “su suerte con los pobres de la tierra”, dejó Martí una estampa vivida. De ella transcribo estas palabras: “Desde niño fue de la raza buena de los que quieren saber. La raza mala es la de los que no quieren saber. Hidalgo sabía francés, que entonces era cosa de mérito, porque lo sabían muy pocos. Leyó los libros del siglo XVIII que explicaron el derecho del hombre a ser honrado y a pensar y a hablar sin hipocresía. Vio a los negros esclavos, y se llenó de ira. Vio maltratar a los indios, que son tan mansos y generosos, y se entró en ellos como un hermano viejo, a enseñarles las artes finas que el indio aprende bien: la música, que consuela; la cría del gusano, que da la seda; la cría de la abeja, que da la miel. Un traidor le dijo a un comerciante español que sus amigos de Querétaro trataban de hacer a México libre. El cura montó a caballo, con todo su pueblo, que lo quería como a su corazón; se le fueron juntando los caporales y los sirvientes de las haciendas, que eran la caballería; los indios iban a pie, con palos y flechas o con hondas y lanzas. Declaró libres a los negros y devolvió sus tierras a los indios. Ganó y perdió batallas. Su compañero Allende tuvo

* Universidad de Nuevo León, Monterrey, México, julio 20, 1953.



celos de él, y le cedió el mando a Allende. Iban juntos buscando amparo en su derrota cuando los españoles les cayeron encima. A Hidalgo le quitaron, uno a uno, los vestidos de sacerdote. Lo sacaron detrás de una tapia y le dispararon los tiros de muerte a la cabeza. Cayó vivo, revuelto en la sangre, y en el suelo lo acabaron de matar. Le cortaron la cabeza y la colgaron en una jaula, en la Alhóndiga misma de Granaditas, donde tuvo su gobierno. Enterraron su cadáver descabezado. ¡Pero México es libre!" Y concluía Martí de esta guisa, acaso presintiendo análogo destino: "Una es la América y no son hombres distintos en América Bolívar, Washington e Hidalgo".

Grande y no de España, sino de América, fue José Martí. En cuna humilde y en una ergástula ceñida de espumas —cornucopia enlutada de harapos— advino a la existencia este Nazareno de espada y paloma. Milicia generosa fue su tránsito por la tierra y vía radiante su desplome en Dos Ríos. No hemos tenido en América varón más tierno, ni mente más robusta, ni intuición más buida, ni conciencia más limpia, ni verbo más fúlgido. Ni tampoco carácter más entero, ni fe más templada, ni pasión más noble, ni héroe más puro, ni guía más diestro. Su vocación fue servir, su tarea crear y su oficio ver, prever y postver. Hija de su fecundante agonía fue la independencia de Cuba, y sangre de su entraña la república alumbrada entre proezas, abnegaciones y sacrificios. Fue lo que quiso ser: libertador de Cuba, profeta de América, primogénito del mundo. Pero cuanto fue —y lo fue todo en inusitadas proporciones— se lo debió a su pueblo, que acendró en tan luminoso barro sus más finas calidades y sus más altas virtudes. Y, por eso, para Cuba —raíz telúrica de su ala arcangélica— fue siempre su primera palabra y la oblación de su vida.

Mucho se ha escrito, en estos últimos tiempos, sobre José Martí; pero, no se ha dado aún una versión condigna de su vida trepidante y generosa, ni se ha sustanciado, plenamente, el alcance de su pensamiento político. Julio Antonio Mella, que amó tanto a Martí como el más ferviente martiíolatra, juzgó esa faena "una necesidad, no ya un deber de la época". Y, más de una vez, soñó escribir un libro sobre Martí "en una



prisión, sobre el puente de un barco, o en el vagón de tercera de un ferrocarril, o en la cama de un hospital convaleciente de una enfermedad cualquiera” ya que éstos eran para él —fuerza apostólica en duelo permanente— “los instantes que más incitan a trabajar con el pensamiento”. Balas arteras troncharon aquella vida impetuosa y resplandeciente, que era esperanza y clarín de los oprimidos. Mella anhelaba arrancar a Martí de “tanto mercachifle, de tanto adulón, de tanto hipócrita que habla o escribe sobre él”.

Ese libro, aún por hacerse, tiene que escribirse. Y sólo una pluma limpia y viril, genuinamente revolucionaria, podrá culminar tamaña empresa. Ese libro deberá devolvernos, como fue, aquella vibrante y poemática figura, “la personalidad más conmovedora, patética y profunda —al decir de Fernando de los Ríos— que ha producido hasta ahora el alma hispana en América” En las páginas de ese libro, deberá palpar todo Martí: el poeta, más preocupado de la utilidad de la belleza que de su goce subjetivo, el escritor coruscante y personalísimo, el tribuno de vuelos insólitos y abisales hallazgos, el amorador infatigable que calcinó brumas y malogró primaveras; pero, deberá estar, sobre todo, como síntesis coronada de luz, el revolucionario ejemplar. Y, ya estaremos entonces, en aptitud de mensurar, en toda su estatura, al hombre que afirmó, con hondo sentido de la dinámica histórica, que “las etapas de los pueblos no se cuentan por sus épocas de sometimiento infructuoso, sino por sus instantes de rebelión”. Quien escriba ese libro se hará digno de gratitud imperecedera. Mientras no se escriba, que cada quien contribuya, en su medida, a difundir los momentos estelares de la vida de José Martí y a desentrañar la esencia de su pensamiento revolucionario, proyectando su claridad potentísima sobre las tinieblas enconadas del presente americano.

Sin la más leve pizca de patriotería, lo afirmo. Nadie más acreedor en nuestra América a todos los homenajes y a todas las recordaciones que José Martí. Honrarlo, honra. Evocarlo, conforta. Pero ni antes, ni mucho menos ahora, en que han resucitado en nuestra América “la mayordomía espantada de Veintemilla, la hacienda sangrienta de Rosas y el Paraguay lúgubre de Francia”, ese homenaje y esa recordación pueden



reducirse a un culto abstracto o a una exaltación publicana. Culto vivo reclama su ejemplo. Recordación pugnaz su holocausto. Hora es ya de clavar en la hoguera a quienes traicionan su espíritu, comercian con su huesa o enlodan su ideario. Hay que arrebatarlo, quijotescaamente, de manos purulentas y de labios impuros.

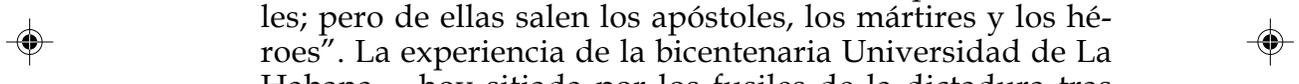
De ahí que no nos hayamos juntado esta noche para verlo como no fue, ni para pintarlo con afeites y atributos que jamás usó, ni para vaciarle de gusanos la carne mortal, ni para vestir, con muselinas pudorosas, su magnífica y exultante desnudez humana. Nos hemos juntado esta noche para verlo como fue, como es imperativo verlo, como contemplamos las figuras excelsas de otros pueblos, en función de realidad. Los genios obedecen, también, a las leyes ineluctables del tiempo y el espacio. Y, mientras más de su instante y de su medio sea el poeta, el pensador o el revolucionario, más dilatada resonancia tendrá su acento, su mensaje o su conducta en la historia.

Por ser muy de la Mancha —ha dicho Miguel de Unamuno— es Don Quijote un símbolo ecuménico. Por ser muy de su tiempo y de su medio, es José Martí ciudadano del mundo. Momentos antes de partir rumbo a Santo Domingo, donde lo aguardaba ya impaciente y calzado y con la estrella rutilante en el sombrero mambí el generalísimo Máximo Gómez, escribió Martí al Club Diez de Octubre, de Puerto Plata: “Estamos haciendo obra universal. Quien se levanta hoy con Cuba, se levanta para todos los tiempos”. “Hasta hoy —dirá en seguida en nuestra tierra oriental— no me he sentido hombre. He vivido avergonzado y arrastrando la cadena de mi patria toda mi vida. La divina claridad del alma aligera mi cuerpo; este reposo y bienestar explican la constancia y el júbilo con que los hombres se ofrecen al sacrificio”. Y el 18 de mayo de 1895, en el pórtico mismo de su caída estremecedora, en carta a Manuel Mercado, su entrañable amigo mexicano, recogería, con emoción difícilmente sofrenada, lo más puro y perdurable de su pensamiento revolucionario: “Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimo con que realizarlo— de impedir, a tiempo, con la indepen-



dencia de Cuba y Puerto Rico, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso". La urgencia ineludible del combate dejó trunca esa carta. Y, trunca también, la obra magna a la que José Martí había ofrendado su vida.

Escribir o hablar sobre Martí puede cualquiera. Lo que ya no puede cualquiera es vivir, como propia, la vida de sacrificio, abnegación y coraje que vivió Martí. Vivir como Martí vivió, en tensión heroica contra lo que es, y está superado, es patrimonio exclusivo de los que viven para Martí y no de Martí; de los que sienten en la entraña el dolor y la injusticia de una república que es hoy propiedad privada de una oligarquía codiciosa y cruel; de los que ansían convertirla en una república cordial con todos y para el bien de todos. Y, por eso, urge rescatar a Martí, para que viva, como anheló y pidió vivir, diluido, tal misteriosa esencia, en las raíces más insobornables de los desheredados y perseguidos de América.



"Las Universidades —afirmó José Martí— parecen inútiles; pero de ellas salen los apóstoles, los mártires y los héroes". La experiencia de la bicentenaria Universidad de La Habana —hoy sitiada por los fusiles de la dictadura tras vandálico saqueo— verifica, enteramente, la validez del aserto. Apóstoles, héroes y mártires han brotado, en fecunda simiente, de sus aulas. Martianos genuinos fueron esos jóvenes bizarros que jamás escondieron lo que pensaban ni contemplaron el crimen en calma, que fueron a toda hora fieles a sí mismos y al destino de Cuba, que ni transigieron ni desmayaron, que frente al holocausto les creció el denuedo y frente al oprobio se irguieron coléricos, que viven no obstante estar muertos, que nos señalan el rumbo con índice inflexible. ¡Qué distintos estos bregadores del ideario martiano de esos plumíferos sietemesinos que, de vivir en su tiempo, lo hubieran dejado solo porque llevaba luz y, entre el yugo que engorda y humilla y la estrella que ilumina y mata, se hubieran abrazado alegremente al yugo! No; no hubieran podido estar junto a Martí los que ahora, con la boca enjoyada de citas y las manos repletas de infolios, están contra él en la práctica política y en la conducta ciuda-



dana. Junto a él pudieron únicamente estar cuantos en la república han donado su sangre por completar su obra de liberación nacional y social.

Trágica fue la vida de José Martí. Trágica fue su muerte. Aún más trágica su posteridad. La república que José Martí trajo en andas del pueblo es hoy presa infeliz de una minoría voraz e irresponsable, que la tomó por asalto en las vísperas mismas de su centenario. No hubo miramientos ni respetos para el fundador inmolado, ni respetos ni miramientos para la voluntad popular. Veinte años de jadeante y doloroso braceo, en demanda de la meta soñada, se desandaron de un tajo inmisericorde.

La República de Cuba ha sido negación radical de lo que José Martí quiso que fuera; pero, justamente, para impedir que continuara siendo “la perpetuación en formas nuevas, más aparentes que esenciales, del espíritu autoritario y de la composición burocrática de la colonia”, y para coronar la revolución iniciada en la manigua, el pueblo cubano se sublevó en 1930, en 1933 y en 1935. De aquel turbulento y dramático proceso —pesadilla en el recuerdo reverberante de hazañas— surgió una clara conciencia y una terca voluntad de “renunciamiento y remolde”. Mucho le faltaba andar y sufrir al pueblo cubano para alcanzar sus nobles propósitos; mas, bajo la égida de ese impulso en marcha el centenario de José Martí —compromiso y recuento— pudo haberse recibido con los corazones empavesados y las esperanzas flameantes, en tenso y maduro afán de consolidar la libertad, depurar las costumbres públicas, fomentar la riqueza social, difundir la cultura y “poner la justicia tan alta como las palmas”.

No hemos podido los cubanos conmemorar, jubilosamente, el centenario de José Martí. La república existe hoy, sólo, en la nomenclatura convencional de un régimen que derribó sus instituciones y señorea por la fuerza, que “es sólo justa para hacer el bien”. No se manda en ella por encargo del pueblo; se manda en ella “como se manda un campamento”. Y es nula merced “el derecho que tiene todo hombre a pensar y hablar sin hipocresía”; y ha dejado de ser “la ley primera y fundamental el culto a la dignidad plena del hombre”. Cier to es que el río de la historia sigue, con la inexorabilidad de



un imperativo biológico, su serpeante fluencia; pero, el tiempo puede retroceder y el pasado retornar. Testigos hemos sido los cubanos de ello. La colonia, felinamente agazapada en sombríos rebalses de la estructura social, ha vuelto por sus fueros en el centenario de José Martí. Su obra ingente —sueño de carne en las vigilijs genésicas del destierro— ha sido pisoteada, escarnecida y profanada por la ambición personal y el apetito de fusta. No se concibe mayor afrenta a los que forjaron la patria y cayeron por la república.

En vano se invocaría el espíritu de Martí en las misas retóricas de la liturgia oficial. Aquel día el espíritu de Martí se manifestó sólo en el clamor civil de la protesta popular y en la marcha estudiantil de las antorchas. el titulado congreso martiano fue, también, un fracaso. Un grupo de escritores cubanos, algunos de reconocido prestigio intelectual, se prestó a servir de comparsa. De los escritores hispanoamericanos invitados, varios se excusaron con discreta evasiva y otros, como Andrés Iduarte, rehusaron virilmente la invitación; pero, la mayoría de los que concurrieron anduvo escurridiza y como avergonzada ante el vacío que encontraron y el digno alejamiento de cuantos honramos a José Martí con la palabra y con la conducta.

La vocación revolucionaria despuntó tempranamente en José Martí. A los diecisiete años apenas, fue llevado, junto con su condiscípulo amigo Fermín Valdés Domínguez, ante un consejo de guerra y condenado a seis años de presidio. Fue su primer encuentro con el aparato represivo de la España colonial. Inevitablemente, llamea en la memoria su condenación inapelable: “Si Dante hubiera estado en presidio, no hubiera tenido necesidad de pintar el infierno: lo hubiera copiado”. Conmutada la pena por la de destierro, Martí fue deportado a España, en donde radica hasta 1874. Al establecerse la república, Martí se enfrenta con ella, demandándole el reconocimiento inmediato de la independencia de Cuba, ya moralmente ganada, en desigual contienda, con los ejércitos bien nutridos y equipados de la monarquía borbónica. De España —donde en Aragón rompería su corola “la poca flor de su vida”— pasó Martí a Francia y de ésta a Inglaterra. De Southampton pondría proa rumbo a México.



En su dramático peregrinaje por la libertad de Cuba, en ningún sitio de nuestra América se detuvo tantas veces Martí y arraigó con tanta hondura como en México. Desvelos filiales y amapolas encendidas tuvo éste para el proscrito irreductible. En esta tierra generosa y bravía, esquinada y trémula, amó, soñó, escribió y su primera palabra, como ya dije, fue siempre “para Cuba que sufre”. Y, al encontrarse de súbito con el alma atormentada y rebelde de México, se encontró, también, a sí mismo, y la América de Bolívar y de Juárez le fue revelada. México fue “escuela, palenque y forja”. Esa pasión americana que le escuece y perfuma se cebó en la lava redentora de sus volcanes.

Martí, en justa correspondencia, quiso a México con amor distinto al que sintió por Guatemala, Venezuela, Argentina o Puerto Rico. Lo quiso con amor exigente, irritado, admonitorio. Esperaba tanto de este gran pueblo que jamás le perdonaría ni ignorancia, ni abandono, ni flaqueza en el cumplimiento de su deber continental. Veía en México al centinela de nuestra soberanía y los centinelas no pueden dormirse ni desertar.

Si en el México de su destierro halló José Martí refugio y tribuna, en el de nuestros días ha tenido custodios celosos difusores infatigables de su ejemplo y de su obra. Lugar eminente, por su cuantía y excelencia, ocupa en la literatura martiana la labor de esta constelación de catecúmenos, intérpretes y compiladores. El libro *Martí escritor*, de Andrés Iduarte, culmina, señeramente, la devota y fecunda empresa. No se trata, como pudiera inferirse del título, de un mero análisis literario de la ubérrima producción de Martí. Hay mucho más que eso en este libro de Iduarte. Lo sobresaliente en él es que Martí brota de su letra arremolinada en la plena significación de su espíritu. El verbo del revolucionario y del héroe es quien da la clave del escritor. Martí aparece, de esta suerte, en su auténtica estatura humana. Iduarte ha logrado reconstruir, sin aspavientos ni concesiones, en prosa sobria y veraz, el fulgurante perfil del prócer a través de su vasta y poliforme producción.

México representa, sin duda, un momento decisivo en la existencia de José Martí. México era América, “la América de Juárez, más grande, por infeliz y por nuestra, que la América



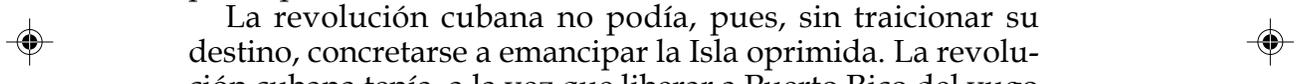
de Lincoln". En México trabó Martí radical conocimiento con nuestra mestiza realidad americana, una realidad amasada de injusticias y pictórica de ímpetus. Una realidad que "no venía de Washington, ni de Rousseau, sino de sí misma", y urgida, en consecuencia, de "plasmarse en formas nuevas y propias un fermento largo tiempo en maceración". Nuestra América fue así, para José Martí, "el continente de la esperanza humana". Y, al declararse hijo suyo, se consagró a su "revelación, sacudimiento y fundación urgente", en un afán desbordado de "poner alma a alma y mano a mano a los pueblos de nuestra América".

México le robó el corazón y le maduró la pupila, ya incendiada por la guerra cubana en relampagueante desarrollo. "México —escribe— no yerra y se afianza y agrega, mientras se encona y descompone el vecino del norte". Años más tarde, en un acto organizado en honor de México, Martí saludará en éste "al pueblo ejemplar y prudente de América, la república que viene a ser en América como la levadura de la libertad". Y, angustiado por su destino, le recordará, ceñudamente, su heroico e ineludible deber continental: "¡Oh, México querido! ¡Oh, México adorado, ve los peligros que te cercan! ¡Oye el clamor de un hijo tuyo, que no nació de ti! Por el norte, un vecino avieso se cuaja. Tú te ordenarás, tú entenderás, tú te guiarás; yo habré muerto ¡oh México! por defenderte y amarte; pero si tus manos flaquean y no fueras digno de tu deber continental, yo, lloraría debajo de la tierra, con lágrimas que serían luego vetas de hierro para lanzas, como un hijo, clavado a su ataúd, ve que un gusano le come a la madre las entrañas".

México le abre las talanqueras de nuestra América. Y por ellas se entra Martí, jubiloso e inquieto, como quien penetra en selva virgen. Pero nuestra América seguirá siendo México y Martí volverá de la hazaña con el jolongo repleto de maravillas y mieles, y hondamente perturbado el espíritu por el destino de esas tierras, presas codiciosas del "norte revuelto y brutal que las desprecia". "De sociología —concluye— se sabe poco y de sus leyes, tan precisas como esta: los pueblos de América son más libres y prósperos a medida que más se apartan de Estados Unidos". Formulada en las entrañas mismas



del “monstruo”, fruto directo de la observación y el estudio de la realidad americana, esta ley sociológica ya no se alejará nunca de la meditación y de la acción política de Martí. Sobre esa ley sociológica se levantará su concepción revolucionaria del problema antillano y de sus implicaciones y consecuencias continentales. “El fiel de América —afirma con perspicacia asombrosa— está en las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder —mero fortín de la Roma americana— y si libres —y dignas, de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora— serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del norte, que en el desarrollo de su territorio —por desdicha feudal ya, y repartido en secciones hostiles— hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo”.



La revolución cubana no podía, pues, sin traicionar su destino, concretarse a emancipar la Isla oprimida. La revolución cubana tenía, a la vez que liberar a Puerto Rico del yugo español, levantar, con su triunfo, un farallón inexpugnable a todas las expansiones futuras y a la expansión norteamericana, ya a punto de cuajar en proceso de imperiales designios. Y, para lograrlo, precisaba ensanchar y enriquecer el contenido social y los objetivos económicos de esa revolución e impedir que, con su participación, Estados Unidos capitalizara en beneficio de sus financieros y *politicians*, el movimiento emancipador. José Martí se dio a la tarea, consciente de sus limitaciones y dificultades.

El alcance histórico de esa tarea ha planteado, más de una vez, el problema de si Martí trascendió, o no, en su concepción teórica y práctica, el ámbito específico de la revolución de independencia nacional. Se ha considerado, por algunos, que Martí fue recónditamente socialista. Es una opinión sobremanera aventurada. No basta con reunir un haz reverberante de frases aisladas y aducirlo como ejemplo. De todas maneras, aunque Martí hubiese sido íntimamente socialista



—que no lo fue— no habría podido actuar, como tal, en aquella coyuntura. No existía otra salida real a nuestro problema de entonces que el desencadenamiento de la violencia revolucionaria contra la dominación colonial de España, cada día más exasperante y sangrienta. La genialidad de su pensamiento político estriba en haber planteado la revolución de independencia nacional sobre bases que garantizaran su ulterior desarrollo en la república. Esta concepción suya, que lo convierte en pionero de la lucha antiimperialista en América, hubo de tropezar con los resabios castrenses de los jefes de la guerra grande, prodigiosamente duchos en bélicos menesteres, pero casi todos cortos de visión política; y con algunos núcleos de emigrados, víctimas aún del complejo de inferioridad creado por la prédica falaz de los anexionistas.

Martí fue implacable con unos y con otros. Cuando el generalísimo Máximo Gómez solicita su apoyo, para el movimiento armado de 1884, se niega a secundarlo con severo lenguaje. Y, cuando entre los cubanos de la emigración se encarecen los proficuos rendimientos que implicaría para Cuba convertirse en un estado más del imperio norteamericano, Martí enrojece de cólera y con el látigo quemante de su apóstrofe azota, despiadadamente, el rostro de los claudicantes. Sólo ante los autonomistas experimenta Martí pareja repulsión a la que manifiesta contra los anexionistas de entonces, que son los entreguistas de hoy.

Al cabo, la tenacidad de Martí logró quebrantar los diques que la miopía de unos y la incomprensión de otros habían levantado, vinculando a la empresa revolucionaria a Antonio Maceo y a Guiller món Moncada, a Máximo Gómez y a Flor Crombet, a los pinos viejos y a los pinos nuevos, a los héroes curtidos del 68 y a los combatientes bisoños del 95. Y, para viabilizar esa empresa, para obtener la independencia de Cuba y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico, surgía y se organizaba el Partido Revolucionado Cubano, que convocaba a la guerra “para bien de América y del mundo”. “Pelemos en Cuba —declara Martí— para asegurar, con la nuestra, la independencia hispanoamericana”.

Pero donde se evidencia, cristalinamente, que el movimiento revolucionario organizado y dirigido por José Martí se



proponía, como objetivo céntrico, impedir que Cuba y Puerto Rico cambiaran de arreos coloniales, o que la independencia teórica fuera sólo vestidura formal de un protectorado efectivo y a su sombra asfixiante se conjugaran, para desangrarnos y empobrecernos, el capital absentista y su servidor nativo, es en el sentido que Martí le infunde a la guerra y en la misión y contenido que le asigna a la república. La “guerra necesaria y justa” no va dirigida contra el español ni contra España: va proyectada, exclusivamente, contra la dominación opresora y exhaustiva de la monarquía borbónica. Tampoco sus advertencias, admoniciones y reservas sobre el desplazamiento geográfico del poder político y económico de Estados Unidos van proyectadas contra el pueblo norteamericano. Si alguien supo diferenciar, con nitidez, entre la América de Lincoln y la América de Cutting, fue José Martí. Ningún hispanoamericano ha señalado las tropelías, miserias y codicias de los malos Estados Unidos con la acuidad y entereza de él. Ni tampoco ninguno ha ensalzado las grandezas de los buenos Estados Unidos con su buidez, simpatía y dignidad. Sus *Escenas Norteamericanas* constituyen una especie de mágica pantalla en la que se entremezclan, tumultuosamente, luces y sombras.

Juzgo indispensable detenerme, unos instantes, en el examen de la posición de Martí ante España. Es obvio que sin el indio incorporado y el negro redimido América no podría salvarse: pero, no lo es menos que, sin la integración dialéctica de lo español a lo originalmente nuestro, la síntesis americana jamás podrá fraguar.

Libertador sin ira se ha llamado a José Martí. Nada más cierto, ni más justo. El sentido amoroso de la vida es la clave profunda de la compleja y luminosa personalidad del impar cubano. Ni siquiera rezumó odios ni rencores para quienes ofendieron su tierna adolescencia y sojuzgaron implacablemente su patria. Supo discernir la raíz social de la ofensa y el substrato histórico de la opresión. Su apostólico combate no fue contra el pueblo español: fue, como ya precisé, contra la dominación colonial de España. Nadie, antes de él, se percató tan lúcidamente de esa dualidad, ni nadie, después de él, logró desentrañarla con tan singular limpidez. De ahí que,



aun en la acritud de la batalla, tuviera para España, en su corazón traspasado, “un lugar todo Aragón, franco, fiero, fiel, sin saña”. Y estimara, a la par, a quien de un revés echara por tierra a un tirano, fuera cubano o aragonés.

Sabido es ya, por haberlo puesto a plena luz la historia, que en toda nación hay dos naciones. Dos Españas hubo entonces, como dos Españas coexisten hoy. La España de Martí fue la España de los comuneros de Castilla y la del siglo de oro, la de Fray Bartolomé de las Casas y Vasco de Quiroga, la de Nicolás Estévez y Federico Capdevila, la de su padre valenciano y la del gallego mambí. A esa España la admiró y la amó; y la sangre generosa de esa España fluye en la suya, riega su pensamiento y enriquece y matiza su caudalosa lengua con repujados dejos de Santa Teresa, Baltasar Gracián y Francisco Quevedo. La otra España —la dura, sombría y petrificada España de Felipe II— le fue radicalmente ajena, como le fue ajeno el México de Porfirio Díaz, la Venezuela de Guzmán Blanco y la Guatemala de Barrios. Nunca confundió la estructura vital de los pueblos con el carapacho oficial de los gobiernos.

Españoles de su tiempo y del nuestro no sólo entendieron su alucinado mensaje y loaron la guerra “necesaria y justa”; también lo juzgaron americano de la cepa española de Simón Bolívar y arquetipo de las virtudes y grandezas de la especie. Su aguda comprensión de Martí y la cálida exaltación de su obra política y literaria respondía, y responde, a la afinidad espiritual, a la común concepción democrática y al idéntico afán de poner al hombre “en el pleno goce de sí mismo”. Hipócritas o aprovechados son, en cambio, esos españoles que le encienden fuegos de artificio mientras sus hechos están desmintiendo sus dichos.

No es la España de José Martí esa que le ha erigido una estatua que auspició la república para sustituir el monumento irreverentemente consagrado a Cuba en la efigie de Machado por el dictador Primo de Rivera. Ni tampoco esa que ha plasmado, con farisaica intención, su radiante efigie en la Cripta de Don Quijote. La España de José Martí es la que honra su genio y sacrificio por boca de Miguel de Unamuno, Fernando de los Ríos, Juan Ramón Jiménez, Benjamín Jarnés,



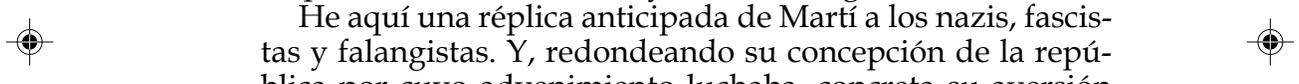
Federico de Onís, José Gaos y Juan Larrea, figuras todas de la más alta jerarquía en el mundo de la cultura y espíritu todos creyentes en la libertad. No cabe paralelismo alguno entre ellos y esos que, al prender las retóricas bengalas de su fermentado homenaje, mancillan la memoria del último santo de la democracia.

En el altar de José Martí sólo pueden officiar, dignamente, los hombres libres y los pechos limpios. Le está vedado hacerlo a quienes se solazan con la coyunda, o se refocilan con la ignominia. La única España que puede acercarse a su augusta sombra sin profanarla es aquélla que, como él, sufrió y sufre hambre y sed de justicia y lidió, y lidia, por los mismos ideales que le infundieron carácter universal a su brega revolucionaria y valor de paradigma a su glorioso desplome en el campo de batalla. Si estuviera vivo, José Martí no aceptaría tributo alguno de la España franquista, heredera legítima de la España de los encomenderos y de los capitanes generales. Al pretender rendírsele muerto, su huesa se rebela dramáticamente y su espíritu se alza, entre ráfagas celestes, invocando los héroes de piedra en los claustros de mármol.

Veamos ahora, aunque sea en violento escorzo, la misión y contenido que Martí le asigna a la república. No obstante estar sus fundamentos enraizados en el orden social capitalista, Martí quiere que la república cubana —amiga cordial del vecino poderoso, pero sin interferencia, ni sumisiones, ni hipotecas que la subordinen, esclavizándola, al interés político y económico de su gobierno y de sus banqueros— satisfaga el anhelo y la necesidad de cada ciudadano, sin distinción de razas ni de clases, mediante la abolición de todas las desigualdades sociales y de una equitativa distribución de la riqueza. Su criterio, a este respecto, no admite dudas. Martí encarna en América las esencias más puras y progresistas del pensamiento democrático. “La revolución —escribió al líder obrero Carlos Baliño— no es la que vamos a iniciar en la manigua, sino la que vamos a desarrollar en la república”. “Si la república —advierte con palabra tajante— no tiene por base el carácter entero de sus hijos, el hábito de trabajar con sus manos y pensar por sí propio, el ejercicio íntegro de sí y el respeto, como un honor de familia, al ejerci-



cio íntegro de los demás; la pasión, en fin, por el decoro del hombre, la república no vale una lágrima de nuestras mujeres ni una gota de sangre de nuestros bravos. Para verdades trabajamos y no para sueños. Para liberar a los cubanos trabajamos y no para acorralarlos". "Hay que impedir —postula categóricamente— que las simpatías de Cuba se tuerzan y esclavicen por ningún interés de grupo, o de la autoridad desmedida de una agrupación militar o civil, ni de una comarca determinada, ni de una raza sobre otra". "El hombre —observa certeramente para entonces y para siempre— no tiene ningún derecho especial porque pertenezca a una raza o a otra: dígase hombre y ya se dicen todos los derechos. El negro, por negro, no es inferior ni superior a ningún otro: peca, por redundante, el blanco que dice mi raza; peca, por redundante, el negro que dice mi raza. Todo lo que divide a los hombres, todo lo que aparte, especifica o acorrala, es un pecado contra la humanidad. Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro. Dos racistas serían igualmente culpables: el racista blanco y el racista negro".



He aquí una réplica anticipada de Martí a los nazis, fascistas y falangistas. Y, redondeando su concepción de la república por cuyo advenimiento luchaba, concreta su aversión profunda a la explotación del hombre por el hombre. Martí anhelaba, para Cuba y para toda América, una república holgada, libre y cordial, donde la ley primera y fundamental fuese el culto a la dignidad plena del hombre, una república laica y generosa, con la mesa de pensar al lado de la de ganar el pan, una república sin siervos, ni mendigos, ni mordelones, ni esbirros, ni esclavos. "Esclavo —puntualiza— es todo aquel que trabaja para otro que tiene dominio sobre él". "Con los oprimidos —agrega con visión y lenguaje de hoy— habrá que hacer causa común para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de los opresores. Mientras haya un pobre, a menos que no sea un perezoso o un vicioso, hay una injusticia". La patria, para Martí, no vale por sí misma: vale en la medida en que sea justa. No es triunfo, sino "agonía y deber". Nunca está hecha. Hay que hacerla y rehacerla cada día. Si "crear suele ser oficio de poetas, llevar a la vida lo creado es oficio de hombres".



La épica caída de Martí fue catastrófica para Cuba y Puerto Rico y para toda nuestra América. Casi antes de nacer, la república fue hipotecada y la causa puertorriqueña abandonada. Coincidiendo con esas torpezas y cegueras, y con la carencia de una burguesía cubana coherente y vigorosa, hizo su aparición en Estados Unidos —ya completada su expansión interior a expensas de las regiones más opulentas de México— el capital monopolista, ávido de nuevos mercados y de nuevos territorios preferentemente poco desarrollados donde volcar el excedente de su producción mecánica, extraer materias primas para la industria en ascenso e invertir óptimamente sus dólares inactivos. Pero, a la vez, necesitaban Estados Unidos robustecer, por conveniencias estratégicas y ulteriores miras, su posición en el mar Caribe. Su intervención en la guerra hispanocubana, cuando estaban ya a punto de triunfar nuestras armas, señala el inicio de la etapa imperialista en dicho país.

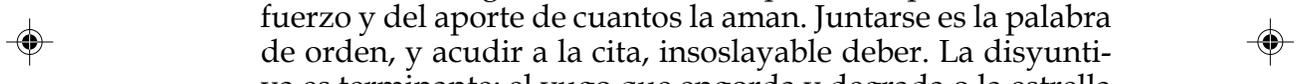
El derrumbamiento del último baluarte del poderío español en América fue sustituido, de esta manera, por la dominación colonial de Estados Unidos en Puerto Rico y Filipinas y por el control económico y político de Cuba mediante la Enmienda Platt, y facilitado por la apertura, sin limitaciones, de nuestras riquezas a sus banqueros y negociantes. “El suelo —había prevenido Martí— es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que, para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás”. Nada valió la palabra profética y admonitoria de Manuel Sanguily en el Senado de la República y mucho menos su proyecto de ley —que ni siquiera fue discutido— prohibiendo la enajenación de las tierras y los bienes raíces.

La república concebida por Carlos Manuel de Céspedes e Ignacio Agramonte y diseñada por José Martí en el “Manifiesto de Montecristi”, emergió, pues, a la existencia, en condiciones sobremanera adversas. Si la Enmienda Platt ponía en cuestión su soberanía, económica y financieramente quedaba a merced de tutores sin escrúpulos, que tendrían siempre dúctiles instrumentos y complacientes servidores en los partidos políticos, en los tribunales de justicia, en la admi-



nistración pública y en la prensa. La estructura colonial superviviría bajo los símbolos ficticios del himno, del escudo y de la bandera. En ese pozo de aguas negras se nutrió el complejo de inferioridad que, en parte, aún padece el pueblo cubano.

Nuevas generaciones, empujadas históricamente a completar la trunca epopeya de 1895, le inyectaron al pueblo cubano nuevos bríos y nuevas esperanzas. José Martí fue reconquistado para la vida y para la lucha. Las mutaciones operadas en la estructura económica, política y social del país, a partir del 12 de agosto de 1935, son frutos de su heroica arremetida contra la colonia sobreviviente en la república. Mucho más habríamos cosechado si la capacidad, la honestidad y la visión de porvenir hubieran primado en las esferas rectoras. Mucho más, en suma, si el movimiento revolucionario que derrocó la dictadura de Machado no hubiera sufrido tremendos desvíos y dolorosas frustraciones.



Cuba está hoy requerida, como en los tiempos en que José Martí desató la guerra abierta a la opresión española, del esfuerzo y del aporte de cuantos la aman. Juntarse es la palabra de orden, y acudir a la cita, insoslayable deber. La disyuntiva es terminante; el yugo que engorda y degrada o la estrella que ilumina y salva. El obeso y medroso partido de los cacareadores cuenta poco en coyunturas como ésta. Cuenta sólo el partido de los que saben que “el déspota sólo cede a quien se le encara, con su única manera de ceder, que es desaparecer; no cede jamás a quien se le humilla”. Y nuestra historia demuestra que a los encaramientos viriles del pueblo cubano el déspota siempre ha cedido. “Sólo perdura —ya lo dijo el mismo Martí— lo que el pueblo quiere”.

Singular fue José Martí como escritor, como poeta y como tribuno. Su genio resplandece, señero, en el cielo de América. Pero mucho más singular fue como patriota, como libertador y como hombre. Del brazo de Simón Bolívar y de Benito Juárez se yergue, diademado de soles, en el proscenio del mundo.

La aspiración última que informa la vida, el pensamiento y la acción de José Martí fue contribuir a la plena realización del hombre como destino individual y colectivo. Y aquí, pre-



cisamente, entroncamos con la tesis planteada en la conferencia inaugural de este cursillo.

Atraviesa hoy el mundo por una crisis que, en rigor, carece de precedente en la historia. Pero no hay crisis sin solución. La nuestra, ésta que arrastramos dentro y fuera de nosotros, no puede ser excepción. Crisis significa cambio. Nuevas metas y nuevas ilusiones. Frente al “alma desencantada”, se alza siempre, en gallardo desafío, un “alma encantada”, limpia de angustia y repleta de fe. Pico de la Mirándola saludó, estremecido de júbilo, el advenimiento de la dignidad humana, en un mundo retorcido de terror y en desintegración progresiva. Hoy, de la entraña deletérea de un mundo en crisis, brota un esperanzado clamor por el hombre pleno, dueño de su circunstancia y apto para transformarla en beneficio suyo, hasta ahora frustrado por la convivencia antagónica. El Renacimiento y la Reforma aportaron al hombre la idea de su unidad inalienable. La crisis actual conlleva, de superarse victoriosamente, los elementos de su efectiva integración. Cooperar a ello, es el deber que a todos nos impone nuestra profesión de hombres. Sepamos cumplirlo con entero decoro. Derrotados o triunfantes, habremos colmado nuestra vida, como José Martí la suya, de objeto y sentido.

“El que no sabe honrar a los grandes —advirtió el apóstol cubano— no es digno de descender de ellos”. Yo he querido cumplir con la memoria beligerante de José Martí, rindiéndole este conmovido y viril tributo en una tribuna libre de la tierra que más él amara después de su Isla morena de sol. No en vano “esto es aquello y van con aquello”, como dijera en carta memorable a Federico Henríquez Carvajal, refiriéndose a todos los pueblos de nuestra América.

Tomado de Roa, Raúl: Retorno a la alborada, Dirección de publicaciones Universidad de Las Villas, Las Villas, 1964, t. I.



Martí y el fascismo

Las páginas que siguen fueron leídas el 28 de enero de 1937 en el Liceo de Candelaria. Sirvan ellas, no obstante la premiosidad con que fueron escritas, como una contribución militante a la gran causa antifascista, que es la causa de la justicia, del progreso y de la dignidad humana. La causa que salvará al mundo de la barbarie, del oscurantismo y de la guerra.

Con profunda emoción me acerco una vez más, en día tan señalado como el de su natalicio, a José Martí, la individualidad más potente, luminosa y dramática que hasta ahora, sin duda, ha parido, entre ríos borrascosos y picachos altivos, nuestra tierra americana. Suponer que Plutarco lo habría encasillado con júbilo entre sus varones egregios, o Tomás Carlyle entre sus héroes, no pasaría, en rigor, de un tributo puramente literario. Sería, además, por mi parte, coincidir con los panegiristas oficiales del hombre que afirmó, para siempre, que “las etapas de los pueblos no se cuentan por sus épocas de sometimiento infructuoso sino por sus instantes de rebelión”. A mi juicio, José Martí, visto ya en perspectiva, como hombre y como revolucionario, tiene muy pocos pares legítimos en la historia. No hallo otros, en este momento, que Espartaco, Marat, Bolívar y Lenin. Acaso Mazzini, el italiano excelso. Aunque los cinco luzcan desemejanzas connotadas con Martí, están, sin embargo, íntimamente vinculados por un parentesco entrañable. Como ellos, Martí centró en su conducta y en su pensamiento las aspiraciones y necesidades colectivas de su hora y de su medio. Como ellos, ofrendó su sangre y su cerebro privilegiado al mejoramiento humano y al triunfo de la justicia, “porque es ley maravillosa de la naturaleza que sólo esté completo el que se da y no se empieza a poseer la vida hasta que no vaciemos sin reparo y sin tasa en bien de los demás la nuestra”; Como ellos, José Martí —que fue también poeta cristalino de intimidades complejas y prosador de pura estirpe— dejó cicatriz resplandeciente en la carne torturada del mundo y tiene aposento propio en la historia.

Un hombre de tan inusitadas condiciones y calidades, es acreedor —particularmente en un país de exuberancias



sietemesinas como el nuestro— a todos los homenajes y a todas las recordaciones. ¿Vive él, por lo pronto, en la vida histórica de Cuba como hontanar normativo, como anheló y pidió vivir? La pregunta —formulada con acento dramático por Fernando de los Ríos en ocasión memorable— está urgida como nunca de la adecuada respuesta. ¿Tiene José Martí siquiera un mármol que lo perpetúe decorosamente? ¿Supera acaso la calificación de pisapapel anacrónico la pretensa estatua suya que se levanta como avergonzada en el Parque Central de La Habana? ¿Se honra verdaderamente al genio civil de Martí con desfile de niños y niñas —que eran para él la esperanza del mundo— prematuramente militarizados? ¿No se encuentra manera mejor de conmemorar su natalicio o su muerte que con charangas oratorias o con versos vacíos en vez de “estudiar sus virtudes y emular su sacrificio, que es el único homenaje grato a las grandes naturalezas y digno de ellas?”.

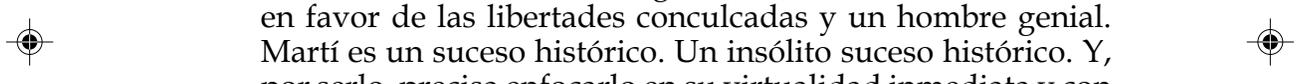
Pero hay más todavía. No se ha escrito aún —a los ochenta y cuatro años de su nacimiento y cuarenta y dos de su caída estremecedora en Dos Ríos— el libro que recoja plenariamente aquella vida llameante, que al quemar perfumaba. No se ha dicho aún la palabra definitiva y responsable que, al darnos una versión encendida y veraz de su apostolado trepidante y generoso, valore cabalmente su peso específico como individualidad política y humana. Se ha escrito, sin embargo, torrencialmente, sobre Martí. Entre nosotros —y fuera del reducido sector de los martianos genuinos, de los que viven por y para aquel espíritu poliédrico—,¹ no hay escritor ni plumífero que haya eludido el “sagrado deber” de rubricar, con su firma, un chorro de espesa o refinada retórica sobre

¹ Entre éstos, pocos tan devotos y entusiastas como Gonzalo de Quesada y Miranda, José María Chacón y Calvo, Emilio Roig de Leuchsenring, Federico Castañeda, Gerardo Castellanos, Félix Lizaso, Federico Córdova y Quesada y Juan Marinello. Débese, asimismo, a este último, una penetrante ubicación de la poética martiana. Las páginas más exhaustivas y emocionadas de plumas no cubanas sobre Martí pertenecen a Fernando de los Ríos y a Gabriela Mistral. En una sola frase, y en carta a Paul Grousac, Domingo F. Sarmiento, el egregio argentino, lo caracterizó maravillosamente: “en español no hay nada que se parezca a la salida de bramidos de Martí”.



Martí. Por muy exigente que seamos, precisa reconocer que algunos de esos desbordamientos desorbitados o relamidas medallas, ofrecen excelencias indiscutibles. Pero no es menos cierto que aún el esfuerzo de mayor envergadura y ambición declarada está muy por debajo de la grandeza humana del protagonista. Me refiero, concretamente, a *Martí, el Apóstol*, del escritor anexionista Jorge Mañach.

Este intento biográfico, bellamente escrito, mixtifica, empero, las esencias mismas de la vida y del pensamiento martianos, dándonos del hombre enfebrecido y vital que fue Martí —hombre metido hasta el tuétano en el barro hirviente y redentor de la vida— una versión entre mitológica y filibustera. Es probable que Mañach comparta la afirmación de Miguel de Unamuno —que traicionó su vejez rutilante por unas migajas de aliento como él su juventud responsable por un ajiaco jugoso en el banquete imperialista de la mediación— de que la leyenda es la raíz misma de lo histórico. Yo discrepo resueltamente de ambos. En mi lenguaje, tan suceso histórico es una huelga revolucionaria como un mitin en favor de las libertades conculcadas y un hombre genial. Martí es un suceso histórico. Un insólito suceso histórico. Y, por serlo, precisa enfocarlo en su virtualidad inmediata y con riguroso sentido de la perspectiva. De otra suerte, nuestra visión de Martí sería medularmente falsa y falsa también nuestra interpretación de la historia de Cuba. Martí —superior esfuerzo incomprendido por nuestros mediocres profesores de historia— preparó, organizó y desató, en la coyuntura económica propicia, cuando la Isla entera “se alzaba sobre el codo de su agonía”, el formidable movimiento revolucionario de 1895, ulteriormente fallido en la práctica republicana. La genialidad de Martí nada sufre, ni puede sufrir, con el sesgo trágicamente negativo que tomó el proceso cubano después de su muerte. En definitiva, la aparente antinomia se resuelve en favor suyo. Pero aún los genios tienen limitaciones. Las tuvo Martí. Subrayar la presencia de esas limitaciones es situar a José Martí en su verdadero rango histórico. Es, sencillamente, verlo como fue, como es imperativo verlo, como contemplamos las figuras señeras de otros pueblos, en función de realidad. Los genios obedecen también —y en





proporción geométrica con su genialidad— a las leyes inexorables del espacio y del tiempo. Y mientras más de su instante y de su medio sea el poeta, el pensador o el político más dilatada resonancia tendrá su acento, su mensaje o su conducta en la historia.

Empero, ver a Martí como no fue, pintarlo con atributos y arreos que jamás usó ni fueron suyos, vaciarle de gusanos la carne mortal para rellenarla imbécilmente de miraguano divino, vestir con muselinas pudorosas su magnífica y exultante desnudez humana, significa, en cambio, engendrar en torno suyo, la superstición y el error, significa despojar a José Martí de su específico perfil histórico, convertir en altar lo que es, y no puede ser otra cosa, que tribuna y trincheira. Para mitologías corruptoras sobran con la griega y las estampitas del obispado. En su libro, *Martí, el Apóstol*, Jorge Mañach va más allá de la pura deificación. No sólo deformó, en favor de su secta reaccionaria ávida de mangoneo, la sustancia más íntima del pensamiento político de José Martí, sino que, además de presentarlo como figura extrahistórica, no vaciló en arrancar de su biografía —como Nau el Olonés los pasajes centrales de la vida pública de Jesús en los templos que saqueaba— el sentido profundamente revolucionario de la página viril y terrible del presidio político en Cuba, cuya infamia sin nombre él había conocido y sufrido todavía adolescente.

Este libro sobre José Martí, aún por hacerse, tiene que escribirse. Julio Antonio Mella —que amó tanto a Martí como el más ferviente martiólatra— lo juzgaba una necesidad, no ya un deber con la época. Y más de una vez soñó escribirlo “en una prisión, sobre el puente de un barco, o en el vagón de tercera de un ferrocarril, o en la cama de un hospital, convaleciente de cualquier enfermedad”, ya que esos eran para él —espíritu atorbellinado, totalmente dado a la apostólica tarea de transformar el mundo— los instantes “que más incitan a trabajar con el pensamiento”. Balas arteras troncharon en México aquella vida impetuosa y magnífica que era esperanza y clarín de los oprimidos. Mella anhelaba rescatar a Martí de “tanto mercachifle, de tanto patriotero, de tanto adulón, de tanto hipócrita que escribe o habla sobre él”.



A Martí hay, en efecto, que rescatarlo de los falsos intérpretes de su doctrina, de los que usufructúan desvergonzadamente su sacrificio, de los que, titulándose discípulos suyos, no han vacilado en transformar su devoción en cheque. No faltan, entre estos mismos, los que han exhibido, descocadamente, como propios, sus inconfundibles tesoros literarios. En cuanto a los llamados *políticos* —que nada tienen que ver con la verdadera política, limpiamente orientada hacia la efectiva consecución de un régimen de libertad y de justicia social sin tutorías humillantes ni onerosas ayudas— baste decir que no ha habido fechoría o despojo realizado desde 1902 hasta hoy, que no hayan intentado envolver con su nombre. Las más grandes arbitrariedades y los más sucios negocios se han hecho invocando a Martí. Todos los empréstitos, financiamientos y concesiones que estrangulan el desarrollo ascendente de la economía cubana, se han verificado a la sombra radiosa de su efigie.

Acaso estas palabras mías no resulten melódicas para algunos oídos. No me importa. Ellas van, precisamente, enderezadas a arrancar a José Martí de manos purulentas y de labios impuros. Es hora ya de que se deje de utilizar su nombre como trampolín y como vía infallible hacia la sinecura y la prebenda. Es hora ya de que politicastros y literatuelos, mayores y mandones, cesen de encubrir sus latrocinios y transgresiones, sus atropellos y crímenes, con apotegmas y frases que, aparente paradoja, envuelven su propia y más severa condenación. Es hora ya, en fin, de que José Martí viva como anheló y pidió vivir, diluido, como misteriosa esencia, en las raíces más insobornables del pueblo cubano.

Semejante urgencia plantea a nuestra consideración esta cuestión capital que precisa resolver sin reservas: ¿es todavía Martí, no obstante el tiempo histórico que Cuba vive, una de las fuerzas motrices de nuestra liberación? ¿O se trata sólo de limpiar de adherencias profanadoras una memoria iluminada, pero ya sin eficacia directriz?

José Martí enmarcó su faena política en condiciones históricas distintas a las nuestras. Eran otros los problemas y otros los factores entonces determinantes de la realidad cubana, proyectada nacionalmente contra la dominación colonial de España.



Martí —que en su vigilia constelada de estrellas había soñado con ser primogénito del mundo— se vio forzado, históricamente forzado, a quemar su aliento telúrico en la estrechez reducida de su isla natal. Ya el mundo vivía otras inquietudes y otras angustias de dimensiones y alcance insospechados. Casi siglo y pico había discurrido desde que los parisienses asaltaron heroicamente la ciudadela simbólica del absolutismo. Más de quince lustros hacía que, ante la espada infatigable de Simón Bolívar, se inclinaron, vencidos, los estandartes de la monarquía española. Sólo hacía una veintena de años que en el corazón mismo de la civilización occidental se habían levantado, a puro coraje, las barricadas gloriosas de la Comuna. Cuando el mundo se aprestaba a sacudir la nueva opresión, José Martí ponía todo su genio y su brazo en liberar a Cuba de un régimen oprobioso, cuya antítesis histórica —realidad terrible— devenía, ineluctablemente, en aquella coyuntura, en estadio social en trance de superación. No existía, empero, otra salida real a nuestro problema de entonces que el desencadenamiento de la violencia revolucionaria contra la dominación española, cada día más exasperante y sangrienta. Martí —que tuvo, indudablemente, visión clarísima del ulterior rumbo y ritmo del mundo—, se dispuso a lograr la independencia de Cuba consciente de sus limitaciones y magnas dificultades. La revolución de independencia era ya una revolución históricamente retrasada. Pero las fuerzas troncales del destino cubano no poseían todavía la potencialidad y cohesión suficientes, ni las formas precapitalistas de producción dominantes lo permitían, para plantear otra revolución que el sacudimiento del yugo colonial español dentro del cuadro general de la democracia burguesa. Martí tenía una concepción teórica infinitamente más amplia del problema. Sin establecer —que sería sobremanera aventurado— que Martí en aquel instante alentaba recónditamente instaurar en Cuba una república de productores, es posible señalar en su ideario y en su poesía —tan cargada de gérmenes nuevos— más de un luminoso atisbo socialista. Ninguno como el contenido en estos versos sencillos:

*La esclavitud de los hombres
es la gran pena del mundo*



Cuando Karl Marx muere, Martí escribe palabras que evidencian, no sólo su simpatía vivísima por la figura y la obra portentosa del eximio revolucionario, sino también una afiladísima penetración política. “Como se puso del lado de los pobres —dijo— merece honor. No sólo fue Marx moveedor titánico de la cólera de los trabajadores europeos, sino veedor profundo en la razón de las miserias humanas y en los destinos de los hombres y hombre comido del ansia de hacer el bien. Él veía en todo lo que en sí propio llevaba: rebeldía, camino a lo alto, lucha. Suenan músicas y resuenan cantos; pero se nota que no son los de la paz”.

Pero Martí no podía, sin traicionar la hora cubana y su condición de intérprete de la misma, abandonar la urgencia inmediata por un planteamiento extemporáneo de nuestro problema. No faltan por ahí teorizantes de pacotilla ni monaguillos del extremismo que lo juzgan contrarrevolucionario porque no situó la cuestión en un terreno estrictamente proletario. De haberlo hecho, habría revelado Martí una incapacidad sustantiva para interpretar la correlación de fuerzas dominantes en aquel momento. Hombre inmerso en la realidad, no obstante la aureola romántica que corona su frente montuosa, Martí se dispuso, por lo contrario, a trabajar con los materiales y los modos que la coyuntura ofrecía. Y en esta vinculación profunda de Martí a la necesidad histórica, en este nexo entrañable suyo con el estado de conciencia de la gran masa cubana, radica, precisamente, su genialidad política, su ejemplar realismo revolucionario. “Hay que hacer en cada momento —proclamó en alta voz— lo que en cada momento es necesario”. Y eso hizo él. Hacer en cada instante lo que el instante demandaba.

Porque Martí conocía los factores en juego y percibió nítidamente el latido central del mundo, dio a su empresa la misión y el sentido que las circunstancias exigían. No trascendían una y otro, desde luego, la etapa histórica que Cuba tenía, fatalmente, que cubrir. Pero la planteó en tales términos que, al propio tiempo que abría una perspectiva de resistencia vigorosa a la ambición yanqui, proyectada desde 1805 sobre nuestro destino, ella conllevaba, dialécticamente, los gérmenes de su ulterior superación. Cuando Martí dice



que la libertad de Cuba debe ir acompañada de la libertad de Puerto Rico porque ello entrañaría el robustecimiento de la libertad de las Antillas y el equilibrio y porvenir de la familia de nuestros pueblos en América está advirtiéndolo, lúcida-mente, que las Antillas pueden constituir un fuerte dique a la expansión imperialista norteamericana, fenómeno ya a punto de cuajar. “El fiel de América —afirma con perspicacia asombradora— está en las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder —mero fortín de la Roma americana— y si libres —y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora—, serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio —por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles— hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo”. “La libertad de Cuba y Puerto Rico —añade— son indispensables para la familia hispanoamericana en el continente, donde los vecinos de habla inglesa codician la clave de las Antillas para cerrar con ellas todo el Norte por el istmo y apretar luego con todo su peso por el Sur”.

Martí vivió, como se sabe, largos años de duro destierro en los Estados Unidos y conoció hasta los más íntimos resortes de la maquinaria oficial yanqui. Recuérdese su frase denunciadora y magnífica: “conozco el monstruo porque he vivido en sus entrañas”. Por eso, si exaltó generosamente sus glorias legítimas y sus hombres representativos, y juzgó aliado suyo y de la causa cubana al pueblo norteamericano, víctima, a su vez, de esa monstruosa maquinaria, no fue menos explícito y viril en denunciar los defectos y vicios de su injusta organización social y, particularmente, los turbios designios que alentaban sobre Cuba sus banqueros y políticos. “Sólo el que desconozca a nuestro país —escribe— o éste, o las leyes de formación y agrupación de los pueblos, puede pensar honradamente en la solución anexionista: o el que ame



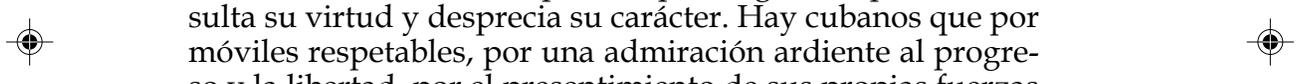
a los Estados Unidos más que a Cuba. Pero quien ha vivido en ellos ensalzando sus glorias legítimas, estudiando sus caracteres típicos, entrando en las raíces de sus problemas, viendo como subordinan a la hacienda la política, confirmando con el estudio de sus antecedentes y estado natural de sus tendencias reales, involuntarias o confesas; quien ve que jamás, salvo en lo recóndito de algunas almas generosas, fue Cuba para los Estados Unidos más que posesión apetecible, sin más inconvenientes que sus pobladores, que tienen por gente levantisca, floja y desdeñable; quien lee sin vendas lo que en los Estados Unidos se piensa y escribe, desde la odiosa carta de instrucciones de Henry Clay en 1828, cuando los Estados Unidos «estaban satisfechos con la condición de Cuba, y por el interés de ellos no deseaban cambio alguno», hasta lo que de sí propio dicen en la conversación y en su poesía, hasta el «somos los romanos de este continente» de Holmes: «somos los romanos de este continente, y llegarán a ser ocupación constante nuestra la guerra y la conquista»; quien sabe de cerca que aquellas agitaciones periódicas de la prensa que pudieran sernos favorables, y en lo aparente lo son, responden, lo mismo que los alardes patrióticos de España, al interés pasajero de los partidos políticos, que se sirven acá de la Isla, o de la probabilidad de comprarla, o de entrar en guerra por ella, como medio de impedir que triunfe en el Congreso el proyecto de rebaja de los aranceles, so capa de necesitar acaso en fecha no remota, fondos de sobra en el erario público; quien ama a su patria con aquel cariño que sólo tiene comparación, por lo que sujetan cuando prenden y por lo que desgarran cuando se arrancan, a las raíces de los árboles —ese no piensa con complacencia, sino con duelo mortal en que la anexión pudiera llegar a realizarse; y en que tal vez sea nuestra suerte que un vecino hábil nos deje sangrar a sus umbrales, para poner al cabo, sobre lo que quede de abono para la tierra, sus manos hostiles, sus manos egoístas e irrespetuosas”.

Quien haya seguido atentamente su vida revolucionaria advertirá claramente en Martí cómo le persigue y tortura la imagen dolorosa de una Cuba esclavizada a los Estados Unidos. Toda su obra escrita de los últimos años está íntima-



mente taladrada de esta preocupación entrañable. Su prosa y su verbo —tan personal y coruscante aquella, de vuelos tan inusitados éste— se enrojecen de cólera cuando entre los cubanos de la emigración se encarece, en el corrillo irresponsable y alevoso, los pingües beneficios que implicaría para Cuba convertirse en un estado más del imperio norteamericano. Sólo ante los autonomistas experimenta Martí pareja repulsa que ante los anexionistas de entonces, que son los entreguistas de hoy, los mismos que pretendieron sentarlo, sin el más leve escrúpulo político y humano, en la mesa redonda de la mediación, en contubernio con Sumner Welles y los representantes del machadato.

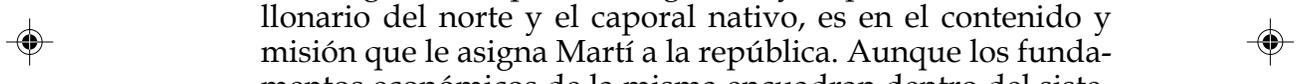
Yo quiero entresacar como muestra relevante de la actitud irreductible de Martí ante todo intento anexionista y ante todo pupilaje o zalema, estos párrafos estremecidos tomados de su célebre panfleto, publicado en inglés, “Vindicación de Cuba”. “Ningún cubano honrado —escribe— se humillará hasta verse recibido como un apestado moral, por el mero valor de su tierra, en un pueblo que niega su capacidad, insulta su virtud y desprecia su carácter. Hay cubanos que por móviles respetables, por una admiración ardiente al progreso y la libertad, por el presentimiento de sus propias fuerzas en mejores condiciones políticas, por el desdichado conocimiento de la historia y tendencias de la anexión, desearían ver la Isla ligada a los Estados Unidos. Pero los que han peleado en la guerra y han aprendido en los destierros; los que han levantado, con el trabajo de las manos y la mente, un hogar virtuoso en el corazón de un pueblo hostil; los que por su mérito reconocido como científicos y comerciantes, como empresarios e ingenieros, como maestros, abogados, artistas, periodistas, oradores y poetas, como hombres de inteligencia viva y actividad poco común, se ven honrados donde quiera que ha habido ocasión para desplegar sus cualidades y justicia para entenderlos; los que, con sus elementos menos preparados, fundaron una ciudad de trabajadores donde los Estados Unidos no tenían antes más que unas cuantas casuchas en un islote desierto; esos, más numerosos que los otros, no desean la anexión de Cuba a los Estados Unidos. No la necesitan. Admiran esta nación, la más grande de cuan-





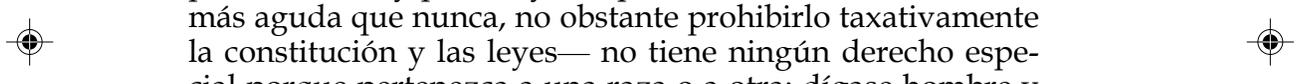
tas erigió jamás la libertad; pero desconfían de los elementos funestos que, como gusanos en la sangre, han comenzado en esta república portentosa su obra de destrucción. Han hecho de los héroes de este país sus propios héroes y anhelan el éxito definitivo de la Unión norteamericana, como la gloria mayor de la humanidad; pero no pueden creer honradamente que el individualismo excesivo, la adoración de la riqueza, el júbilo prolongado de una victoria terrible, estén preparando a los Estados Unidos para ser la nación típica de la libertad, donde no ha de haber opinión basada en el apetito inmoderado de poder, ni adquisición o triunfos contrarios a la bondad y a la justicia. Amamos a la patria de Lincoln tanto como tememos a la patria de Cutting”.

Pero donde se evidencia cumplidamente que el Partido Revolucionario Cubano se proponía, como objetivo fundamental, impedir que Cuba cambiara de arcos coloniales, o que la independencia teórica fuera sólo vestidura formal de un protectorado efectivo y a su sombra asfixiante se conjugaran, alegremente, para desangrarnos y empobrecernos, el millonario del norte y el caporal nativo, es en el contenido y misión que le asigna Martí a la república. Aunque los fundamentos económicos de la misma encuadran dentro del sistema general capitalista, Martí quiere que la república —amiga cordial del vecino poderoso y acechante, pero sin interferencias, ni sumisiones, ni hipotecas que la subordinen, esclavizándola, al interés económico y político de su casta dominante— satisfaga la necesidad y el anhelo de cada ciudadano, sin distinción de razas ni de clases, mediante la abolición de todas las desigualdades sociales y de una equitativa distribución de la riqueza. Una república de limpia y potente raíz democrática, esencialmente nutrida y apoyada en el pueblo. Su criterio, a este respecto, no admite dudas. Martí encarna en América —en esta América nuestra comida por el caudillaje y exprimida por el imperialismo— las esencias más puras y progresistas del pensamiento democrático. “¿La revolución? —responde a Baliño— La revolución no es la que vamos a iniciar en las maniguas, sino la que vamos a desarrollar en la república”. Si la república —advierte con lenguaje enérgico— “no tiene por base el carácter entero de cada





uno de sus hijos, el hábito de trabajar con sus manos y pensar por sí propio, el ejercicio íntegro de sí y el respeto, como un honor de familia, al ejercicio íntegro de los demás; la pasión, en fin, por el decoro del hombre, la república no vale una lagrima de nuestras mujeres ni una sola gota de sangre de nuestros bravos. Para verdades trabajamos y no para sueños. Para libertar a los cubanos trabajamos y no para acorralarlos. Para ajustar en la paz y en la equidad los intereses y derechos de los habitantes leales de Cuba trabajamos y no para erigir, a la boca del continente de las repúblicas, la mayordomía espantada de Veintemilla, o la hacienda sangrienta de Rosas, o el Paraguay lúgubre de Francia". Hay que impedir —afirma resueltamente en plena campaña emancipadora— que "las simpatías revolucionarias en Cuba se tuerzan y esclavicen por ningún interés de grupo, para la preponderancia de una clase social, o la autoridad desmedida de una agrupación militar o civil, ni de una comarca determinada, ni de una raza sobre otra". "El hombre —observa certeramente para entonces y para hoy, en que la discriminación racial es más aguda que nunca, no obstante prohibirlo taxativamente la constitución y las leyes— no tiene ningún derecho especial porque pertenezca a una raza o a otra: dígame hombre y ya se dicen todos los derechos. El negro, por negro, no es inferior ni superior a ningún otro hombre: peca por redundante el blanco que dice: «mi raza»; peca por redundante el negro que dice: «mi raza». Todo lo que divide a los hombres, todo lo que especifica, aparta, o acorrala, es un pecado contra la humanidad. Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro. Dos racistas serían igualmente culpables: el racista blanco y el racista negro". Y redondeando su concepción de la república por cuyo establecimiento efectivo luchaba, concreta su aversión plena a la explotación del hombre por el hombre. El anhelaba —síntesis de su pensamiento político— una república holgada, libre y cordial, donde la ley primera y fundamental fuese el culto a la dignidad plena del hombre, una república laica y generosa, con "la mesa de pensar al lado de la de ganar el pan", una república sin siervos, ni apapipios, ni mendigos, ni esclavos. "Esclavo —puntualiza— es todo aquel que trabaja para otro que tiene dominio





sobre él". "Con los oprimidos —añade con visión y lenguaje actualísimo— habrá que hacer causa común para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores. Mientras haya un pobre, a menos que no sea un perezoso o un vicioso, hay una injusticia".

Porque así pensaba, Martí enraíza el movimiento revolucionario de 1895, no obstante desarrollarse en la órbita histórica del régimen capitalista, en las capas más sufridas y humilladas de la colonia, revitalizando y ensanchando su contenido. No figuran, por eso, magnates y terratenientes como soporte histórico del mismo, que en esa coyuntura han encontrado natural refugio —como en 1868 en el anexionismo— en las filas contrarrevolucionarias del autonomismo, de cuyo seno letrado brotan los más crudos epítetos y las más elegantes diatribas contra la cruzada emancipadora. La revolución de 1895 se caracteriza, fundamentalmente, por su acusada fisonomía popular y democrática. El núcleo central que la alimenta y viabiliza está constituido por los guajiros y los obreros, "por los callados, amorosos, generosos obreros cubanos, los héroes de la miseria, los pobres de la tierra, esos a quienes el elegante Ruskin llamaba lo más sagrado entre nosotros; esos de quienes el rico colombiano Restrepo decía que sólo en su seno se encontraba la absoluta virtud; esos que jamás niegan su bolsa a la caridad, ni su sangre a la libertad". "Todo trabajador —concluye Martí— es santo y cada productor es una raíz; y al que traiga trabajo útil y cariño, venga de tierra fría o caliente, se le ha de abrir un hueco ancho, como un árbol nuevo".

Su amor "por los pobres del mundo" es tan hondo y arraigado, que no encuentra virtud más loable en Gonzalo de Quesada —su discípulo fidelísimo— que "ese amor suyo por los caídos de la tierra, que en fin de cuentas son los únicos fuertes y dan más goces con una mirada agradecida que el que da, por las falsas alturas del mundo, el poder hueco y la riqueza venenosa". Como ha dicho Emilio Roig de Leuchsenring —en su luminoso esclarecimiento del internacionalismo antimperialista de José Martí— si Marx inscribió como bandera y programa del proletariado universal el lema: ¡Proleta-



rios de todos los países, uníos! Martí también dijo: ¡Juntarse: esta es la palabra de orden!

Eso hizo Martí y fue obra exclusiva suya: juntar a los revolucionarios dispersos, vertebrar, en un gran bloque irreductible, las huestes libertadoras, confundir, en un gran abrazo fraternal, a Moncada y a Maceo, a Máximo Gómez y a Flor Crombet, vincular, indisolublemente, a los pinos viejos y a los pinos nuevos, a los héroes curtidos del 68 y a los combatientes bisoños del 95. “Manejar a los hombres sin violencia —escribe Enrique José Varona, testigo y colaborador emocionado de aquella obra magna—, tomar sus pasiones, sus creencias, sus ideales como una blanda masa, para echarla en el molde adecuado, hacer que sus fines personales, particulares, se subordinen espontáneamente al fin común, que sus fuerzas individuales concurren sin torcerse ni resistirse a formar la fuerza colectiva, no hay nada más arduo. Cuantos conocen la historia de Martí en el destierro y sus trabajos con la emigración cubana saben que venció todas esas dificultades y logró hacer, de grupos dispersos, descorazonados y casi hostiles un todo coherente, animado de un solo deseo y dispuesto a los mayores sacrificios. Se dirá que su acción enérgica sobre la multitud dependía de que lo animaba la misma pasión, abrigaba la misma creencia, tendía al mismo ideal de todos aquellos hombres. Ciertamente; pero en él todos esos estados de alma se encontraban tan de relieve, tenían tal vigor y lograban de tal modo exteriorizarse, que se imponían a los demás como una fascinación; ellos reconocían en él su propio espíritu y lo seguían con plena confianza. Creían en Martí, porque Martí sentía como ellos y era sincero”.

Cuando llega la hora ineludible de hacer buena su prédica, de desatar el incendio revolucionario contra una sujeción inquisitorial e insaciable, que sólo representaba los intereses de una minoría parasitaria y dinástica apoyada exclusivamente en la fuerza, mientras el pueblo español sufría la persecución, la ignorancia y el hambre, y por sí mismo, y a través de sus voces más generosas y puras, se pronunciaba en favor de la independencia cubana, Martí reitera a Federico Henríquez Carbajal, en carta imperecedera, su visión amplísima del problema cubano: “De Santo Domingo,



¿por qué no le he de hablar? ¿Es eso cosa distinta de Cuba? Usted no es cubano, ¿y hay quien lo sea mejor que usted? ¿Y Gómez no es cubano? ¿Y yo que soy y quién me fija suelo? ¿No fue mía, y orgullo mío el alma que me envolvió, y alrededor mío palpitó a la voz de usted, en la noche inolvidable y viril de la Sociedad de Amigos? Esto es aquello y va con aquello. Yo obedezco, y aún diré que acato como superior dispensación y como ley americana, la necesidad feliz de partir, al amparo de Santo Domingo, para la guerra de la libertad de Cuba. Hagamos por sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino. Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado. Para mí, ya es hora. Pero aún puedo servir a este único corazón de nuestras repúblicas. Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso aceleran y fijarán el equilibrio del mundo”. Cuando partió rumbo a Cuba —en débil barquichuelo y la mar tormentosa— llevaba consigo, junto a su pecho jadeante de dicha, el destino de su isla infeliz. “Quien se levante hoy con Cuba —había postulado— se levanta para todos los tiempos”. Sólo un recuerdo dulce y doloroso enturbiaba su júbilo. “¿Por qué nací de usted —escribió ya con un pie en la escala a la madre inconsolable— con una vida que ama el sacrificio?”

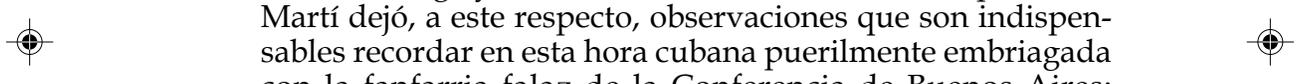
Ya en tierra oriental, donde según su propia expresión bellísima, “las palmas son más altas y aguardan a los guerreros como novias”, Martí escribió a Manuel Mercado el 18 de mayo de 1895, en el pórtico mismo de su generoso sacrificio, una carta que la muerte dejaría trunca, pero en la que tuvo tiempo de condensar lo más puro y perdurable de su pensamiento político y que le hace hoy partícipe activo en la realización de nuestro destino. “Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimo con que realizarlo— de impedir a tiempo, con la independencia de Cuba, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso”.



La caída de Martí fue catastrófica para Cuba en el más legítimo sentido del vocablo. El nuevo Delegado, Tomás Estrada Palma, hizo cuanto pudo por hipotecar, antes de nacer, la república, como Carlos Manuel de Céspedes en 1868 lanzó una proclama solicitando de los Estados Unidos la anexión de la Isla, que se había levantado a su conjuro para liberarse de todo dogal extranjero. Coincidiendo con estos manejos contrarrevolucionarios, hizo su aparición en Estados Unidos —ya completada su expansión interior a expensas de las regiones más opulentas de México, de ese México que es hoy, por impulso incontrastable de su valeroso pueblo, vigía y esperanza de la América nueva— el capital monopolista, ávido de nuevos mercados y de nuevos territorios, preferentemente poco desarrollados, donde volcar el excedente de su producción mecánica, extraer materias primas fundamentales para la industria en ascenso e invertir óptimamente sus dólares inactivos. Pero a la vez necesitaban los Estados Unidos robustecer, por imperativos estratégicos y ulteriores miras —singularmente la hegemonía del istmo de Panamá— su posición en el mar Caribe, disputada por Inglaterra durante todo un siglo de pugna, callada a veces, abierta otras. Su intervención —sigilosa y largamente madurada— en la guerra hispanocubana señala el inicio de la etapa imperialista en dicho país. El derrumbamiento del poderío español en Cuba —que coincidió con una resurrección de la voluntad histórica de España, expresada, enérgicamente, en un repertorio homogéneo de ideas políticas, sociales y literarias encaminadas a remover los fundamentos mismos de un Estado oligárquico, corrompido y caduco, que despilfarraba sus recaudaciones en sostener la intolerancia religiosa y una maquinaria militar hipertrofiada e incapaz— fue sustituido, de esta manera, por el control económico y político de los Estados Unidos, garantizado mediante la Enmienda Platt y facilitado por la apertura, sin limitaciones, de nuestras posibilidades y riquezas a sus banqueros y negociantes. “El suelo —había prevenido Martí— es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás”. Nada valió la palabra



admonitoria y profética de Manuel Sanguily en el Senado de la república y mucho menos su proyecto de ley —que ni siquiera fue discutido— prohibiendo la enajenación de nuestras tierras y bienes raíces. La obra generosa, trascendental y revolucionaria de José Martí quedó así frustrada, por su muerte prematura y por la conjunción de factores hostiles. Las consecuencias de esa frustración la hemos sufrido durante treinta y cinco años de farsa pseudodemocrática y de realidad colonial, en que Cuba ha sido “presa codiciada de una minoría victoriosa” y factoría azucarera, presidio de cañas amargas. Contra lo que él predicó y se propuso, la república ha sido la perpetuación “con formas nuevas, o con alteraciones más aparentes que esenciales, del espíritu autoritario y burocrático de la colonia”. La curva del sojuzgamiento económico marca ya sus temperaturas más altas, Cuba —tierra de feracidad milagrosa, verdadero paraíso antillano por su clima y su estupenda posición geográfica— vive una vida anémica y empantanada, a merced de las barreras arancelarias de la nueva Cartago y de los unilaterales tratados de reciprocidad. Martí dejó, a este respecto, observaciones que son indispensables recordar en esta hora cubana puerilmente embriagada con la fanfarria falaz de la Conferencia de Buenos Aires: “Quien dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que asegurar el comercio para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir vende a un solo pueblo y el que quiere salvarse vende a más de uno. El influjo excesivo de un país sobre otro, se convierte en influjo político. La política es obra de hombres, que rinden sus sentimientos al interés, o sacrifican al interés una parte de sus sentimientos. Cuando un pueblo fuerte quiere dar batalla a otro, compele a la alianza y al servicio, a los que necesitan de él. Lo primero que hace un pueblo para llegar a dominar a otro, es separarlo de los demás pueblos. El pueblo que quiera ser libre, sea libre en negocios. Distribuya sus negocios entre países igualmente fuertes. Si ha de preferir a alguno, prefiera al que lo necesite menos, al que lo desdeñe menos. Ni uniones de América contra Europa ni con Europa contra un pueblo de América. El caso geográfico de vivir juntos en América no obliga, sino en la mente





de algún candidato o algún bachiller, a unión política. El comercio va por las vertientes de la tierra y agua y detrás de quien tiene algo que cambiar por él, sea monarquía o república. La unión, con el mundo, y no con una parte de él; no con una parte de él, contra otra. Si algún oficio tiene la familia de repúblicas de América, no es ir de arria de una de ellas contra las repúblicas futuras”.

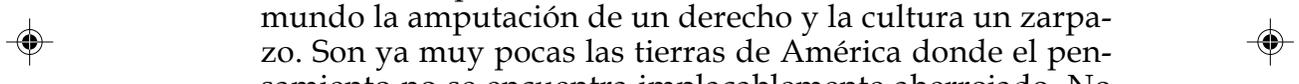
Martí tiene aún, indudablemente, beligerancia política, eficacia rectora en la elaboración de nuestro destino. La esencia de su obra —sus objetivos emancipadores— está por hacer. La etapa inmediata que a Cuba se le plantea en esta coyuntura dramática es la superación histórica de la epopeya trunca de 1895. Si esto es así —y negarlo sería ignorar la dinámica íntima de los procesos históricos, el nexo vital de las situaciones fallidas con la etapa subsiguiente—, José Martí, que se batió denodadamente con la monarquía española por devolverle a Cuba sus riquezas arrebatadas y el control de sus destinos sobre una base representativa y democrática, opera, tiene que operar hoy —en que Cuba y Puerto Rico confrontan situación análoga— como fuerza motriz, como realidad funcional, durante un gran trecho del nuevo y riesgoso camino, que representa, históricamente, para todos los países del continente avasallados por la opresión económica y política extranjera, nuestra segunda guerra de independencia. Por eso, urge rescatarlo de los mercaderes del templo. Por eso, la juventud toda de Cuba —cuya voz es mi voz esta noche inolvidable— ve en él a una fuerza irradiadora activísima, a un guía esclarecido, al hombre excelso que, como el Cid, aún sigue dando y ganando batallas después de muerto.

El espíritu popular, con esa percepción agudísima que lo tipifica, advirtió antes que nadie esta vinculación militante entre el pensamiento emancipador de Martí y su actual destino histórico y, por eso, antes que nadie también, se apretó y aprieta, fuertemente, alrededor de su ideario democrático, presto a defenderlo de manos intrusas y de mixtificaciones criminales.

Vive hoy el mundo una ofensiva organizada contra las conquistas más preciadas del espíritu humano, una reacción tenebrosa, que se juzga a sí misma, como un auténtico retor-



no a la Edad Media. En Italia, en Alemania, en la Europa balcánica se queman públicamente los libros y se encarcela y destierra a los hombres mejores, a los hombres que se negaron —conforme el postulado martiano— a vender su decoro y a inclinar su espinazo por un plato de alubias, a los hombres que, conscientes y fieles a sus deberes irrenunciables con la cultura y los pueblos, se irguieron, verticalmente, en defensa de las instituciones representativas y de la libertad de pensar. Sintetizo la pléyade numerosa —flor inmortal de la especie— en Alberto Einstein, genio entre los genios. Sobre España, desgarrada por una lucha memorable y sangrienta, se cierne la garra insaciable y brutal de la nueva Edad Media, ya en marcha, que, encarnada por Hitler y Mussolini y su cohorte de cesarillos vandálicos, trata de usurpar, en provecho exclusivo de sus oligarquías financieras, las riquezas y la nacionalidad españolas, que su altivo y glorioso pueblo ha jurado conservar aun a costa de fatigar el sacrificio y el heroísmo.



Cada día que amanece —lluvioso o soleado— sufre el mundo la amputación de un derecho y la cultura un zarpazo. Son ya muy pocas las tierras de América donde el pensamiento no se encuentra implacablemente aherrojado. No hace aún muchos meses que Elias Castelnuovo, una de las figuras más originales y representativas de la literatura contemporánea, se vio envuelto en un monstruoso proceso en que se le quiso retirar la ciudadanía argentina —que honra con su genio— y deportar del país. En una palabra: la marejada creciente del fascismo internacional amenaza sumergirnos en una vorágine de barbarie, de oscurantismo y de odio, sin importarle, para conseguirlo, que en la siniestra aventura se extingan los pueblos y desaparezcan, para siempre, arrasados por los bombardeos aéreos y las embestidas policíacas, los tesoros artísticos y culturales acumulados en siglos de laboreo paciente y penoso. Y esta amenaza cobra, por días, pavorosa inminencia.

Nacido en el crepúsculo de la burguesía y amamantado de todas sus excrecencias y vicios, el fascismo trae en su vientre infectado la miseria, la opresión y la guerra, mentirosamente disfrazadas de palabras altisonantes. La demago-



gia es su arma predilecta de lucha. Incapaz de encender fe verdadera en las masas, ante las cuales aparece hipócritamente revestido de atributos revolucionarios y con un lenguaje anticapitalista, el fascismo se ha impuesto, con la complacencia infinita de todas las potencias sombrías y regresivas de la historia, que lo utilizan como su natural instrumento, la divina misión de “salvar” la cultura occidental del caos comunista. En rigor, la cruzada antico-munista es sólo el señuelo para los espíritus incautos y para las masas políticamente atrasadas. La realidad es otra. El espíritu beligerante del fascismo no se nutre exclusivamente —ni siquiera cardinalmente— de rencores antimarxistas. El fascismo va proyectado, específicamente, contra todo lo que obstaculice o impida el dominio rapaz y desnudo del capital financiero, que es la etapa superior de una organización histórica que, en el momento crucial de su agonía, pretende detener el curso ascendente de la vida y niega, paradójicamente, sus propios orígenes filosóficos y políticos. Por eso, se pronuncia, por igual, contra el cristianismo y el materialismo dialéctico, el renacimiento y la cultura mediterránea, contra el liberalismo y el socialismo, la democracia y el movimiento obrero, la revolución francesa y la revolución española, la libertad espiritual y la integridad ciudadana. Por eso, atiza criminalmente los odios de raza y fomenta el nacionalismo, militariza a los pueblos y envenena a las juventudes, clausura universidades y desprecia a la inteligencia. “Cuando oigo la palabra cultura —exclamó cavernariamente Hans Johst— saco mi pistola y disparo”.

Regidos férreamente por este sistema, uncidos al yugo cruel del estado totalitario— organización sombría que sufrieron Babilonia y Asiria— los pueblos de Alemania e Italia viven hoy, ante la universal indignación, tormentos y dolores hasta ahora desconocidos por nuestro siglo. Si Dante hubiera estado en presidio —dijo José Martí— no habría tenido necesidad de pintar el infierno, sino lo hubiera copiado. Si Dante viviera en el tercer Reich, en la más grande Alemania, en la Alemania aria y nacionalsocialista, en la Alemania de Hitler, habría podido transcribir, con trazos definitivos, los horrores, hasta ahora inéditos, del infrainfierno.



Urgido por su desenfrenado expansionismo y su crueldad patológica, el fascismo no pierde contingencia alguna en extender su dominio sangriento, en llevar, hasta los más remotos confines, sus métodos terroristas y sus banderas de negación y de muerte. África, Asia y América están cundidas, con la anuencia gozosa de nuestros balajatos y satrapías, de emisarios oficiales de la tenebrosa secta. No es posible aceptar, sin embargo, que el mundo no detenga a tiempo la arrolladora avalancha. De triunfar el fascismo, los hombres todos —menos los providenciales y sus camarillas— volverían a la galera y al circo romano. El fascismo, en Cuba, no tendría porqué ser distinto ni asumir formas mejores. En Cuba representaría, como en Alemania e Italia, pareja negación de su pasado revolucionario y de sus hombres más altos. Representaría, entre otras, la negación de su hijo más descollante, la negación de José Martí. Si subversión semejante llegara a instaurarse entre nosotros, su primer acto sería retirar de la admiración pública a los precursores y próceres de nuestra gesta libertadora, para inaugurar ritos vejaminosos y radicalmente extraños a nuestra tradición y contextura psíquica. En esas circunstancias, venerar a Heredia y a José Antonio Saco, a Maceo y a Máximo Gómez, a Ignacio Agramonte y a Luz Caballero, verificar un acto análogo al de esta noche exaltando la personalidad revolucionaria y democrática de José Martí, constituiría un delito de lesa patria y la sanción ineludible el hachazo ejemplar. Habría que retirar sus efigies definitivamente de la veneración ciudadana y quemar en la plaza pública sus libros y los libros que narran su ejemplaridad y sus hechos, porque sus libros y sus efigies serían una acusación permanente a la monstruosidad del sistema.

Pero el fascismo, no obstante su acometida furiosa, encontrará al cabo la horma de su zapato. El fascismo no vencerá. No puede vencer. Para impedirlo, no sólo él opera, a virtud de contradicciones insolubles, como factor determinante del desarrollo ulterior del movimiento revolucionario del proletariado, sino que se están ya citando y alzando los pueblos todos del orbe, España en primera fila. El triunfo o la derrota del pueblo español en armas contra el fascis-



mo, afecta al porvenir mismo del mundo. No lo ignora el fascismo. Por eso, Hitler y Mussolini, presagiando en España idéntico destino para su rampante dominio, ofrecen su apoyo directo y abierto a las morismas “nacionalistas” de Franco. Por eso, también, los antifascistas de todos los climas y de todas las latitudes acuden presurosos a España, impelidos por la trascendencia insospechada que tiene para su causa el resultado final de la candente cuestión que allí se debate. Al pelear contra Franco, están peleando por la justicia y por la paz y contra Hitler y Mussolini, cabezas visibles de la reacción cavernícola. No les importa la muerte. Les importa, sobre todo, que el fascismo no triunfe. Todos nuestros pueblos están presentes en la homérica pugna. Todos han enviado espontáneamente su aporte. Pero —causa orgullo decirlo— ninguno tan nutrido y valioso como el nuestro. Ahora mismo, el 23 de diciembre del año pasado, cayó, en Majadahonda, rifle en mano, Pablo de la Torriente Brau, una de las figuras próceres de la juventud revolucionaria cubana y gloria indiscutible de América. Alertada e influida por la tragedia española, la conciencia antifascista madura en la persecución y en la angustia, en la fábrica y en el campo de concentración, su contraofensiva suprema. Desde Suecia, Noruega, Bélgica y Francia, pasando por Checoslovaquia, Inglaterra, México, Uruguay, Argentina y Perú, hasta los Estados Unidos, donde las últimas elecciones constituyeron una derrota clamorosa del fascismo disimulado hábilmente por Landon con citas de Jefferson, la voluntad es unánime y el propósito único.

Entre nosotros, acontece lo propio. El legado inmortal de los héroes del 68 y del 95, de los fundadores epónimos de la nacionalidad cubana, el esfuerzo abnegado y viril de sus nuevos libertadores y de sus nuevos mártires por arrancar a Cuba de la opresión imperialista, no pueden ser sustituidos por normas selváticas ni por doctrinas exóticas, incubadas a la sombra de Wotan —la deidad bárbara del paganismo hitleriano— y de visiones retrospectivas. Y nadie puede simbolizar más acabadamente esta decisión inalienable del pueblo cubano que José Martí, que fue, y sigue siendo, mantenedor infatigable de la democracia y de las institucio-



nes representativas, defensor denodado de las libertades populares y de la soberanía cubana, adversario resuelto de la injerencia norteamericana en nuestras tierras y de las formas opresivas y parasitarias del capitalismo.

Cuba vive hoy un momento crucial de su destino. Pero ella será, no obstante los signos adversos, lo que el pueblo y la juventud quieran que sea. “Cuando un pueblo entra en revolución —escribió egregiamente José Martí— no sale de ella hasta que la corona”. La hora exige de la juventud y del pueblo cubanos una defensa diaria de los derechos democráticos y de las instituciones representativas. Cada libertad pisoteada, cada derecho desconocido, cada disposición antipopular es una brecha abierta al fascismo. Quien no luche enérgicamente por impedirlo, está facilitando el camino a su instauración. Todas las medidas antidemocráticas de la clase dominante, en esta época de decadencia de la burguesía y de franco control del capital financiero, van derechamente destinadas a crear las premisas políticas del golpe fascista. El fascismo no es un simple canje de apellidos en los organismos del Estado. Es la sustitución violenta de una forma de dominación política por otra agresiva, parasitaria y cerrada, por una forma estatal medularmente antidemocrática. No salirle abiertamente a] paso a las medidas conducentes a propiciarlo evidenciaría una incompreensión sustantiva del problema, con todas sus terribles consecuencias.

Nadie como José Martí para encabezar este duelo implacable, que se reanuda cada mañana. Y ninguna coyuntura más oportuna que este natalicio suyo para sellar activamente esa decisión de convertirlo en paladín supremo de la lucha contra los que insurjan tremolando entre nosotros el trágico oriflama del fascismo. El fascismo en Cuba ofrecería características propias y distintas a las modalidades dominantes en Europa. Sería, a virtud de nuestra condición específica de país semicolonial, “imperialismo más sombra”, dominio rampante del capital financiero, mecanización de las conciencias, negrura maldita rota, a trechos, por los hachones que iluminan una ejecución o por una fogata de libros. José Martí no habrá de defraudarnos ni tolerará rendiciones. Ahí



está él, impaciente y sublime, sobre el caballo jadeante, presto a cargar de nuevo contra el enemigo, como el 19 de mayo de 1895, en que, al caer fulminado por la metralla española, un pueblo entero se levantó, conmovido y colérico, para alzarlo en sus brazos y ofrecerlo al mundo como luminoso ejemplo.

Tomado de Roa, Raúl: Martí y el Fascismo, La Habana, 1937.





Vejamen a José Martí*

La incalificable afrenta inferida a José Martí por dos tripulantes de un buque de guerra norteamericano equivale, moralmente, a las peores brutalidades de la época ominosa del destino manifiesto, de la política del garrote y de la diplomacia del dólar. Cuba ha sido ultrajada, en lo más íntimo de su dignidad de pueblo libre, en las ofensas perpetradas a la estatua del Apóstol de nuestra independencia, con la complicidad de las autoridades policíacas. Estudiantes encendidos de patriotismo y cívicos ciudadanos han sido apaleados por quienes debieron darle su merecido castigo a los protagonistas del grosero vejamen.

No caben atenuantes de ninguna índole. La responsabilidad de lo ocurrido incumbe, exclusivamente, a los jefes de esa marinería, que suele desembarcar en nuestros pueblos como en tierra conquistada, con ostensible desprecio para sus tradiciones, su cultura y su soberanía. Un vecino que no se respeta a sí mismo no tiene derecho a ser respetado. Una democracia que no traduce sus dichos en hechos está radicalmente invalidada para presentarse como ejemplo. Jamás un marino cubano ha hollado el obelisco de Mount Vernon.

El Gobierno de Cuba debe exigirle, enérgicamente, al de Estados Unidos, una inmediata satisfacción a nuestro pueblo por este denigrante suceso, que ha suscitado una oleada creciente de indignación y de protesta. Debe, asimismo, el pueblo norteamericano exigirla en defensa de su propio decoro. Y la ciudadanía debe mantenerse movilizada hasta obtener

* Declaración pública suscrita como Decano de la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público, de la Universidad de La Habana. Marzo 12, 1949.



la reparación que ya ha demandado virilmente en la calle, en la prensa y en la radio.

La Universidad de La Habana no puede permanecer al margen de este bochornoso episodio. El Consejo Universitario acordó recientemente, a propuesta mía, que la Universidad sólo debía pronunciarse, como institución, en “defensa de la soberanía nacional, del régimen democrático y de la autonomía”. Nunca, como en esta coyuntura, está obligada a manifestarse con claridad y bizarría; y, al par que levantar su palabra condenatoria, rendirle homenaje al hombre que es “nuestro gran fiador intelectual y moral ante el mundo” y encarna las más puras esencias de la cubanía. menospreciada, escarnecida y burlada por un grupo de facinerosos.

Tomado de Roa, Raúl: Viento Sur, Selecta, La Habana, 1953.





Enrique José Varona en su centenario*

Enrique José Varona no fue sólo uno de los más esclarecidos sobrevivientes del primer ciclo de plenitud de la cultura cubana. Es ya, también, un clásico de nuestra América. Y fue, asimismo, maestro en la legítima acepción del vocablo. Maestro significa guía. Y guiar puede, únicamente, quien va delante, ve más lejos y ajusta sus hechos a sus dichos.

No le fue dable plasmar, ni regir, el espíritu de las viejas generaciones republicanas; pero sería, ya anciano y enfermo —recompensa inefable de una vida fecunda, gloriosa y rebelde— el evangelio vivo de nuestra generación. Pasmados le vimos erguirse, bizarramente, sobre sus ochenta años, para combatir la tiranía y exhortarnos al sacrificio. Su pensamiento, su palabra y su conducta influyeron, decisivamente, en aquella promoción heroica, abnegada y generosa que se inmoló, en impar ofrenda, por un mañana luminoso y cordial, que es aún ensueño y camino en el centenario de su nacimiento.

Tres jóvenes revolucionarios, que vieron expirar a Rafael Trejo tragándose el llanto, tocaron una noche de angustia a su puerta. Sabían ya de persecuciones y de cárceles. Desde el 30 de septiembre de 1930, se les vio desafiando el peligro y dando el ejemplo. Graves eran las circunstancias y oscuras las perspectivas. El viejo pensador los recibió entre un enjambre de libros. Sobre la mesa de trabajo desplegaba la túnica de sus alas la Victoria de Samotracia y esparcía fino aroma un manojo de rosas rojas. Le abrieron su corazón al maestro y al cabo la interrogación saldría, dramáticamente, de sus labios:

* Teatro Principal de Camagüey. Abril 6, 1949.



—¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

Y, ésta fue, la lapidaria respuesta:

—Resistir y esperar.

Del pensador original y profundo, del escritor terso y vivaz, del orador elocuente y exquisito, del poeta cerebral y pulido, y del periodista sagaz y versado, se ha hablado ya, profusamente, en todos los tonos y estilos y nunca se hablará bastante. Pero hay otro Varona, que es precisamente raíz y ápice del que ya desfila, reverberante de encomios, por las plumas más empinadas del continente. De ese Varona, que se enfrentó con la república factoril y la combatió sin descanso, que vivió atento a los latidos del mundo y en perenne agonía, apenas se habla. Se pasa por él como sobre ascuas, o se tiende un velo cómplice de silencio. Hay una evidente conjura para momificarle el mensaje y recluirlo, canonizado, en una resplandeciente vitrina de museo.

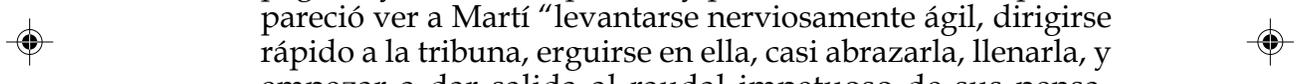
De ese Varona, que aún guía y demanda, que sigue siendo útil después de muerto, que es trinchera y tribuna, poco o nada se dice. De lo que ese Varona pensaría hoy, en torno a las complejas y apremiantes cuestiones que nos afectan como pueblo y afectan a la humanidad, se escapan despavoridos los que continúan confundiendo, deliberadamente, la pureza cívica que simboliza la “flor de mármol” a que aludiera José Martí, con la supuesta frialdad de quien jamás “contempló un crimen en calma” y jamás negó su concurso al progreso de Cuba, al desarrollo de la cultura, al embellecimiento de la vida y al mejoramiento humano. “A Varona, como a Martí —acaba de sentenciar Fernando Ortiz— le sobran teriferarios y le faltan seguidores”. Aún más. So pretexto de alabar un poema infeliz de la adolescencia, *La hija pródiga*, fruto de momentáneo desmayo, ahora se le injuria y agrede.

No es nuevo el truco. El 14 de julio de 1896 el *Diario de la Marina* lo emplea por primera vez. Varona, a la sazón director de *Patria*, replicó de esta suerte: “Dícese que Ruiz Zorrilla no habría escrito *La hija pródiga*, en las circunstancias en que yo la escribí. Lo ignoro; pero, en cuanto a mí, puedo asegurarle que tampoco la hubiera escrito, a tener algunos años más, a conocer mejor la historia colonial de España, y si hubiera sido yo, como lo fui después, testigo de los horrores de



la represión. Al cabo puedo congratularme de que mis enemigos, para combatirme en el terreno de los principios, no encuentren otra arma que unos pobres versos de adolescencia". Plumíferos de alquiler, como Gastón Baquero, que ha poco exaltaron su vida y ensalzaron su obra, le niegan, pérfidamente, la sal y el agua. Hora es esta propicia, como ninguna otra, para que ese Varona preterido y menospreciado recobre su genuino perfil y su verdadera estatura como pensador, escritor y maestro de juventudes. ¿Qué homenaje más alto podrían rendirle los que aún lo evocan sin quebrantos de conciencias, ni rubores postizos de inverecundos a paga? ¿Que tributo más férvido a los discípulos de su apostolado patriótico que ya duermen prematuramente, junto a él, sin haber ganado todavía el reposo?

Muchacho era yo cuando me cayó en las manos el discurso de Varona sobre José Martí. De un tirón devoré aquella prosa límpida, cadenciosa, fulgurante y estremecedora. Era tan vigoroso y fragante el aliento que trasminaban aquellas páginas y tan vivida, plástica y poética la evocación, que me pareció ver a Martí "levantarse nerviosamente ágil, dirigirse rápido a la tribuna, erguirse en ella, casi abrazarla, llenarla, y empezar a dar salida al raudal impetuoso de sus pensamientos que empujaban las palabras y rebosaban de ellas, como de cauce demasiado estrecho, el simétrico cerco de su cabellera tomando forma de aureola y al orador transformarse en apóstol". He leído después casi todo cuanto se ha escrito sobre Martí. Nadie ha podido superar, hasta ahora, ese discurso de Varona. Martí está en él resurrecto y como ya ungido para la inmortalidad. De esos años ya lejanos, data mi ardiente admiración por Varona y desde entonces lo leí y estudié con renovado goce y provecho. Supe, más tarde, que Varona, en la histórica polémica originada por un libro de mi abuelo, Ramón Roa, había disentido, tajantemente, de las calumniosas imputaciones hechas al autor de *A pie y descalzo*. Mi admiración se insufló entonces de gratitud. Seguí abrevando en sus escritos. Alguna vez le vi al paso, vestido, como siempre, de blanco, y con un libro repujado en precioso cuero bajo el brazo. No le conocería personalmente hasta varios años después.





Era yo aún estudiante del tercer curso de bachillerato cuando estalló la revolución universitaria, encabezada por Julio Antonio Mella. Atraído por el resonante suceso, traspuse, furtivamente, el Patio de los Laureles. Una vibrante multitud lo cuajaba. De lo alto de improvisada tribuna, surgió una voz que poseía el fragor del mar en tormenta y la incitación metálica del clarín. Revuelta la ensortijada melena, la pupila relampagueante, el perfil aquilino, el pecho robusto, enérgico el ademán, el orador parecía un personaje arrancado a una hoja de la Convención francesa. Era Julio Antonio Mella. Y explicaba a la juventud, ya encrespada, la razón, el programa y los objetivos del movimiento iniciado.

“Esta insurgencia representa —afirmó categóricamente—, la reanudación de la lucha por la república frustrada de Martí y por una Universidad que responda a las exigencias, necesidades y aspiraciones de la época y del pueblo cubano. Eusebio Hernández y Diego Tamayo están con nosotros en esta cruzada renovadora. Y también el viejo mentor de la juventud, el ilustre filósofo Enrique José Varona. Acaba de enviarnos su total y entusiasta adhesión...”

Enrique José Varona nació el 13 de abril de 1849 en Santa María de Puerto Príncipe, solar de próceres jacobinos y de aristócratas plebeyos. Se inició en la lectura con *Los tres mosqueteros*. No dejaría ya de leer, ni de pensar, hasta breves días antes de su muerte.

Hija de su propio esfuerzo fue la formación intelectual de Varona. No tuvo disciplinas externas, ni profesores avezados que orientaran sus aptitudes, gustos y preferencias. La influencia que sobre él ejerció Gaspar Betancourt Cisneros. *El Lugareño*, fue puramente refleja. Nadie, tampoco, le incitó a adentrarse en la filosofía. No es menos cierto, empero, que encontraría el terreno ya abonado en orden a los estudios literarios, históricos y filosóficos por una rica tradición. Como tantos grandes hombres de nuestra América, Varona fue un autodidacto; mas, un autodidacto que se apareja con Andrés Bello y sobrepasa a Domingo Faustino Sarmiento. Venía ya de vuelta de los clásicos griegos, latinos y castellanos, apenas tramontaba la adolescencia. Dominó muy pronto el inglés, el italiano, el alemán y el francés. Semejante precocidad



ha sido asaz frecuente en las minorías cultas de los medios altamente desarrollados. Lo que no resulta sólito es que pueda ella florecer en atmósferas tan rancias y cerradas como la que nutrió la infancia cultural de Varona. Mucho más singular todavía, es su vasto y cernido saber grecolatino. Si se exceptúa a Ignacio Ramírez, nadie manejó tan familiarmente los textos clásicos en nuestra América como Varona.

Al estallar la guerra de los diez años, Varona se lanza a la manigua, machete en mano. Retornaría, a los pocos meses, maltrecho y enfermo. Su endeble contextura física no pudo soportar los rigores y azares de la ruda contienda. “Tantos años soñando con ser hombre de acción” —le confesaría, melancólicamente, en la ancianidad, a Juan Marinello, acaso evocando esta desgraciada aventura y la alegoría dramática *La hija pródiga*, fruto, como ya dije, de un momentáneo desmayo. Poco antes de incorporarse a la lucha, daría a la estampa su primer libro de versos, *Odas anacreónticas*. Como poeta, Varona no pasó nunca de ser un artífice; pero, si le fue negado el don lírico, le sobró, en cambio, la capacidad de percibir los matices más finos de la poesía ajena y de recrear las más altas y complejas elaboraciones de la literatura y del arte.

En el dilatado y sangriento período que transcurre desde 1868 a 1878, Varona, recluso voluntariamente en su biblioteca, afila sus armas para los grandes combates que le reserva el futuro. Lee, estudia, reflexiona, compara. Bruñe la prosa y embrida el estilo. Su claro, vigoroso y polémico pensamiento fluirá, anchamente, por los cauces del libro, de la tribuna y de la prensa. En este período de búsqueda, acarreo y sedimentación, en que se asoma ávidamente a la vida universal del espíritu, publica muy poco. De esa época, datan sus trabajos lingüísticos, filológicos y lexicográficos. Pero, su más importante producción de entonces, fue una acerada y enjundiosa réplica a un Zoilo integrista, que pretendió negar, con imperial soberbia, los aportes de América a la historia de la cultura.

Al concertarse la tregua del Zanjón, Varona se estableció en La Habana. Su firma apareció, en seguida, en los principales diarios: Fue colaborador asiduo de la *Revista de Cuba*, dirigida por José Antonio Cortina. Varona expone y valora a Bain,



a Stuart Mill, a Darwin, a Comte, a Spencer, a Huxley, a Ribot, a Wundt, a Emerson. José Antonio Echevarría lo cree médico por su asombroso dominio de las ciencias biológicas. Pero, al mismo tiempo que auscultaba los latidos del mundo, Varona se curva, ansiosamente, sobre los problemas de su patria y los examina metódica y objetivamente, con pupila serena y ademán científico.

En 1880, inició Enrique José Varona su curso extraordinario de conferencias filosóficas. Versa sobre lógica, psicología y filosofía moral. Marca este curso, sin duda, un momento estelar en la evolución de las ideas en Cuba. No sólo remata la faena crítica que abre José Agustín Caballero y prosiguen Félix Varela y José de la Luz. Varona, además, los supera en visión histórica, madurez de pensamiento, intención política y consecuencias prácticas.

La primera serie de estas conferencias forma su tratado de *Lógica*, aparecido en 1880. Lleva al frente esta significativa dedicatoria: “A la juventud cubana, en cuyo corazón deseo fervorosamente que jamás se extinga el amor a la ciencia, que conduce a la posesión de sí mismo y a la libertad”. “Sabe el filósofo —subraya Francisco Romero, comentándola— lo que a veces olvida el patriota: que la independencia y la libertad no son sólo la autonomía respecto a los poderes públicos externos y a la coacción extraña; que la ignorancia nos hace siervos de la naturaleza y de las peores fuerzas que residen en nosotros mismos”.

Encarecimientos inusitados mereció la *Lógica* de Varona en la *Revue Philosophique de la France et de l'Étranger*. Varona completó, en 1888, la edición de su curso. No faltaría, de nuevo, el juicio apologético de Francia en la palabra autorizada de Ribot. Martí saludó la obra con júbilo desbordado. Sólo un español, Urbano González Serrano, ídolo de Azorín en su juventud literaria, se hizo eco del magno esfuerzo. Más tarde, sería objeto de lúcida exégesis por el peruano Francisco García Calderón. Hoy, son los propios profesores españoles de filosofía los que se han apresurado a ponderar sus excelencias y calidades.

Fácil resulta advertir, por la orientación, método y contenido de estas conferencias, la filiación positivista de Varona.



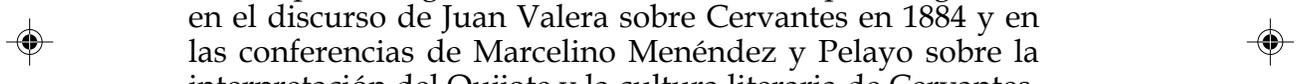
La impronta de Bain, Spencer, Darwin y Comte está a la vista. Por este positivismo, se le ha negado a Varona, por algunos, el título de filósofo: No cabe, en verdad, tontería mayor. El positivismo es una dirección filosófica del pensamiento humano, tan filosófica como el materialismo dialéctico, el idealismo, la fenomenología o el existencialismo. Aún más; era la filosofía de la clase dominante de su tiempo histórico. Constituía el correlato, en el plano de las ideas, del proceso ascendente de la ciencia, de la técnica y de la burguesía industrial. En lo más profundo de su raíz antimetafísica, antidogmática y agnóstica, bullía el *Discurso del método*, de Renato Descartes. Era, en suma, una posición acorde con el flujo capitalista de la historia, una racionalización científica de la razón, que conducía al progreso indefinido, a la libertad política y al saber para prever, ideales de la burguesía europea en el áureo otoño de la época victoriana. Podrá uno discrepar de ella. Podrá uno incluso repudiarla. Lo que sí no puede admitirse es que se intente pervertirla o degradarla con fines confesionales o demagógicos. En un país como Cuba, de estructura económica colonial, uncido al yugo extranjero y a la filosofía escolástica, el positivismo era la doctrina congruente con el proceso en desarrollo de la emancipación democrático-burguesa, como determinadas circunstancias la habían exigido en México, Brasil y Argentina.

No fue Varona filósofo en el genuino significado de la palabra: pero, no por ser positivista. No lo fue porque ni quiso, ni podía serlo. Para ser filósofo, le faltaba vocación entrañable, dimensión de profundidad e ideas troncales. Sus conferencias filosóficas únicamente evidencian un conocimiento pleno de las corrientes en boga en los medios universitarios, un aguzado sentido crítico y una soberana facultad para adaptar, a nuestra mestiza realidad social, un fruto específico del pensamiento europeo. Fue, eso sí, un gran profesor de filosofía, el único de rango universal que hasta ahora hemos tenido. Nadie supo mejor que el propio Varona sus limitaciones. Por eso, solía enojarse vivamente cuando le endilgaban el empingorotado apelativo de filósofo. De su obra filosófica, con todo —precisa Romero—, si “mucho se llevará la corriente incontenible del tiempo,



mucho también ha de quedar en pie". Al cabo, su grandeza intelectual no fue otra que ser un escritor en diálogo perpetuo con su pueblo.

Nuevos surcos a la crítica, y aún a la española, roturaría la conferencia de Varona sobre Cervantes, pronunciada en 1883. Hasta entonces los cultivadores de la crítica literaria se habían ceñido, exclusivamente, a la gramática y a la preceptiva. Se concentraba el análisis en el léxico, en la sintaxis, en el estilo y en el género. Varona, por primera vez en nuestra América, intentó examinar la obra literaria a la luz de las tendencias culturales y de la estructura social en que fue concebida, madurada y escrita. Compartía la tesis de Guyau sobre la función social de la literatura y del arte. Enrique Piñeyro, ensayista de vuelo sostenido y trabajada prosa, no trascendió, por lo común, el frío ámbito de la crítica formalista. Manuel Sanguily, en cambio, siguió pareja senda que Varona. Medardo Vitier ha insistido, fecundamente, en el asunto.



Esta pieza magistral de Varona, sólo tiene pares legítimos en el discurso de Juan Valera sobre Cervantes en 1884 y en las conferencias de Marcelino Menéndez y Pelayo sobre la interpretación del Quijote y la cultura literaria de Cervantes, pronunciadas, respectivamente, en 1904 y 1905. Ni en belleza de estilo, ni en penetración crítica, ni en señorío sobre el tema, quedan en zaga de aquéllas las disertaciones de Varona, quien volvería sobre el autor y la obra en el centenario de Cervantes.

En el propio año de 1883, publicó Varona un volumen titulado *Estudios literarios y filosóficos*. Hay, en este libro, ensayos de subidos merecimientos. El escritor de raza aparece de cuerpo entero. Da gusto leer, en un país tan dado como el nuestro a la retórica emperifollada, esa prosa tersa, vivaz, rítmica, elegante y serena. Cada página de Varona es una lección de sobriedad, precisión y limpieza. Linfa pura y cristalina parece manarle de los puntos de la pluma. Digámoslo ya.

Como escritor, Enrique José Varona fulge, señero, en las letras cubanas. Tampoco tiene parentesco alguno con los grandes escritores españoles de su época, ni con sus congéneres de nuestra América.



En esa época, precisamente, Varona irrumpe en el palenque de la vida pública. Cautivado en un principio por el canto de sirena del autonomismo, predicará una reconciliación imposible con el poder colonial de España. Dos veces es electo diputado a Cortes. En 1886, embarcó rumbo a España, a tomar posesión de su cargo. Se encuentra con el parlamento cerrado. Se encuentra, además, con una atmósfera hostil. Se convence, en fin, de que no hay otra vía que la revolucionaria. Al regresar a Cuba, se separa, definitivamente, del Partido Autonomista. Un documento público, dirigido a sus electores a raíz de su llegada: y, un viril discurso en la tumba de José Antonio Cortina, anticipan la ruptura.

Dos años después, en una velada de La Caridad del Cerro, sellará, en memorable epitafio, el destino del autonomismo: “De un partido lo tiene todo, la organización, los jefes, los procedimientos, los principios, los actos, todo, menos la eficacia. Es un mecanismo admirable y perfecto, que funciona, sin aplicación, en el vacío”. De esa sazón es, asimismo, un buido análisis sociológico del problema del bandolerismo en Cuba. “Los fraudes más inauditos, los despojos más encubiertos —escribe— pasan a la vista de todos, se conocen sus detalles; y se señalan con el dedo a los autores. El clamor de reprobación es universal. Desde el más modesto ciudadano basta las primeras autoridades de la colonia, no hay quien no denuncie el hecho y no vea las consecuencias; lo que no se ve jamás es el remedio, ni el castigo”.

A la muerte de Cortina, Varona editará la *Revista Cubana*, que se proclama heredera de la *Revista de Cuba*. Diez años apareció, ininterrumpidamente, esta severa publicación, en cuyas páginas quedaron registradas las palpitaciones del espíritu universal y las inquietudes del espíritu cubano. La labor de esclarecimiento, siembra y propaganda realizada por esta revista sólo puede compararse con las “Hojas literarias” de Manuel Sanguily y la prédica apostólica de José Martí. Fue, sin duda, uno de los focos más activos del separatismo.

Varona, ya en franca actividad revolucionaria, alternaría ésta con sus trabajos literarios. En pleno torbellino, tiene aún tiempo para publicar dos libros: *Seis conferencias* y *Artículos y*

discursos. Algunos de los más prósperos frutos de su privilegiado intelecto están contenidos en ambos.

El 24 de febrero de 1895 la insurrección incendia de nuevo los maniguales y Varona se traslada a New York. Se pone en inmediato contacto con Martí y los emigrados cubanos. Martí había evocado la “guerra necesaria y justa” y ansiaba “morir callado, junto al último peleador”. Parte de Santo Domingo, en frágil esquiife, en pos de la consagración suprema. Días más tarde, caería heroicamente, de cara al sol y al enemigo, como había soñado y pedido en versos anhelantes. Varona lo sustituye en *Patria*. Recorre todo el país, galvanizando la opinión pública norteamericana. No tardaría gran parte de ésta en expresar su simpatía por la revolución de independencia. Banqueros y *politicians*, se aprestan a capitalizar, en beneficio propio, la ola creciente de disconformidad popular con la política contemporizadora del gobierno, a su vez apercebido a meter sus manos intrusas en el instante oportuno. A su regreso a New York, se le confía a Varona el panegírico de Martí.

Al consumarse el derrocamiento del poder colonial español, por las armas combinadas del Ejército Libertador y del Ejército Norteamericano —ya irremediabilmente derrotada la metrópoli por el sólo esfuerzo del pueblo cubano— Enrique José Varona regresó a su patria. Después de seculares proezas y sacrificios, la bandera que ondeaba sobre el Morro no era la de la estrella solitaria. Como símbolo de usurpación, y dominio, ondeaba la bandera de las barras y las estrellas.

Advino la república capitidiminuida por el desenlace de la revolución de 1895 y enfeudada política, económica y diplomáticamente a Estados Unidos por la Enmienda Platt, “la cuentecita”, como la apodará, con amarga ironía, Máximo Gómez. No: aún no habíamos llegado. La revolución habíase desatado para conquistar la libertad, la independencia y la soberanía plenas y rescatar la riqueza de un poder extranjero que fatigó la avaricia, la crueldad y el desprecio, cebándose en la carne y el espíritu del pueblo cubano. Se habían vertido torrenteras de sangre para erigir un Estado dueño de sus propios destinos y armado de los instrumentos indispensables para llevar a cabo la titánica faena de reconstruir una nación



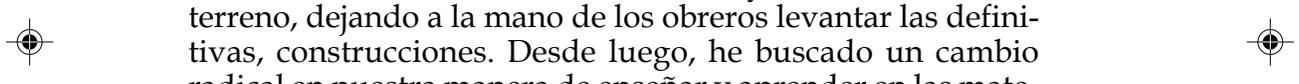
desvastada, empobrecida y desangrada y de impulsarla, rápidamente, por la vía de la paz, del bienestar, del progreso y de la cultura. Aquella revolución, iba dirigida a impedir, por una parte, “la perpetuación en formas nuevas, o con alteraciones más aparentes que esenciales, del espíritu autoritario y de la composición burocrática de la colonia”. Y a obstaculizar, por la otra, que “se extendiera por las Antillas los Estados Unidos, y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América”. “Cuanto hice hasta hoy y haré —diría José Martí al pie ya de su corcel de fuego— es para eso”. La mutación de la forma y del contenido de la vida cubana, el replanteo y ajuste de las relaciones sociales, la organización de la economía sobre el primado de la justicia distributiva y la sustentación popular del poder político, se obtendrían, como natural resultado, de la consecución de ese doble objetivo. No podía, en modo alguno, ser antes.

El 20 de mayo de 1902 asumió la presidencia de la república, tremante la Isla toda de cándida alegría, el candidato de Estados Unidos, Tomás Estrada Palma. Mas, el pueblo cubano queda reducido, de nuevo, a la condición de paria en su propia tierra. Nada de lo que hubiera podido hacerle libre y feliz era suyo. Las fuentes de producción, el comercio, la banca, la tierra y la industria seguirían siendo extranjeros. En plena luna de miel de la república, se inauguraba un nuevo ciclo de dominación colonial. Cuba resultaría presa fácil de los negociantes y *politicians* del poderoso vecino y cornucopia de muñeques, manengues, camajanes y mercaderes.

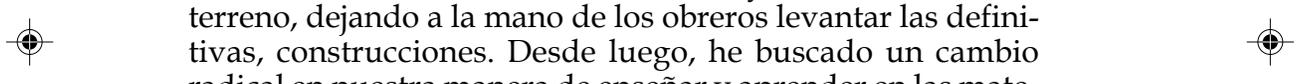
Enrique José Varona se había resistido, tenazmente, a incorporarse a la vida pública a su retorno de la emigración. No quiso formar parte de la Asamblea del Cerro, ni de la Asamblea Constituyente. Dudas terribles sobre el futuro mediatizado de Cuba ensombrecían su espíritu. “No veo claro el horizonte” —escribió entonces—. Aceptó, no obstante, desempeñar la Secretaría de Hacienda primero y la de Instrucción Pública después, acometiendo la reorganización de la enseñanza superior y secundaria. Uno de sus méritos principales fue haber introducido y cimentado, tras enconada porfía, el laicismo en todos los grados y esferas de la educación oficial.



Proficua tarea rindió Enrique José Varona en la Secretaría de Instrucción Pública. Moda es hoy censurar los planes y métodos de enseñanza que puso en vigor. No han faltado quienes hayan atribuido a su orientación positivista —ciencia, experiencia, conciencia— los descalabros, concupiscencias y frustraciones de la república. Se cargan, estúpida o dolosamente, a su filiación filosófica, los efectos de causas que precisa indagar en los estratos más profundos de la sociedad cubana y de su dependencia extranjera. De donde vendría a resultar, monstruosamente, que el único responsable de la crisis de la moral pública en Cuba es Enrique José Varona ¿Y por qué no José Martí, que antepuso Darwin a la Biblia y Spenser a Rousseau?

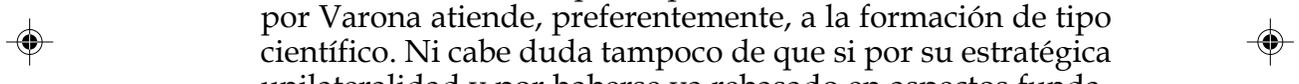


La mayoría de los que así piensan han perdido de vista la situación imperante en 1900. Ni tampoco conocen la fundamentación técnica, social y espiritual que dio Varona a su plan de enseñanza. Varona mismo se encargaría de impugnar a sus contradictores de ayer y de ahora. “Sólo he intentado —advierte— sentar las bases y hacer trazos en el terreno, dejando a la mano de los obreros levantar las definitivas, construcciones. Desde luego, he buscado un cambio radical en nuestra manera de enseñar y aprender en las materias de estudio y enseñanza; pero sabía que no podía hacer más que indicar direcciones. He pensado que nuestra enseñanza debe dejar de ser verbal y retórica para convertirse en objetiva y científica. He pensado que a nuestros escolares les convendría leer menos y observar más, comparar más; en una palabra, interrogar más a la naturaleza que oír al maestro. He pensado que nuestros profesores deben ser solamente profesores, y serlo en el sentido moderno: hombres dedicados a enseñar cómo se aprende, cómo se consulta, cómo se investiga; hombres que provoquen y ayuden al trabajo del estudiante; no hombres que den recetas y fórmulas al que quiere aprender en el menor tiempo la menor cantidad de ciencia con tal que sea la más aparatosa. Hoy un colegio, un instituto, una universidad deben ser talleres donde se trabaja, no teatro donde se declama”. Y, a los que entonces le imputaban como crimen la supresión del latín en los institutos, les replica de esta guisa: “Necesitamos recuperar el tiempo per-





dido; y no es haciéndolo malgastar en un estudio de mera erudición, como se pone un pueblo al nivel de los que están transformando la tierra y la sociedad en torno suyo. Abrir caminos, muchos caminos, canalizar ríos, alcantarillar poblaciones, limpiar puertos, encender faros, desmontar bosques, explotar minas, mejorar en todos sentidos nuestras condiciones de vida material, para que se morigere e ilustre la gran masa inerte de nuestra mísera población, es lo que necesitamos, antes de sentarnos a saborear a Virgilio o descifrar a Horacio. Ni siquiera como disciplina del intelecto puedo admitir que debemos los cubanos preferir el estudio de las humanidades al de las ciencias. La enseñanza clásica, preferida a la enseñanza científica, significa la imitación preferida a la observación directa. Los problemas que tenemos delante son vitales. No es con la imaginación y el buen gusto con los que se abordan victoriosamente, sino con el cálculo, la previsión, el manejo de los instrumentos, la aplicación de las máquinas y la consulta de las tablas estadísticas”.



No cabe duda de que el plan de enseñanza establecido por Varona atiende, preferentemente, a la formación de tipo científico. Ni cabe duda tampoco de que si por su estratégica unilateralidad y por haberse ya rebasado en aspectos fundamentales resulta hoy anacrónico, no es menos cierto que su espíritu tiene aún eficacia rectora, que respondía a las exigencias más perentorias del desarrollo de la nacionalidad cubana y que enderezaba al cultivo y arraigo de los valores éticos, estéticos y sociales. “La Universidad —escribe— llama a su gremio a la juventud más apta de un país; la congrega, forma con ella un cuerpo moral, le infunde un elevado y firme amor a la ley, a la verdad y al bien y, mediante esta disciplina ineludible, pone a cada uno de sus miembros en condiciones de desenvolver todas y cada una de sus actividades, todas y cada una, corporales, racionales, emotivas, a fin de que cuando se desprenda de ellas, como el hijo del seno nutricio de la madre, posea una profesión especial que le permite realizar con éxito una parte de la labor social, posea una inteligencia enriquecida por los principios generales del saber humano, posea un gusto depurado para disfrutar las ventajas de una sensibilidad afinada y equilibrada, posea



un profundo sentimiento del deber cívico y del deber moral; posea sobre todo un carácter amaestrado, flexible y a la par resistente, que reúna y dirija todas esas capacidades a la realización de una existencia decorosa y bella, la cual se concierta con la de sus coasociados para hacer a la vez decorosa y bella la existencia colectiva”.

A Varona se debió la transformación de la Universidad colonial en una Universidad a la altura de la época. Sus enseñanzas, impulsadas por las nuevas corrientes científicas y culturales, cobraron lozanía y objeto. Fundó nuevas facultades. Trasladó la institución del viejo convento de Santo Domingo a la colina en que hoy exhibe, a la pupila del transeúnte, su bello perfil clásico. Varona había dado ya el santo y seña de la Reforma Universitaria en América en su oración inaugural del curso académico de 1903-1904. Según él, la Universidad debía ser “el laboratorio científico de la nación”. Y añade: “Debe la Universidad enseñar, desde luego, pero debe ante todo despertar la curiosidad del saber, el deseo de ver cada cual por sí mismo, de experimentar, de investigar, de criticar”. No sólo eso. Su “más alta incumbencia es formar hombres cada vez más aptos para realizar la plena vida humana y más capaces de asegurar al país condiciones favorables al desarrollo armónico y continuado de sus elementos de bienestar, cultura y moralidad superior”; debe ser preparar ciudadanos con “la firme resolución de resistir el mal y la injusticia y el carácter templado para ese arduo empeño, con el corazón encendido en el amor a la patria y en el anhelo del bien de la humanidad”.

Esta concepción de la Universidad es la misma que levantaría nuestra generación en demanda de una radical y genuina reforma académica. Grupos aprovechados e incapaces habían adulterado y corrompido la vida pública; y la reforma universitaria de Varona corrió análoga suerte.

Al concluir la intervención norteamericana y establecerse la república, Varona ocupó la cátedra de Psicología, Filosofía Moral y Sociología de la Universidad Nacional, La sustancia de sus lecciones y su estilo docente han dejado huella indeleble en quienes tuvieron la fortuna de ser sus discípulos. En esta sazón de su vida, Varona pronunció numerosas



conferencias sobre los más variados temas en el Aula Magna. Ninguna alcanzó la resonancia ni la trascendencia de su disertación sobre el imperialismo a la luz de la sociología. Impecable de forma, rigurosa de método, densa de pensamiento, fue un grito de alerta frente a la política del *big stick* y de la diplomacia del dólar. Insistiría sobre el tema en su sonado discurso sobre el Capital extranjero.

En ese discurso, se declara partidario de la diversificación de la economía cubana y de la paulatina industrialización del país; y sostiene la tesis de que el gobierno es “el encargado de auxiliar al pueblo en la obra urgente de rescate y no elemento inconsciente de su ruina”. Varona cometió entonces un grave error político —como había cometido otro antes al oponerse a la concesión del sufragio a los analfabetos— al aceptar la postulación, como vicepresidente, de la candidatura del general Mario García Menocal, caudillo de vuelo rastrero y sumiso a los dictados de las empresas norteamericanas. Renunció, con ese motivo, su cátedra universitaria, dedicándose íntegramente a la campaña electoral, y después, al ejercicio de su cargo. Fue aquélla, sin duda, una de las más dolorosas experiencias de su vida. Muy pronto, se sintió moralmente incompatible con el estilo, las orientaciones y las medidas del mayoral de Chaparra y, en puridad, se mantuvo al margen del cargo hasta que rompió abiertamente con aquél, al negarse a secundarle en su aventura reeleccionista.

Varona se refugió de nuevo en su biblioteca. Durante largos años, viviría aislado con sus libros y sus recuerdos, con sus angustias y sus esperanzas, mirando inquietamente en torno, lanzando día a día —chispas de su pedernal— el consejo, la reprimenda o la advertencia: “La vida republicana es un encharcamiento progresivo”. “Soñé que vivía en república y me he despertado en colonia”. “Cada millón que recibimos es un eslabón de nuestra cadena de galeotes del extranjero”. “Hay dos tipos de políticos: los que hurgan entre las espinas para sacar la almendra y los que se comen la almendra”. “La democracia es el gobierno del pueblo, para el pueblo, por los mejores del pueblo”. “Un pueblo que se confía a los mediocres se suicida”. “Enseñar es fecundar”. “El individualismo político ha tocado a su fin: la doctrina se



ha gastado y se va deshilachando a vista de ojos". "La organización industrial vigente está podrida, hasta los tuétanos". "Toda revolución política se esteriliza como no abra camino a una revolución social".

Jamás dejaría Varona de opinar, por riesgosas que fueran las contingencias, sobre las cuestiones que afectarían al destino de Cuba. Ni de meditar a fondo sobre ellas. Durante esos años, publicó una selección de sus discursos con el título *Por Cuba* y el libro *De la Colonia a la República*, en que recogía trabajos políticos escritos entre 1884 y 1915. Y también autorizó la reedición, en la editorial madrileña Andrés Bello, que dirigía el escrito venezolano Rufino Blanco Fombona, de su precioso gemario de ensayos, *Desde mi Belvedere*.

Su apartamento era activo, fecundo, aleccionador. Era la suya una soledad radiante e irradiadora, una sonora soledad de maestro en pugna con su circunstancia. Cuando José Enrique Rodó publicó *Ariel*, le envió un ejemplar dedicado, instándole a ser el Próspero de su alegoría. Varona rehusó, con gentil altivez, ese magisterio. Aunque comido por dudas y vacilaciones —típico drama de su genealogía social fronteriza— Varona no se sintió nunca hombre de púlpito ni de habitáculo. Se sintió siempre hombre de ágora. Era la contrapartida de Erasmo, que jamás tiró la piedra sin esconder la mano. Nuestro siglo XIX, fragua de vigorosos pensadores y recias voluntades —resultante histórica del proceso de transformación de la "nación en sí" en "nación para sí"—, culminaba en este anciano rebelde, sabio y generoso. Como a Terencio, "nada humano le era ajeno". Se interesaba y preocupaba por todo. Su vocación intelectual alentó en él hasta sus días postreros. Sólo que, a la inversa de Rodó, fue siempre un libro que hablaba como un hombre, y no un hombre que hablaba como un libro. Si para Varona la ciencia fue también "cosa de conciencia", la ejemplaridad civil fue siempre conciencia de su ciencia. Fue, en suma, un héroe de la cultura y un representante de la ilustración cubana, como lo ha caracterizado, certeramente, Elías Entralgo, con la simbología de Carlyle y de Emerson.

"No son momentos propicios los actuales —escribía melancólicamente Varona en 1919— para quienes han dado calor en su seno a esperanzas que están muy lejos de haberse



cumplido. Ni en la situación general del mundo, sacudido por la más pavorosa catástrofe de que hay memoria, ni en la particular de mi patria, desgarrada por las pasiones de sus hijos, que parecen ciegos ante las tremendas señales de los tiempos, pueden encontrarse alicientes para mantener un estado de ánimo que se abra confiado al porvenir". ¿Qué había acontecido en Cuba y en el mundo para que huyera ese profundo desaliento de la pluma de Enrique José Varona?

"La república —anotaba dolorido Carlos M. Trelles en 1932— se encuentra enferma; y lo que es más triste, gravemente enferma". "Nuestra patria —advertía conturbado en el propio año Raimundo Cabrera— está atravesando una pavorosa crisis. No es la crisis de un gobierno, no es la crisis de un partido, no es la crisis de una clase. Es la crisis de todo un pueblo". "La sociedad cubana —clamaba Fernando Ortiz en 1924— se está disgregando. Cuba se precipita, rápidamente, en la barbarie". Algo, sin duda, sobremanera grave, le había acontecido a la república para que esas voces, esclarecidas y adultas, se levantaran, de consuno, presagiando un inminente desastre. Grave, muy grave, para que este lírico lamento empenachase de iracundia la "rubia cabellera de los cañaverales":

*Musa patria, esto no fue
lo que predicó Martí.*

No podía ser, en efecto, más grave. De la república de nítida y potente raíz popular, libre y laica, sin distinciones de raza ni privilegios de fortuna, efectivamente soberana y económicamente independiente, que propugnara el Partido Revolucionario Cubano, sólo restaban ya los símbolos ficticios de la constitución, la bandera y el himno. "Salida ayer de la colonia —concluirá patéticamente Enrique José Varona— Cuba ha vuelto, casi por su propio peso, a la colonia. Impulsada, con oculto pero firme empuje, por la banca norteamericana, va tomando su antigua posición doblada sobre la caña con la mocha en la diestra", Y no podía ser más desconcertante, para él, lo que había ocurrido en el plano universal de la historia. "En ocasiones —escribía Varona— me figuro asis-



tir a la apocalíptica destrucción de un mundo, la cual predice el alumbramiento de un orden social muy diverso. Los poderes públicos, elevados sobre las mismas ideas en que se había nutrido mi espíritu, parecen tocados de vértigo, y lanzados unos contra otros en una colisión tremenda de la que han de salir destrozados. Sólo el socialismo, como doctrina, se mantiene, o pretende mantenerse, fuera del conflicto, cual si hubiera de ser el llamado a edificar sobre estas ruinas”.

Frustrada la república, la Universidad en decadencia, el mundo sacudido por subterráneos terremotos. Ese era el inquietante y sombrío panorama que se abría ante nuestra generación en 1925. Nos tocaría, por imperativo inexorable de la historia, vivir la culminación y síntesis de ese proceso de franca desintegración nacional. No teníamos culpa alguna de la espantosa debacle. No había sido, ciertamente, nuestra generación, la que entregó la riqueza nacional al extranjero, la que vació de contenido las instituciones democráticas, la que dispuso a su antojo de la voluntad popular, la que convirtió el tesoro público en patrimonio privado, la que hipotecó la república, la que corrompió la administración, la que sobornó la ciudadanía, la que fomentó la impunidad, la que encharcó la enseñanza, la que falsificó la reforma universitaria de Varona, la que, nada hizo, en suma, “por impedir la continuación de ese doloroso proceso, sino que, por el contrario, lo aceleraría con renovado empuje”. No era nuestra, precisamente, esa responsabilidad abrumadora. Son ya otros los que la cargan ante la historia.

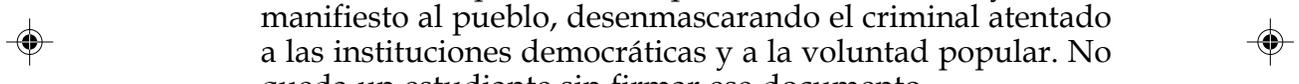
Esa fue la herencia que recibimos al irrumpir en la vida pública. Y contra esa herencia nos rebelaríamos, ofrendándolo todo en desigual contienda. Enrique José Varona no sería ajeno a esa briosa y fecunda insurgencia. No habíamos aún tenido contacto directo con él; pero, ya lo sabíamos presto al requerimiento de la juventud. La oportunidad no tardaría en presentarse.

Fue el 30 de marzo de 1927. Entre el aplauso de los paniaguados y el clamor de los alabarderos, la Cámara de Representantes había aprobado la reforma constitucional, prorrogándole el mandato a Gerardo Machado. Un ensordecedor clamoreo estremece la colina más eminente y díscola



de la urbe. Aquella mañana la Universidad toda trasminaba primavera. Aroma en el aire y fuego en los espíritus. Los estudiantes de derecho, filosofía y ciencias se han ido concentrando en torno al añoso laurel. Discuten, gesticulan, gritan. Por el maltrecho camino que conduce al Hospital Calixto García, avanza una abigarrada legión de muchachos. Son los estudiantes de medicina. También ellos se han sentido aguijonados de la misma inquietud y vienen a compartirla con sus compañeros de las otras Facultades. Alguien habla con acento bronco y gesto ceñudo. Denuncia la prórroga de poderes y llama al estudiantado a combatir sin tregua. Muertas y abajos llenan de vida la soledad de las aulas. Hablan otros en el mismo tono combativo y vibrante. Pero somos tantos que ya resulta difícil oír. Entonces, uno, interpretando el sentir de todos, ordena:

—¡Al Stadium!



Y, allá vamos, decididos y entusiastas. Se organiza el mitin. Consumen turnos numerosos compañeros. Un estudiante, líder de la protesta, se apodera de la tribuna y lee un manifiesto al pueblo, desenmascarando el criminal atentado a las instituciones democráticas y a la voluntad popular. No queda un estudiante sin firmar ese documento.

Algunos proponen salir en manifestación a la calle y llevar el manifiesto a los periódicos. La repulsa es completa. La prensa, en su casi totalidad, está vendida al gobierno. ¿A dónde llevarlo, a quién entregarlo? Una voz, salida, como índice orientador, del seno profundo de la asamblea, propuso que hiciéramos depositario de nuestra protesta a Enrique José Varona. La ovación fue cerrada. Y unánime el griterío:

—¡A casa de Varona! ¡Abajo la prórroga! ¡Muera Machado!...

Se le había ya telefoneado a Varona y nos esperaba en el portal de su domicilio. El primer choque con la policía se produjo en *L* y *17*. El segundo en *17* y *8*. Ante el implacable toleto, la manifestación se escinde en dos grupos. Sólo uno lograría penetrar en la casa de Varona. Recuerdo la escena con singular nitidez. En el recoleto jardincillo, en la enhiesta postura que conocieron y respetaron los capitanes generales de la colonia, refulgente de pies a cabeza, nos aguardaba el viejo maestro. No olvidaré nunca su emocionante saludo:



—¡Muchachos ¡Mis muchachos!

Un estudiante, previas palabras explicativas de nuestra actitud, leyó el manifiesto de protesta contra la prórroga de poderes. Varona agradeció conmovido el homenaje y nos exhortó a mantener la actitud adoptada, costase lo que costase. No había concluido cuando la policía, con su jefe al frente, asaltó el jardincillo, maltrató de obra y palabra a Varona, repartió garrotazos a diestra y siniestra e hizo añicos el mobiliario de la sala. Las teclas del piano volaban como mariposas. Unos pocos, indefensos, permanecemos junto a Varona, intentando protegerle. El jefe de la policía —un bárbaro galoneado— se dirigió a él amenazadoramente, y aquel anciano canijo, menudo, frágil, enfermo, señalándole con el índice airado la verja, le dijo en tono que no admitía réplica:

—¡Salga de aquí miserable! ¡Usted ha hecho en plena república lo que no se atrevió nunca a hacer un capitán general de la colonia!

La noticia del asalto al domicilio de Enrique José Varona conmovió la ciudad. Esa propia tarde, la Universidad fue allanada por la policía y esa misma noche recibía yo, de las manos venerables del maestro, unas líneas estremecidas de fuego juvenil, incitándonos a continuar la lucha: “La actitud de los estudiantes cubanos, que constituyen la más pura fuerza viva del país, al protestar de la violación a nuestros postulados constitucionales me reafirma el concepto de que Cuba tiene una juventud capaz de afrontar cualquier situación, por difícil que sea, en defensa de las libertades públicas o individuales. Bajo la honda impresión proporcionada a mi espíritu en esta mañana, me dirijo a la juventud universitaria alentándola a mantener su actitud valerosa”. A partir de entonces, Enrique José Varona estaría junto a nosotros, “fervoroso y desvelado”, hasta su muerte.

Se constituye el Directorio Estudiantil Universitario contra la prórroga de poderes y se organiza la lucha. El gobierno apela a la intimidación y al soborno. “Esta juventud —ripostará el Directorio— ni claudica, ni se vende”. Mella, en vibrante mensaje, envía su adhesión y su aliento. Se improvisan tánganas y mítines. La Universidad es clausurada y militarmente ocupada. Centenares de estudiantes son expulsados



por orden de Machado. Numerosos intelectuales y obreros son reclusos, arbitrariamente, en la cárcel.

Nos dirigimos otra vez a Enrique José Varona en busca de orientación y consejo. Su respuesta fue clara y terminante: “Ustedes han querido vivir la vida del estudiante del siglo veinte. Justo y conveniente propósito. Cuba es una república de ahora; y sólo podrá progresar de una manera ordenada si se amolda a las nuevas condiciones de la vida social en América. Piensen que es cuestión de honor, puesto que es cuestión de interés general. Una defección, una sola, significa la mayor de las torpezas individuales”.

Se gobierna de facto, el terror se organiza, el hambre se extiende, el descontento crece. “El pueblo se ha incorporado —constata jubiloso Varona—; parece tantearse el cuerpo gigantesco y tratar de convencerse de que sus miembros no están ya agarrotados”. La chispa que incendiaría la Isla de cabo a cabo, poniendo en pie de guerra a la conciencia pública, será prendida por la juventud universitaria. Un reducido núcleo de estudiantes, concibió un plan de lucha encaminado a promover un levantamiento popular contra la tiranía y el imperialismo. No voy a referir ahora el largo, fatigoso, arriesgado y oscuro trecho que tuvimos que recorrer para formar una vanguardia resuelta y consciente de su misión. Baste decir que ya en la primera quincena de septiembre de 1930 estábamos apercebidos para la lidia.

Semanas antes Enrique José Varona había exhortado de nuevo a la juventud universitaria y al pueblo de Cuba. Estas declaraciones le imprimirán carácter más amplio al homenaje que se proyecta rendirle, por un prestigioso grupo de intelectuales hispanoamericanos, en el cincuentenario de su primera lección de filosofía. Se trataba ahora de completar el homenaje en marcha, con un gran acto público de reconocimiento a sus virtudes ciudadanas y de exhortación y apoyo por su viril y gallarda protesta contra la tiranía de Machado. Se señaló el acto para el día 3 de octubre y fuimos designados para hablar Juan Marinello, Gustavo Aldereguía y yo. Machado impediría, por un úkase, que se le rindiera este tributo popular a Enrique José Varona.



En días ya muy cercanos al 30 de septiembre, se constituyó el Directorio Estudiantil Universitario. La tángana fue acuciosamente planeada y comprendía los extremos siguientes: manifiesto al pueblo de Cuba, asamblea en el patio de los laureles contra los crímenes y latrocinios del gobierno, manifestación a casa de Enrique José Varona y rompimiento de hostilidades con la tiranía.

Agitadas y premonitorias fueron las vísperas de la memorable jornada. “Aquí hace falta una víctima” —afirmó enfáticamente Rafael Trejo—. Nuestra hora, sin duda, había llegado. La generación que tuvo a Enrique José Varona como maestro estaba ya madura para la muerte. Lista para inmolarse. Dispuesta a todos los sacrificios, abnegaciones y heroísmos. ¡Cuántas primaveras tronchadas, cuántas vocaciones perdidas, cuántas vidas prematuramente rotas! ¡Miserables aquellos que antaño juraron ser fieles al recuerdo de los caídos y ogaño levantan, descaradamente, su pedestal de barro sobre esa rica sementera que algún día retoñará!

Se dio la tángana y sangre estudiantil se mezcló, simbólicamente, con sangre obrera al grito de ¡Abajo Machado! ¡Abajo el imperialismo yanqui! La lucha irreconciliable contra la república factoril daba comienzo. Se abría una nueva etapa de un proceso inconcluso. Se reanudaba, en circunstancias diversas, la epopeya trunca de 1895. Se quería una Cuba distinta y un futuro mejor. Ese fue el oriflama de nuestra generación. Aspirábamos a darle a Cuba su plenitud de destino. Nada más. Nada menos.

Varona ocuparía posición de vanguardia en la brega. Dio lo que pudo y lo que no pudo. Su casa siempre estuvo abierta a la juventud perseguida. No obstante sus años y su maltrecha salud, aceptó participar en el acto organizado, a la memoria de Rafael Trejo, por Dulce María Borrero de Luján, Ofelia Domínguez, Flora Díaz Parrado, Ofelia Rodríguez Acosta, Loló de la Torriente y Candita Gómez de Bandujo. El acto fue violentamente suspendido por la policía. Lo que entonces iba a decir Enrique José Varona se transcribe a seguidas: “En plena juventud, rebosante de esperanzas, en todo el vigor de una alta inteligencia y una voluntad bien dirigida, cae Rafael Trejo fulminado. Aún lo vemos empapado en



sangre; conducido por manos amigas, entre el horror de los circunstancias, al lecho, que se trueca en mortuorio; llevado en lúgubre apoteosis, en hombros de un pueblo entero, a su tumba prematuramente abierta. Dolorosísima pérdida para sus padres, para sus amigos, para la Universidad; tremenda lección para Cuba, que tiene allí ante sus ojos el ejemplo lamentable de a dónde puede conducir el menosprecio de algo que debiera ser intangible para el hombre: la vida humana. Segar la vida en flor, como ha sucedido con Rafael Trejo, ¿no es proclamar que se tiene en poco la existencia humana? Y no se diga que el generoso mancebo no fue muerto intencionalmente. El hecho resalta por eso, si no menos lastimoso, mucho más grave. Por coartar el derecho de un grupo, se ha sacrificado una vida. Los disparos no iban contra él. Iban contra nuestra libertad”.

Lo que vino después ya se sabe. El 12 de agosto de 1933 se derrumbaría el machadato al empuje incontrastable del pueblo cubano, interferido por un cuartelazo imperialista en connivencia con el ABC y las facciones más reaccionarias de la oposición. Varona, gravemente enfermo, recibió la ansiada nueva de labios de uno de sus hijos.

—Ya puedo morir...

Fue su único comentario.

El 19 de noviembre exhalaría su postrer aliento Enrique José Varona. Su cadáver fue tendido en el Aula Magna de la Universidad. Tuve el honor de despedir el duelo, en nombre de la juventud universitaria. El crepúsculo había ya invadido, con sus sombras moradas, la inmensa necrópolis. Algunas estrellas empezaban a reverberar en el cielo. Un silencio profundo, apenas turbado por el lúgubre gemir de los pinos, descendía de lo alto. Millares de cabezas se afanaban en ver, por última vez, el modesto sarcófago que guardaba aquellos restos amados, envueltos en la bandera cubana. Sus funerales fueron los de un hombre de acción.

Cien años cúmplese ahora del advenimiento de Enrique José Varona a la existencia en Santa María de Puerto Príncipe. No podría resumirse esa vasta parábola en rápido trazo. Desde niño, llevó la patria clavada en el alma. Y, desde niño también, inició su cultivo interior. Se formó a sí mismo en un



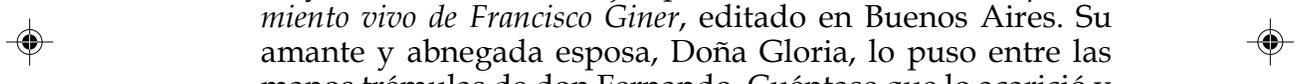
ambiente tradicionalista y ranciamente colonial. Se ganó el pan con la pluma y dando clases particulares. Afrontó, estoicamente, estrecheces, rigores y adversidades. Vivió en permanente vigilia. Su voluntad estuvo siempre tensa, como el arco de una flecha. Fue un trabajador infatigable. Fue absolutamente leal a sus principios. Creyó en la libertad, en la justicia, en la ciencia, en la tolerancia, en el progreso, en la belleza y en la virtud. Combatió el dogmatismo, el clericalismo, el imperialismo y el fascismo. Saludó, con entusiasmo, la revolución mexicana, la revolución rusa, la revolución turca y la revolución china. La heroica resistencia de Sandino le aceleró el corazón. Y, frente al torvo despliegue de la reacción mundial con el ascenso de Hitler al poder, propugnó la reorganización de la sociedad capitalista sobre bases más amplias y humanas, en que se conjugasen la libertad y la justicia, y el progreso y el bienestar en provecho de la mayoría. Aunque no se le había escapado que “corrían vientos huracanados de socialismo y cesarismo” —revolución proletaria y contrarrevolución burguesa—, permaneció en la frontera de su clase, venteando, febrilmente, el futuro. Amó a Cuba y es amado por Cuba. Murió pobre. Nunca más oportuna la lección de probidad pública y de heroísmo civil que dictaron sus actos. Su tumba sigue siendo evangelio vivo y su mensaje irradia aún claridades por venir. Enrique José Varona es ya un símbolo.

Tomado de Roa, Raúl: Retorno a la alborada, Dirección de publicaciones Universidad de Las Villas, Las Villas, 1964.



Don Fernando y Don Francisco

Conferencia leída en el Lyceum el 12 de agosto 1949.

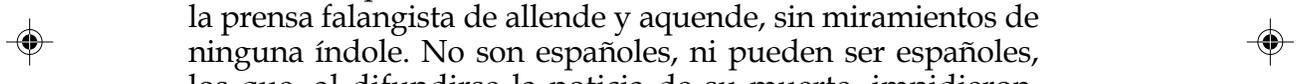


No le fue dable a don Fernando de los Ríos irse de la vida en plena conciencia. En los últimos meses de su espantosa agonía, apenas sí pudo articular torpemente frases pueriles. De pronto, sobre su existencia ya casi vegetativa se espesó la sombra y el silencio. Ni reconocía ni hablaba cuando los aromas, colores y arpegios de la primavera irrumpieron en su biblioteca solitaria estremeciendo sus libros abandonados y sus manuscritos inconclusos. Esa mañana reverberante de mayo el correo traía un ejemplar de su última obra, *El pensamiento vivo de Francisco Giner*, editado en Buenos Aires. Su amante y abnegada esposa, Doña Gloria, lo puso entre las manos trémulas de don Fernando. Cuéntase que lo acarició y que forcejeó desesperadamente por decir algo. Las dos fotografías de la portada —la suya y la de don Francisco— iluminaron de nuevo, tenuamente su mirada. Y en sus labios exangües floreció una leve sonrisa y le tembló la barba ya profusamente nevada. Fue la última vez que se le vio sonreír. Fue la última vez que fulguraron sus ojos. La lumbre espiritual de don Fernando se había apagado hacía tiempo, trocándose en cenizas pero la presencia de don Francisco —invisible rescoldo— había obrado el milagro de reanimarlas fugazmente. En una evocación relampagueante, debió desfilar ante él toda su vida fecunda hecha de “labores y esperanzas”, a imagen de la del “viejo alegre de la vida santa”; y acaso debió añorar también los ponientes morados de Ronda y los yermos encendidos de Castilla. Semanas después don Fernando de los Ríos se extinguía sin saberlo. No tuvo la fortuna de Sócrates que aguardó la cicuta dialogando serenamente con sus discípulos. Ni la suerte de don Miguel de



Unamuno de entregarse al sueño sin sueños en la tierra natal. Español del éxodo, su destino era el de Antonio Machado, Manuel Azaña, Demófilo de Buen, Marcelino Domingo, Ignacio Bolívar y Joaquín Xirau. Pero moría, como don Francisco, entre el jubiloso candor de los chicuelos y el melódico pajarillo. Y, como don Francisco, se iba “por una senda clara y hacia otra luz más pura”, a donde “lleva quien deja y vive el que ha vivido”.

Ni que advertir tengo que he de hablar más de don Fernando que de don Francisco; mas siempre ha de estar presente aquel que ansiaba, entre pinos verdes y mariposas doradas, “un nuevo florecer de España”. Gran parte de lo que fue don Francisco se hizo carne y espíritu en don Fernando; y casi cuanto éste dijo fue eco de don Francisco. Y, en la evocación de don Fernando, a veces habré, necesariamente, de desgranar recuerdos míos que también fueron suyos.

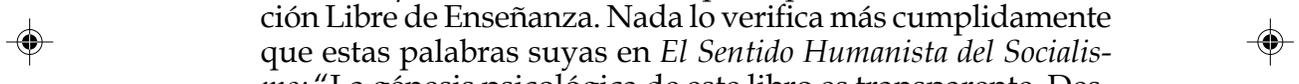


Plumíferos a paga intentaron menoscabar el prestigio político de don Fernando de los Ríos cuando ya, por su quebrantada salud, no podía defenderse. Se le difamó cobardemente, en la prensa falangista de allende y aquende, sin miramientos de ninguna índole. No son españoles, ni pueden ser españoles, los que, al difundirse la noticia de su muerte, impidieron, mediante la censura, la amenaza o la cárcel, que el pueblo español mostrara su duelo. Conviene precisarlo una vez más. Ni Franco es España, ni España es “el cementerio bajo la luna” a que ha sido temporalmente reducida con la complicidad manifiesta de las llamadas potencias democráticas. España no es eso. Como tampoco es la encomienda, la inquisición o la espada. España es el pueblo que ha podido engendrar símbolos como don Quijote y hombres como don Fernando de los Ríos. España es el pueblo que se dio a sí mismo al fundar veinte naciones afanosas de abrirse surco propio en la historia y de liberarse de la oprobiosa tutela de un imperio corrompido, desapoderado y cruel. España es el pueblo que se batió solitario y altivo y fatigó la proeza en Madrid, Guadalajara y Teruel en defensa de todos los pueblos. España es el pueblo que más rédito en sangre ha pagado por haber querido ser el que es.

Si don Fernando de los Ríos se fundió simbólicamente en la hora dolorosa de su tránsito con la España auténtica y la



esencia intransferible de lo español, es porque fue fiel, en su pensamiento y en su conducta, a la vocación humana de su tierra. No le fluía en balde la sangre de don Francisco Giner y no en balde fue su discípulo predilecto y uno de sus herederos legítimos. A la vera iluminada del apostólico maestro español, se formó su conciencia y penetró en el mundo de las ideas con un claro sentido de la subordinación de éstas al mejoramiento humano. Cierto es que desde niño, su madre, doña Fernanda —que le sobrevive rondando ya el centenario—, le inculcó el amor a los humildes y a los desvalidos. Muchas veces le oí referir que solía pasear por las playas gaditanas de la mano de Fermín Salvochea, el fundador del anarquismo en Andalucía. Ya adolescente distribuía pan y queso entre los pobres del vecindario y muchas veces compartía sus agobios y sus alegrías a la vaga luz del quinqué. Pero los gérmenes de su concepción humanista del socialismo, que empezarán a desarrollarse en su libro *La Filosofía del Derecho en Don Francisco Giner y sus relaciones con el Pensamiento Contemporáneo*, se nutrieron principalmente en la Institución Libre de Enseñanza. Nada lo verifica más cumplidamente que estas palabras suyas en *El Sentido Humanista del Socialismo*: “La génesis psicológica de este libro es transparente. Desde los días, lejanos ya, en que estudiaba en la Universidad de Marburgo al lado del gran filósofo Cohen, fue adueñándose de mi conciencia una convicción que, tomando por base el humanismo jurídico y político de mi amado maestro español don Francisco Giner y las doctrinas del propio Cohen, me llevó a conclusiones que lejos de ser desarraigadas con el tiempo, como ha acontecido en no pocas cuestiones, han enraizado más y más en mi ánimo con el decurso de los años y la experiencia de ellos extraída. Lo que en un comienzo fue no más que visión teórica, llegó a ser más tarde, por apremios internos de la conciencia moral, algo que quizá pudiera denominarse pragmática política, esto es, una orientación para la conducta del Estado y un ideal pródigo de vitalidad para el ciudadano. No sólo no rehúyo en la obra la invocación de lo humano, sino que lo tomo como punto de arranque, porque cada día hallo nuevos motivos para juzgar, más deseable, inminente, el que se reconozca que sólo desde ese luminoso





continente del espíritu nos es dable construir algo que no sea en sí mismo falaz”.

De la Institución Libre de Enseñanza gustaba charlar largo y tendido don Fernando de los Ríos. Su señero papel en la formación de la conciencia cultural y ética de la España nueva y la significación de Julián Sanz del Río y del movimiento krausista en ese proceso eran temas que atraían preferentemente su atención en el coloquio. Contaba Joaquín Xirau que, recién llegado a Madrid, ilusionado por el alto prestigio y la resonancia de la Institución Libre de Enseñanza, le preguntó un día a Manuel Bartolomé Cossío en qué consistía aquella “entidad misteriosa y enigmática”. Y Cossío le contestó resuelto e irónico: “Nada, nada. La Institución no es nada”.

Nada era en efecto, desde el punto de vista material. No era más que “una escuela instalada en una casa modesta del *Paseo del Obelisco* y en cuyo primer piso se alojaban don Francisco Giner de los Ríos, don Ricardo Rubio y don Manuel Bartolomé Cossío que, en íntima convivencia familiar, orientaban y dirigían las actividades de aquel minúsculo rincón”. La Institución había iniciado sus labores en la calle de *Esparteros*. El creciente aflujo de alumnos obligaría en 1880 a trasladarla a una casa más amplia. Fue en esa época que se decidió la construcción de un edificio propio. Se diseñaron los planos, se juntaron los fondos, se compraron los terrenos y se comenzaron las obras. Pero fue también el crítico momento en que la Institución resolvió independizarse de los programas y del tipo de exámenes vigente, en la enseñanza oficial. Las consecuencias de esa audaz determinación repercutirían inmediatamente en la matrícula. La Institución, en graves aprietos económicos, se vio precisada a renunciar a su edificio propio, a reducir, los gastos y a confinarse en el modesto local en que la conoció Joaquín Xirau. Aquellas privaciones acentuaron aún más el timbre moral de sus enseñanzas.

No es posible valorar la obra de la Institución sin conocer las razones de su fundación y la situación en que quedó España al restaurarse la monarquía tras el golpe de Estado de Pavía y el llamado grito de Sagunto. España se embanderó de ilusiones al proclamarse la primera república. La fermen-



tación de ideas que la hizo viable tuvo sus núcleos más activos en los krausistas encabezados por Sanz del Río y en el movimiento federal promovido en toda España y particularmente en Cataluña por la prédica infatigable de Francisco Pi y Margall. Varios años de reformas liberales en las costumbres públicas, en la organización del Estado y en el régimen de Universidades habían contribuido a renovar el contenido espiritual de la vida española. La caída de la república significó la vuelta a la España que había satirizado despiadadamente Mariano José de Larra. Nadie la encarna mejor que Cánovas del Castillo. Uno de los primeros actos del ministro de Fomento, el marqués de Orovio, fue promulgar un decreto, copia textual del de Calomarde al restablecerse el absolutismo exigiendo a los profesores universitarios su expresa adhesión a la monarquía y a la Iglesia. La más sobresaliente representación de los claustros hizo constar su repulsa y su negativa a someterse a prescripciones que juzgaba atentatorias a la libertad de enseñanza y a la dignidad humana. Numerosos profesores fueron separados de sus cátedras y algunos encarcelados. Entre los profesores que dirigían la protesta figuraba don Francisco Giner. Gravemente enfermo fue sacado por la guardia civil de su cama y arbitrariamente recluido en el castillo de Santa Catalina de Cádiz. Horas antes Cánovas del Castillo, le había enviado, a su sub-secretario a fin de disuadirle de su actitud con la formal promesa de que el decreto del marqués de Orovio, no tendría efectividad alguna y que, en definitiva no se haría nada". Pero don Francisco Giner se limitaría a replicarle: "Dígale a Cánovas que me lo diga en la Gaceta".

En la cárcel maduró don Francisco su ya decidido propósito de fundar un centro libre de enseñanza con los profesores depuestos. La Institución nació, pues, de "la comunión de unos pocos espíritus afines y libres y como protesta contra la persecución espiritual y el dominio ejercido por el Estado y la Iglesia en la enseñanza oficial". El objetivo céntrico de la Institución era contribuir, mediante la educación intelectual y moral, a la reforma general de la vida española. Si bien es cierto que trató de atraer y conservar un grupo selecto de personas capaces, de sentir con pasión la gravedad del



destino y de consagrar la vida entera a los menesteres del espíritu con independencia de todo interés inmediato y de todo afán de poder, para levantar progresivamente el nivel de la cultura hispana a la altura de los tiempos”, no lo es menos que intentó influir y orientar en la solución de los problemas políticos y sociales. La Institución fue, a la vez, forja de voluntades, vivero de inquietudes y espejo de ciudadanos. Se preocupó ahincadamente de la educación de la mujer y sostuvo relaciones constantes con las figuras más empujadas del profesorado inglés, alemán, francés, belga y portugués. La institución aceleró el despertar de la España nueva y recogió y articuló todas las palpitaciones de la vida intelectual y científica de la época. La Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, palanca impulsadora del renacimiento espiritual de España en los últimos cincuenta años, es la culminación de las actividades de la Institución. En cierto modo, la república del 14 de abril fue hija de esa heroica y abnegada labor.



De la Institución Libre de Enseñanza, salió don Fernando a someterse al severo aprendizaje de las Universidades alemanas. La Alemania de entonces era radicalmente distinta a lo que sería bajo el signo tenebroso de la swástica: un inmenso presidio de la inteligencia y de las masas populares en el orden nacional y una maquinaria de piratería en el orden internacional. La Alemania de entonces era, no obstante su estructura imperial, una afanosa colmena de investigadores y fragua encendida del espíritu europeo. Fernando de los Ríos sorbió las más acendradas esencias del pensamiento filosófico alemán en Jena con Eucken y ratificó en Marburgo, de labios de Hermann Cohen, que “la idea del fin de la humanidad se convierte en la idea del socialismo y que todo hombre se define como fin en si, como fin propio”. El pueblo que dio direcciones nuevas y cardinales al espíritu humano, que proclamó la paz perpetua, con Kant y la justicia social con Marx, no debe pues, confundirse con el régimen cavernario que lo sojuzgó y deformó y pretendió deformar y sojuzgar la humanidad.



A su regreso a Madrid, don Fernando de los Ríos se incorporó, con el tenso fervor de la juventud, a la querrela irrecon-



ciliable entre la España oficial y la España vital, entre la España que tramontaba y la España que amanecía. La generación del 98, que se planteó este conflicto en toda su magnitud sin aportar elementos de solución, tuvo en él a uno de sus milites más bizarros, incorporado poco después a la docencia en la Institución Libre de Enseñanza, obtuvo, en 1911, la cátedra de Derecho Político en la Universidad de Granada. El Partido Socialista Obrero no demoraría mucho tiempo en exaltarlo a su dirección y la Universidad Central de Madrid lo acogería alborozada en 1930.

Como profesor, don Fernando luce la misma estatura de don Francisco. No le aventajó éste en efusión ponderada, en sapiencia vivaz, en amor a la verdad, en culto a la belleza, en afán de justicia. La tarea docente no se concretó nunca en don Fernando a la hora de clase, ni a servir, durante ésta, una ración burocrática de conocimientos que el estudiante rumiará luego en casa para devolverla, mecánicamente, en los exámenes. El magisterio fue en él, por lo contrario, la sustancia misma de su vida, su actividad primaria y permanente. Yo recuerdo haberle oído una emocionada remembranza de su vida en relación con sus discípulos dilectos. Su clase terminaba usualmente en los románticos arrabales de Granada. Nunca se cansó de administrar el “santo sacramento de la palabra”.

La obra de don Fernando de los Ríos como pensador político es extensa y rica en sustancia. No es posible adentrarse ahora en el examen crítico de libros suyos tan fundamentales como *La Filosofía Política en Platón*, *La Crisis de la Democracia* y *Mi Viaje a la Rusia Soviética*. Sí quiero, de todas maneras, centrar mi atención un momento en lo que constituyen, a mi juicio, sus aportes más relevantes al pensamiento político y social de nuestra época: su interpretación de la España del siglo XVI y su concepción humanista del socialismo.

En lo que a la primera cuestión respecta, don Fernando de los Ríos no sólo concluye que en el Estado-Iglesia organizado en España en el siglo XVI se halla simbolizada una tendencia permanente en el Estado, sino que postula también que “si América ha de representar algo nuevo en la historia, algo fecundo e innovador espiritualmente, no podrá conseguirlo



sino superando el dualismo europeo en aquella edad, resolviendo en unidad lo que Reforma y Contrarreforma subrayan como opuestos, rehaciendo de un modo nuevo la conciencia que en el siglo XVI quedó desgarrada". Este trabajo, leído por su autor en el Congreso de filosofía efectuado en Harvard en 1926, resulta indispensable para la certera comprensión de algunos rasgos característicos de esta hora.

Don Fernando de los Ríos sustenta su concepción del socialismo en una interpretación del humanismo que diverge, parejamente, de la de Ramiro de Maeztu en su obra *La Crisis del Humanismo* y de la del malogrado Aníbal Ponce en su libro póstumo *Humanismo Burgués y Humanismo Proletario*. Según él, la concepción humanista representa "la síntesis originaria en que se contiene orgánicamente la idea de la finalidad armónica de los seres". Este concepto, que supone la realización de lo universal humano como lo humano peculiar en cada individuo, es el sustentáculo de su tesis socialista "El socialismo humanista —resume don Fernando— aspira a superar el estado actual mediante la humanización de la economía tanto por la generalización de la responsabilidad de las acciones cuanto por el ennoblecimiento que a la profesión aporta ser el fruto de la vocación. Es así, internando al hombre en sí mismo, como puede renovarse la íntima y pura alegría del vivir y conseguir que retornen a los nidos del ideal anhelos hoy sin hogar. Es, pues, el socialismo así concebido, un modo de refrescar y espiritualizar las almas y, a causa de ello, una forma de abrir cauce dilatado al sentimiento, hoy soterrado, de la religiosidad del vivir".

Esta concepción del socialismo difiere en la fundamentación teórica, en la táctica y en los objetivos de la concepción marxista, a la que considera lastrada por su objetivismo mecanicista y económico. No es esta la oportunidad de controvertir este punto de vista, ni de mostrar, como prueba en contrario, independientemente de la perspectiva política que se adopte, que la formulación de la plusvalía posee un hondo contenido ético y que el socialismo científico conlleva una filosofía de los valores de insospechada riqueza ideal. Ni se trata, en este caso, del complejo y candente problema que plantea a la propia teoría marxista el pregonado "socialismo



soviético". Lo que importa es que, sobre los reparos que pudieran hacerse a la dirección humanista del socialismo, ésta propone una visión original y específicamente española del problema básico de nuestra época.

La posición y la conducta de don Fernando de los Ríos en la vida pública de España es sobradamente conocida en Cuba. Militante del Partido Socialista Obrero desde sus años juveniles, la dictadura pretoriana y montaraz de Primo de Rivera le contó entre sus más denodados adversarios. La juventud universitaria española tuvo entonces en don Fernando de los Ríos a un profesor de Derecho Político que enseñaba con el ejemplo, como correspondía a quien había predicado que, si la ciencia es cosa de conciencia, la ejemplaridad civil, es conciencia de la ciencia. Al instaurarse la república en España, don Fernando de los Ríos fue llevado por el Partido Socialista Obrero, a los cargos de mayor representación y responsabilidad. Fue sucesivamente, diputado a las Cortes Constituyentes, rector de la Universidad Central de Madrid y ministro de Educación, de Justicia y de Estado. Puede afirmarse que, en todo instante, don Fernando de los Ríos se clavó a sus deberes públicos como a una cruz.

Conocí a don Fernando en su primera visita a Cuba. Fue en 1926 y era yo a la sazón estudiante. Venía invitado por la Universidad de La Habana a ofrecer un ciclo de conferencias. No olvidaré nunca su negra barba nazarena, ni la óptica personalísima, la técnica rigurosa y la gracia discursiva con que nos introdujo su palabra prócer en la problemática política de nuestro tiempo. Su afilado contrapunteo de Marx y Spengler suscitó fecundos debates en los círculos académicos, culturales, estudiantiles y obreros. Fui visita diaria suya en aquellos días en que ya asomaba la garra mocha de Gerardo Machado. Se interesó vivamente en las preocupaciones y afanes de la juventud universitaria. Me exhortó a estudiar a fondo a Martí:

—¡Qué inagotable cantera la de su pensamiento político! —me dijo una vez—. ¡Qué excelso arquetipo para la vida moral! En mi hogar de España suelo leer, en alta voz a mi madre, a mi mujer y a mi hija sus discursos, sus versos y sus cartas. Muchas veces, en instantes de amargura civil o de des-



aliento espiritual, la lectura de Martí me ha servido de asilo y de espuela... ¡Qué gran español este invicto caballero de la libertad cubana! Unamuno lo advirtió antes que nadie. Martí no es un hombre que habla como un libro. Es un libro que habla como un hombre. ¡Y que hombre, mi joven amigo, qué hombre!...

Momentos antes de su partida un grupo de profesores y estudiantes le rendimos un cordial homenaje. Sus palabras fueron una incitación al estudio, al trabajo, y a la lucha:

—Jóvenes: quien pierde la mañana pierde la tarde. Quien pierde la juventud pierde la vida. ¡No perdáis la mañana ni la juventud, por Cuba y por vosotros!.

La segunda visita de don Fernando de los Ríos duró breves horas. Regresaba presurosamente a España, ya conmovida por las protestas estudiantiles y populares. Esta vez desentrañaría, en disertación memorable, el sentido de la vida en Martí, “la personalidad más conmovedora, patética, y profunda que hasta ahora ha producido el alma hispana en América”. Martí apareció ante nosotros en su verdadera jerarquía humana y en su dramático dualismo espiritual a través de su credo romántico y de su fe en la razón. Aún resuena en mis oídos aquella trágica interrogación que hubo de plantear a su enfebrecido auditorio: “¿Vive Martí en la vida colectiva como ansió vivir? ¿Es su recuerdo y advocación cívica la fuente de donde mana el ideal de vida que dio sentido a su existencia y valor simbólico a su muerte?”. Y aún resuénanme también sus palabras finales: “¡Martí! jerarca eterno del alma cubana, luz en la noche, recibe en este día la ofrenda conmovida y filial, no de la España oficial que te hiciera sufrir, sino de la España que tú amaste; de la que, como tú, maestro, vivió y vive acongojada por hambre y sed eterna de justicia”.

Fluyó el tiempo en España y en Cuba. Cayó Primo de Rivera. Advino la República en comicios ejemplares. Un día como hoy, la sangrienta satrapía de Machado fue derribada por el empuje incontrastable del pueblo y de la juventud estudiantil. Estalló en España la guerra fascista de invasión con el vil contubernio de las potencias democráticas. Don Fernando de los Ríos fue designado embajador de la República en Washington y allí la sirvió sin vacilaciones ni reservas. A



su voluntad tesonera y a su fervor sostenido, se debería la honda repercusión popular que tuvo en Estados Unidos la causa republicana. Fue en esa coyuntura memorable que vino a Cuba invitado por la Asociación de Auxilio al Niño del Pueblo Español. Esa vez nos traía, por la representación que ostentaba, junto con su espíritu y junto con su voz, el espíritu y la voz de España. Su palabra se alzó vibrante ante un arremolinado enjambre de cabezas en el Stadium de La Polar, la arena cubana del antifascismo, donde los miuras de la barbarie corporativa y del cesarismo totalitario recibieron, en toreaos de masa, banderillazos de fuego y estocadas a fondo. ¿Y quién de los que le escuchamos podría olvidar su lírica evocación de Pablo de la Torriente Brau en el Anfiteatro Enrique José Varona de la Universidad de La Habana?

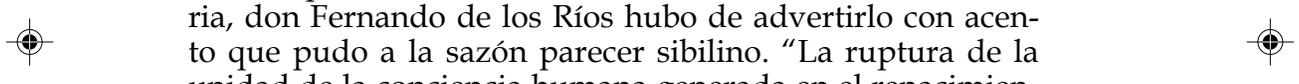
—Acabo de leer —comenzó diciendo— las cartas españolas de este joven cubano que dio generosamente su sangre por redimir la patria mía. Su limpieza de alma y su coraje indomable han traído las lágrimas a mis ojos. No, no vengo a hacer un discurso. Traigo una corona de siemprevivas como tributo a Pablo de la Torriente Brau, que depositaré conmovido en vuestros corazones...

Se cumplían tres lustros de su primer contacto con nosotros cuando arribó de nuevo don Fernando invitado por la Universidad de La Habana. Ya la república española había sido brutalmente destruida por la traición y la violencia y don Fernando de los Ríos, como tantos otros despojado de su cátedra. Cúpome el alto honor de darle la pública bienvenida en nombre de nuestra bicentenaria institución. Le había yo conocido en 1926 como profesor de la Universidad de Granada. No podía serlo en 1941 de ninguna Universidad española. ¿Qué mutación profunda había acontecido en la estructura subyacente del mundo para que hecho tan monstruoso se hubiera producido? ¿Por qué razón estaba don Fernando de los Ríos impedido de fecundar con su vasto saber la conciencia de la juventud española?

Harto visibles están aún los motivos. Don Fernando de los Ríos no podía enseñar en ninguna Universidad española porque el fascismo se había adueñado de España. Y ya se sabe lo que esto entraña para la vida de la cultura. Fascismo y digni-



dad humana son constitutivamente incompatibles y se excluyen recíprocamente. Se le expulsaba, pues, por culto y por digno, de los claustros universitarios españoles, repletos ahora de homúnculos y zánganos, rodilla en tierra y cabeza en el abdomen ante el zafio regocijo del Caudillo. Quince años atrás cabía don Fernando de los Ríos en la Universidad española sin merma alguna de su dignidad humana y de su conciencia científica. Cabía también en esa época Alberto Einstein en la Universidad alemana. La disidencia política no se castigaba todavía con el ostracismo, el campo de concentración o el piquete de fusilamiento. Todavía existía lugar en el mundo para la discrepancia. Aún la camisa de fuerza de la intolerancia totalitaria no había logrado someter la Universidad española ni la Universidad alemana; pero las fuerzas enemigas de la cultura, de la democracia y del socialismo pugaban ya sordamente, en el seno de España y en el seno de Alemania, para abrirse paso y señorear, con ímpetu demoníaco, sobre ambas y sobre el mundo.



Oído puesto en el recóndito latir del subsuelo de la historia, don Fernando de los Ríos hubo de advertirlo con acento que pudo a la sazón parecer sibilino. “La ruptura de la unidad de la conciencia humana generada en el renacimiento —profetizó en 1926— no tardará en llegar a su trágica culminación”. El Estado-poder, nacido en el siglo *xvi* y exaltado por Maquiavelo, el Dios mortal de que hablara Hobbes en el *xvii* y Hegel pusiera dialécticamente en marcha en el *xiv*, estaba en proceso de cuajo totalitario. Italia, tierra clásica del crecimiento de la humanidad en el hombre, era ya un erial asfixiante. El secuestro de la conciencia individual por el Estado fascista —nada fuera de éste, todo dentro éste, todo para éste— había agotado su prodigiosa capacidad creadora en el arte, en la literatura, en la política y en el derecho. Uno de los pueblos más parleros del mundo entró en la mudez aterradora del sepulcro. Sólo una voz, la del amo, se alzaba sobre aquel cementerio de conciencias amordazadas, ordenándoles alinearse sumisamente en torno a su voluntad inapelable. Las graves implicaciones sociales y culturales de este silencio impuesto externamente fueron despreciadas por muchas cabezas egregias que luego las sufrirían en su carne y en su



espíritu. Mussolini era una caricatura melodramática de Julio César y su régimen un efímero ensayo de absolutismo modernista. La frivolidad del intento no resistiría al desdén de la flor de la cultura europea.

Contra esa actitud irresponsable se irguió don Fernando de los Ríos; pero no se ciñó a denunciar la tendencia opresiva y disociadora contenida en la estatolatría de nuevo cuño. Afirmó también categóricamente que ese fenómeno, resultante de un compromiso artificial, era signo inequívoco de un mundo en decadencia y no indicio del nuevo que se estaba gestando en su panza putrefacta. No bastaba, sin embargo, anhelar pasivamente ese mundo germinal para que el mundo agonizante se disolviera. La historia nunca da nada por añadidura. La humanidad no ha logrado jamás un estado social y cultural mejor sin previa lucha. Cada nuevo estado ha sido siempre hijo del querer; pero el querer carece de sentido sino está al servicio de una concepción justa de los fines de la vida humana. Las revoluciones genuinas, aquellas que han impulsado el proceso histórico hacia formas superiores de convivencia, lo fueron porque en sus banderas desplegadas llevaban inscriptos los valores permanentes del espíritu. Por eso, sin duda, hubo de exhortarnos don Fernando de los Ríos al hablar de Martí a defender a toda costa la libertad de conciencia y a “poner la justicia tan alta como las palmas”. Análoga significación reviste hoy en Cuba la lucha contra el GRAS, instrumento represivo de típica factura fascista.

En su curso sobre la actual descomposición política del mundo, desarrollado en nuestra Universidad en 1941, Fernando de los Ríos recordó sus desoídas previsiones de 1926, 1928 y 1933. Volvía esta vez despojado de su cátedra y de su ciudadanía por quienes, en sangriento maridaje con Hitler y Mussolini, habían instaurado en España el terror como esencia del poder. Apuntábale ya la vejez prematura en las barbas y su desgarró interior asomaba a menudo; mas traía la dignidad enhiesta y la españolidad en carne viva. Retornaba, como el hidalgo manchego, vencido pero no convencido de su magno duelo con el mundo viejo, abrazado a sus ideales como a un haz de luceros. Sin ciudadanía y sin cátedra; pero más español que nunca y nunca más creyente en la integra-



ción de la unidad humana que transportara a Telesio, en la ciencia con conciencia, en la vida futura, afirmado enérgicamente en su vieja convicción de que, sólo tomando lo humano como punto de partida, es dable construir algo que no sea en sí mismo falaz. Y nunca tan apreciado y querido por sus compañeros cubanos en la enseñanza y en el ideal de una convivencia fundada en el santo derecho a la herejía, en el disentimiento creador, en la polémica sin término como el proceso mismo que vivifica y enriquece la historia y la personalidad humana.

De nuevo, y ya por última vez, visitó a Cuba don Fernando de los Ríos en 1943, como miembro de la Primera Reunión de Profesores Universitarios Españoles Emigrados, convocada por nuestra Universidad a iniciativa del esclarecido hombre de ciencia y entrañable amigo, don Gustavo Pittaluga, que sobrelleva su destierro entre nosotros con la dignidad propia de su alta jerarquía intelectual y el coraje de un español entero y verdadero. La palabra y el pensamiento de don Fernando de los Ríos destellaron sus más nobles luces durante aquellos diez días que estremecieron a Franco. Y de nuevo asimismo le caló a Martí los estratos más profundos de su espíritu. Pocas veces le oí hablar con tanto patetismo y con tanta solemnidad como en ese trance. Parecía como oficiando en un púlpito laico.

Tuve el privilegio de la intimidad y del cariño de don Fernando de los Ríos. Juntos hicimos un pintoresco periplo a Trinidad. Y juntos recorrimos sus calles pavimentadas con chinás pelonas, sus casas coloniales, sus aledaños paradisíacos, charlando de vinos, mujeres, cuadros, jardines, iglesias y toros. Le oí cantar guajiras y le vi bailar flamenco. En New York lo visitaba frecuentemente. A mi llegada, me invitó a una recepción que ofrecía a los profesores de la *New School for Social Research*, donde ingresó a raíz del desplome de la República. Mi primera visita a Henry Allen Moe, secretario de la Fundación Guggenheim, la hice en su inolvidable compañía.

Vale la pena recordarla. Fuimos, naturalmente, en *bus*. Don Fernando vivió en perpetuo reniego de la técnica. El *subway* le repugnaba. El avión lo sacaba de quicio. Y de todo eso hablamos en el camino. No faltaron, desde luego, las referen-

cias al Cusano, a la ruptura de la unidad de la conciencia europea, a José Martí, al socialismo humanista y a los cultos analfabetos. A la vuelta, don Fernando, antes de tomar el *bus*, quiso llevarme a la librería Brentano. ¡Qué maravillosos incunables y qué precios astronómicos! Y decidimos, en vista de la penuria que padecíamos, salir a oearnos el espíritu, caminando un largo trayecto entre una torrentera de faldas, perfumes, empujones y hedores.

De nuevo tomamos el *bus*. Y volvimos de nuevo a los paralelismos.

—Mire usted —me dijo de pronto—, el *Empire State* no vale lo que una hamaca.

No supe, en verdad, qué responderle.

Y siguió de esta guisa:

—Una vez, en mi ya lejana mocedad, deambulaba yo por el Marruecos español cuando me crucé con un árabe de porte distinguido, elegante atuendo y un libro de filetes dorados bajo el brazo. Me fascinó su tipo y lo seguí. Tras él di vueltas y revueltas por serpeantes y recoletas callejuelas. De repente, estuvimos fuera de la ciudad. A lo lejos espejeaba el desierto. Y, a la derecha, a unos pocos metros, un umbroso bosquecillo invitaba al reposo. Hacia él encaminó el árabe sus babuchas. Y luego de arrellanarse morosamente, bajo un fragante datilero, abrió el libro y se puso a leer con un ensimismamiento que imponía. No pude refrenarme y lo abordé sin preámbulo:

—Señor ¿qué lee usted?

Y el árabe me contestó:

—Versos. Los versos hay que leerlos en la soledad y el silencio. Y no por mero deleite auditivo. Yo leo versos para esmerilarme el sensorio, para cultivarme el espíritu, para alimentarme el ensueño, que es el padre de la acción...

Y, mirándome entonces fijamente, con el índice levantado sobre mi nariz como una saeta, quebrada la voz, concluyó don Fernando:

—He ahí, joven amigo, mi ideal de vida. Y ahora comprenderá usted por qué yo prefiero una hamaca al *Empire State*...

La anécdota tiene miga. Y encarna una dimensión histórica —acaso la más apreciable— del alma española.



En el verano de ese propio año dio cima don Fernando de los Ríos a su introducción al pensamiento vivo de don Francisco Giner. Una cálida noche de agosto me leyó varios fragmentos en su biblioteca. No estaba satisfecho de su obra; no le parecía digna de su maestro; pero se le escapó esta confesión conmovida:

—Nunca he escrito nada con tanto amor y devoción como estas páginas. Son recuerdos de mis recuerdos. Una especie de biografía espiritual de don Francisco a través de la mía propia. Sí, he escrito estas páginas con hondo, vivo y dolorido amor.

Y me leyó entonces este párrafo de Cossío, que significativamente transcribe Joaquín Xirau en el prólogo de su último libro: “Recordar es lo mismo que acordarse y el recuerdo tiene que ser algo como el acuerdo entre los espíritus y el acorde entre los sonidos y la concordia entre los hombres, ya que todas esas palabras tienen un mismo fondo e idéntico origen, pues todas vienen de corazón en su forma latina: cor, cordis. Y si los antiguos griegos y romanos consideraban el corazón como sede de la inteligencia y por esto recuerdo es memoria, nosotros, en cambio, ponemos en aquél la fuente del valor y del amor, que cuando es verdadero es siempre valeroso, y poéticamente se le ha representado hasta venciendo a la muerte. Recordar significó y significa rememorar, pero lleva, dentro de sí inexpugnablemente, en la propia unidad de su naturaleza, la palabra corazón, el noble órgano excelso del más puro impulso amoroso. Y, en este sentido, cuando recordáis, es que ponéis de nuevo acordes vuestros corazones con el objeto o con el fin amados”.

—Estas maravillosas palabras de Cossío —me dijo don Fernando— podrían servir de lema a mi prólogo.

Y se hundió en un largo silencio, que yo respeté compartiéndolo. Ya una enfermedad implacable comenzaba a minarle las arterias. Perceptibles eran sus quebrantos en la palidez del rostro, en el ademán fatigado y en la postración intelectual.

En la introducción al pensamiento vivo de Francisco Giner, bullen, como en concentrada redoma, las ideas y los sentimientos cardinales que informaron la conducta y la obra de



don Fernando de los Ríos. Es, al par, examen de conciencia y profesión de fe. Don Fernando cobra valor de paradigma en esta evocación emocionada y es como agua lustral su palabra y su hacer; pero cuando refiere su vida y resucita plásticamente su persona menuda, movable y luminosa, en la que se conjugaban severidad, ternura y sencillez, o cuando habla de sus inquietudes espirituales, de sus convicciones filosóficas, de la Institución Libre de Enseñanza y de su decisiva influencia en la formación de la conciencia civil española; o cuando alude a la congoja que devoraba a don Francisco al meditar en el destino de España y a su acendrado sentido del respeto y del honor y a su tolerancia hacia todos los credos y posiciones, don Fernando se da a sí propio en entrega plena y amorosa. En esa introducción palpitan sus graves preocupaciones religiosas, que a toda hora atormentaron su vida de cristiano erasmista; retorna a sus tesis políticas, económicas y sociales de otros tiempos, ratifica enérgicamente su fe socialista, y aflora vibrante su vocación pedagógica, siempre más fuerte en él que la vocación política. Y su humanismo, aquel humanismo suyo de insobornable raíz española y universal perspectiva, fecundado por una concepción ética del mundo, de la sociedad y del Estado, fluye generosamente de su pluma y se derrama con renovados vigos y exquisitas fragancias. Nunca maestro alguno tuvo tan fervoroso discípulo. Ni nunca discípulo alguno fue tan leal a su maestro. Ambos se soñaron, se encontraron y se fundieron en un mismo sentimiento, en una misma conducta, en una misma visión y en un mismo pensamiento. Incluso sus limitaciones fueron las mismas.

Arterioesclerosis cerebral, diagnosticaron los médicos. No lo pongo en duda; pero nadie desentrañó la verdadera causa de la muerte de don Fernando de los Ríos como doña Gloria Giner su inconsolable compañera. “En estos momentos en que paso por una de las amarguras mayores de mi vida —le escribe a un amigo— manifestaciones de interés y de cariño tan sinceros como los suyos, son un gran consuelo. ¡Y qué gran soporte moral es también ver que, a pesar del tiempo y la distancia, se comparten estos dolores, que en este caso salen de la esfera familiar y alcanzan a tantas gentes que estuvie-



ron ligadas a él por lazos sentimentales y espirituales muy profundos! ¡Cómo no, si ha sido siempre todo humanidad, comprensión y tolerancia! El pensar con obsesión en todos y en todo; el sufrir por todos; el sentir como propias las amarguras de los demás durante tantos años, tenían que acabar con su salud. Y, sin embargo, no hay que quejarse. ¿Qué mejor causa de enfermedad, ni qué mejor precio de una vida?”

No encuentro manera más bella y viril de rendirle tributo al maestro y al amigo que recordar el verso inmortal de Antonio Machado en el elogio de Francisco Giner:

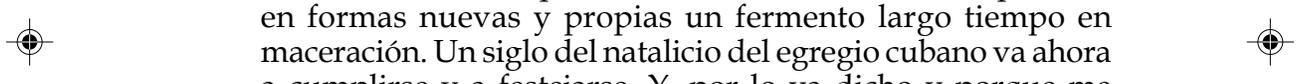
—¡Yunques, sonad; enmudeced, campanas!

Tomado de Roa, Raúl: Don Fernando y Don Francisco, Editorial Lex, La Habana, 1949.





Manuel Sanguily*



Si la evocación de Manuel Sanguily es válida en cualquier coyuntura, en ninguna lo es, sin embargo, como en ésta, en que un puñado de espíritus independientes nos hemos reunido, a la sombra radiante del Libertador, a renovar nuestra fe en el destino de América. Muy pocos, entre los primogénitos de nuestra patria común, alentaron esa fe tan activa y ardidamente como él. Ni nada da tampoco cabal medida de su tamaño humano como esta consagración suya —pareja a la de Simón Bolívar y José Martí— a “poner alma a alma y mano a mano a los pueblos de nuestra América”, a plasmar en formas nuevas y propias un fermento largo tiempo en maceración. Un siglo del natalicio del egregio cubano va ahora a cumplirse y a festejarse. Y, por lo ya dicho y porque me brota del hondón del alma, yo quiero rendirle anticipado tributo en la entraña caldeada del pueblo por “donde América mostró al mundo cómo la libertad vence desnuda, sin más cureña que el lomo del caballo ni más rancho que recortes de cuero, al poder injusto que se socorre de las riquezas de la tiranía y del mismo ciego favor de la naturaleza”, de esta Venezuela que se ha de “querer y admirar sin límites porque la sangre que dio por conquistar la libertad ha continuado dándola por conservarla”. Ni escenario más augusto, ni trance más oportuno, ni homenaje más simbólico.

No fue sólo Sanguily escritor de estilo inconfundible y vigoroso pensamiento, crítico de buidez y rigor poco comunes, tribuno de vuelo sostenido y lógica avasalladora e historiógrafo de juicio insobornable, puntillosidad extrema y magistrales esclarecimientos. Fue, además, por encima de todo —síntesis

* Plaza Bolívar, Caracas, Venezuela, febrero 20, 1948.



perfecta de su personalidad multifacética—, revolucionario ejemplar y fundador de la república. Pocos en este sentido, le aventajan en pasión, desinterés, gallardía, perseverancia, espíritu de sacrificio, pulcritud de conducta, claridad de fines, comprensión de su tiempo y amplitud de perspectiva. Supo siempre a dónde iba, lo que quería y cómo obtenerlo.

La tarea revolucionaria a la que se dio Manuel Sanguily iba derechamente encaminada a dotar a Cuba de genuina personalidad política, de una estructura social efectivamente democrática y de la soberanía económica indispensable para vincularla, con plenitud de atributos, al destino de América. Nacido bajo la dominación española, se encaró, mozo aún, al dilema que su circunstancia le planteaba: colono o persona, términos que podrían simbolizarse, respectivamente, para decirlo con José Martí, en el yugo y la estrella. El yugo significaba la tripa repleta y la cerviz doblada. La estrella significaba la despensa vacía y la dignidad enhiesta. Discípulo directo de José de la Luz y Caballero, hijo legítimo de El Salvador, Sanguily no vaciló un instante: se abrazó a la estrella. Era el único modo auténtico de ser persona. Y la única vía adecuada para que Cuba conquistara su personalidad política, su independencia económica y el señorío de sí propio. Si Cuba quería ser libre, tenía que luchar para conseguirlo. Nunca la libertad se dio por añadidura. Y, para merecerla—lo advirtió ya Goethe y lo comprueba la historia—, hay que pelear por ella todos los días.

Sanguily se lanzó a la manigua a luchar por la libertad cubana. No parará ya de pugnar por ella hasta que su indómita cabeza, que “sólo se inclinó ante el libro”, caiga vencida por la muerte en desigual combate. En el campo y en la ciudad, en el libro y en la tribuna, en el folleto y en la asamblea, en Cuba y en el extranjero, donde quiera que esté, donde quiera que el deber lo lleve, será siempre un soldado de la libertad cubana, Imposible encontrar página suya, que no muestre la impronta candente de su actividad emancipadora. Tras la interpretación más objetiva, se encontrará siempre emboscado al revolucionario. Tras el artista de la palabra, la arenga arremolinada. Tras la miel, la lava. Tras la rosa, la avispa. Aun en el epistolario íntimo asoma, en cada línea, la ago-



nía del peleador, perpetuamente obsesionado por el destino de su patria.

No bastaba, sin embargo, luchar por la libertad de Cuba. Urgía, parejamente, insuflarle un contenido concreto a esa libertad. Esta preocupación lo punza y desvela. Las páginas de su “Diario” revelan la torturante angustia que lo poseía cuando las querellas caciquiles, los apetitos desmandados y la estrechez de miras, propias de una insurrección originariamente lastrada por la mentalidad feudal de muchos de sus principales promotores, amenazaban torcer, mixtificar y frustrar los objetivos históricos de la ingente contienda, que no podían ser otros que darle al pueblo de Cuba, sobre el primado de la independencia nacional y de la libertad política, un régimen social que promoviera, indefinidamente, su ascenso cultural y garantizara, por el trabajo creador y la riqueza justa, sus condiciones de existencia. Ni para jerarquías artificiosas, ni para privilegios abominables, ni para irritantes discriminaciones, quería Sanguily la libertad cubana. La quería, como Ignacio Agramonte, como todos los grandes revolucionarios de nuestra América, para viabilizar el ensanchamiento constante de la base material de vida de nuestras masas y levantarlas al refinado disfrute del banquete platónico. Gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Y no gobierno en nombre del pueblo, sin el pueblo y contra el pueblo. Semejante trastrueque —que Venezuela y Cuba han sufrido más de una vez en su carne y en su espíritu— entrañaba la supervivencia de la estructura colonial, hipócritamente disfrazada con arcos republicanos.

Esta postura, mantenida inquebrantablemente durante diez años, machete en ristre, era la expresión vital de su pensamiento político, de límpida prole democrática. Y, por eso, no transigió con las veleidades castrenses, ni con el espíritu faccioso. Vicente García supo de su discrepancia tajante y de su condena implacable. En frente lo tuvieron, cuantos intentaron transformar, en mando cuartelero, la jefatura civil de la revolución. Loma de Sevilla es uno de los más claros timbres de su gloria. Y sus arremetidas contra la concepción militarista de Máximo Gómez, Manuel de la Cruz y Enrique Collazo, la más vibrante y contundente de-

fensa del ideario democrático que ungió con su sangre y blasonó con su ejemplo.

Si por los atajos de la Mancha salió Alonso Quijano a la conquista del mundo, por los andurriales de la libertad cubana llegó Sanguily al americanismo, etapa superior de evolución de su pensamiento político. Más que en Locke y en Jefferson, se había amamantado en los enciclopedistas franceses. En ellos sorbió, al par que los ingredientes teóricos de su construcción política y social, el zumo fertilizante de la dignidad humana. El culto a la dignidad plena del nombre, que José Martí quiso que fuera la ley primera y fundamental de la república, fue también su culto. Ni que decir tiene que esa perspectiva y ese culto pugnaban, radicalmente, con la problemática concreta de su circunstancia: pero, a la vez que su repudio, le daban la razón histórica de su exigencia y los medios efectivos de superarla. “La historia —escribe— es el esfuerzo perpetuo del espíritu contra la forma, la reproducción eterna del ave que rompe el huevo solicitando mejor existencia y son las instituciones moldes de las sociedades, que se endurecen y oprimen, que desfiguran y matan, que a veces resultan estrechas, porque envejecen mientras las sociedades se renuevan, y que, por lo mismo, deben cambiar a compás de ellas, si se quieren evitar la violencia y el dolor; deben modificarse a tiempo, para que no sean desbaratadas al estampido de la revolución”.

Ese concepto de la historia está en la raíz misma de su acción y de su pensamiento. Y, sustentándose en él, es que, al examinar las distintas tendencias políticas que se disputan el favor público después del convenio del Zanjón, manifestará su adhesión a la separatista o revolucionaria, única capaz de adecuar la forma social al espíritu pujante de la cubanía. “El espíritu separatista —afirma— no es propio únicamente de los naturales de Cuba, ni exclusivo de los antiguos revolucionarios. El espíritu separatista es esencial y peculiarmente colonial, y muy propio de toda agrupación, de todo sistema de intereses lastimados, desconocidos u oprimidos por otra agrupación o por otro sistema de intereses que el caso no es tanto un asunto de sentimiento, por lo general, como un asunto complejo de toda suerte de circunstancias. Por eso, el espí-



ritu separatista está en el fondo, en la sustancia de la naturaleza humana. Donde quiera, así en lo moderno como lo antiguo, siempre que una fracción del género humano se sienta explotada, humillada, ahogada —a menos que haya bajado hasta el enflaquecimiento o la vileza— se revuelve, lucha, y, si preciso fuera, perece, antes que consentir impasible en su ruina y en su oprobio, que primero que la ley humana de la ciudad está la ley divina de la naturaleza, para que fuesen la regla de la vida, el sentimiento de la dignidad y el sentimiento de la justicia”.

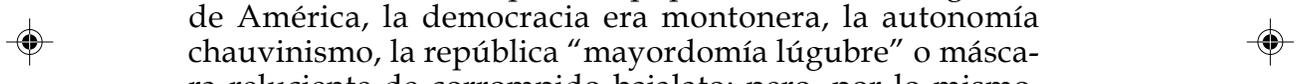
Los párrafos transcritos fijan, cristalinamente, la posición de Sanguily ante la autonomía, ante lo español y ante España. No podía admitir, ni justificar, ni encarecer, una tendencia política en radical discordancia con la historia, la naturaleza y la determinación del pueblo cubano. No fue odio contra el español, ni contra España, lo que impulsó a aquel a sublevarse contra el régimen colonial, que lo estrujaba y ofendía. El espíritu separatista, conciencia del querer ser de toda comunidad humana entrabada en el libre desenvolvimiento de su personalidad política, económica y cultural, era una necesidad histórica, una tendencia inexorable, una ley natural, como la llamó Sanguily en típico lenguaje roussoniano. Ya la estructura colonial, agotadas sus, posibilidades de reajuste y acomodamiento, resultaba incompatible con el proceso superador que le había nacido, dialécticamente, en las entrañas.

El espíritu separatista era, pues, por su propia índole, inconciliable con las formas absorbentes de poder. Si la revolución cubana aspiraba a realizar la democracia, no podía, sin negarse a sí misma, emplear medios y modos antidemocráticos, en la puja por su propio alumbramiento. Ese espíritu separatista tendría, en Sanguily, su concreción más encendida y afilada. Es su personero y su dinamo. No tuvo José Martí, en su campaña revolucionaria, coadyuvante más eficaz, valeroso y decidido que el expedicionario de la *Galvanic* y héroe de Palo Seco. En las fauces mismas del despotismo, pobre y perseguido, aviva, constantemente, con su verbo y con su pluma, la llama de la rebeldía cubana.

No se ha hecho aún justicia a la participación decisiva de Manuel Sanguily en la formación de la conciencia revolucio-



na, que sirvió de combustible al estallido de Baire. En esa época tempestuosa, fatigó la elocuencia desde la tribuna, que fue a la sazón su trinchera. Nostálgico de sus días heroicos, por sus períodos, reverberantes y lujosos, desfilan, en epopéyico estilo, las proezas de la guerra grande. Y, es en esta propia época también, en que, como culminación de su pensamiento político, aflora, por primera vez, el americanismo en su palabra. En su admirable oración sobre José María Heredia, el poeta nacional de Cuba, Sanguily reitera su fe en el destino de América y concreta, en fórmula definitiva, su concepción del americanismo. “El americanismo —postula— no es impulso de aproximación de razas, como el germanismo o el eslavismo, sino una tendencia social, un ideal de vida y de gobierno, cuyo término es la federación, cuya base es la autonomía, cuya fórmula es la república y cuya esencia es la democracias. Buscad ese espíritu en Europa —concluye— y no lo encontraréis”.

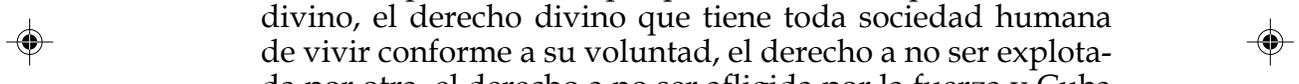


El contraste violento entre la tendencia ideal y la realidad histórica, no escapó a su pupila. En muchas regiones de América, la democracia era montonera, la autonomía chauvinismo, la república “mayordomía lúgubre” o máscara reluciente de corrompido bajalato; pero, por lo mismo, en el seno de los pueblos burlados, maltratados o uncidos, existía, con renovado ímpetu, el espíritu americanista de la hora germinal de la emancipación, el espíritu de que América fuera lo que debe ser, el hemisferio de la paz, de la justicia social y de la dignidad humana. Mientras Cuba y Puerto Rico permanecieran sojuzgadas, esa transformación, ese avatar más alto de la conciencia que implicaba el americanismo, sería imposible. Ambas, por su historia y su coraje, se habían ganado sitio propio en América. Ambas, por no ser todavía América, representaban las esencias más activas y creadoras del americanismo, que es impulso incontrastable hacia la libertad. Liberadas ambas, el americanismo estaría ya, como espíritu, en aptitud de trasfundirse en realidad histórica. No ayudar, efectivamente, a esa liberación, a que Cuba y Puerto Rico entraran en América —aún Puerto Rico no ha entrado— era traicionar la naturaleza misma del americanismo.



Hay que decirlo. No cumplió entonces América su deber de solidaridad continental. Más todavía: fue “cómplice indiferente”, porque era montonera y no democracia, del infortunio cubano y del dolor boricua. Medio siglo hacía desde que Simón Bolívar postulara, como base de todo americanismo, la independencia de Cuba y Puerto Rico. José Martí, en el umbral mismo de la guerra necesaria, había precisado que “la independencia de las Antillas era el fiel de la balanza americana, la garantía del equilibrio en el continente, la de la independencia de la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del norte, que en el desarrollo de su territorio —por desdicha feudal ya y repartido en secciones hostiles— hallaría más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellos abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo”.

Bolívar y Martí fueron traicionados. “No —clamó entonces, con hirviente iracundia, Manuel Sanguily— no encuentro excusa para América; porque no existe más que un derecho divino, el derecho divino que tiene toda sociedad humana de vivir conforme a su voluntad, el derecho a no ser explotada por otra, el derecho a no ser afligida por la fuerza y Cuba es su paladín esforzado y solitario; no existe más que en un interés americano, el interés de la democracia y la república, y Cuba es su único y abnegado representante, ya que los pueblos hermanos no se atreven a requerir en su defensa la espada creadora con que Bolívar quiso redimirlos, ni aún ahora que la lanza con que Boves aterró los llanos de Venezuela se ha convertido en la puntilla del torero con que Weyler ultraja la civilización y deshonor el linaje humano”. El americanismo comporta imperativos insoslayables y deberes intransferibles. Sentir como propias las afrentas, las angustias y los afanes de América, acudir con las banderas, desplegadas en auxilio del hermano que sufre la opresión y quiere a precio de sangre sacudirla, es lo que singulariza y define el americanismo verdadero. Lo otro es ese americanismo postizo, genuflexo y retórico, que mima y condecora el State Department y suelen exhibir, sin sonrojo, los Juan Vicente de ayer y los Trujillos de hoy.





Americanismo genuino, ese que redime, crea, galvaniza y transforma, fue el de Manuel Sanguily. En los días oscuros del absolutismo colonial, se abrazó a él con fervor de cruzado. En los días inciertos de la colonia dentro de la república libró, con el americanismo por escudo, solitario y altivo, como altivo y solitario había antaño bregado contra los poderes opresivos de la monarquía borbónica, sus más épicas y trascendentales batallas, defendiendo el destino de América en el destino de Cuba, en su derecho a la libertad y a la justicia, en el respeto a su soberanía y a su independencia, conquistada a punta de sacrificio en hazañosa porfía. “Porque si no vivimos por derecho propio y si nuestra condición nos ha sido otorgada en precario por ajenos caprichos y conveniencias —afirmó solemnemente—, ni cabe dignidad en nuestra vida, ni autoridad en el Estado, ni posibilidad siquiera de orden verdadero y paz permanente y honrosa”.

Mal americanismo, americanismo que enfeuda el espíritu a la letra, era aquel que empezaba a negarle al vecino el derecho a regir su propia casa y conducía, indefectiblemente, a la servidumbre. No admitió Sanguily, bajo ningún pretexto, que una parte de América predominara sobre la otra. Nada lo movió tanto al combate, como la opresión del débil por el fuerte. La imagen de una América, señoreada por oligarquías codiciosas y tiranuelos de alquiler, lo incitaba al flagelo. Para él, América —ésta, y la otra, la de Sarmiento y la de Lincoln, la de Juárez y la de Whitman— era “el continente humano por excelencia, la mansión del hombre redimido, la tierra de la libertad personal, el laborioso taller donde se embotan las armas inútiles del soldado y se forjan las azadas conquistadoras del agricultor, la patria augusta del ciudadano inviolable, el refugio del oprimido, el mundo de la esperanza”. Para él, América era eso, quería ser eso, o no era nada. No sólo hay en Sanguily una doctrina del americanismo, florecida al calor de la experiencia histórica y madurada en la intuición genial de azares, contingencias y riesgos, ya prefigurándose en la corriente soterrada del futuro. Hay también una práctica, una conducta, un estilo.

Consecuente con su postura, Sanguily dio también la pauta de como debe defenderse, en el orden nacional, el destino

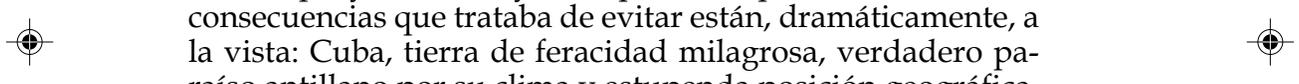


de América. Aplastada la dominación española por el esfuerzo conjunto del ejército mambí y de las fuerzas expedicionarias de Estados Unidos. Cuba quedó sujeta a la jurisdicción y gobierno de éstos, no obstante la Resolución conjunta. Sanguily se ofrendó a lo que consideraba el supuesto previo de nuestra incorporación al destino de América: la defensa celosa de nuestro derecho a organizarnos en Estado independiente y soberano. No otro es el levantado móvil que informa su controvertida actitud en la Asamblea del Cerro. Elegido delegado a la Convención Constituyente por el Partido Republicano de La Habana, hubo de enfrentarse, sereno y erigido, con el espinoso y complejo problema de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos. Acallando sus convicciones más íntimas, se produjo, al discutirse la Enmienda Platt, en favor de su aceptación, no sin antes librar recia lidia por evitarla o restringirla. En el acta de la memorable y agitada sesión, quedó constancia de su limpia actitud: Sanguily “votaba la enmienda porque por sus términos creía favorecer la constitución de la república de Cuba y de la personalidad cubana, que de otro modo desaparecerían por completo, porque entendía que la enmienda Platt es el complemento y pretende llevar a la realidad, según terminante declaración de su preámbulo, la Joint Resolution de 20 de abril de 1898 y, sobre todo, porque es una imposición de Estados Unidos contra la cual toda resistencia sería definitivamente funesta para las aspiraciones de los cubanos”.

Votó Sanguily la Enmienda Platt; pero nadie, en la historia ulterior de la república, habría de oponerse como él, ni con su autoridad moral, a la aplicación de sus grilletes. Nadie tampoco, como él, puso en juego mayor suma de inteligencia y de energía para impedir que Cuba se transformara, por obra del acaparamiento foráneo de nuestras tierras y riquezas, en una factoría azucarera a merced de aranceles y de especuladores extranjeros. En un proyecto de ley presentado al Senado de la República, intentó Sanguily, con visión profética de nuestro gran drama futuro, corporizar jurídicamente la advertencia admonitoria de Martí. El primer artículo de esta frustrada declaración de independencia económica, prohíbe, taxativamente, a partir de la fecha,



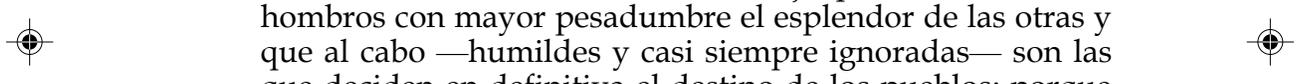
“todo contrato o pacto a virtud de los cuales se enajenen bienes raíces en favor de extranjeros”. “Ningún extranjero —reza el artículo sexto— ni ninguna sociedad extranjera de cualquier clase y denominación que fuera podrán fundar caseríos, poblados y ciudades sin autorización previa del congreso de la república, mediante información acerca de su conveniencia y necesidad”. “Los caseríos —se preceptúa en el artículo octavo— construidos en los bateyes de los ingenios de azúcar, u otras cualesquiera fincas rústicas, cuya población no fuera inferior a doscientos cincuenta moradores, se incorporarán a los ayuntamientos más próximos, de los cuales serán considerados como barrios, rigiéndose por las disposiciones y ordenanzas que aquéllos dictaren o estuvieren vigentes”. Si el latifundio perdió a Roma, también podía perder a Cuba. Y, para evitar que Cuba se pierda, por la concentración de la propiedad territorial y su traspaso a manos extranjeras, es que su voz se yergue erizada de presagios y fulminaciones.



Este proyecto de ley ni siquiera se puso a debate. Las consecuencias que trataba de evitar están, dramáticamente, a la vista: Cuba, tierra de feracidad milagrosa, verdadero paraíso antillano por su clima y estupenda posición geográfica, es presidio de cañas amargas. Las mutaciones operadas en la estructura social de la industria azucarera y el alza del precio, de las utilidades y de los salarios, en los últimos años, no han alterado, ni pueden alterar por sí solas, las condiciones coloniales de la economía cubana. Pueblos agrarios sin suelo propio en su mayoría, económica y financieramente supeditados al capital extranjero, vecinos siempre a mano y sólo buenos a la hora del saqueo tolerado o de la entrega sin escrúpulos: he ahí lo que nos empareja, subyuga y abraza. La disyuntiva es clara y terminante: o reservorios de materias primas o naciones enteras y verdaderas. México intentó trazar el sendero. Cuba ha luchado briosamente, en estos últimos tiempos, por rescatar su destino, adelantando un trecho en la áspera ruta. De Venezuela depende hoy, en gran parte, el futuro de nuestra liberación nacional y social. Cuenca materna de la independencia hispanoamericana, debe ser, otra vez, gonfalon y vanguardia.



Parejo objetivo al de su proyecto de ley sobre la tierra, inspiró la denodada oposición de Sanguily a nuestro primer Tratado de Reciprocidad con Estados Unidos. Si antes dio el alerta sobre el latifundio y denunció sus graves implicaciones políticas y sociales, ahora da la clarinada sobre los peligros que, para nuestra nacionalidad, traería consigo el soberbio señorío de los trusts y de las empresas centralizadoras extranjeras. “Si uno de los poderosos motivos —declaró en el Senado—, si uno de los grandes alientos, si la fuerza propulsora mayor para sublevar al pueblo cubano contra la dominación española, fue la absurda situación económica en que se colocó respecto de la península, ¿cómo suprimir tanta sangre devastadora, las calamidades sin cuento, para volver atrás la corriente de los sucesos, reproduciendo el pasado en una como apostasía que revive un régimen condenado de manera formidable?” “La aprobación del Tratado —sentencia— es una perturbación más, un nuevo factor de confusión y trastorno, acaso también motivo a la larga de la desesperación irrecusable de las clases del trabajo que llevan sobre sus hombros con mayor pesadumbre el esplendor de las otras y que al cabo —humildes y casi siempre ignoradas— son las que deciden en definitiva el destino de los pueblos; porque el problema de la reciprocidad como el problema nacional, el problema fundamental de la vida económica e independiente de los cubanos, está íntimamente relacionado con el problema de los trusts; que por fuerza han de vivir y sólo viven en razón de los privilegios que obtienen, por lo que de propia necesidad tienen que explotar al Estado, sujetándolo a su influencia y poderío corruptor”. Y sabiéndose de antemano derrotado por la opinión adversa de un parlamento sometido, antes que al interés de Cuba a los reclamos de la banca extranjera, concluyó su formidable perorata de esta guisa quijotesca: “Tal vez en breve otra palabra os señalará rumbo distinto y haráis lo que ella dicte. Lamentaré, sí, por mi patria no por mí, verme en el suelo bajo su lanza de oro; pero, entonces, parodiando al más generoso hidalgo que haya concebido humana fantasía, yo le diría con sincero convencimiento: Me alegro de tu triunfo, como amigo; lo siento, empero, como cubano. Por esto sólo dueleme en lo íntimo





del ánimo; que tus armas son mejores que las mías, mas no tu causa. Sí, Caballero de la Blanca Luna, podré reconocerte derribado; pero jamás me harás confesar que no es la más hermosa dama que vieran ojos humanos, la que yo venero y bendigo desde el fondo del corazón atribulado”.

Designado Secretario de Estado del gobierno del general José Miguel Gómez, Sanguily evidenció, una vez más, la próspera estatura de su espíritu, su auténtica cubanía, su lealtad militante al americanismo. Fue aquél, en verdad, un período cuajado de enormes dificultades. Pocas veces, estuvo tan amenazada de zozobrar nuestra soberanía y de eclipsarse nuestro honor nacional, como entonces. Manuel Sanguily se produjo a la altura de su historia, de su investidura y de las circunstancias. Ni se acobardó ni se vendió: le hizo frente a los acontecimientos de “cara al enemigo y al debate y con la palabra, de oro, como la cabellera”. A la intromisión extraña en nuestros asuntos, respondió con el repudio enérgico y bizarro. Un telegrama suyo al Presidente Taft, suscrito por el general Gómez, impidió, por la voluntad de resistencia, que anunciaba, el desembarco de tropas norteamericanas en Cuba. Había salvado, en pareja medida, con su resuelta postura, el destino de Cuba y el destino de América. Y, tuvo aún la ocasión de ratificarla virilmente, ante el propio Secretario de Estado de Norteamérica, al visitar éste, poco después, La Habana, en sospechoso periplo por el continente.

Su paso por la vida pública fue digno trasunto de su conducta revolucionaria; pero, al hacerse irrespirable la atmósfera deletérea que empezaba a circuir, Sanguily refugió su “fiera inconformidad en el hogar”. “Se fue a su casa —escribe Rubén Martínez Villena en lapidario boceto— a sufrir la espantosa impotencia del creador que ya sobra, a mirar, con desolados ojos de padre paralítico, la ruindad fraticida de los hijos; a ver, en un tremendo destierro espiritual, la obra honrada de la abnegación en ambiciosas manos de pillos. Desde allí, espectador emocionado, lanzó sobre el desastre sus ironías y sus anatemas; porque rara vez convivieron más armónicamente en un espíritu el humorismo y la cólera”. Sus días postreros, iluminados de resplandores retrospectivos y ensombrecidos de penas inconsolables, discurrieron entre



sarcasmos y libros, ternuras balsámicas y relampagueantes indignaciones; pero asido, fuertemente asido, al “ancla de oro” de su fe inextinguible en el pueblo cubano y en la plena realización de sus destinos.

Agua viva y purificadora fue su verbo. Lección inmarcesible de ciudadanía fue su vida, en un medio ya en proceso de profunda descomposición. Jamás sacrificó el bienestar colectivo a su bienestar personal. Nunca manchó su boca con la mentira. Ni la vanidad, ni la envidia, enturbiaron jamás el nítido fulgor de su mirada. Nació pobre y murió pobre, pudiendo haber amasado una fortuna. Defendió, infatigablemente, contra malandrines y follones, la Dulcinea desvalida de sus sueños. Debeló tinieblas y encendió luces. Vivió siempre en “agonía y deber”. Murió, como había soñado, con “el perfil vuelto hacia los astros”. Y, como aún tiene mucho que hacer en América, junto con Simón Bolívar y José Martí, como Cuba está hoy más necesitada que nunca de su brazo y de su mente, he creído ineludible evocarlo en Venezuela, en la propia actitud con que lo despidió mi adolescencia: rodilla en tierra y a pecho descubierto.

Tomado de Roa, Raúl: Viento Sur, Selecta, La Habana, 1953



12 de agosto*

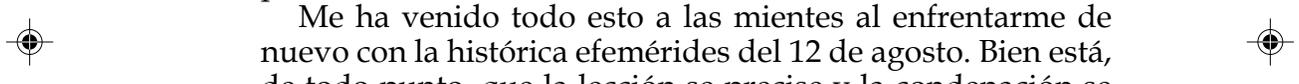
Andamos ahora vislumbrando, brumosamente, el cabo de las tormentas, los que cabalgábamos entonces en el potro sin freno de la juventud. Tres lustros hace ya que huyó despavorido de Cuba el general Gerardo Machado. “No abandonaré el cargo —vociferaba jactanciosamente apenas unas horas antes— hasta que expire el término para el que fui electo en 1928, es decir, el 20 de mayo de 1935. ¡Ni un minuto más ni un minuto menos!” Es, sin duda, una frase típica de paranoico acosado: es, también, cifra y compendio de toda una época. Detrás de esa insolencia verbal, está la gran tragedia que culminó el 12 de agosto de 1933.

Mucho se ha escrito sobre el movimiento popular que puso término al torvo mandato de Gerardo Machado y le alumbró nuevas rutas a la vida cubana; pero su historia —la historia que desentraña, ilumina y aprehende— está aún por hacer. Se han publicado valiosas interpretaciones dispersas en folletos, periódicos y revistas y algunos libros, entre los cuales sobresalen *¡En Cuba Libre!* de Gonzalo de Quesada y Miranda, *Revolución y Seudorrevolución* de Carlos González Palacios y —valga la inmodestia— *Bufa Subversiva*, de este prójimo. *¡En Cuba Libre!* la crónica finaliza, justamente, el 12 de agosto de 1933, con palabras mías pronunciadas esa memorable mañana en el micrófono de La Voz del Aire, ocupado “revolucionaria-mente” en compañía de Manuel Guillot y Jorge Quintana. *Bufa Subversiva* es una relación fragmentaria del movimiento estudiantil hasta la huelga de marzo de 1935. *Revolución y Seudorrevolución* es un ensayo de valoración histórica que abarca los principales aspectos del proceso.

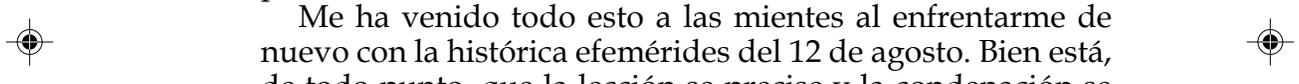
* Agosto 8, 1943.



Ninguno de esos libros alienta pretensiones mayores, ni trasciende la óptica personal de su autor respectivo. Ninguno ofrece, en consecuencia, una perspectiva de conjunto del proceso revolucionario sistemáticamente elaborada a la luz de un análisis histórico-sociológico, ni trasluce, por parte alguna, el manejo a fondo de la copiosa documentación de primera mano existente. Después de haberme facilitado Salvador Vilaseca los veinte nutridos tomos de su archivo, he tenido que concluir, forzosamente, que en vano podría emprenderse la inaplazable faena sin abreviar en este rico venero de manifiestos, artículos, recortes, opúsculos, documentos y cartas, de indispensable compulsión para reconstruir la historia de la revolución, esclarecer su sentido y deducir conclusiones. Hora va siendo ya de ponerse a la obra. No sé si dispondré de fuerzas suficientes para rematar el empeño; pero vale la pena, de toda suerte, correr la aventura. El mentado libro de González Palacio —quede para otro día el encomio y la discrepancia— no es ajeno, en buena medida, a la decisión adoptada de componer la historia de nuestra revolución.



Me ha venido todo esto a las mientes al enfrentarme de nuevo con la histórica efemérides del 12 de agosto. Bien está, de todo punto, que la lección se precise y la condenación se renueve. Hay que recordar y difundir, en cada aniversario, aunque un émulo suyo detentara el poder, que nunca tuvo la república gobernante peor que Machado y que ningún otro dejó tan abominable memoria. Y es imprescindible dejar, enérgicamente sentado, que nada de lo acontecido después lo justifica y redime, ni niega la vigencia del movimiento revolucionario, ni enturbia la pureza de sus ideales, ni arroja un saldo totalmente desfavorable en los objetivos propuestos. No estamos aún, es cierto, ni a medio camino de la conquista y disfrute de nuestra liberación nacional y social; pero lo importante es que, a despecho de reveses, adulteraciones y excrecencias, la voluntad de proseguir la marcha se mantiene firme y el entusiasmo encendido. Nunca se repetirá demasiado la sentencia de José Martí: “Cuando un pueblo entra en revolución no sale de ella hasta que la corona”. Y en eso estamos, en la pugna decidida por coronar la revolución que el 30 de septiembre salió heroicamente a la calle a dispu-





tarle los destinos de Cuba al machadato y al imperialismo, lo que nada tiene que ver con la “revolución permanente” de León Trotsky, ni con los mercaderes de la violencia que están chupando la ubre.

Bien está que todo eso se diga cada 12 de agosto; pero, volver, una vez más, sobre la fecha, en tono de arenga o evocarla truculentamente al cárdeno fulgor de los saqueos, de la cacería despiadada de porristas y de la fuga vergonzosa de los grandes culpables, no es cosa, en verdad, que incite mi ánimo en esta ocasión. A lo que me siento movido, por la profusa documentación que he revisado en estos días y la necesidad ya imperativa de ir jerarquizando los sucesos, las ideas y los protagonistas del proceso revolucionario, es a examinar los plurales factores determinantes del 12 de agosto y el complejo cuadro de sus antecedentes inmediatos. Mas, de sentirse movido, a siquiera intentarlo, va un trecho considerable. Habría que incurrir, por angostura obligada de espacio, en un esquematismo excesivo, al cabo contraproducente a los fines propuestos. Es tarea propia de una serie de artículos, de un folleto o de un libro. Y debo ya, pues, resignarme peregrinamente a explicarle al lector cómo hubiera yo debido alcanzar el propósito perseguido.

La primera cuestión que habría de plantearme es la concerniente a la naturaleza y curso del proceso revolucionario en desarrollo. Ninguna revolución se produce por generación espontánea. Un largo y oscuro período de gestación precede a su estallido. Mucho antes de que cuaje la conciencia revolucionaria ya el conflicto material que la genera ha adquirido tensiones y polaridades extremas en la estructura subyacente de la sociedad. Un sumario recordatorio de la mediatización originaria de la república y de la supervivencia económica y social de la colonia, agravada por la creciente penetración del capital yanqui hasta adueñarse de las riquezas fundamentales del país y de sus determinaciones políticas, contribuiría a dar la clave del régimen de Machado y de la revolución popular que suscita, subrayándose ya desde el 30 de septiembre de 1930, en que se vierte simbólicamente sangre estudiantil y sangre obrera, su carácter democrático y su contenido antimperialista.



Indispensable resultaría lijar el papel respectivo que juegan en la fase inicial del ciclo revolucionario la juventud estudiantil, el movimiento obrero, el Partido Comunista y los “nacionalistas” que encabezaba Carlos Mendieta. Si todos convergen en su repudio a Machado, sus concepciones políticas y sociales son inconciliables en algunos casos y en otros existen discrepancias tajantes. No hay punto de contacto alguno ideológico, ni estratégico, ni táctico, entre los comunistas y los “nacionalistas. Ni entre estos últimos y el Directorio Estudiantil Universitario en punto a programa y métodos de lucha. Ni entre el Directorio y los comunistas en cuanto a la índole y alcance del movimiento revolucionario. Ni lo hay tampoco, en este mismo sentido, entre el Ala Izquierda Estudiantil y el Directorio, no obstante participar, conjuntamente, en acciones de calle y en los preparativos de la insurrección de agosto de 1931. Los “nacionalistas” aspiran, pura y exclusivamente, a sustituir a Machado. El Directorio propugna un “cambio total y definitivo de régimen”, entendiéndolo por tal una remoción de la estructura jurídica, política y económica del país sobre una base democrática y capitalista, que le permita desenvolverse, sin interferencias extrañas, hacia una nacionalización progresiva de anchas implicaciones sociales, anticipando así la programática auténtica. El Partido Comunista tiene su línea política de clase y a ella se ajusta. Combate, por igual, a Machado y a la oposición burguesa y sus agentes. Su revolución es la agraria antimperialista y su objetivo establecer un gobierno democrático de obreros y campesinos. El Ala Izquierda Estudiantil, como la Liga Antimperialista y el Socorro Rojo Internacional, son organismos colaterales del Partido Comunista y teórica y prácticamente actúan de consuno. El nivel de desarrollo de las distintas clases sociales y el grado de influencia ejercido sobre ellas por los partidos y grupos de oposición completaría el panorama.

Necesario será analizar el fracaso de la insurrección de agosto y distribuir responsabilidades. Habrá que proyectar también la mirada sobre la emigración y precisar la postura de los diversos grupos exilados. La Junta Revolucionaria, controlada desde su fundación por los “nacionalistas” y los viejos políticos, debe merecer detenida atención. Al naufragar la insurrección,



ción de agosto en Río Verde, irrumpirá el ABC en la arena revolucionaria. Pronto se cubrirá de laureles por la abnegación y denuedo de sus combatientes de fila. Su programa, lanzado más tarde al transformarse la secta terrorista en partido político, sólo podrá entenderse y valorarse a partir de la composición social de sus dirigentes y de sus elementos de base. Es una típica organización de clase media preterida y, al par, afanosa de poder. Habrá que ir a la severa crítica a que fue sometida por Rubén Martínez Villena al aparecer su asendereado "Manifiesto-Programa". En sus extremos fundamentales aún sigue en pie. El ABC representa la "izquierdización" de determinadas zonas de la oposición de tipo restauracionista y un nítido intento de "organización política del nacional-reformismo en Cuba". Literariamente, el "Manifiesto-Programa" es un documento irreprochable. Además, contiene algunos aciertos y constituye un serio esfuerzo de interpretación de la realidad cubana desde el punto de vista abecedario; pero, ninguna de sus medidas económicas ataca las raíces de la estructura factoril de la república y entre sus pretensas novedades "brilla, como una perla en un estercolero, la supresión del voto analfabeto". No cabe ya duda, por su conducta posterior, que en "el casco de una bomba el ABC tenía ya preparado el incensario para *Wall Street*".

Sin este previo recuento, no podría adentrarse uno en los antecedentes inmediatos de la caída de Machado. Véase ahora los distintos costados del proceso. De una parte, la victoria electoral de Franklin Delano Roosevelt en noviembre de 1932. Su elección coincide con una de las más agudas crisis cíclicas del capitalismo mundial, la marcha acelerada del fascismo, los preludios soterrados de los frentes populares y la degeneración de las actividades de la oposición en Cuba en puras acciones terroristas. Las cárceles están cundidas y repleta la emigración. Varios dirigentes del Directorio Estudiantil Universitario se han visto forzados a expatriarse. Se radican en Miami, donde la colonia de proscriptos alcanza cifras elevadísimas. En New York "funciona" la Junta Revolucionaria, que preside Carlos de la Torre.

No tardaría el Directorio en enviar su representación a la misma. La misión de sus delegados es vigilar las marrullerías



intervencionistas de la Junta. Han declarado de entrada su discrepancia ideológica con los integrantes de la Junta y su propósito de continuar laborando independientemente por la insurrección popular que el Directorio organiza y propaga. Las únicas actividades de tipo genuinamente revolucionario que se desarrollan en Cuba las dirige y controla el Partido Comunista, a través del movimiento sindical. Se organizan vastas huelgas en los centrales azucareros y se mantiene la agitación en las ciudades, mediante actos de calle. La impotencia del terrorismo para derrocar el machadato salta a la vista. Son victimados a diario los esbirros de la tiranía; pero, en implacable represalia, caen los revolucionarios en racimos. El año de 1932 se cierra, dramáticamente, con el vil asesinato de Juan Mariano González Rubiera.

A partir de la toma de posesión de Roosevelt, hay que centrar la atención en Estados Unidos. La Junta, por un lado, el ABC, por el otro, laboran, afanosamente, para obtener de Roosevelt una “solución” al problema cubano. Papel mojado es el compromiso antinjerencista contraído por la Junta a instancia del Directorio. Sus miembros siguen merodeando el State Department. El general Menocal pelea en la misma trinchera. Había definido claramente su postura al comentar la moción presentada por el representante republicano Hamilton Fish —uña y carne de Sumner Welles— urgiendo al gobierno de Hoover a que actuara inmediatamente para terminar “el reino de terror imperante en Cuba y los graves quebrantos que estaban sufriendo los intereses norteamericanos en la Isla”. “Los Estados Unidos —afirmaba Menocal— pueden ayudarnos considerablemente. Bastaría que amenazaran a Machado con intervenir y la oposición haría el resto. Los Estados Unidos tendrían derecho a intervenir en los asuntos cubanos porque Machado ha violado varias cláusulas de la Enmienda Platt. Tendrá que ser Washington... o nosotros, cuando podamos”.

No perdería prenda el ABC por su parte. Hay un documento que proyecta luz vivísima en la actitud del ABC antes, en y después de la mediación. Su consulta es indispensable. Se relatan, en dicho documento, las actividades que desenvuelve en Washington un grupo de personas a nombre de la Junta



Revolucionaria para obtener la intervención del gobierno de Roosevelt en Cuba. Estas actividades son, desde luego, estrictamente secretas y las ignoran los delegados del Directorio, los profesores universitarios y el núcleo menocalista. El informe, dirigido a la Célula Directriz por Carlos Saladrigas, augura la ineficacia de estas gestiones por carecer los personeros de la Junta de “relaciones e influencias suficientes para el propósito perseguido”. Y anuncia también que otros elementos utilizados por él, laboran en parejo sentido, con entero desconocimiento de los otros y con evidentes probabilidades de éxito. Concluye el informante dando instrucciones específicas al ABC, al objeto de promover ataques a las propiedades norteamericanas —se mencionan las siembras de caña, los tanques de petróleo y mieles— para reforzar las gestiones que sus emisarios realizan en Washington.

Tócale ahora papel preponderante al epistolario de la época. Hay que escudriñar la correspondencia entre los principales jefes de la oposición e incluso entre figuras de menor cuantía. Sumamente instructiva resultará la lectura de las cartas cruzadas entre Carlos Finlay, Reinaldo Márquez y Aurelio Fernández Concheso. Será igualmente provechosa la lectura de la prensa norteamericana y de los artículos, discursos y documentos de los cubanos emigrados en los umbrales de la mediación. El informe confidencial de Carlos Finlay a Juan A. Rubio Padilla y Carlos Prío Socarrás sobre los resabios antiplattistas de Willy Barrientos y Luis Barreras aclara muchas cosas. De igual manera, aunque en otro sentido, las cartas de José Morell Romero a Manuel Márquez Sterling. Las declaraciones de un grupo de profesores universitarios contra toda forma de injerencia en la vida cubana es de obligada lectura. Y deben conocerse, para totalizar la visión del momento, las actividades antimachadistas de Ramón Grau San Martín, Fernando Ortiz, Herminio Portell Vilá y Ventura Dellundé en los Estados Unidos y fijarse su posición respectiva en el proceso estudiado. El injerencismo anda con los moños sueltos.

Se ha solido creer que fue el asesinato, en pleno mediodía, de los hermanos José Antonio y Solano Valdés Daussá, lo que decidió a Roosevelt a inmiscuirse en la situación cubana. Cier-



to es que la opinión pública yanqui, indignada por el crispante relato de Phillips en el *New York Times*, redobla su protesta contra los crímenes de Machado. Cierta es también, que el representante Fish y los senadores Borah y Shipstead reclaman del presidente su inmediata intervención en Cuba. No es menos cierto, sin embargo, que ya Roosevelt venía aprestándose a tomar cartas en el problema cubano. Tenía, ante sí, hacía rato, el voluminoso informe de sus enviados secretos y el conocimiento directo de la bancarrota económica de la Isla. Sólo acechaba la coyuntura propicia. Ya había sonado la hora de arrojar al cesto, como un trasto inútil, al dócil verdugo del Chase National Bank. Crítica prueba para el presidente Roosevelt y puesta en cuestión de la buena vecindad, loada melódicamente en histórica perorata. Los contrastes y conexiones entre la diplomacia del dólar y el garrote tras el guante de seda es punto capital a estudiar. El imperialismo por otros medios y otras formas. Sumner Welles, amigo de confianza del presidente, de probada experiencia en análogos menesteres, funcionario de categoría en el State Department, fue designado embajador en Cuba con plenos poderes y carta privada de presentación a Machado. No puede prescindirse de la interpretación que en su libro *The Time for Decisión*, da Welles de su "misión a La Habana". La adoba y presenta a su gusto y medida. Confunde y enmaraña todo para reivindicar su maltrecho prestigio diplomático y político.

Es necesario analizar las gestiones de Welles, con sumo cuidado y muy de cerca, desde su arribo a Cuba. No importan, en ningún sentido, sus declaraciones protocolares. Lo que importa es su hacer. Trae un propósito definido y la táctica correspondiente; sustituir "constitucionalmente" a Machado, sin alterar la estructura colonial de la república. La fórmula que le dará vida y cauce a la mediación la aporta Cosme de la Torriente. Machado y la oposición restauracionista se aperci-ben gozosos al juego imperialista con finalidades distintas y apetencias diversas. Los "nacionalistas", el sector dirigido por Miguel Mariano Gómez, el ABC, la UCRR, el claustro universitario en su mayoría, los conservadores ortodoxos, un grupo de las mujeres opositoras y los claustros del Instituto de La Habana y de la Escuela Normal de Maestros de-



signan sus delegados a la “mesa redonda” con los representantes de Machado. Se abstuvieron, de los sectores invitados, el general Menocal y el Directorio Estudiantil Universitario. El primero, por considerarse relegado a un plano subalterno. El segundo, por razones ideológicas.

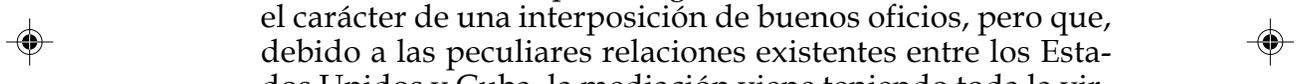
No podría pasarse por alto la pugna interna que afronta el Directorio al plantearse la mediación. Los líderes actuantes en La Habana acuerdan asistir a una entrevista solicitada por Welles. Los dirigentes exilados en Miami se oponen resueltamente al acuerdo. Alegan aquéllos que si han aceptado la invitación de Welles es precisamente para “cantarle las cuarenta”. Objetan éstos, que acudir a esa entrevista significa traicionar los postulados revolucionarios y reconocer el derecho de Estados Unidos a disponer de los destinos de Cuba. Hay que ir, necesariamente, a las actas del Directorio, en que se transcriben las disputas telefónicas de Juan A. Rubio Padilla, Carlos Prío Socarrás y Manuel Antonio Varona con Felipe Martínez Arango y Augusto Valdés Miranda. Se mantienen los primeros abroquelados en su negativa. Se acuerda, al fin, cancelar la entrevista con Welles, y pronunciarse públicamente contra la “mediación”. Y hay que ir, también, a las actas del Directorio, en que se da curso y debate a la propuesta de los líderes exilados de romper con el ABC por haber “fallado a la moral revolucionaria”.

Urge ya revisar la difundida opinión de que la “mesa redonda” tuvo la simpatía y el respaldo del pueblo. ¿Quién desata y mantiene la huelga general que da al traste con la mediación y con Machado? ¿No combaten la “mediación” desde sus comienzos el ABC Radical, la OCRR de Alfredo Nogueira, la CNOC, el Partido Comunista, la Federación Obrera de La Habana, la Unión Radical de Mujeres, la Oposición Trotskista, el Ala Izquierda Estudiantil y los militantes del APRA? ¿No se irguieron contra ella, rifle en mano, Antonio Guiteras y Blas Hernández? ¿Y no calzaron manifiestos de repulsa la Unión Libertadora de Revolucionarios Cubanos, Enrique Mazas y José Miguel Irisarri, entre tantos que lo hicieron, organizaciones y personas?

Nada pone tan de manifiesto las interioridades de la “mediación” y la posición del ABC como el propio libro edi-



tado por éste en 1934. Muestra inequívoca de lo afirmado: “Estos procedimientos de salvajismo implantados por la tiranía han hecho que una parte de la opinión sana del país vea como una liberación, como una cuestión de humanidad, un grado más o menos intenso de injerencia yanqui que pusiera fin a tanta brutalidad oficial”. “Aceptaríamos el auxilio norteamericano sólo para sustituir al gobierno actual, ilegítimo e impopular, por otro gobierno cubano legítimo y popular”. “Si, gracias a una posible presión norteamericana, se restablecen las libertades elementales de Cuba, el ABC las empleará para combatir el gobierno ilegítimo al amparo de esas libertades”. “La aceptación del ABC —Welles— es indispensable como paso inicial”. “Entendemos que la mediación que los Estados Unidos ofrecen. —Jorge Mañach— no tiene ningún carácter conminatorio al amparo de la Enmienda Platt, sino que es simple ofrecimiento amistoso de buenos oficios, de acuerdo con los usos internacionales”. “Usted nos ha tomado del brazo y vamos caminando”. “Nosotros entendemos que a la gestión de usted se le ha dado el carácter de una interposición de buenos oficios, pero que, debido a las peculiares relaciones existentes entre los Estados Unidos y Cuba, la mediación viene teniendo toda la virtualidad y todo el carácter subterráneamente coercitivo de una intervención”. “Lo que nosotros quisiéramos es que usted nos ayudara a resolver nuestro problema para que nosotros pudiéramos cooperar con usted a resolver el problema de usted”. “En la mediación el ABC lucha honradamente por obtener ventajas para el pueblo de Cuba, canalizando el mal de la injerencia, que es un mal real y por el momento insuperable, a fin de que le rinda siquiera algunos beneficios a Cuba, aunque le produzca el enorme daño de confiar a manos extrañas la solución de los problemas indígenas y de buscar fuera de nosotros las fuerzas dirigentes de nuestro destino”. “Por desgracia, la situación del país es tan peculiar que nosotros hemos tenido que hacer un doble juego: no entorpecer el trabajo de la Comisión Mixta, porque estamos representados en ella, y al mismo tiempo mantener la apariencia ante nuestras filas de que no estamos en la Comisión”.





La consulta de *Denuncia*, órgano del ABC, resulta imprescindible. Y deben leerse, asimismo, los artículos justificativos de Jorge Mañach publicados entonces en *El País* y los aparecidos hace poco en *Bohemia*, en defensa póstuma del ABC. También las impugnaciones del Partido Comunista y de sus simpatizantes en distintos periódicos y revistas y, particularmente, el folleto de Enrique Fernández “La razón del 4 de Septiembre”. De obligada lectura son la *Historia de la Enmienda Platt*, de Emilio Roig de Leuchsenring, y *Cuba, Tierra Indefensa*, de Alberto Arredondo.

La huelga general de agosto es otro costado del proceso que se precisa examinar a fondo. Surge, inesperadamente, de un paro de ómnibus. Crece y avanza como un torrente de lava e inflama a todas las clases sociales. Disloca la mediación y acaba por devorarla. Se generaliza el día 6. La brutal masacre del 7 la vigoriza y compacta.

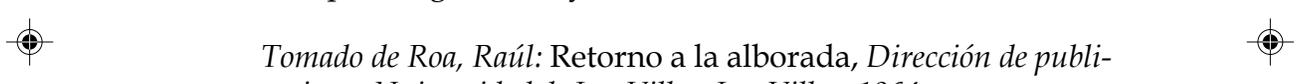
Obliga al ABC a presentarle un ultimátum a Welles y a éste lo fuerza a atizar al ejército y a arrojar a Machado. No obstante conceder Machado, ya contra la pared, el grueso de las reivindicaciones exigidas por la clase obrera, nadie vuelve al trabajo. Ya “la cantidad se ha transformado en calidad” y la huelga económica se ha convertido en huelga general política, cuyo objetivo es derribar a Machado e imponer una solución popular. Su impresionante desarrollo quedó registrado, día por día, en un reportaje de Ángel Gutiérrez Cordoví. Portell Vilá ha recogido, para la historia, las repercusiones del proceso en Washington. El punto de vista machadista fue expuesto por Alberto Lamar Schweyer.

Las últimas horas del machadato se desenvuelven con ritmo cinematográfico. El ABC, al percatarse de que los acontecimientos han desbordado la “mediación”, intenta ponerse a la cabeza de las masas populares en lidia implacable contra la dirección comunista. Sólo le importa ahora, como antes, el usufructo del poder. Machado denuncia a Welles ante el Congreso. Va a Columbia. Pero ya Welles le ha tomado todas las avenidas. El ejército se subleva y Machado renuncia. Welles pretende imponer, como sustituto, a Alberto Herrera. Acepta al cabo, violentándose a sí mismo, a Carlos Manuel de Céspedes. Machado y sus más cercanos conmlitones se fugan



protegidos por el nuevo gobierno. La huelga sigue; mas, la revolución popular ha sido yugulada y Cuba continúa uncida a la estructura colonial que engendró el machadato. Pero, como un símbolo que señala la ruta y el norte de la liberación nacional y social, Antonio Guiteras prosigue alzado en las montañas de Oriente.

He allí los materiales de mi frustrada interpretación del 12 de agosto y he ahí también la posición que hubiera asumido. Nunca he olvidado que, en el pórtico mismo de su radiante desplome, José Martí confesó que cuanto había hecho, y haría, era para “impedir, a tiempo, —con la independencia de Cuba y Puerto Rico, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América”. Y, a toda hora, he tenido presente esta lapidaria advertencia de Manuel Sanguily: “Las intervenciones americanas en las contiendas electorales de nuestros partidos políticos, como en otros cualesquiera conflictos interiores, suelen ser insinceras, comúnmente interesadas y siempre vergonzosas y funestas”.



Tomado de Roa, Raúl: Retorno a la alborada, Dirección de publicaciones Universidad de Las Villas, Las Villas, 1964.



Los últimos días de Pablo de la Torriente Brau*



Trece años van a cumplirse de la caída en Majadahonda, pluma en ristre y rifle al hombro, de Pablo de la Torriente Brau. Supe la aciaga nueva por un periodista, que me la comunicó apenas registrada en el teletipo de *El Mundo*; y a su instancia redacté, con el corazón estrujado, la nota de redacción en que se le rendía recio tributo a su talento, coraje y holocausto. Había decidido irse á España a combatir por la libertad, y a precio de vida pagaba la quijotesca aventura. Era el más impetuoso, noble y arrestado mozo de nuestra generación. Entre las páginas removedoras de La edad de oro —en las que aprendió a leer— podría inscribirse, retrospectivamente, su nombre, como incitación perenne a la vida heroica.

Conocí a Pablo en el estío de 1930. Hacía una semana que andaba, a toda hora, con un libro bajo el sobaco. Ni que agregar tengo que aludo a *Batey*, una colección de cuentos cubanos, escritos una mitad por él y la otra por su fraterno amigo Gonzalo Mazas Garbayo. Inquirí la manera de encontrarlo. Me había asombrado su imaginación fabulosa, su estilo desenfadado, su pupila afiebrada, su afán de servicio, su corazón trepidante y su generoso amor a los que sufren, sueñan y pelean. Una tarde le fui presentado en el bufete de don Fernando Ortiz, donde trabajaba como secretario suyo. Era un mocetón alto, de musculatura atlética, pelo oscuro, frente dilatada, voz grave, mentón altivo, sonrisa franca, mirada diáfana y jocundo talante. De vez en cuando, lanzaba una carcajada estruendosa que estremecía los cristales de las ventanas. Le hablé de su libro y me habló de Rubén Martínez Villena, el pálido poeta de bruñido temple.

* Diciembre 11, 1949.



El palique derivó, rápidamente, hacia el tema político. La atmósfera, densa y caliginosa, presagiaba tormenta. En la Universidad los estudiantes nos aprestábamos ya al ataque frontal a la tiranía y al imperialismo. Le referí, a trazos, nuestros planes y objetivos. Los ojos le relampaguearon y tornó a hablar de Rubén. Aludió, de pronto, a Teté Casuso. Se había desposado con ella hacía poco. Su amor de muchacho cuajaba radiante en el amanecer jugoso de su juventud.

—Te iba a invitar a que te unieras a nosotros —le dije—; mas, si acabas de casarte, va a ser difícil que puedas incorporarte a la lucha...

Interrumpiéndome bruscamente, replicó tajante y resuelto:

—Considérame ya incorporado. Yo siempre he antepuesto mi deber a todo. Tete sabrá comprender...

Y, sin darme tiempo a abrazarlo, me preguntó: —¿Cuándo y dónde es la próxima reunión?

Nos despedimos con un vigoroso apretón de manos. Anocheceía. La ciudad se enguinaldaba lentamente de ascuas. Yo iba silbando de júbilo. Había conocido a un hombre entero y verdadero. Y había anudado, también, la más limpia, alegre y honda amistad de mi vida. Juntos desafiamos las balas de los esbirros la mañana del 30 de septiembre. Juntos afrontamos los rigores de la persecución, de la cárcel y del destierro. Juntos luchamos por la liberación nacional y social de Cuba. Antes de embarcar rumbo a España, me eligió para recoger y publicar sus “papeles”, si no regresaba vivo del frente. Ni siquiera ha regresado muerto: los zumos de su huesa aún alimentan los surcos ensangrentados de España. Había sido el primer hombre de América poseído por la fiebre de la revolución española. Y será, por eso mismo, el último en abandonar aquella tierra impudicamente vendida de “ría a ría, de monte a monte, de mar a mar”.

Pablo había decidido irse a España y se iría. Impedírselo, convencerlo de lo contrario, fue tarea inútil. En sus largas horas de insomnio, en los huecos relampagueantes del trabajo brutal, se veía ya confundido en el frente con el pueblo armado, entre milicianos sin miedo y sin tacha, uno más entre ellos, soldado de la libertad española, que es ser soldado



de la libertad del mundo. Sus ahorros precarios los guardaba con generoso celo avaro. No tenía otra aspiración ni más pensamiento que allegar fondos para pagarse el pasaje. La fiebre de la revolución española se había posesionado de él, absorbiendo toda su capacidad de servicio, sus energías inagotables y su sentido heroico de la vida. Sus cartas evidenciaban su resolución inquebrantable.

Ramiro Valdés Daussá y yo intentamos, egoístamente, embridar aquella pasión volcánica, aquel ímpetu irrefrenable de ofrendar la vida, por amarla mucho, a la causa de la justicia, que, si lo llevaba derechamente al país glorioso donde se debatían los destinos del mundo, lo arrancaba, acaso para siempre, de la revolución cubana, en la que tanta falta hacía. He aquí su respuesta admirable: “Es inútil. He decidido irme y me iré. Yo no hago ahora falta en Cuba. Voy a España ahora precisamente para darle a Cuba, a la revolución cubana, toda mi experiencia. Creo que, si por cualquier razón, me fracasara el viaje, me tirarían en un rincón a morir solitario, a morir de dolor y de rabia”.

Pudo, al fin, tras múltiples y denodados esfuerzos, zarpar proa a España como corresponsal de guerra de la revista *New Masses* y del periódico *El Machete*. Teté Casuso cuenta cómo aquel día memorable —no obstante el aullido agorero de un perro vecino durante la noche— todo él irradiaba confianza, alegría, luz. Iba embanderado de alborozo, como Sandokan se hacía a la mar revuelta en busca del leopardo inglés.

Fue a España; pero primero estuvo en París y después en Bruselas, en el Congreso Mundial de la Paz. Y, en un minuto de tregua, se llegó hasta Brujas, realizando así uno de los anhelos más hondos y sostenidos de su espíritu. Brujas, la muerta, la ciudad silenciosa y romántica que inmortalizó Rodembach en sus versos crepusculares, debió sentir que un soplo de alegría primigenia la sacudía hasta la entraña al paso de Pablo por sus calles dormidas. De Brujas, cuyo recuerdo lluvioso se le clavó nostálgicamente en la retina, fue a Barcelona, vía Francia. Y de la ciudad condal —todavía palpitante de la jornada épica del 19 de julio de 1936— a Valencia y en seguida a Madrid, la urbe simbólica en aquel orto tremante de ilusiones.



Aquel Madrid, no era el Madrid sonriente, parlero, capitoso y sensual que trascendía, perfumado y rutilante, de las crónicas literarias. Era un Madrid responsable, viril, abnegado, heroico: un Madrid en pie de guerra por la independencia nacional de España y por la dignidad humana. Un Madrid cuajado de milicianos vibrantes y de proclamas marciales, de cartelones alusivos a los acontecimientos del frente y de niños huérfanos y mujeres despanzurradas por la artillería fascista y los bombardeos aéreos. Pablo debió sentir, ante la ciudad erecta, una conmoción visceral.

Como iba en funciones de corresponsal de guerra, se puso inmediatamente a la obra. Su primera gestión periodística fue en el invencible y castigado frente del Guadarrama. Allí, y en plena lucha epopéyica —lucha que sólo tiene par en la historia contemporánea con la guerra civil rusa—, conoció y trató al general Julio Mangada, y, también, allí, tuvo su bautismo de fuego y polemizó con el enemigo, de trinchera a trinchera. “La tribuna —escribió en crónica escalofriante por lo vívida— fue un parapeto sobre una roca. El escenario, la noche prelunar, densa aún y peligrosa. Mi contrario, un cura guerrillero. El público, los milicianos de la revolución española y los fascistas insultadores, requetés, falangistas, guardias civiles y militares traidores. Los aplausos, ráfagas de ametralladora”.

Vinieron entonces los días oscuros, difíciles y torturantes de la caída de Toledo y del retroceso paulatino y estremeceador hacia Madrid. Las gavillas uniformadas de Franco, equipadas y nutridas por Alemania, Portugal e Italia, en incontenible ofensiva, irrumpieron una mañana al otro lado del Manzanares, frente a la ciudad misma. Merece registrarse la fecha: 7 de noviembre de 1936. El alto mando fascista anunció esa propia noche por la radio que dos días después sus soldados cenarían en la Puerta del Sol. El “no pasarán” miliciano pareció ceder al “pasaremos de todas maneras” rebelde.

En esa coyuntura angustiosa, cuando la caída irremisible y fulminante de Madrid se pregonaba de confín a confín, y hasta se festejaba anticipadamente con jerez añejo por el beodo y bigotudo general Queipo del Llano, Pablo se presentó



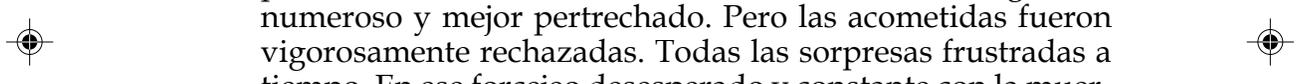
en el Ministerio de la Guerra. Cien mil hombres se habían alistado, en épico arrebató, esa propia mañana. Las mujeres, rifle al hombro, y relucientes los ojos, desfilaban por las calles ametralladas, camino del Puente de los Franceses. Cuadrillas de niños contribuían, febrilmente, a reforzar las defensas de la ciudad. Pablo de la Torriente Brau no había nacido para “contemplar el crimen en calma”. Ni era honrado pelear con la pluma cuando lo que urgía era enfrentarse a las balas. Así fue. Pablo trocó gallardamente su pluma en mochila —esa pluma suya que deja páginas imperecederas como puede comprobarse leyendo *Pluma en Ristre*— y se alistó en las milicias con el gran pintor español Gabriel García Maroto. Autodenominados comisarios políticos, lo fueron oficialmente después por disposición del ministro de la Guerra, Julio Álvarez del Vayo.

Contra lo que se esperaba, Madrid no cayó. Contra lo que se creía, Madrid resistió a pie firme, con impar heroísmo, las arremetidas reiteradas del Tercio, los bombardeos aéreos y el diluvio interminable de obuses fascistas. Pablo de la Torriente Brau, comisario político del batallón comandado por Valentín González, “Campesino”, compuesto por agricultores de Extremadura y Castilla, desafió, en primera fila, la metralla mortífera. La valentía, el ímpetu, la abnegación sin tasa del pueblo madrileño, desbordaron su admiración siempre alerta para loar lo admirable. “Aquí —escribe—, en medio de una serie de cosas que serán siempre indescriptibles, ha ocurrido el espectáculo de un pueblo que, en todo momento, ha pensado en la victoria o en la muerte, pero nunca en la rendición. Y esto es digno de que se diga, en todo instante, para que se sepa lo que un pueblo puede llegar a ser cuando se dispone a no ser esclavo más nunca”.

El implacable bombardeo aéreo le arranca las reflexiones siguientes: “Mentira es todo lo que se ha dicho y escrito y se ha filmado hasta ahora sobre la guerra. Con razón me decía López Rubio en el Castillo del Príncipe, que todo lo que había visto y leído no servía para nada junto a la bárbara realidad de la guerra europea. Y aquí pasa lo mismo. Porque debo advertirte que a Madrid no le enseña nada ninguna de las ciudades que fueron castigadas durante la guerra de 1914.



Hay barrios enteros destrozados por el cañón y los bombardeos aéreos de la aviación fascista, que ha causado entre las mujeres y los niños madrileños tantas o más víctimas que las que han causado durante toda la guerra. Los incendios nocturnos fueron utilizados con gran frecuencia y no han vacilado en bombardear museos, palacios y hospitales. Nada les detiene ante su fracaso. Llegaron & Madrid como en un paseo y después el paseo se les ha convertido en un tormento como el de Tántalo. Porque hace más de quince días que están a la vista de Madrid. Que están más cerca de Madrid, en muchos casos, que los mismos madrileños y, sin embargo, no pueden ni podrán entrar nunca. Y, por eso, han decidido hacer todo y no han titubeado en declarar que aunque no ganen se encargarán de dejar destruida la ciudad y toda España. Y la destruirán, pero no vencerán”.



El batallón de “Campesino” había sido destinado a contener el empuje insurgente en el estratégico sector de la Casa de Campo. Día a día, hora a hora, minuto a minuto, sus componentes se batieron, valerosamente, con un enemigo más numeroso y mejor pertrechado. Pero las acometidas fueron vigorosamente rechazadas. Todas las sorpresas frustradas a tiempo. En ese forcejeo desesperado y constante con la muerte, Pablo se encontró aún más a sí mismo, robusteciendo su temple y acrisolando su fe revolucionaria. Jamás, ni hablando consigo mismo, el desaliento tiñó su palabra. Jamás dudó de su suerte: estaba convencido, absolutamente convencido, de que saldría intacto de la pugna tremenda. “Estos ojos míos —me escribía— no pueden cerrarse sin que yo antes cuente las cosas maravillosas y espantables que vieron. De mí —continuaba— no te preocupes. Sigo siendo el hombre afortunado. Y añora en estos días difíciles de Madrid también estoy teniendo suerte. El pasado no debe asustar. Ni el porvenir tampoco. Estoy seguro, completamente seguro, de que saldré indemne de aquí. Tú sabes que yo todo lo pienso y lo hago con la vista y el pensamiento puestos en la revolución cubana”.

Muy pronto Pablo fue un comisario político citado, frecuentemente, en la orden del día. No era éste un cargo sin mayor importancia. Comisario político no podía serlo cual-



quiera. Del comisario político dependía, fundamentalmente, la eficiencia, la cohesión y la capacidad ofensiva de las unidades revolucionarias. Un comisario político determinó muchas veces, él solo, el curso de una batalla. A través de él, se conectaba políticamente el gobierno con las milicias. Era él quien cuidaba, fomentaba y aseguraba la disciplina que debía regir las tropas populares. Era él quien forjaba, bajo la metralla o en el descanso eventual, la conciencia política del combatiente. Era él quien se preocupaba de que al miliciano no le faltase nada, quien le procuraba educación revolucionaria y le suministraba periódicos y libros. Era el primero en el asalto y el último en el repliegue. Era, en suma, quien cargaba sobre sus hombros, no sólo la mochila y el rifle y llevaba en sus labios la arenga inflamada y el consejo oportuno, sino la indispensable tarea de convertir la audacia popular, irreflexiva y anárquica, en rigurosa, serena y coordinada estrategia militar. Pablo de la Torriente Brau fue todo eso y más que eso. “Era —ha dicho el periódico *Claridad* comentando su muerte— el comisario que necesitaban los luchadores para conservar su puesto sin vacilar, sin dejarse ganar por titebeos”.

Una mañana brumosa de noviembre —brumosa de niebla y del humo ceniciento de las explosiones— el batallón de Valentín González recibió órdenes de trasladarse a Alcalá de Henares. Allí repondría sus efectivos perdidos y se tomaría un respiro, como premio a su combatividad y heroísmo. La jornada había sido, en efecto, durísima. García Maroto estaba gravemente herido. Un obús le había cercenado las piernas. Raigorowski, tan conocido y estimado entre nosotros por su participación descollante en la lucha revolucionaria del estudiantado, muerto verticalmente en su puesto. Y centenares de bajas en las filas anónimas. Pero Pablo escapó a la infernal embestida sin el más leve rasguño. Y junto a él, fuertemente apretado a su brazo de hierro, caminaba ahora un muchacho de doce años apenas, que acababa de perder a sus padres y hermanos en un bombardeo aéreo. En lo adelante, ese niño, adoptado por él, sería su amigo mejor y ayudante de campo.

En Alcalá de Henares, lo menos que hizo Pablo fue descansar. Se pasaba el día y, muchas veces, la noche, en reunio-



nes políticas y en viajes de recorrido por las zonas aledañas. No tenía tiempo que perder: el tiempo era poco para ver y ser útil. “El día 23 de noviembre —escribe— me fui con “Campesino” a hacer un recorrido por varios pueblos, a enterarnos de varios asuntos. Caminamos más de cuatrocientos kilómetros y sólo nos detuvo la falta de gasolina. Pasamos por la mañanita temprano por Loeches y por Arganda. Y después por Morata de Tajuña, que, desde los cerros, lucía cubierta por una neblina que forma el humo de las chimeneas de las casas. Y habían mujeres lavando en la fuente y hombres dándoles de beber a sus borricos. Pasamos por Chinchón, donde hay un castillo en lo alto. Allí se nos cruzó una caravana de camiones con víveres para Madrid y presencié el espectáculo de cientos de hombres que iban para el trabajo en sus pollinos y sus arados sobre ruedas para no estropear la carretera. En Villaconejos habían los famosos de ese pueblo. Y después vi, en la mañana clara, el agua azul del Tajo correr por Aranjuez. Iba entre los altos pinos y las hayas corpulentas. Aquél es un pueblo de reyes y de jardines, que tiene los árboles en fila, como enormes granaderos que estuvieran siempre esperando el paso de una majestad para rendirle homenaje. Hoy, al lado de las verjas de hierro, los cuerpos de milicianos que hacen la guardia de carretera encienden fuego para soportar el frío. Después pasamos por Ciruelos y por Pepes, el del buen vino. Y por las huertas de Valdecarábanos, donde hay miserables casitas empotradas en la piedra de los cerros. Más allá, la estación de Huerta estaba destrozada por el bombardeo de la aviación”.

“En Mora ya no podíamos con el hambre. Y conseguimos un pan caliente y un poco de queso, blanco y fresco como el agua. Mora, de ramosos almacenes de vino, tiene dos bellas iglesias antiguas y el tejado viejo está siempre cubierto por una nube de palomas grises. Hay muchachas bonitas que van a la fuente con cántaros, como en los dibujos antiguos. Después pasamos por Orgaz, por Senseca y por Mazarrambes y cuando llegamos a Cuerval el pueblo contempla dos coches blindados que allí estaban como signo de la guerra. Porque en todo el recorrido no había otra señal de lucha que el puño de los campesinos para saludarnos al pasar. Es curiosa esta



guerra. Fuimos bordeando la zona de Toledo, donde todos los días hay combates y por allí había paz, inclusive alegría y hasta alguna abundancia relativa. Los campesinos encargados de la guardia y control de las carreteras, con sus escopetas de caza, eran divertidos. “Campesino” los ponía en un aprieto, cuando, al pedirnos ellos “la documentación”, les decía: ¡Dame primero la tuya!”

En uno de sus frecuentes viajes a Madrid con “Campesino”, Pablo encontró a Cándom, el comandante cubano, y aprovechó la contingencia para examinar los destrozos causados en los últimos días por la aviación extranjera en los lugares más céntricos de la ciudad. “En la Gran Vía, en la Puerta del Sol, en la calle de Alcalá, en la de Sevilla y en muchas más — comenta indignado— los destrozos han sido bárbaros. La potencia de esas bombas es extraordinaria, casi tanta como el encanallamiento de los fascistas. El número de muertos y heridos ha sido espantoso, el depósito de cadáveres ha sido un espectáculo único de imponente. Se puede afirmar que han matado los fascistas más mujeres, viejos y niños, que combatientes. Por fortuna han sido evacuadas ya millares de personas, para librarlas de la muerte o la mutilación”.

Esa propia noche, asistió, en la Comandancia del Quinto Regimiento, a una conferencia de los comisarios políticos para discutir la necesidad inaplazable que afrontaba el gobierno de estructurar un mando militar único. De vuelta a Alcalá de Henares, descubrió, alborozado, que en el batallón de “Campesino” militaba un poeta, Miguel Hernández, incorporado hasta hacía una semana en el cuerpo de zapadores. “Es un muchacho todavía joven; pero yo —asegura— lo considero uno de los mejores poetas españoles. Lo he nombrado jefe del departamento de cultura y estuvimos trabajando en los planes para publicar el periódico de la brigada y la creación de uno o dos periódicos murales, así como la organización de la biblioteca y el reparto de la prensa. Además planeamos algunos actos de distracción y cultura. Y con él me fui después a visitar algunas cosas famosas de Alcalá. Vi la Hostería del Estudiante, digna de una escena de cine, olorosa a historia, y a tiempo viejo; el paraninfo de la Universidad Complutense, que fundó el Cardenal Cisneros, con sus



artesonados mudéjares y sus paredes platerescas; el bello patio trilingüe en el que ya hoy no se habla ninguna lengua; la fachada, y el patio de la Universidad. Y pasé por frente al Archivo, bellissimo, y a las viejas murallas. Luego fui hasta el Henares. De Cervantes no hay sino una estatua, obra maestra de ridiculez, y una placa con faltas de ortografía en el lugar donde estuvo su casa”.

La última incursión de Pablo de la Torriente Brau a Madrid fue el 14 de diciembre. Pocas veces sufrió la ciudad martirizada y heroica bombardeos tan crueles y sistemáticos como a la sazón. Recojamos sus impresiones de ese día de horror y de gloria. “Al amanecer de hoy —anota— tuvimos un intenso cañoneo. En las cercanías de las calles de *Abascal* y de *Quevedo* se podía ver, el aire lleno de humo y del polvo de los edificios que se desplomaron. Las familias abandonaban sus hogares deshechas en llanto, arrastrando a sus hijos con precipitación. Los muertos quedaron atrás, Mas, no lejos de ese lugar, cientos de hombres hacían su entrenamiento militar para marchar al frente. Fui después al Cuartel General del Socorro Rojo Internacional, que, temporalmente, y no lejos de allí, se había instalado, pues el bombardeo de que fue blanco el Cuartel de la Montaña, lo arrojó de su antiguo local. En el Socorro Rojo había, como siempre, cientos de mujeres y de niños que huyendo del cañoneo allí se refugiaban y fuera había muchos que, descansando sobre montañas de ropa, esperaban una oportunidad para que se les enviara a Barcelona y Valencia. Los chiquillos, al partir en grandes camiones, cantaban alegremente, ondeando sus pequeñas banderas republicanas. No se le ocurre a uno pensar que muchos de ellos son ya o van a ser huérfanos. No le entra a uno en la cabeza porque la revolución es madre para todos. Dará a luz con mayor pérdida de sangre y con más intensos dolores que cualquier madre, a un pueblo nuevo. Y presiento, con honda alegría, cómo será este país andando el tiempo. Me enardece el pensarlo. España será una maravilla. ¡Cómo truena la artillería! Vale la pena oír la siquiera una vez en la vida. Parece como una tempestad de truenos y relámpagos en las montañas del oriente de Cuba. Las fuerzas aéreas fascistas, que han demostrado ser inferiores a las nuestras en combates a corta distancia, parecen no cansarse de co-



meter actos vandálicos que desafiarían cualquier descripción. Supongo que la prensa internacional algo habrá dicho de su bestialidad más reciente. Sobre Madrid hicieron descender un paracaídas conteniendo el cuerpo horriblemente mutilado de uno de nuestros aviadores que cayó detrás de sus líneas. ¡Ni aun las tribus caníbales harían cosa semejante! Su barbarismo no es exhibicionista. Por nuestra parte, la Junta Delegada de Defensa acaba de dictar una orden para que sean respetadas las vidas de todos los aviadores fascistas que caigan sobre Madrid”.

Ya en el Convento de Las Claras, cuartel general de “Campesino”, Pablo concluyó la crónica iniciada en Madrid, acaso la última que brotara de su pluma. “La guerra —confiesa entre asombrado y dolido— lo torna a uno insensible. Anoche iba con “Campesino” en el auto y recogí el diario de un desertor, al que momento antes habían ejecutado. Bromeamos, con todo desenfado, acerca de cómo quedaría su cadáver bajo la noche inclemente y la lluvia helada e interminable. Alguna vez fui un hombre de sentimientos y volveré a serlo. Noches pasadas, mientras discutíamos un problema, López, el asistente de Pepe Galán, hizo funcionar la radio del carro. Nos encontrábamos en medio de un campo de batalla, a la sazón silencioso, cerca del enemigo. el receptor trasmitía una de las baladas más románticas de Chopín, que muy a menudo había oído en un ambiente distinto por completo: la sala de conciertos. Y, mientras aguzaba mi oído para captar el menor de los ruidos enemigos, recordaba, no sin cierta nostalgia, los tiempos en que la música tenía otros horizontes para mí que el de un himno a la revolución cantado por la tropa en marcha, inarmónica, bronca e intensamente. Y, como permaneciera pensando en tiempos idos, mientras terminaba la balada de Chopín, López me dijo; ¿le gusta a usted mucho? Recuerdo sus palabras porque la noche siguiente y en la misma carretera desapareció tal vez para siempre. Es probable que alguno de los destacamentos de sorpresa, en una rápida escaramuza, le capturara con sus compañeros de viaje”.

Aunque la hora fatídica se acerca, aunque ya la muerte lo ronda, Pablo no la presiente. El 17 de diciembre “Campesi-



no" recibió un sobre cerrado: se le ordenaba ponerse en marcha hacia Majadahonda. Antonio Aparicio ha recordado la alegría tumultuosa de Pablo ante la perspectiva de volver de nuevo al frente, de reanudar la lucha contra los invasores de España. Dos días después, al amanecer del 19, Pablo caería rifle en mano, como había soñado en su vigilia febril, combatiendo por la libertad del mundo. Poseído de ese impulso tan típicamente suyo, se había lanzado, en el alba rosada y fragante, sobre la trinchera enemiga. Sólo le siguió en el quijotesco arranque el pionero huérfano, su hijo adoptivo, su amigo mejor y ayudante de campo, para caer, sobre la nieve, confundida su sangre inocente con la del gran revolucionario, a pocos pasos de éste.

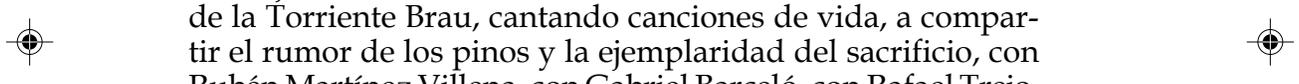
Tres días más tarde, sus camaradas, los campesinos de Valentín González, con la radiosa y emocionante visión de su sacrificio como airón de gloria en la bayoneta, como impulsados por una fuerza secreta y arrolladora, como dirigidos por el espíritu atlético de Pablo de la Torriente Brau, desalojaron, en un violento cuerpo a cuerpo, la trinchera fascista, recobrando sus ensangrentados despojos.

Un escritor y combatiente cubano ha narrado, con palabras trémulas y viriles, el entierro revolucionario de Pablo. Fue, sin duda, el entierro que él merecía. Un "entierro sin cera, ni flores, ni lágrimas, ni rezos". Junto a su ataúd sencillo, montaron guardia de honor sus compañeros de lucha y un pelotón de marinos. Entre los asistentes, se hallaba un grupo de escritores y periodistas y un representante de la Junta Delegada de Defensa. Un denso silencio, roto intermitentemente por cañonazos lejanos, se cernía sobre la concurrencia. En lo alto, empezaban a madurar los trigales de estrellas y en el horizonte cerrado de árboles gigantescos un vago resplandor anunciaba el plateado florecer de la luna. Sobre una colina ornada de cipreses, se irguió, de súbito, la figura guerrillera de "Campesino". Tenía el puño en alto y el vigoroso perfil temblorosamente recortado en la sombra. "Camaradas —comenzó diciendo con acento velado—, tan sólo cuatro palabras. Los deberes de la guerra me llaman urgentemente al Ministerio. Y no tengo que decirlos sino que sigáis el ejemplo que nuestro jefe político ha dejado entre



nosotros; y que cuando volváis al frente lo venguéis con ese ejemplo, acometiendo al enemigo con el valor y con el aliento que le animó a él hasta el fin”.

Un largo silencio siguió a estas palabras de “Campesino”. el representante de la Junta Delegada de Defensa avanzó respetuosamente y abriendo el cristal del féretro prendió sobre el pecho agujereado de Pablo, en nombre del pueblo español y de su gobierno legítimo, las insignias de capitán de milicia, mientras los puños en alto saludaban, por última vez, el cuerpo inerte del gran luchador. Una descarga de artillería rubricó la solemne ceremonia. Sobre el ataúd cayó, lenta y dolorosamente, tierra fresca y removida, tierra de España, que él había fecundado con su sangre, tierra que servirá de raíz y sustento a la España nueva, a la España que volverá por sus fueros renovando bizarramente sus sacrificios y sus proezas.

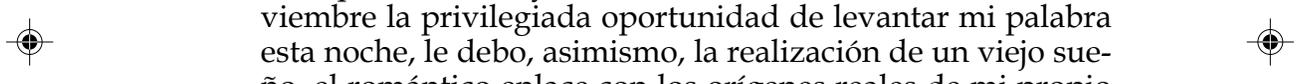


Ahora nos queda su recuerdo y su ejemplo. Nos queda su vida emuladora y alegre, afirmativa y generosa. Nos queda aún más. Nos queda sepultarlo en tierra cubana. Acaso no esté lejano ese día memorable. Entonces llevaremos a Pablo de la Torriente Brau, cantando canciones de vida, a compartir el rumor de los pinos y la ejemplaridad del sacrificio, con Rubén Martínez Villena, con Gabriel Barceló, con Rafael Trejo, con Antonio Guiteras y con las cenizas todavía insepultas, a la sazón sepultadas, de Julio Antonio Mella.

Tomado de Roa, Raúl: Retorno a la alborada, Dirección de publicaciones Universidad de Las Villas, Las Villas, 1964.



27 de noviembre en Camagüey*



Ansia vivísima tenía yo de visitar este solar legendario de mi tierra, ver su paisaje y revivir su historia, disfrutar “los goces de la amistad sincera y de la grata hospitalidad que singularizó en paz y guerra a sus afortunados moradores” y galvanizar mi espíritu con el recuerdo de sus hazañosas empresas y la activa presencia de una voluntad que quiere seguir siendo digna de su deslumbrante pasado. No haber hecho este peregrinaje sentimental era uno de mis más pertinaces desvelos. Y heme aquí de súbito, ante vosotros, por obra de una invitación que me honra y conmueve. Sí debo al Comité 27 de Noviembre la privilegiada oportunidad de levantar mi palabra esta noche, le debo, asimismo, la realización de un viejo sueño, el romántico enlace con los orígenes reales de mi propio apellido.

Quien lo llevara era oriundo de Cifuentes, cuna también de varones preclaros: pero, fueron estos llanos invictos su verdadero terruño. El hombre no es de donde nace, sino de donde se hace y vuelca lo mejor de sí mismo. Y aquí se hizo y se dio a los demás Ramón Roa, mi abuelo paterno, camagüeyano por el coraje sin tasa, por la pulcritud de conducta y por la entereza de carácter; y camagüeyano, también, porque durante diez años tuvo el honor de pelear, entre camagüeyanos, por la independencia de Cuba. Como tal le estimaron siempre sus compañeros de brega. Y era, para él, su más alto timbre de orgullo. No en balde quien le había armado caballero de la libertad y le llamaba su hermano fue Ignacio Agramonte, sirviéndole de ayudante de campo y secretario hasta su titánico desplome en Jimaguayú. No pudo

* Teatro Principal, Camagüey, noviembre 27, 1943.



tener, en verdad, mejor padrino de armas. Ni nadie más autorizado que él para blasonarle el apellido, para rectificarle la partida material de nacimiento y expedirle el título espiritual de hijo del Camagüey.

José Martí no se sintió hombre hasta hundir sus plantas en los surcos prietos y jugosos de la tierra indómita donde “las palmas son más altas y aguardan a los guerreros como novias”. Hasta hoy, que respiro este aire cuajado de sombras augustas y de familiares memorias, no me he sentido cubano entero y verdadero. Las circunstancias han querido incluso que mi primera visita a esta villa señorial y heroica sea en servicio patriótico, a la usanza de sus hijos mejores, conjugándose así, simbólicamente, la devoción filial y el deber histórico. La ineludible brevedad de la estancia está compensada, de sobra, con la hondura y trascendencia de la emoción. Dejo empeñada mi gratitud a este gallardo grupo de jóvenes que me la ha propiciado.

En este efusivo preámbulo está ya anticipado el sentido y el tono de mi pronunciamiento. Sin ariques de partido ni menoscabos de conciencia, vengo a decir lo que pienso y lo que siento, a llamar a las cosas por su nombre, a enfrentarme, cara a cara, con las supremas exigencias del momento decisivo que vivimos. No lo he hecho nunca de otra suerte cuando de la historia y de los problemas inmediatos y futuros de mi país he tratado. Jamás, sin embargo, con tan buida desazón como en esta coyuntura memorable. Ni tampoco sintiéndome tan entrañablemente identificado con el espíritu aleccionador y revolucionario que caracterizó a mi generación en sus días bizarros y claros y le insufló sentido a su frustrado empeño de “renunciamiento y remolde”. La coincidencia de conmemorarse la trágica efemérides que nos junta esta noche en un mundo en crisis, y el discurrir yo sobre ella en uno de los sillares de la nacionalidad cubana, influyen, sin duda, en este peculiar estado de ánimo, el más a tono, evidentemente, con los dramáticos requerimientos de esta hora nuestra perturbada y confusa, en que los oportunistas, cesarillos y far-santes de todas las tendencias y colores se disputan, a dentelladas, el control y usufructo de la riqueza nacional, del tesoro público y del patrimonio ajeno, batiendo a todos los



vientos, con descocada inverecundia, el socorrido estandarte de la democracia.

Bien sé que tiempos atrás no podía siquiera aludirse, en actos de esta índole, al sesgo de la vida pública circundante y, mucho menos, a sus protagonistas. Quien se arriesgaba a ello, se ganaba, inexorablemente, el anatema de irrespetuoso. Bien sé también a lo que, vaciadas de sustancia, quedaban reducidas las fechas gloriosas de la patria: a mera liturgia, a rito externo. La que hoy nos congrega demuestra, como ninguna otra acaso, la validez del aserto. Se contraía, pura y exclusivamente, a una simple jornada de luto oficial: flamear de banderas a media asta en los edificios del gobierno, retóricas proclamas de las autoridades, servicios fúnebres en el cementerio, desfile alborozado de escolares a lo largo del Malecón florecido de mujeres y, por la noche, recitaciones de versos alusivos y desenfrenado despliegue de tópicos truculentos, sin que el orador de turno se preguntase jamás si la vida real y concreta que en torno suyo fluía representaba la superación efectiva del pasado ominoso. La fecunda lección histórica y la necesidad ineludible de balance y contraste que se derivaban del horrendo suceso, quedaban así, suplantadas, por el pastiche convencional de una evocación sin sentido.

No resulta casual incidencia que los gobiernos más impopulares y combatidos por la juventud estudiantil se esmerasen sobremanera en que el 27 de noviembre fuera sólo eso. La razón es obvia. Sabían que la interpretación polémica del monstruoso asesinato habría de suscitar, por fuerza, el ríspido paralelismo, la denuncia de sus fechorías y atropellos, la puesta en desnudo de su actitud aparentemente respetuosa y recogida. Y, porque lo sabían, participaban incluso en la designación de los oradores para asegurarse la impunidad.

El “culto de los muertos” ha solido ser, para nuestros tiranuelos y politiquillos —esa fauna insaciable que compete, ventajosamente, con el marabú en nuestros campos—, la “fiesta de los vivos”. ¿No hemos visto y estamos viendo enmascarar las más repelentes apetencias de mando irresponsable y disoluto con el gorro frigio de la democracia? ¿No se han perpetrado las más grandes arbitrariedades y consumado



los más turbios negocios invocando a Martí? ¿No se han concebido y pactado a la sombra radiosa de su efigie todos los empréstitos, financiamientos y concesiones que estrangulan, en beneficio de la banca y del capital extranjeros, el desarrollo ascendente de la economía cubana? ¿No tuvo Machado su nombre, a pupilo, en su boca de tigre? ¿No repetía Mendieta sus coruscantes apotegmas mientras en vano ensayaba limpiarse las manchas indelebles de su traje blanco? ¿No le rinde cotidiano tributo Fulgencio Batista? ¿No es iniciativa suya la creación de un monumento que perpetúe majestuosamente su memoria? ¿No pululan, por ahí, escribanos y plumíferos de alquiler, que han transformado la huesa sagrada de los caídos en mina inagotable de prebendas y sinecuras? ¿Se quiere impudicia mayor, actitud más irrespetuosa, insolente y pragmática?

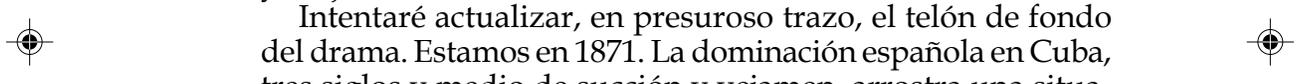
No fue esa, por cierto, la tradición que nos legaran los fundadores. No fue esa la forma limpia y beligerante de honrar a nuestros héroes y mártires, que predicaron Manuel Sanguily, Enrique José Varona y José Martí. No fue esa la herencia que recogimos y revalidamos el 27 de noviembre de 1929, clavando, en una misma lanzada implacable, a los voluntarios de 1871 y a los esbirros del machadato. Fue, a partir de entonces, que el 27 de noviembre volvió a ser lo que siempre había sido en los días atormentados de la colonia española: requisitoria viril contra los responsables y ejecutores del crimen abominable; compromiso solemne de pugnar, infatigablemente, contra los regímenes capaces de reproducirlo o de llevar dentro los gérmenes de la corrupción y de la tiranía; palabra viva y acto de fe.

No resulta ocioso reiterarlo. Ante las tumbas que abrió la sevicia, el oscurantismo y el miedo, no caben respuestas delicuescentes ni flatulentas salmodias. Sólo a los muertos inútiles les acompaña un coro de lamentaciones fingidas. A los que cayeron de pie, hay que recordarlos de pie. A los que afrontaron el holocausto sin quebrantos de la hombría, no puede injuriárseles con un haz de suspiros ni con el ademán plañidero: hay que honrarlos con el acento firme, la pupila retadora y el índice erizado de fulminaciones. Los ocho estudiantes de medicina, victimados por la furia voluntaria en



una atmósfera de violencia y cobardía, pertenecen al impar linaje de los que siguen viviendo después de muertos, de los que continúan sirviendo de trinchera a sus ideales, de los que no podrán descansar mientras en la tierra fecundada con su sangre haya agravios públicos que reparar, crímenes políticos que castigar y robos oficiales que condenar. Y, por pertenecer también a pareja estirpe, es que siguen viviendo y nos urgen, imperativamente, al cumplimiento de la tarea trunca, los victimados en la colonia dentro de la república, la constelación de héroes que simbolizó en Julio Antonio Mella, Rafael Trejo y Antonio Guiteras.

La postura asumida, consecuente con la adoptada por los fundadores y recogida y consagrada por la juventud en sus épicos combates en favor de una radical transformación de la vida cubana, me impone, pues, evocar el 27 de noviembre en función de presente y en perspectiva de futuro, única manera válida de hacer historia, de enaltecer a la patria y de empujarla por vías de progreso, de libertad, de independencia y de justicia social.



Intentaré actualizar, en presuroso trazo, el telón de fondo del drama. Estamos en 1871. La dominación española en Cuba, tres siglos y medio de succión y vejamen, arrostra una situación extremadamente grave y compleja. Ha arribado a ese punto crítico, en que la estructura de la sociedad colonial resulta ya impotente para subyugar las fuerzas creadoras que, en su propio seno, lidian por abrirse paso y expandirse. Rezuma fango, miseria, sangre. Y se apoya, desesperadamente, en la coacción, la mentira y el soborno.

El pueblo que enjaula y exprime se revuelve airado contra las cadenas que entaban su desenvolvimiento material y espiritual. Tiene ya conciencia histórica de su destino. Sabe su fuerza y a dónde va. Cuenta con jefes civiles de ancha visión y con jefes militares de primera línea. Incluso se ha dado un gobierno democrático y republicano que vivaquea con las tropas y organiza, eficazmente, las regiones en que impera. Quiere ser libre y batalla por lograrlo. La insurrección ilumina los maniguales. Crece y avanza. Se desarrolla como una tromba de fuego. La brusca caída del precio del azúcar y el desbarajuste administrativo y fiscal son su mejor combusti-



ble. El terror cunde en la capitania general. Se persigue y castiga, sin previo proceso, a todo sospechoso de laborantismo. Se veja y tortura en las mazmorras inmundas. Los voluntarios, la guardia mercenaria del integrismo borbónico, los perros de presa del monopolio comercial español, recorren las calles, ávidos de “carne fresca mambisa”, clamando por sangre cubana para “mojar los crucifijos”. En ese año sombrío, La Habana presencia, empavorecida, sucesos de típica progenie selvática: el saqueo de la casa de Miguel Aldama, la masacre del teatro Villanueva y el fusilamiento de Juan Clemente Zenea y de ocho estudiantes de medicina. La brutalidad de los métodos está en razón directa de la marcha decidida de la revolución.

Ninguno de estos hechos tuvo, sin embargo, la resonancia histórica, ni encendió la ira, ni avivó la hoguera de la rebelión criolla como este último. La condición de los inmolados, la repugnante acusación de que fueron objeto sin el más leve indicio de culpabilidad y su probada desvinculación del movimiento revolucionario que agitaba al país, contribuyeron a ello. Lo que más encolerizaba y dolía era la inocencia y candor de las víctimas, casi adolescentes; pero, al mismo tiempo, renovaba el coraje y movía a orgullo fiero la manera airoso con que se encararon a las balas asesinas, el estilo de héroes y la dignidad de mártires que asumieron frente al paredón de fusilamiento. Si efectivamente ninguno había revelado siquiera hasta entonces veleidades revolucionarias, morían, empero, como ha dicho Alfonso Bernal del Riesgo en maciza y centelleante perorata, “responsables de un delito político, que no consistió, desde luego, en la profanación de ningún sepulcro, sino en la falta y flojedad de sus sentimientos oscurantistas, reaccionarios y anticubanos”. Morían como insurrectos, como mambises, como laborantes, como cubanos. Morían como suelen morir los creadores de pueblos: el último aliento convertido en simiente de vida.

No podía ser de otra suerte. Aquellos ocho cadáveres, entregados en salvaje ofrenda a las meznadas brutales de la reacción colonial, serían en lo adelante —como Agramonte después de Jimaguayú, como Martí después de Dos Ríos, como Maceo después de Punta Brava— ocho antorchas de la



libertad cubana, ocho gritos de admonición y de combate, ocho vigías de nuestro destino, ocho incitaciones a la repulsa y a la rebeldía contra la opresión, ocho recordatorios inapelables de que, si la patria es “agonía y deber”, sólo se la puede servir dignamente tomándola “como ara y no como pedestal”.

Aún más. Esos ocho cadáveres, que mostraron al mundo la protervia y la infamia del despotismo español, le enseñaron también que, junto a la España rapaz, desapoderada y cruel, coexistía otra España en duelo excluyente con aquélla. Una España noble, generosa, gallarda: la España que encarnó Federico Capdevila en su corajuda defensa. Y esa España es la que nosotros amamos y sentimos como propia. Martí se apresuró a distinguirla, con superior alteza de espíritu y afilada comprensión del trasfondo dialéctico de la historia, de la otra, que sólo afrenta y baldón merece. Por esa España, que ahora sufre en sobrecogedor abandono el yugo cruel de los biznietos de Weyler, mozos cubanos dieron su vida, sabedores de que peleaban por la libertad y la independencia de América. Por esa España dio su potente, flamígera y generosa juventud, Pablo de la Torriente Brau. Junto a ella estuvimos. Junto a ella estamos. Junto a ella siempre estaremos. Como siempre estuvimos, estamos y estaremos contra la otra. En toda nación, hay dos naciones: la vital y la oficial. Muchos siglos antes de que lo advirtiera Disraeli, ya lo había barruntado genialmente Plutarco.

“La muerte da jefes, la muerte da lecciones y ejemplos, la muerte nos lleva el dedo por sobre el libro de la vida”. He ahí la suprema enseñanza, la enseñanza viva y activa que se desprende del 27 de noviembre de 1871. Y, al recogerla y aceptarla, abominemos de los que han pretendido pervertirla y desvirtuarla. Abominemos de los falsos patriotas, de los falsos veteranos y de los falsos demócratas. Y, al par, honremos a los verdaderos demócratas, a los verdaderos veteranos, a los verdaderos patriotas.

Miremos ahora lo que en torno nuestro acontece en este 27 de noviembre de 1945. En la realidad inmediata, un hediondo tumulto de apetitos, un forcejeo rampante por el presupuesto, un afán desorbitado de advenir a la opulencia a



costa de la riqueza pública y de la soberanía nacional, un insolente echarse a la espalda el derecho y la voluntad populares, una confabulación abierta de los que hoy la usurpan para transmitir hereditariamente el poder en 1944, el imperio de la corrupción, del agio y de la demagogia, una tribuna sobre una sentina: a ese formidable escamoteo —la más inaudita coalición de desvergüenzas de que se tiene noticia— se le llama impúdicamente, en las alocuciones oficiales y en las circulares y manifiestos de los partidos que la han organizado, el régimen de la conciencia de guerra y de la democracia nacional.

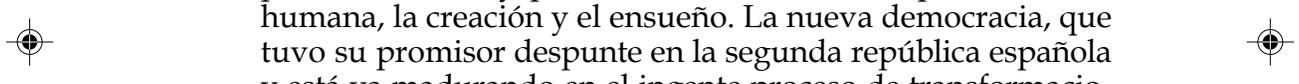
En el horizonte, el más gigantesco y pavoroso avalar bélico que recuerdan los siglos. El declive del mundo antiguo y el advenimiento de la Edad Moderna resultan tempestades de agua al lado de este sismo que estremece la estructura subyacente de la sociedad contemporánea y descoyunta los mecanismos fundamentales que la rigen. No se trata sólo de una guerra por la redistribución de los territorios coloniales y de los depósitos de materias primas. Se trata de una guerra preparada, desenvuelta y dirigida hacia el absoluto control de todas las fuentes electivas y potenciales de riqueza y de todos los países, principalmente de los que hasta ahora han venido compartiendo la explotación de las zonas económicas y políticas dependientes. La teoría de la superioridad racial, el concepto excluyente del enemigo y la promesa de un milenio totalitario responden a ese torvo designio.

La guerra que aspira al enfeudamiento universal de todos los pueblos, alrededor de un núcleo condensado de poder político, financiero y social, es la guerra fascista, la guerra descarnada y brutal del imperialismo, un tipo específico de dominio que conlleva el aniquilamiento de la personalidad humana, la ruina de la cultura y la tecnificación de la esclavitud. Y, por ser esa su naturaleza, es que la guerra contra el fascismo deviene en guerra del pueblo, por el pueblo y para el pueblo; por ser su antinomia, es una guerra por la democracia, por la libertad, por la justicia social y por el señorío del espíritu. Son dos guerras a la vez y dos desenlaces contrapuestos: la guerra zoológica y la paz de los cementerios y la guerra humana y la paz de la colmena. En el fondo, el cru-



ce tormentoso de caminos que se bifurcan, un viraje radical en el sentido de la vida y un cambio de perspectiva en la organización de la sociedad: la noche sin amanecer y el amanecer sin noche.

La faz del mundo que alborea en nada podrá semejarse a la de este que ahora agoniza. No se volverá, no podrá ya volverse, a la democracia aritmética, inorgánica y formal que hasta ahora hemos vivido: la democracia fundada en el contraste, en la discriminación, en la demagogia y en el latrocinio. No se confundirán ya, como se han venido confundiendo por sus "teóricos" y beneficiarios, las cosas y la conciencia, el patrimonio y la libertad, el problema técnico de la distribución de la riqueza y el problema ético de la dignidad humana. El régimen individualista de bienes no podrá seguir señoreando, omnímodamente, sobre los intereses sociales y humanos: tendrá que ponerse bajo la tutela del Estado y en función de servicio colectivo. De otro modo, estaría en pugna con el progreso material y espiritual de la sociedad e impediría el libre y plenario desarrollo de la personalidad humana, la creación y el ensueño. La nueva democracia, que tuvo su promisor despunte en la segunda república española y está ya madurando en el ingente proceso de transformaciones promovido por la guerra, será, tiene que ser, incompatible con las estructuras imperiales y los imperialismos, con la anarquía política y la explotación sin entraña del capitalismo financiero, con un mundo de opresores y oprimidos. Ni que decir tiene que su corporización histórica será fruto de duras contiendas. Ya le saldrán al paso, ya le están saliendo, los sostenedores y líderes de la vieja democracia, los que están decididos a salvar sus privilegios a toda costa, los que no conciben otra libertad y otra justicia que la que conviene a sus intereses, los que, en todas partes, fomentan y financian el quintacolumnismo y la guerra civil, laboran por una rendición negociada de Alemania, Italia y Japón y se oponen abiertamente, ante las barbas mismas de la Carta del Atlántico, a la ruptura con el régimen totalitario franquista, a la independencia de la India y de Puerto Rico y al derribamiento popular de los cacicazgos, satrapías y dictaduras que pululan en nuestra América. Son los mismos que auparon a Hitler





y a Mussolini, que entregaron a Austria y a Checoslovaquia, que traicionaron a la República Española, que rindieron a Francia y que intentaron, desesperadamente, la capitulación de Inglaterra, apoyar la invasión de la URSS, y mantener a Estados Unidos en un aislamiento que lo habría llevado a un proceso irremediable de nazificación interna. La guerra es también contra éstos, enemigos de la democracia y agentes del enemigo. Y, por eso, porque la guerra que libran las Naciones Unidas es, dialéctica y factualmente, una guerra de liberación nacional y social, ésta es también, a despecho de los signos adversos, la hora crucial de los pueblos sojuzgados y de las nacionalidades pequeñas. Es también nuestra hora.

El que sepamos aprovecharla dependerá de nosotros mismos, de nuestras reservas morales, de la movilización estratégica de nuestras fuerzas creadoras, de que nos dispongamos a salir, de una vez, de esta perpetuación, con arreos republicanos, de la colonia española, de este presidio sin rejas, de esta factoría azucarera con himno, bandera y escudo, de esta seudodemocracia parlera, paraíso de jugadores, parásitos y filibusteros. Un pueblo no se merece sino lo que es capaz de conquistar. El pueblo cubano nunca ha sido remiso al cumplimiento de esa regla ineluctable. La historia de sus esfuerzos por alcanzar la plenitud de destino resiste el cotejo más exigente. Si las "etapas de los pueblos no se cuentan por sus épocas de sometimiento infructuoso, sino por sus instantes de rebelión", he aquí sus hitos señeros: 1868, 1895, 1930, 1933, 1935. Entre 1902 y 1935, la colonia superviva y el afán de superarla han batallado con recíproco encarnizamiento. Las consecuencias de la misma están a la vista: Cuba vive otra vez aquel punto crítico que determinó el fusilamiento de los ocho estudiantes de medicina, el alzamiento revolucionario contra Machado y la huelga de marzo. Y hoy, como ayer, el dilema sigue siendo el mismo para nuestro pueblo y para todos los pueblos en pareja contingencia: morir de pie o vivir genuflexo.

Tomado de Roa, Raúl: Retorno a la alborada, Dirección de publicaciones Universidad de Las Villas, Las Villas, 1964.



El espíritu de Gibara*

Los movimientos revolucionarios valen y perduran por el impulso ideal que los anima y los objetivos históricos que se plantean. No significa menos, en la estimativa más rigurosa, la fracasada epopeya de 1868 que la gesta triunfante de 1895. Una y otra fueron, independientemente de sus resultados, verdaderas revoluciones. No en balde iban enderezadas a transformar las bases mismas de sustentación del régimen político, económico y social impuesto a Cuba por la dominación española. Una y otra contribuyeron a forjar nuestra libertad; y una y otra constituyen, en pareja medida, las más viriles y fecundas expresiones de nuestro pasado colonial.

La formidable sublevación del pueblo cubano contra el machadato es el único movimiento revolucionario, similar a los emancipadores, acontecido en la república. Surgió de las entrañas hirvientes de la nación y aspiró a remover la estructura subyacente de la factoría azucarera, creada por el capital asentista extranjero y las oligarquías politiqueras, adueñadas de nuestros destinos en aprovechado contubernio. Ni por su índole, ni por su ideario, ni por su objetivo, ni por su estilo, ni por su estrategia, guardaba punto de contacto alguno con la Chambelona. No se trataba, pues, como en ésta, de un vulgar quítate tú para ponerme yo, de una rampante aventura en pos de la conquista y disfrute del presupuesto. Se trataba, por el contrario, de una porfía a fondo para rescatar la nacionalidad cubana de la irremediable disolución a que parecía condenada. Ese fue el santo y seña de la generación revolucionaria y esa también la raíz de su abnegación y denuedo. Se pugnaba, en suma, por una Cuba distinta y un futuro mejor.

* Agosto 6, 1947.



La frustración, en gran parte, de ese noble empeño, no menoscaba, ni ensombrece, ni invalida, su significado y su trascendencia. Queda, viva y madura, una nueva conciencia. Y queda, asimismo, el ejemplo y la ruta, el afán y la esperanza. “Cuando un pueblo entra en revolución —ya lo dijo Martí— no sale de ella hasta que la corona”. No se hagan ilusiones los beneficiarios y detractores de la nuestra.

La revolución popular alumbrada el 30 de septiembre de 1930 ha sufrido desviaciones sin cuento y estragos sin tasa. Baste consignar, por lo pronto, que fue traicionada por la mediación, vendida por Fulgencio Batista, mixtificada por Ramón Grau San Martín, calumniada por sus adversarios y exprimida por los demagogos. Pero su espíritu ha pasado incólume por todas las pruebas. Aún alienta y existe; y, por ley interna de su desarrollo, volverá por sus fueros en la coyuntura propicia. La revolución —sépase de una vez— no es, ni ha sido nunca, el saqueo, ni el matonismo, ni la vociferación, ni el encallamiento, ni el caos. Quienes la concibieron para uso propio y la utilizan para satisfacción de sus apetencias de poder y de riqueza, o enmascaran sus fines de predominio con centelleante logomaquia, no son revolucionarios, ni nada tienen que ver con ella. Son, pura y exclusivamente, unos simuladores. Aún más despreciables, por obvias razones, que los malversadores de oficio y los cesarillos de pega.

Ramón Vasconcelos, en su diatriba diaria contra el movimiento revolucionario, intenta confundir a los ingenuos pintando las cosas del color que le conviene. Mezcla y revuelve, a revolucionarios y a farsantes, a la revolución y al “revolico”, en una misma redoma repleta de ácidos. Y la emprende, indiscriminadamente, contra unos y contra otros contra ésta y aquélla. Nos acusa de pandilleros, ladrones, falsarios, incapaces, insensibles y empedernidos. Y, no nos dice improprios peores, porque ya agotó el diccionario. ¿Cuándo, sin embargo, su prosa vibrante se ha estremecido siquiera ante un holocausto o una hazaña del movimiento revolucionario?

¿Por qué reserva las más delicadas reacciones de su exquisito sensorio para encarecer la satrapía de Batista o evocar con secreta fruición la ominosa?



Bien está que se repudie y enjuicie, severamente, el desafuero, la tropelía, el robo, el asesinato y la inverecundia, sea quien fuere el autor y venga de cualquier parte. Lo que sí no puede admitirse es que todo se desfigure y subvierta y se pase por alto la varonía, el desinterés y la oblación de una juventud, en lidia a muerte con el más autoritario, corrompido y criminal de los gobiernos cubanos.

Sobran episodios de aquella ingente contienda para galvanizar los temperamentos más fríos y mover la pluma más desganada a descripciones homéricas. Ninguno, sin embargo, puede compararse, por su dimensión legendaria, con la expedición de Gibara. Un exiguo grupo de hombres, batido implacablemente por tierra, aire y mar, esculpió el 17 de agosto de 1931 una página digna de Peralejo o Las Guásimas. Fue un inaudito despilfarro de coraje, una espléndida quijotada en la campaña criolla. Emilio Laurent, el invicto caballero de la locura revolucionaria, adquirió aquel día perfil de titán y estatura de héroe. Y, sus compañeros todos, se ganaron inmarcesibles laureles.

Ahora, en el propio sitio que sirvió de radiante escenario a la fabulosa proeza, se develará un monumento en memoria de Emilio Laurent y de la gloriosa expedición a su mando. Ningún tributo tan merecido. Ningún homenaje tan legítimo. Ningún recordatorio tan oportuno.

De esa piedra, como de invisible fragua, brota férvido el espíritu indomable de la revolución cubana. Los que ven sólo la atmósfera, ni lo advierten, ni lo perciben. Los que ven el subsuelo, saben que ese espíritu no tardará en aflorar y corporizarse de nuevo en la masa irredenta, para la batalla definitiva de nuestra liberación nacional y social. Las grandes rebeliones vienen del hondón de la tierra y se gestan oscura y silenciosamente.

Tomado de Roa, Raúl: Retorno a la alborada, Dirección de publicaciones Universidad de Las Villas, Las Villas, 1964.

Cesarismo y Revolución*

No resulta fácil, en el espacio de que dispongo, desarrollar el tema que se me ha confiado. Me limitaré, pues, a trazar un rápido esbozo del tormentoso proceso que condujo a la caída del machadato y a subrayar protagonistas, hechos, posiciones e idearios.

Cesarismo y despotismo han solido ser términos equivalentes en el lenguaje político desde el siglo pasado. Ya Hegel advirtió entonces que la analogía era teórica y factualmente falsa. Una interpretación tendenciosa —nutrida en la óptica acomodaticia de Marco Tulio Cicerón— es la responsable del extravío. La historiografía moderna ha reivindicado, plenamente, la figura de Julio César. El cesarismo de Machado —empleando ya la comprometedor terminología— es un cesarismo de pacotilla.

En los albores de su campaña presidencial, Gerardo Machado tuvo el atrevimiento de visitar a Manuel Sanguily, pretendiendo recabar su adhesión y concurso. La breve y tajante entrevista finalizó de esta guisa:

—¿Reformar la Constitución? ¿Cómo puede saberse si es buena o mala cuando jamás se ha cumplido y siempre se ha violado? No. La Constitución de 1901 es virgen y mártir. Cumplirla y no reformarla: he ahí su deber.

Y, volviéndose a los que le rodeaban, lanzó esta trágica profecía:

—Si este nombre llega a ser presidente, ensangrienta la Isla.

Gerardo Machado asumió la presidencia de la república el 20 de mayo de 1925. Venía a “regenerar el país y a dotarlo de agua, caminos y escuelas”. Jamás canto de sirena alguno

* Universidad del Aire, marzo 23, 1952.



suscitó más ingenua y ferviente acogida. Machado juraba no ir a la reelección, suprimir la Enmienda Platt, no contratar empréstitos extranjeros, concertar un nuevo tratado comercial con Estados Unidos, moralizar la administración, reformar el poder judicial, renovar la enseñanza primaria, respetar la autonomía universitaria, mejorar las condiciones de vida de la clase trabajadora, establecer juntas de arbitraje para resolver las huelgas, suprimir la lotería nacional, atender la salubridad pública, robustecer las instituciones democráticas y convertir a Cuba en la Suiza de América. Nada más. Nada menos. Adviértase, sin embargo, que dejaba de lado la diversificación de cultivos, el rescate de la tierra, la banca nacional y el fomento de la industria nativa. Siervo de *Wall Street*, sólo dejaría de serlo al caer en desgracia, como gastado instrumento.

Merece, en verdad, señalarse. Ni por su patriotismo postizo, ni por su turbia ejecutoria política, ni por su temperamento despótico, ni por su montaraz ignorancia, ni por su vanidad patológica, debió Machado obtener la confianza del electorado cubano. No se paró mientes siquiera en los medios espurios que empleó para suplantar a Carlos Mendieta en la postulación liberal. Ni apenas caso se hizo de las trescientas colecturías, de las tres Secretarías y de los cuatro escaños en el Senado que, a cambio de su apoyo, Machado pactara con Alfredo Zayas. El endiosamiento, el cipayismo y la guataquería iban a encontrar propicio caldo de cultivo en el rudimentario desarrollo de la conciencia pública. La insólita glorificación de Machado fue la transferencia inconsciente de un agudo complejo de inferioridad colectivo.

Si alguien supo a dónde enfilaba la proa y lo que quería, fue Gerardo Machado. “Ninguna huelga durará más de un cuarto de hora” —había afirmado en New York ante un auditorio de banqueros y *politicians*. “Es necesario que el ejército sepa —dijo en un banquete que le ofrecieran las fuerzas armadas— que es la institución que más quiero; muchos jefes y oficiales serán ocupados por mí, para encauzar, por caminos de orden y disciplina, los distintos departamentos y servicios de la administración pública”. Y, con Clemente Vázquez Bello y Wifredo Fernández, trama ya, mediante la



supeditación del Congreso y de los partidos políticos, la reforma constitucional y la prórroga de poderes. Carlos Miguel de Céspedes quedaría encargado de urdir los financiamientos y de llevar adelante, como contrapartida del gigantesco chanchullo, el capitolio, la carretera central y el ensanche y embellecimiento de La Habana. Los números de circo se confían a Rogelio Zayas Bazán. Se perseguiría a los *souteneurs*, rameras, boliteros y cacos de subalternas agallas; pero la lotería, la ruleta y la prostitución de alcurnia, procurarían solaz y fortuna a sus conmlitones y esbirros. Y, a la férrea centralización de poderes, al control de botellas y garrafones y a la adjudicación de las subastas y contratos para suministros a testaferreros y allegados, se le denominaría, pomposamente, honradez administrativa. Eso era, en junto, su verdadero programa.

Tópico preferente de Machado con sus íntimos eran las condiciones caóticas en que recibía la administración y la atmósfera de libertinaje imperante en el país. En cierta ocasión, alguien aludió a la insubordinación de estudiantes, periodistas y obreros. “El soborno — ripostó— es un arma irresistible”. “No olvide, general —arguyó su interlocutor—, que entre ellos puede haber líderes sobornables; pero los hay también irreductibles”. “A esos —repuso ya descompuesto— los desaparezco”.

Machado cumpliría su amenaza al pie de la letra. La supresión física de estudiantes, periodistas y obreros infunde a su régimen el torvo perfil de la “mayordomía espantada de Veintimilla” o de la “hacienda sangrienta de Rosas”. Antes que él, ya otros habían apelado al abominable expediente del asesinato político. Sólo, a partir de él, se instaura el terror como esencia del poder. La antinomia amigo-enemigo es la clave de su sadismo político. Es indiscutible que el cero punto y fracción de centavo que alcanzó el precio del azúcar fue el principal combustible del movimiento revolucionario. Pero, más allá de eso, queda la predisposición de Machado para el ejercicio del crimen, su conciencia atrofiada, su paranoia incurable, su voracidad incoercible, su sensualidad senil, su espíritu crapuloso. Si alguien puede personificar en nuestra América el concepto patrimonial del poder, es



Gerardo Machado. No le aventajaron en el uso, abuso y disfruto de aquél, ni Porfirio Díaz, ni Manuel Estrada Cabrera, ni Juan Vicente Gómez. Le sobrepasó, únicamente, Rafael Leónidas Trujillo, lepra de América y náusea del mundo. Tirano Banderas encarna en Gerardo Machado.

No tardaría mucho la “regeneración” en enseñar sus colmillos. Cae, alevosamente escopeteado, el comandante Armando André, director del periódico *El Día*. Las guásimas de Ciego de Avila se enraciman súbitamente de isleños. Se clausuran periódicos, se militariza la segunda enseñanza, se yugulan las huelgas. Un denso silencio enrarece la atmósfera. Sólo se escucha el humillante corear de los lacayos y el bronco alborozo del matarife enfatuado. De repente, se alza, viril y pujante, un grito de protesta que saca de su embaucamiento a las masas. Viene, en oleadas de fuego, del Patio de los Laureles. La juventud universitaria, con Julio Antonio Mella a la cabeza, denuncia los crímenes y desmanes de Machado. Esa propia tarde Mella es detenido y se declara en huelga de alimentos. La movilización popular logra al cabo su excarcelación. Pero al ser liberado. Mella se vio obligado a abandonar el país: desde lejos, su verbo candente seguiría castigando, sin tregua, a la tiranía. Machado aprovechó la coyuntura y disolvió la Federación de Estudiantes y la Asamblea Universitaria, liquidando así las conquistas fundamentales de la revolución universitaria de 1923.

La “regeneración” había ganado su primera batalla y se aprestaba a llevar adelante el plan concebido. No podían ser más propicias las circunstancias. La disconformidad estudiantil parecía estar definitivamente aplastada. El movimiento obrero, destruido y amilanado. Una parte de la prensa, vendida; la otra, amordazada. Sólo se atrevían a desafiar el soborno y el plomo *Bohemia*, *La Semana*, *Karikato* y *Carteles*. Los financiamientos en marcha, la “paz social” garantida, sometido el colonato, la guajirada empavorecida, el salario a ras del suelo, el negro interiorizado, resurrecto el garrote, la factoría a todo tren. Ejecutivo y Congreso en abyecto maridaje. Las fuerzas armadas ahítas de mercedes, privilegios y honores. El azúcar estaba aún a buen precio. Las recaudaciones eran altas. La camarilla palaciega se enriquecía impunemen-



te. Se iniciaba ya la construcción de la carretera central. El gobierno de Washington y la banca norteamericana palmeteban de júbilo.

Ningún escenario más apropiado para montar la tragico-media de la “regeneración” degenerada. El 29 de marzo de 1927 la Cámara de Representantes aprobaba la reforma, constitucional y la prórroga de poderes. Se alzaba el telón entre los aplausos de los paniaguados y el clamor servil de los guatacas. Los periódicos, en su casi totalidad, zahumaban incienso en loor del Egregio.

Horas más tarde, un formidable vocerío sacudía de nuevo la colina universitaria. Los estudiantes acuerdan entregarle su protesta a Enrique José Varona. La manifestación fue agredida por la policía y asaltado el domicilio del viejo maestro. Se constituye el Directorio Estudiantil Universitario contra la prórroga de poderes. “Esta juventud —advertirá un manifiesto—ni se vende ni claudica”. Prolifera la agitación en toda la Isla. El Senado aprueba la prórroga. La Universidad es clausurada y militarmente ocupada. Centenares de estudiantes son expulsados por orden de Machado.

Pero la prórroga de dos años no podía contener el apetito de mando de Gerardo Machado, La Convención Constituyente, elegida de dedo y presidida por Antonio Sánchez de Bustamante, se encargaría de satisfacerlo. Violando la Constitución, suprimió la prórroga de poderes y facultó a Machado para reelegirse por un período de seis años. Fue un verdadero golpe de Estado. A partir de ese instante, se gobierna *manu militari*.

No pudo ser más indigna la posición de Cuba en la Sexta Conferencia Panamericana. Machado se prosternó a los pies de Calvin Coolidge, loando la intervención y el imperialismo. Días antes, dos obreros habían sido detenidos y arrojados a los tiburones. Análoga suerte corrió el exilado venezolano Francisco Laguado Jaime. Días después, desaparecen dos aviadores y son victimados Bartolomé Sagaró y el coronel Blas Masó. Y un año más tarde caería, en la capital de México, en una emboscada tendida por Machado y el imperialismo, Julio Antonio Mella. El Asno con Garras se transformará en el Asesino sin Fronteras.



El *crack* bancario de 1929, la tarifa azucarera Hawley-Smooth y la crisis económica mundial en ascenso, se traducen en Cuba, por obra del despilfarro, del saqueo del tesoro público y de la falaz política arancelaria del gobierno, en una vertical caída del poder adquisitivo del pueblo, de los ingresos fiscales, de las utilidades y de los salarios. El fantasma del hambre ronda ya la mayoría de los hogares cubanos. La bancarrota del Estado se hará pronto visible. En cuatro años y medio, se han dispendiado, en el faraónico plan de obras públicas, doscientos millones de pesos.

Machado había dicho que no toleraría una huelga más de quince minutos. El 30 de marzo de 1929 se paraliza nacionalmente el trabajo. Cunde la rebeldía y la protesta. La Universidad es una hoguera. Un pequeño grupo de estudiantes revolucionarios ha logrado madurar una conciencia colectiva dispuesta a presentarle batalla a la tiranía y al imperialismo. La lucha se inicia el 30 de septiembre de 1930 bajo el comando del Directorio Estudiantil Universitario. Rafael Trejo había afirmado, premonitoriamente, la víspera: "Aquí hace falta una víctima". Y tras de su juventud tronchada, fundida ya la sangre estudiantil y la obrera, se pondría en marcha el pueblo entero. Se reanudaba a la altura del tiempo, la inconclusa revolución de 1895.

No es posible referir las incidencias, peripecias, azares y vicisitudes de aquella etapa epopéyica. La Isla se inflama. Se abarrotan las cárceles. Muchachas en primavera pelean como hombres. Tánganas y papelitos. La insurrección de los caudillos naufraga en Río Verde. La "porra" desnuda mujeres, atropella ancianos, mancilla hogares. El gesto impar de Peraza, la inverosímil resistencia de Arturo del Pino en Luyanó y la fabulosa proeza de los expedicionarios de Gibara iluminan el desastre y renuevan la fe. Surge la organización secreta ABC, vanguardia del nacional-reformismo. Segados, en implacable vendimia, centenares de mozos se truecan en mártires. Al terror oficial se opone el terror revolucionario. El Partido Comunista organiza huelgas y demostraciones de calle. Bombas y papelitos. Atarés prefigura los cuarteles de la Gestapo. Nunca presencié nuestro pueblo más espantoso desfile de crímenes. La repelente y sanguinaria figura de



Arsenio Ortiz simboliza la sevicia del régimen. Es el bestiario y la selva. La Universidad del Aire, dirigida por Jorge Mañach, es el único foco de luz en la enconada tiniebla.

El ascenso de Franklyn Delano Roosevelt a la presidencia sella el destino de Gerardo Machado. Ya había sonado la hora de tirar por la borda, como un estropajo roto, al fiel perro de presa de *Wall Street*. Y la hora también de iniciar la política del garrote tras el guante de seda. Su enviado especial, Summer Welles, trae un propósito definido y la táctica correspondiente: sustituir “constitucionalmente” a Machado, sin alterar la estructura colonial de la república. No otra es la finalidad recóndita de la “mediación”. La aceptan el ABC, los nacionalistas, la OCRR, la mayoría del claustro universitario, el sector acaudillado por Miguel Mariano Gómez, los conservadores ortodoxos y las mujeres opositoras. La combaten el Directorio Estudiantil Universitario, la CNOC, el Partido Comunista, la Unión Radical de Mujeres, la Oposición Trotskista, el Ala Izquierda Estudiantil y el APRA. Y se yerguen contra ella, rifle en mano, Antonio Guiteras y Blas Hernández.

Las últimas horas del machadato se desenvuelven con ritmo cinematográfico. Surge, inesperadamente, una huelga de ómnibus. Crece y avanza como una torrentera del fuego y arrastra a todas las clases sociales. Disloca a la “mediación” y acaba por devorarla. La brutal masacre del 7 de agosto la vigoriza y compacta. Obliga al ABC a presentarle un ultimátum a Welles y éste excita al ejército. El ejército se subleva y Machado se fuga. Pero la revolución popular ha sido interferida y Cuba continúa “debiéndole favores” a quien siempre tan caros se los ha cobrado. Mientras en la calle la muchedumbre da escape a su rencor reprimido, empieza ya a despuntar la alborada del 10 de septiembre. Aún Guiteras permanece sublevado en los breñales de Oriente.

Conviene puntualizarlo. El movimiento revolucionario contra el machadato se origina y desenvuelve en la coyuntura universal de mutaciones más hondas, complejas y vastas que las que caracterizaron el trasmonto del imperio romano y el advenimiento de la modernidad. No es ajena a las ilusiones, agonías y conflictos de la época y forma parte de la pug-



na descomunal entre un mundo que nace y un mundo que muere. Pero su razón de ser y su pergeño responden a los requerimientos específicos de la dinámica histórica en un país sin economía nacional, reducido socialmente a la servidumbre, sin tradición de gobierno propio, políticamente desencantado y espiritualmente deprimido. En otras palabras: el carácter, contenido, alcance, estilo y trayectoria de la revolución vienen condicionados por las peculiaridades inherentes a nuestro devenir en el desarrollo general de la historia.

De ahí que su aspiración cardinal haya sido —excepción hecha de la corriente restauracionista y los intereses extranjeros que la apoyan— darle a Cuba su plenitud de nación. Si existen concepciones políticas y sociales inconciliables en algunos casos, o divergencias profundas en otros, no es menos cierto que el denominador común del proceso es reformar las bases de sustentación de la sociedad, el Estado, la economía y la cultura en beneficio del pueblo y sustituir las tradicionales relaciones de subordinación política, económica y financiera a Estados Unidos por una efectiva convivencia fundada en el respeto a nuestra soberanía, en la reciprocidad verdadera y en el desarrollo independiente de la vida cubana. La Constitución de 1940 —hoy hecha trizas por la violencia desmandada— plasmaría, en normas jurídicas, los anhelos y necesidades más urgentes del movimiento revolucionario, sin haber constituido nunca, la meta de éste.

No importa que, por el momento, los signos parezcan adversos. La historia demuestra que ninguna revolución es inútil, que ninguna revolución se pierde enteramente, que toda revolución destruye, cambia, edifica y fecunda, que toda revolución derrotada vuelve siempre por sus fueros. “Cuando un pueblo entra en revolución —sentenció José Martí— no sale de ella hasta que la corona”. Cuba entró en revolución el 30 de septiembre de 1930. De la tumba de los caídos por infundirle cuerpo y espíritu, brota ahora, como himno de vida, este fulgurante apotegma de Enrique José Varona: “Resistir y esperar”.

Tomado de Roa, Raúl: Retorno a la alborada, Dirección de publicaciones Universidad de Las Villas, Las Villas, 1964.



Papalote sin cuchilla*

Cada año común tiene doce meses, cincuenta y dos semanas, trescientos sesenta y cinco días, ocho mil setecientos sesenta horas, quinientos veinticinco mil seiscientos minutos y treinta y un millones quinientos treinta y tres mil segundos. Este, que fluye torrenciosamente por misterioso y arriscado cauce, es bisiesto. No es, pues, un año cualquiera. Para Cuba, además, es un año histórico. El próximo 20 de mayo se cumple el cincuentenario del advenimiento de la república. Parecía todo indicar que...

No: no iba yo a discurrir sobre tema tan peliagudo en estos momentos. Hay que ser sensato, cuerdo, prudente, aséptico. Yo iba a escribir hoy sobre mi hobby.

Se equivocan, radicalmente, los que consideran el hobby puro entretenimiento. El hobby es una de las más serias ocupaciones de esta época borrascosa. No en balde es el más eficaz antídoto de las preocupaciones. El hobby es una fuga de uno mismo y una evasión de la realidad. Mi hobby es empinar papalote con cuchilla.

...Todo parecía indicar que festejaríamos el cincuentenario de la república teniendo como "ley primera y fundamental el culto a la dignidad plena del hombre". No podía ser de otro modo en una nación que había madurado su conciencia peleando por la libertad. Ya lo advirtió José Martí en crítica coyuntura: "Un pueblo no se manda como se manda un campamento"...

Saber empinar papalote con cuchilla es sólo dable a los que han meditado la Biblia en una hamaca. Es, al par, arte y

* Marzo 26, 1952.

ciencia, filosofía y política. Yo, a mucha honra, figuro entre los mejores empinadores del patio.

...No cabe duda de que Martí tenía razón: "Un pueblo no se manda como se manda un campamento". Hay que convenir —sangrante el costado izquierdo del pecho— en que estos aires tormentosos de cuaresma que soplan de los cuarteles han desgajado el viejo sueño de tantas generaciones...

Un papalote con cuchilla, atezador y rabo de mosquito es un espectáculo más bello que una aurora boreal. No sé por qué lo he comparado alguna vez con una gitana de feria con cabellera de río.

...Son ya muy pocos los que comulgan con ruedas de molino y menos los que amarran sus perros con longanizas. Pueden promulgar o no estatutos. Pueden convocar o no elecciones. Lo cierto es que no hay Constitución, ni democracia, ni república. Ni aun el babalao de Guanabacoa hubiera podido sospecharlo hace un mes; pero, es así. Suerte que todavía permanecen en pie las estatuas de los próceres...

No habrá Constitución, ni democracia, ni república. Pero aún nos queda el picadillo, las palmas reales, el mambo y el café carretero. El papalote con cuchilla es una institución respetable. Nació con la independencia y alcanzó su esplendor en la república. Hay que salvarlo a toda costa. La ciudadanía debe movilizarse heroicamente para impedir que se lo lleven en la golilla.

...Siempre lo he dicho en mi cátedra universitaria —hoy desierta porque los estudiantes ni se rinden ni se venden—. Ningún habitante de este inefable planeta es tan disconforme como el cubano. La protesta es su actitud permanente. Nunca está de acuerdo con nada. Ni siquiera consigo mismo. Todo le molesta y lo critica. Incluso se opone al disfrute del paraíso en la tierra. Se lo acaban de ofrecer con bayoneta calada y, quijotesicamente, prefiere el purgatorio con tribuna...

Esa contradictoria dualidad que caracteriza al cubano estuvo ayer a punto de llevar mi osamenta a la cárcel. De sobra es sabido, que desde el 10 de marzo de 1952 han sido suspendidas las garantías constitucionales. No se ha restablecido, desde luego, el decreto mordaza. Pero está prohibido hablar en voz alta, patinar en grupo, enamorar en los par-



ques y jugar a la gallinita ciega. Y, sin percatarme de eso, reuní a varios amigos y aprovechando la ventolera nos dispusimos a empinar papalotes.

Duchos en el fascinante y sutil deporte, nos dimos a la faena de confeccionarlos a nuestro gusto y capricho. Uno hizo un primoroso barrilito de franjas azules y blancas, con varillas de cedro. Otro un papalote con flecos: una calavera con dos tibias cruzadas sobre fondo negro. Yo, una bandera cubana con atezador. Tarabilla y rabo de mosquito. Y, para completar, hilo de cañamazo encerado y cuchillas en profusión.

Ufanos y locuaces, cogimos una ruta 32 y nos apeamos en un solar yermo, cerca de la playa. La espuma saltaba rugiente a impulso del brisote. Todos, a una, elevamos nuestros papalotes y le dimos cordel a pasto, bola tras bola. Era un espectáculo maravilloso verlos rumbear, zandungueramente, entre las nubes grises. Iban y venían raudos, como flechas de colores. El barrilito parecía un trapecista de circo. Sus atrevidas cabriolas suscitaban gritos y aplausos de una bandada de chicuelos. Solemne, como una amenaza, la calavera se paseaba con sus tibias en ristre. Pero era mi bandera cubana la que estremecía el cielo con sus proezas. Subía, subía, subía. Y, ya sin hilo, quería seguir subiendo e imponerse a la ventolera. Empezó entonces la guerra. Yo nunca he vuelto con un papalote a mi casa. O me lo cortan o lo dejó ir a bolina. Pero esta vez; se me metió, entre ceja y ceja, salvar mi bandera cubana. Inauditas filigranas hicieron mis compañeros para cortarme. Fui yo el victorioso en la inocente porfía. Y allá arriba quedó solo, desafiando los vientos de fronda, mi caracoleante papalote de güines.

Pero yo me había olvidado completamente de que en tiempos de carnaval es peligroso disfrazarse de bobo. Y, por eso, no pude reprimir un gesto de asombro cuando un agente de la autoridad me disparó a boca de jarro, esta advertencia que me hizo temblar de pies a cabeza:

—Está terminantemente prohibido empinar papalotes con cuchilla. La próxima vez que lo trabe lo conduzco a la estación.

Tomado de Roa, Raúl: Retorno a la alborada, Dirección de publicaciones Universidad de Las Villas, Las Villas, 1964.



Pino Nuevo*



Entre lágrimas, arengas y lirios fue amorosamente arropado en la tierra el cadáver de Rubén Batista. No había trascendido aún, al morir de cara al sol, los umbrales de la juventud. El horizonte de su vida estaba todavía limpio de celajes y se alargaba en los diáfanos confines en un canto tremante de esperanzas. Balas arteras troncharían el bizarro vuelo de aquel espíritu sencillo, entero y generoso. “Las Universidades —postuló Martí— parecen inútiles; pero de ellas salen los apóstoles y los héroes”. Rubén Batista era estudiante. La bicentennial Universidad de La Habana —honra y prez de la cultura y dignidad cubanas— cuenta ya con un nuevo nombre en la radiante constelación de sus hijos caídos por la libertad.



Falso es de todo punto que Rubén Batista fuera, como se ha propalado dolosamente por algunos, un azuzador de pasiones, un agitador profesional o un bonchista enmascarado. Igualmente falso que los universitarios saludaran su deceso con salvas de júbilo por tener ya —monstruosa irreverencia— el ansiado “muertecito”. Rubén Batista carecía de filiación política y permanecía al margen de los grupos efectiva o sedicentemente revolucionarios. Ni siquiera figuraba entre los estudiantes que pugnan, a cara descubierta, por restituirle a la república la soberana plenitud de sus destinos. La mayor parte de su tiempo lo invertía en laborar como técnico de laboratorio en el Hospital Calixto García y en estudiar su carrera.

Pero Rubén Batista no era, ni podía ser ajeno, por joven y por cubano, al drama histórico que protagoniza su pueblo.

* Febrero 17, 1953.



Sentía, como propios, sus infortunios, desazones y afrentas. No mediarían reclamos extraños, ni consignas sectarias, en su irrefrenable incorporación a la manifestación estudiantil que se dirigió al mausoleo de La Punta el pasado 15 de enero, en demanda de un régimen de libertades públicas y en son de protesta por la profanación de que había sido objeto el busto de Julio Antonio Mella. Rubén Batista marcharía, como tantos otros, por puro imperativo de conciencia. En búsqueda desesperada de la salud de la patria, encontró, prematuramente, la majestad póstuma del héroe. Aquella tarde aciaga nació para la historia. Su sangre vertida es ya un acto de fe.

Herido de un certero balazo que le afectaría órganos vitales, la vigorosa juventud de Rubén Batista se debatió, durante veintinueve días, en duelo con la muerte. No se escatimarían recursos de ninguna índole en su asistencia. De excepcional puede calificarse la atención médica que le fue prestada. Las autoridades universitarias y los estudiantes querían vivo y no muerto a Rubén Batista. Sus desolados padres y hermanos —testigos de la titánica lucha— lo saben y aprecian mejor que nadie. Su angustiada vigilia fue entrañablemente compartida por los amigos y compañeros de Rubén Batista: y una misma congoja los fundió en la tremenda agonía y al exhalar el postrer aliento.

Tocóle al Consejo Universitario, presidido por el Rector doctor Clemente Inclán, rendirle la última guardia de honor a Rubén Batista. Junto al modesto ataúd, cubierto con la bandera cubana, se alineaban, en fraternal abrazo, los dirigentes de la Federación Estudiantil Universitaria. El ritmo funeral de los salmodios se entremezclaba con los sollozos de los familiares, estremeciendo las mudas paredes del Aula Magna. No era la primera vez que yo presenciaba el solemne y patético espectáculo; pero, pocas veces sentí, como ésta, el corazón tan estrujado.

Millares de personas escoltaron el cadáver de Rubén Batista, en iracundo silencio, hasta el reposo rebelde. Las mujeres sobresalían, por su número y denuedo, a lo largo del compacto desfile. Era aquél el entierro de un joven bueno, útil y valiente, arrancado a la vida en vísperas de sazón. No



eran “lágrimas pasajeras” ni “himnos de oficio” los que suscitaba a su paso. De todos los pechos brotaba el llanto bronco y el clamor viril que sólo arrancan —para decirlo con José Martí— “los que con la luz de su muerte señalan a la piedad humana soñolienta el imperio de la abominación y de la codicia”.

No desaparecen nunca los que ofrendan su vida por un ideal. Cristalizan en símbolos. Acaso en la hora liminar del tránsito, Rubén Batista vislumbró que, con su muerte, le nacía, en doloroso rebrote, un pino nuevo a los pinos viejos de las épicas jornadas de antaño. Sobre su juventud sacrificada se erguirá mañana la posteridad agradecida.

Tomado de Roa, Raúl: Viento Sur, Selecta, La Habana, 1953





El principio del fin*



En un clima de alta tensión, entre fusiles, ametralladoras y tanques, las cárceles repletas, los periódicos intervenidos, las radioemisoras ocupadas y la inmensa mayoría de la población retraída, acaban de efectuarse elecciones generales en Cuba. Nadie podía llamarse a engaño respecto a su carácter espurio, a los métodos compulsivos en cartería y a la finalidad perseguida por la dictadura al convocarlas. Pero precisa reconocer, sin embargo, que la inverecundia y el cinismo derrochados sobrepasan todas las modalidades del escarnio. Befa semejante carece de precedentes en la Isla. Baste decir que la votación acreditada a Fulgencio Batista por la Oficina de Información del Estado Mayor del Ejército asciende a millón y medio de sufragios, suma jamás alcanzada por candidato alguno desde que se fundó la república.



La dramática farsa es una más de las muchas que se vienen escenificando en nuestra América con la expresa anuencia o el respaldo abierto del Departamento de Estado norteamericano y la implícita aquiescencia de los escasos gobiernos democráticos que restan. El rasgo más acusado de esta coyuntura es el uso, en nombre de la democracia, del anticomunismo como arma para minar y destruir la soberanía, la autodeterminación y los derechos y las libertades de los pueblos. En esta porción del planeta, declararse anticomunista, someterse al arbitrio de los monopolios extranjeros y alinearse junto al Gobierno de Estados Unidos en la ONU o en la OEA, son títulos bastantes para perseguir, encarcelar, deportar, torturar o matar impunemente a los que osen disentir de los criterios oficiales o sencillamente inten-

* Noviembre 10, 1954.



tar defender su derecho a la subsistencia. No interesa ni preocupa el decoro, la conciencia y la seguridad de millones de seres que aspiran a un puesto al sol, aman la libertad y odian el despotismo y que, por lo mismo, son presa fácil de caudillos, demagogos y explotadores. Pretenden hacerles creer que la mejor manera de defender el sedicente “mundo libre” es con recuas de esclavos. Y es ahí donde, justamente, estriba la flagrante equivocación de los pastores del neofascismo. Llegada la hora, los supuestos esclavos pelearán por su libertad como hombres libres, contra todos sus amos, efectivos o pretensos.

Harto elocuente es el caso de Cuba. Ya la patria de José Martí figura, también, en el coro de las dictaduras anticomunistas de nuestra América; pero el pueblo cubano, ni se ha confundido ni se ha plegado. La historia de lo ocurrido, por conocida, sólo necesita recordarse a grandes trazos. El 10 de marzo de 1952, ochenta días antes de los comicios en que habría de elegirse democráticamente su sustituto, el gobierno constitucional fue derrocado por un típico acto de piratería encabezado por el senador vergonzante y candidato presidencial sin electores Fulgencio Batista, con el concurso de un reducido núcleo de militares ambiciosos y de politicastros corrompidos, obteniendo en seguida el reconocimiento y el respaldo del gobierno norteamericano y de los espadones del continente. Abolida la constitución, suprimido el parlamento, disueltos los partidos políticos y amordazada la prensa, el país quedó a merced de un régimen unipersonal en estado de sitio, con la soberanía comprometida y en la pendiente del caos económico y financiero. Veinte años de esforzado ascenso en busca de la plenitud de destino fueron desandados en una infausta madrugada.

No se contó, empero, con la criada respondona. En el curso de este sombrío y turbulento período, la dictadura de Batista no ha tenido un día de respiro, con el consiguiente quebranto de la hacienda pública y de las actividades comerciales, sobremanera agravado por la restricción de la zafra, el saqueo del tesoro y el desempleo masivo. La denodada y creciente resistencia popular la ha mantenido en constante jaque, no obstante la brutal represión desatada. Millares de



perseguidos, encarcelados, torturados, asesinados y proscritos evidencia la irreductible determinación del pueblo cubano de conquistar sus derechos y sus libertades. El audaz asalto al cuartel Moncada esté demandando ya un cantar de gesta.

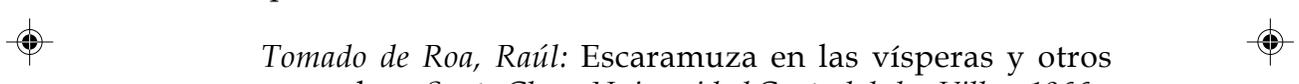
En su contumaz empeño de consolidar su tambaleante situación y cumpliendo instrucciones del State Department, Batista intentó embaucar la opinión pública con la añagaza de unas elecciones generales aparentemente encaminadas a restablecer el orden institucional derribado, pero cuyo verdadero objetivo era convalidar el cuartelazo y permanecer cuatro años más en el poder. La mayoría de los partidos de la oposición abstencionista y de las organizaciones y grupos revolucionarios denunció la maniobra y la combatió sin descanso. Sólo el ex presidente Ramón Grau San Martín, otrora caudillo del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), se dispuso a aceptar el escarnio en las condiciones impuestas por Batista, postulándose como candidato presidencial de dicho partido, cuyo nombre había usurpado e inscrito en el registro electoral. La consigna del voto negativo, hábilmente explotada por sus secuaces y algunos dirigentes de la oposición abstencionista en el sentido de que votar por Grau San Martín era votar contra Batista y salir de la dictadura, prendió en algunas zonas de la ciudadanía desesperada y puso en guardia a los personeros del régimen. Era cierto que si el sufragio se hubiera ejercitado sin cortapisas. Grau San Martín, a pesar de su notorio desprestigio, habría ganado a sombrero la presidencial de la república. Pero era aún más cierto que Batista estaba decidido a perpetuarse en el poder a toda costa.

El descubrimiento de un depósito de armas y la repulsa cada vez más beligerante de los abstencionistas y del movimiento revolucionario le sirvió de pretexto, una semana antes de las elecciones, para desencadenar una ola de terror en toda la Isla, encarcelando a centenares de personas, incluso a candidatos grausistas y obligando a otros tantos a esconderse para eludirla. La solicitud de garantías presentada por Grau San Martín al Tribunal Superior Electoral fue desestimada, a instancia del propio Batista, y aquél optó por retirar su candidatura y demandar la abstención de sus adeptos y simpati-



zantes. El resultado hubiera sido el mismo de haberse accedido formalmente a su pedimento. El control de las mesas electorales, el aparatoso despliegue de fuerza, la sustracción en masa de cédulas y el escrutinio prefabricado por la Oficina de Información del Estado Mayor del Ejército lo determinaban de antemano. Candidato único, el dictador Fulgencio Batista simplemente se autoprorrogó en la presidencia de la república, a usanza de Gerardo Machado en 1928.

La situación de Batista es aún más inestable después de este nuevo golpe de Estado. No se afrenta descocadamente a un pueblo resuelto a ser libre. Los que sólo ven lo que se ve, acaso den por cancelada la lucha y se resignen a soportar, estoicamente, un cuatrienio más de autoritario y disoluto mandarinato castrense. Pero los que ven lo que no se ve, saben que el volcán se ha desperezado y la lava no tardará en aflorar. A los pueblos se les puede estafar y uncir durante algún tiempo; pero no todo el tiempo. La dictadura de Fulgencio Batista ha entrado en su ciclo final. No será otro que el de Machado.

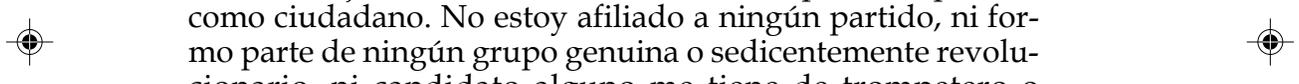


Tomado de Roa, Raúl: Escaramuza en las vísperas y otros engendros. Santa Clara, Universidad Central de las Villas, 1966



Machadato a la vista*

Si yo perteneciera a la fauna criolla de los guabinas letrados, optaría, prudentemente, ante las elecciones que se avecinan, por encenderle una vela a Dios y otra al Diablo; mas, por suerte, nunca he sido erasmita y jamás he estado en la cerca. En la polémica sostenida con Ramón Vasconcelos en la revista *Bohemia*, tuve la oportunidad de establecer y explicar mis puntos de vista sobre la naturaleza, trayectoria y balance del proceso revolucionario. Ya he fijado, en documento reciente, mi postura pública como profesor universitario.



Ahora fijaré, con absoluta claridad, mi posición política como ciudadano. No estoy afiliado a ningún partido, ni formo parte de ningún grupo genuina o sedicentemente revolucionario, ni candidato alguno me tiene de trompetero o comparsa. Ni es mi propósito revalidar desafueros, latrocinios, concuspiscencias y apostasías que repudio y combato. Soy, pura y exclusivamente, un soldado de la revolución, que baja decidido a la arena a defenderla de malandrines y follones y a presentarle batalla sin cuartel al pasado que vuelve. Si pudiera representar en esta lidia la voz acusadora de los que aún, ni a precio de vida, han logrado conquistar el reposo y de los que llevan todavía el corazón orlado de luto y la mera alusión a Gerardo Machado les sacude la entraña y les arranca anatemas, habría cumplido mi objeto y me sentiría sobremanera satisfecho.

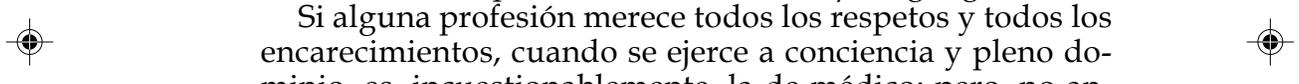
No se trata, en modo alguno, de un peligro imaginario, ni de una invención delirante, ni de un recurso barato para azuzar odios y remover pasiones. El pueblo de Cuba afronta, en vísperas de comicios, la trágica perspectiva de un retorno al

* Mayo 16, 1948.

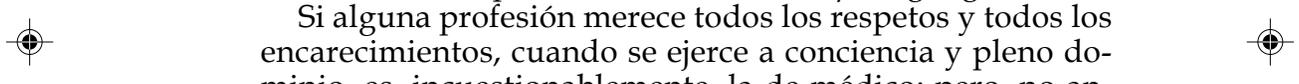


machadato. Se explica que los más inteligentes voceros del nuñismo y que los senadores transplantados a sus predios se apresuren a negarlo. Y se explica, igualmente, que a los machadistas convictos y confesos les importe un comino. Ricardo Nuñez Portuondo mismo se está viendo ya precisado a derramar un río de aceite sobre la creciente marejada de alarma. Su reiterada apelación a la cordialidad cubana va, precisamente, enderezada a ese propósito. No discuto la sinceridad de sus intenciones.

Incluso la admito. En política, sin embargo, las intenciones, por puras que sean, carecen de relieve y eficacia si no pueden objetivarse. Lo que importa en política no es lo que se dice, sino por qué se dice, cómo se dice y para qué se dice. Y, a veces, asimismo, lo que no se dice y basta lo que no se ve. Importa, sobre todo, como advirtiera y filialmente José Martí, "saber lo que fue, porque lo que fue está en lo que es". Ya lo había barruntado Aristóteles en un libro que se cita mucho y apenas se lee y en el que se recoge, depura y sistematiza la experiencia histórica de la *polis* griega.



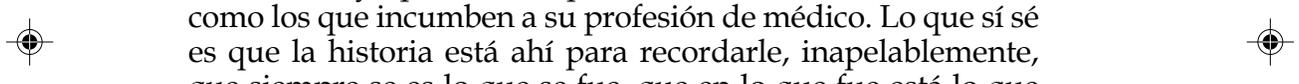
Si alguna profesión merece todos los respetos y todos los encarecimientos, cuando se ejerce a conciencia y pleno dominio, es, incuestionablemente, la de médico; pero, no andan muy descaminados los que desconfían de los médicos como conductores de pueblos. Ha habido y hay médicos que han logrado atesorar una vasta cultura en áreas del saber enteramente ajenas a la suya propia, sin dejar, por eso, de sobresalir en la medicina. Ha habido médicos revolucionarios y los hay. Ha habido médicos, y los hay, espléndidamente dotados para servir a la comunidad en las posiciones más delicadas y complejas. La mayoría de los médicos se ha caracterizado y caracteriza, sin embargo, en punto a política, por una escandalosa ignorancia de los más elementales conocimientos científicos sobre la materia, sin perjuicio de dogmatizar sobre ella a diestra y siniestra. ¡Guay, empero, del paciente que osare opinar sobre la causa de su dispepsia o sobre la razón de su catarro! Ni el propio Augusto Comte, venerable fundador de las ciencias sociales, se libraría de la intemperante respuesta. Se erguiría iracundo, en cambio, el galeno, si alguien, al oírle desbarrar de lo





que no sabe, se le antojase aplicarle el clásico precepto: Zapatero, a tus zapatos.

De los médicos metidos a políticos, se podría ya escribir un tratado. Ramón Grau San Martín aportaría un material copioso y en sumo grado interesante. En casi todos, suele observarse una proclividad irresistible a confundir el cuerpo social con el organismo humano y a identificar las hojas clínicas con los procesos históricos; pero lo que en ellos resalta y domina es su concepción unipersonal del mando público. Si los médicos políticos supieran que también la historia tiene sus leyes y que la sociología, la economía, la teoría del Estado y la psicología social son ciencias tan rigurosas y válidas como la biología, la anatomía y la fisiología, serían más comedidos en sus cálculos, más certeros en sus conclusiones y más cautos en sus vaticinios. Gustavo Aldereguía, gran médico y gran revolucionario, podría proyectar un potente haz de luz sobre el tema.



No sé si Ricardo Núñez Portuondo conoce tan a fondo los intrincados y apremiantes problemas de la sociedad cubana como los que incumben a su profesión de médico. Lo que sí sé es que la historia está ahí para recordarle, inapelablemente, que siempre se es lo que se fue, que en lo que fue está lo que es y que en lo que es está lo que será. No retornaría Luis XVIII al trono de Francia para mantener las conquistas revolucionarias de la constitución de 1793 y continuar la trunca faena de Maximiliano Robespierre. De recobrar hipotéticamente el poder Alejandro Kerenski, la estructura soviética quedaría ipso facto hecha trizas. Si Winston Churchill recuperase el gobierno en Inglaterra, las reformas económicas y sociales implantadas por el régimen laborista serían inmediatamente abolidas. Saltar sobre la propia sombra es proeza que ignora la historia.

No podría ser, ni ha sido, de otra manera, en el proceso político cubano. Nuestro pueblo entró en revolución en 1950 y aún la revolución está por hacer en sus batientes fundamentales. La constitución de 1940 es un camino y no una meta. No será, precisamente, Ricardo Núñez Portuondo, quien vaya a convertir esa constitución en electivo instrumento de las necesidades y apetencias populares. Ni, mucho menos, será Ricardo Núñez Portuondo quien pueda sacar la revolución



del cauce jurídico, al agotarse sus posibilidades, para conducirla a etapas más altas, cabales y decisivas. La razón es obvia. Las fuerzas sociales, los intereses económicos y los partidos políticos, que en torno suyo se alinean y anudan, son los que han venido oponiéndose, y se opondrán siempre, a una sustantiva reordenación de la vida cubana sobre el primado de la independencia económica, la reforma agraria y la democracia de masas. Grau San Martín le ha hecho dar tremendos traspiés al movimiento revolucionario; pero, infinitamente más daño le han inferido Fulgencio Batista y el Partido Liberal rehabilitado bajo el signo castrense. De la mano de ambos, y por obra de ambos, la república fue retrotraída, en esenciales aspectos, al régimen derribado el 12 de agosto de 1933. No se olvide, que el poder público estuvo detentado en Cuba, desde el 15 de enero de 1934 hasta el 10 de octubre de 1944, por los que ahora denuncian, empurpurados de cosmética cólera, los propios vicios que fatigaron con creces en ese periodo. Aún más. En ese dilatado interregno contrarrevolucionario, se dispuso de vida y hacienda, a capricho de los mangantes de turno. Y, en la fase que va de 1940 a 1944, al Partido Liberal y al Partido Demócrata no les dio frío ni calor que la constitución se acatara y no se cumpliera. Ni se dieron por enterados de los turbios *affaires* y de los pingües negocios que se urdían a diario en las esferas oficiales.

Remontar la historia es la única vía que de nuevo ofrece la coalición liberaldemócrata. No hay que hacerse ilusiones. En la presente coyuntura internacional y en el cuadro actual de la política cubana, la reconquista del poder por liberales y batistianos implicaría la restauración del machadato, que significa mucho más que el puro restablecimiento de la “libre empresa”, la “disciplina social” y el “principio de autoridad”. Significa, en pareja medida, quiéralo o no Ricardo Núñez Portuondo, el retorno a la estructura factoril que la revolución en alguna medida ha rebasado, la vuelta a la represión como sistema de gobierno y el cierre inmediato de todas las perspectivas al iniciado proceso de transformación económica, de consolidación de las instituciones democráticas y de más equitativa distribución de la riqueza.



El pueblo cubano no ha olvidado la terrible experiencia del machadato. Ya empieza a adquirir forma y espíritu su determinación de impedir que el pasado ominoso se trueque en presente. La preocupación de Ricardo Núñez Portuondo y el sesgo y tono de su propaganda corren parejas con esta actitud colectiva que, por instantes, se vigoriza y extiende. Los esfuerzos del candidato presidencial de la coalición reaccionaria, por aparecer sustentando una política renovadora, se redoblan por días. No pierde ocasión en declararse, o en que lo declaren, mantenedor irreductible de las conquistas sociales, campeón de la unidad obrera, cruzado de la honestidad administrativa y apóstol de la decencia política, de la convivencia pacífica y de la dignidad nacional. Arrecia, al par, su crítica formalista a los costados negativos del gobierno de Grau San Martín; pero, su verdadero blanco, a donde realmente dispara sus flechas más aguzadas, es a la estructura subyacente creada por el movimiento revolucionario, que si favorece a las zonas más amplias y desvalidas de la población, perjudica a los magnates y mercaderes que le imprimen su torvo perfil y su ultramontano carácter a la coalición liberaldemócrata.

El programa electoral de Ricardo Núñez Portuondo constituye, en este sentido, una otra maestra de superchería. Sus “slogans” progresistas apuntan, directamente, a confundir la opinión; pero, la opinión está ya demasiado madura para ser confundida. Sabe, de sobra, que los más radicales pronunciamientos y las más tentadoras ofertas poco cuentan si están refrendados por reaccionarios de toda laya y chupópteros de toda especie. Son los mecanismos internos de la historia los que cuentan en la política. Adolfo Hitler berreó, incansablemente, contra el capitalismo y el imperialismo. Nadie sojuzgó más nacionalidades, ni asesinó más obreros que el régimen nazi. El sindicalismo vertical de Franco es un campo de concentración para el proletariado español y un paraíso para sus explotadores. No es la abolición constitucional de la esclavitud lo que cuenta para el negro norteamericano; lo que cuenta son el Ku Klux Klan y las leyes de discriminación racial en los estados del sur. Basta recordar, en suma, el mesiánico programa electoral de Gerardo Machado. Nada menos que



prometía, como ápice de la regeneración nacional proyectada, transformar a Cuba en la Suiza de América. Lo que en política cuentan son los factores, los intereses y las aspiraciones que configuran y rigen los partidos, los grupos y las clases sociales.

Prueba al canto. Ricardo Núñez Portuondo ha declarado, solemnemente, que su aspiración suprema es devolverle a la patria su decoro perdido en el mefítico turbión del grausato. ¿Cómo? Mediante esta consigna intrínsecamente reaccionaria: la revolución de la honradez. La otra, por supuesto, la que carga una montaña de mártires, la que ha seguido su curso empeñosamente entre adulteraciones y excrecencias, la que brotó dialécticamente de la satrapía machadista y fue, y sigue siendo, la expresión misma del destino cubano a la altura del tiempo, ha fracasado en toda la línea y se da por cancelada. En vez de garantizar lo conquistado, de profundizar su desarrollo, de apurar sus últimas consecuencias, lo que hace falta es realizar la única revolución que Cuba necesita y el pueblo demanda, la revolución que está ya en trance de cesárea y sólo aguarda el ducho bisturí que la partee, la revolución que Ricardo Núñez Portuondo proclama y orienta, la revolución que ilumina Emilito y respaldan, fervorosamente, redentores tan preclaros como Carlos Manuel de Céspedes, Alfredo Hornedo, Fulgencio Batista, Rafael Guas Inclán, Raúl de Cárdenas, José Manuel Casanova, Antonio Martínez Fraga, Federico Fernández Casas, Simeón Ferro, Carlos Saladrigas, Delio Núñez Mesa, Jaime Mariné y Clemente Carreras.

Si esta es la revolución que Ricardo Núñez Portuondo propugna y la única que falta por hacer ¿cómo no van a menudear los golpes de pecho y sucederse las adhesiones entre los antimachadistas arrepentidos? ¿Cómo los caciques de la economía y los señores del azúcar no van a sumársele a tambor batiente? ¿Acaso esta revolución seráfica no conduce al libre juego de los salarios, de los precios y de las utilidades? ¿Acaso no lleva derechamente a la bolsa negra, al inciso K, al BAGA* y a los trueques y trucos que hoy controlan y ordenan una jauría de advenedizos? ¿Cómo no van a acudir

* Bloque Alemán-Grau-Alsina. (N. de la E.)



torrencialmente a las urnas las personas de pro a depositar su voto por Ricardo? ¿No se renueva la fe, se evapora el pasado, se olvida el presente y se abre, como encantado joyel, un futuro repleto de venturas y bienandanzas al mágico conjuero del nuevo evangelio? ¿Cuándo, en verdad, cartel electoral alguno pudo exhibir tamaña constelación de abnegados servidores del pueblo? ¿En qué época y en qué país tuvo la virtud tan celosos custodios y tan gallardos pregoneros? ¿Cómo discutirle a Clemente Carreras el singular privilegio de ostentar cuatro penas de muerte sobre las costillas por haber Intentado infundirle vida y realidad al Manifiesto de Montecristi? ¿Puede acaso compararse la dramática conversión de Pablo de Tarso al cristianismo con el ejemplar reniego de los senadores ortodoxos? ¿No afirmó, ha poco, patéticamente, otro cirujano, que de haber podido prever las alternativas del ciclo revolucionario se hubiera abstenido de combatir a Gerardo Machado, sobrepasado en todos los órdenes por Ramón Grau San Martín? ¿No acaba de declarar, contrito, Joaquín Martínez Sáenz, fundador y jefe máximo del ABC, organización secreta que despachó sin miramiento alguno a cuanto machadista se le puso a tiro, que el vituperado jerarca dejó trazadas las pautas del nacionalismo revolucionario y la armadura económica indispensable para la recuperación de la tierra, el fomento de la industria y la reconstrucción nacional? ¿No está Ricardo Núñez Portuondo, por su probidad reconocida, por su carácter diamantino y por sus dotes de estadista, más allá de sí mismo, del Partido Liberal y de la historia? ¿No ha venido providencialmente a meter en cintura a este pueblo corrompido, defraudado y anarquizado por la revolución? ¿No es, en fin, la nueva esperanza de Cuba?

¡Qué procesión de farsantes esa que está desfilando por los periódicos, revistas, micrófonos, manifiestos y cartas pretendiendo tapar el sol con un dedo!

Ahora resulta que Gerardo Machado fue un santo varón, Fulgencio Batista un héroe de Plutarco y Ricardo Núñez Portuondo un arcángel resplandeciente. Ahora resulta que la reacción es revolucionaria y la revolución reaccionaria. Ahora resulta que volver al machadato es la única opción que tiene el país, si aspira, efectivamente, a la verdadera libertad,



a la verdadera honradez y a la verdadera justicia. No en vano los jardines andan por ahí florecidos de cucufletas.

Ricardo Núñez Portuondo es muy dueño de afirmar, una y otra vez, que carece de pasado político. Podrán aducir sus apologistas que su vida pública es una página en blanco. Se podrá, en suma, pintar lo verde rojo y lo rojo verde. Al cabo, el papel lo aguanta todo y no le va en zaga el anuncio. Pero lo que si no puedo negarse, lo que sí resulta apodíctico, por fundarse en hechos como puños, es que Ricardo Núñez Portuondo es el candidato presidencial del partido de Gerardo Machado y del partido de Fulgencio Batista, que le siguen y apoyan las más execrables figuras y los más destacados conmlitones del uno y del otro y que tan vinculado anduvo a Machado y a Batista que vivió sin inmutarse en los gobiernos de ambos.

¿En qué circunstancia Ricardo Núñez Portuondo levantó su repulsa contra los crímenes, inverecundias, tropelías y robos de Gerardo Machado y de Fulgencio Batista? ¿Podrían explicar, satisfactoriamente, sus exégetas, este inexplicable silencio? ¿O es que la estimativa varía cuando los que dilapidan, malversan y atracan pertenecen al Partido Liberal y al Partido Demócrata? ¿Es que Armando André, Margarito Iglesias, Alfredo López, Julio Antonio Mella, Rafael Trejo, Gonzalo Freyre de Andrade, Félix Ernesto Alpízar, Mariano González Gutiérrez, Antonio y Solano Valdés Daussá, Pío Alvarez, Juan Mariano González Rubiera y Antonio Guiteras, valían menos que los pandilleros aprovechados y que los porristas a sueldo, victimados en las calles de La Habana bajo la tolerancia apañadora del gobierno, y la mirada indiferente del pueblo, que sabía de antemano lo que se ventilaba entre ellos?

Lo que no puede negarse es que Ricardo Núñez Portuondo le rindió pública pleitesía a Gerardo Machado cinco meses antes del 30 de septiembre de 1930. No se estaba, no, en los comienzos de la tiranía; la tiranía funcionaba ya a toda máquina. Ya la Isla estaba anegada en sangre de extremo a extremo. Ya la Universidad había sido allanada por la soldadesca y expulsados centenares de estudiantes por oponerse a la prórroga de poderes. Ya había sido asaltado el do-



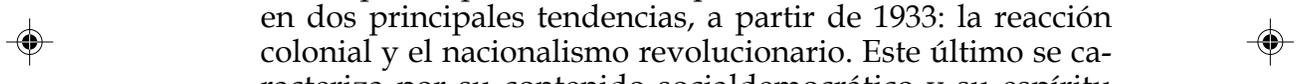
micilio de Enrique José Varona y ofendida, de palabra y obra, la figura más esclarecida a la sazón, del pensamiento cubano. Ya se había hipotecado la república al Chase National Bank. Ya se había consumado la reelección ilegal de Machado. Ya se estaba en pleno gobierno *de facto* y en plena ignominia. Ya Cuba entera vibraba de indignación y protesta contra el régimen más hediondo, criminal y rapaz que registra la historia republicana. Pero Ricardo Núñez Portuondo no quería ver ni quería oír. Más exactamente: vio y oyó lo que quiso, de ahí una muestra definitiva: "No hay revoluciones, existe tranquilidad absoluta en nuestros campos, no se indulta a los delincuentes, la prensa es respetuosa con el derecho de todos, no se votan leyes de amnistía por delitos comunes, nuestro Congreso cumple orgulloso con su deber y nos mostramos orgullosos de él, el poder judicial esta perfectamente depurado, las obras públicas se hacen y se pagan, no hay epidemias, estamos al día en el pago de la deuda exterior, la Universidad perfectamente organizada celebra su bicentenario con representaciones de todos los otros altos centros docentes del mundo que concurren a nuestro país a mostrarles su admiración. Ahora somos libres e independientes por nuestras virtudes domésticas, y eso hay que abonárselo en su cuenta al actual presidente de la república, general Gerardo Machado y Morales, que representa la nación misma por su anhelo constante de poner en práctica el programa revolucionario de José Martí, el glorioso mártir de Dos Ríos".

¿Podrían negar los nuñistas que el ilustre cirujano estuvo a punto de ser candidato presidencial en 1944 bajo la égida de Fulgencio Batista? ¡Ironías de la vida! Quien entonces le cerraba el camino, aparece hoy, con todos los honores, en la propia coalición que lo auspicia y apoya. En ningún momento, pues, Ricardo Núñez Portuondo ha cambiado de postura. Ha sido siempre fiel a si mismo. En la hora dolorosa de presentar la renuncia de su cátedra, mantuvo su discrepancia tajante con el movimiento revolucionario, la posición de la Universidad y la actitud del estudiantado. El claustro de profesores le absolvió de los cargos políticos que se le imputaban; pero, la asamblea depuradora estudiantil, en la que varios discípulos y amigos abogaron tenazmente en su de-



fensa, lo declararía culpable y aceptaría su renuncia en segunda votación, por no haber contado suficiente mayoría en la primera los partidarios de su expulsión. Esa es la verdad monda y lironda.

Insisto. La reconquista del poder por el machadato está en marcha, bajo la fuerza motriz del sindicato de millonarios y la alborozada aquiescencia de la embajada norteamericana, que ve ya mágicamente reverdecidos los marchitados prestigios de su imperial señorío. Los intereses más reaccionarios y antipopulares de Cuba se han concertado, en el bloque nuñista, para abatir, de un tajo inmisericorde, el apreciable haber de progreso obtenido, a fuerza de sacrificios y en luchas ingentes, durante los últimos lustros. Hay, sin duda, machadistas, batistianos y saltimbanquis en todos los partidos; pero el machadato como tradición, estructura, estilo y objetivos, está inserto y retorna en la coalición liberaldemócrata. Detrás de auténticos, ortodoxos, republicanos y comunistas, están otras cosas; pero, no está el machadato.

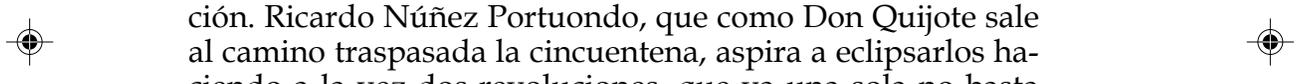


La opinión pública cubana quedó, nítidamente escindida, en dos principales tendencias, a partir de 1933: la reacción colonial y el nacionalismo revolucionario. Este último se caracteriza por su contenido socialdemocrático y su espíritu antimperialista. Ricardo Núñez Portuondo no figuró nunca, ni podrá figurar jamás, en la tendencia revolucionaria. Figuró antes, y sigue figurando ahora, en la tendencia históricamente responsable de la frustración de la república y de la sobrevivencia de la colonia. El machadato está a la vista. Hay que movilizarse contra el machadato.

Tomado de Roa, Raúl: Retorno a la alborada, Dirección de publicaciones Universidad de Las Villas, Las Villas, 1964, t. I.



Dos revoluciones simuladas y una contrarrevolución verdadera*



Vivir para ver. Ahora resulta que Ricardo Núñez Portuondo, que dio las espaldas dos veces a la juventud universitaria y a las masas populares cuando se batían heroicamente en demanda de una renovación fundamental de la vida pública cubana, es un revolucionario sin par. Un revolucionario que difiere de todos los que fueron, son y serán, que forma escuela y marca época. La historia, sin duda, coronará su nombre de laureles, le dará aposento propio y circuirá de señero halo su memoria. Maximiliano Robespierre, Simón Bolívar y José Martí se conformaron, humildemente con hacer una revolución. Ricardo Núñez Portuondo, que como Don Quijote sale al camino traspasada la cincuentena, aspira a eclipsarlos haciendo a la vez dos revoluciones, que ya una sola no basta para recuperar la dignidad nacional. Nace una de la necesidad inaplazable de acatar y cumplir la constitución de 1940, cuajo jurídico de los “ideales revolucionarios” que Gerardo Machado combatió a sangre y fuego. La otra, la única que falta por hacer y Cuba entera reclama, es la revolución de la honradez, que impulsa y consagra el iluminado afán de un puñado de serafines, mercedores todos de la póstuma estampita. No quito, ni pongo. Me atengo, estrictamente, a los exégetas y pregoneros del nuñismo.

No es lo mismo, sin embargo, el nuñismo visto por el nuñismo, que contemplarlo a la cruda luz de los hechos. Las dos revoluciones de Núñez Portuondo no resisten al más leve análisis. La primera esté viciada de origen. Acatar y cumplir la constitución de 1940 no constituye, ni teórica ni prácticamente, una revolución. Simplemente es eso: acatarla y cum-

* Mayo 23, 1949.



plirla. Está invalidado, además, para invocar los ideales revolucionarios que la informan, quien, no sólo no participó en forma alguna en su forja, sino que estuvo justamente en la acera opuesta, cuando por esos ideales se moría en las calles. No es cierto tampoco, como afirma Núñez Portuondo, que la constitución de 1940 recoja y agote el ideario revolucionario. Ni es cierto, en consecuencia, que la revolución haya concluido al promulgarse.

Si es indiscutible que el carácter y el contenido de la constitución de 1940 están influenciados, decisivamente, por la voluntad de “renquiciamiento y remodelo” que impulsó al pueblo cubano a remover la estructura colonial que lo exprime y sojuzga, no lo es menos que los objetivos últimos del movimiento revolucionario sobrepasan, largamente, su articulado. La constitución de 1940 es un camino y no una meta. Ni es, ni podría ser, la efectiva y cabal plasmación de los ideales revolucionarios. Fue la resultante obligada de una situación de compromiso, surgida de las alternativas propias de un proceso revolucionario en desarrollo incipiente. Ni para Fulgencio Batista, ni para los partidos y grupos revolucionarios, había otra salida inmediata, en aquella coyuntura, que darle un cauce jurídico y un régimen de convivencia a las corrientes en pugna. De esa singular circunstancia, dimana, precisamente, la dualidad que el sindicato de millonarios ha percibido con restallante alborozo: la constitución de 1940 puede servir lo mismo para impeler el país hacia adelante que impelerlo hacia atrás. El rumbo y el ritmo, en materia económica, política y social, dependerá, forzosamente, de las clases, de los intereses y de los partidos que interpreten la constitución, y rijan la república.

La historia política de nuestra América suministra abundantes ejemplos de lo que significa, una constitución democrática en manos de caudillos, gamonales y cavernícolas. No constituye excepción nuestra experiencia republicana. Desde Tomás Estrada Palma hasta Gerardo Machado, la constitución ha ido por un lado y la realidad por el otro. La constitución de 1902, invocada de continuo y de continuo pisoteada, no impidió que el bello sueño de José Martí se trocara en jugosa pesadilla de politiquillos ambiciosos y tra-



ficantes desalmados, que nuestras tierras y riquezas fueran vendidas al extranjero y las relaciones entre patronos y obreros se fundaran en una estructura jurídica de factoría. La constitución de 1902 no trascendió nunca la categoría de papel mojado. “Virgen y mártir”, la calificaría Manuel Sanguily, en memorable entrevista con Gerardo Machado, que no tardaría en violarla.

No otro es el destino que le aguarda a la constitución de 1940 en manos de la coalición reaccionaria que acaudilla el ilustre cirujano. Sus antecedentes políticos, su conducta pública, su carácter autoritario, su concepción trasnochada del papel del Estado y de la función de la riqueza y los intereses plutocráticos que se alinean y aúnan en torno a su candidatura, permiten anticiparlo. Es inútil que la propaganda liberal demócrata se esfuerce en propalar que Ricardo Núñez Portuondo es un espíritu abierto a todos los avances económicos y a todas las conquistas sociales. Es inútil que lo invistan de atributos redentores. Los criterios motrices de su plataforma electoral vacían de contenido y significado las consignas progresistas que constelan sus anuncios. El principio de autoridad, la libre empresa, el apoliticismo sindical y la congelación de lo obtenido en el campo del trabajo, denuncian el acatamiento puramente formal del nuñismo a la constitución de 1940.

Sobremana sospechosa resulta la reiterada alusión de Ricardo Núñez Portuondo al principio de autoridad. Ha sido la cantilena de todos los dictadores en potencia y presencia. Ese fue el lenguaje de Machado. Fue también el lenguaje de Fulgencio Batista, a partir del 15 de enero de 1954. Sus consecuencias están a la vista. Apenas se había instalado en su despacho y ya Gerardo Machado se declaraba infalible y castigaba el disenso con la muerte, el destierro o la cárcel. Ni más ni menos que una variante tropical de Torquemada. “Yo no me andaré con chiquitas. A los que osen oponerse a mi gobierno, los suprimo” —había advertido Machado a sus íntimos pocos días antes de la toma de posesión—. Y así fue. Se contaron por millares los asesinatos. Entre 1925 y 1930, año de gracia en que Ricardo Núñez Portuondo santificó, en ya célebre perorata, los desafueros,



crímenes y latrocinios de la tiranía, se gestaron las premisas objetivas y subjetivas del movimiento revolucionario, que ahora desahucia y desprecia el apóstol de las dos revoluciones. Si no hubiera sido por ese impetuoso despertar de las masas populares, que tuvo en la juventud estudiantil y en la clase obrera su más firme sostén y su más aguerrida vanguardia, Cuba estaría hoy en las lindes de la barbarie, en ventajosa competencia con el régimen de exterminio, miseria y atraso que asuela a Santo Domingo.

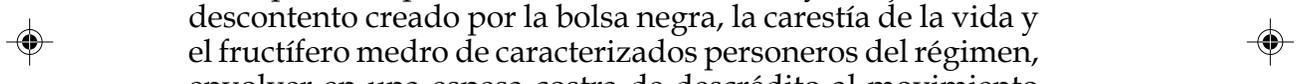
A Fulgencio Batista, el poder detrás del trono en la coalición reaccionaria, le correspondería la triste gloria de emular la tiranía de Machado en más de un aspecto. Hasta el 10 de octubre de 1944 fue dueño y señor de vida y hacienda. Su entrega a la cancillería norteamericana fue completa. Yuguló, sin miramientos, las ansias renovadoras del pueblo cubano. Desapoderado fue su afán de riqueza. Se convirtió al “civilismo” cuando convino a sus ambiciones personales despojarse de la charretera. Durante su periodo presidencial, la democracia fue una hoja de parra sobre una letrina. El principio de autoridad, que Ricardo Núñez Portuondo lleva a pupilo en los labios, ha sido siempre, en Cuba y fuera de Cuba, la ergástula del progreso y el cementerio de las libertades públicas.

Sin un régimen de mano dura, es evidente que no podrá retornarse al libre juego de los salarios, de los precios y de las utilidades. Ricardo Núñez Portuondo, que se ha proclamado campeón de la economía libre y de la abstención del Estado en el proceso de la distribución de la riqueza, lo sabe perfectamente y lo deja traslucir de antemano, como para que no quepan dudas de que la vuelta al régimen de factoría será la consecuencia natural de su triunfo. Eso significaría, traducido a los hechos, el dejar pasar a los tiburones y el hacer el gobierno de la vista gorda. Significaría, en suma, desandar lo andado: salarios de hambre, jornadas de sol a sol, componte y tente tieso, señorío del capital absentista. La intervención del Estado quedaría reducida a funciones de policía en detrimento del nivel de vida, de la libertad de acción y del progreso económico y social de las masas obreras y campesinas sin distinciones de tendencias. El apoliticismo sindical y la



congelación de las conquistas sociales asumen su genuino significado a través de esta política liberal, de típica factura reaccionaria y de fascistoide pergeño. En manos de la dirigencia liberal-demócrata y de los grandes ganaderos, de los grandes geófagos y de los grandes hacendados que la auspician y respaldan, la constitución de 1940 será una camisa de fuerza, una grotesca falsificación de sus principios, un camino exclusivamente abierto a la contrarrevolución.

No le va en zaga, en sus intenciones y propósitos, la otra revolución que proclama y orienta Ricardo Núñez Portuondo, la que ya está en marcha bajo el rutilante lábaro de la honradez. Hubo de advertirlo certeramente, ha poco, Raúl Lorenzo. “Con la frase citada —escribía el viejo compañero de prisiones y afanes—, el nuñismo se delata a sí mismo, descubre su congénito conservadurismo, su disposición a doblar la cerviz ante los señores de la economía”. El objetivo fundamental que persigue este difundido “slogan” es, so pretexto de las máculas y yerros del gobierno de Grau San Martín, de los aspectos repudiables de la cubanidad y del justificado descontento creado por la bolsa negra, la carestía de la vida y el fructífero medro de caracterizados personeros del régimen, envolver en una espesa costra de descrédito al movimiento revolucionario, capitalizar la disconformidad de las masas populares y conducir las, derechamente, al matadero. Si la revolución no cuenta, ni puede contar para Ricardo Núñez Portuondo, que es reaccionario de pies a cabeza, y a honra lo tiene, mucho menos cuenta la honradez para el tropel de langostas que lo sigue y apoya. La honradez, sí, de adorno, como una flor en el ojal; pero, la voracidad apercebida para entrar a saco en el inciso K, en los márgenes del azúcar, en las primas de la lotería, en el BAGA, en la botella y en el peculado. La rectificación que se demanda y propugna, en la esfera administrativa, se contrae, en realidad, a una mera transferencia de beneficiarios. No en balde, muchos de los Catones de nuevo cuño que pululan en el bloque nuñista, han sabido bañarse, gozosamente, en los lodos del grausato cada vez que la oportunidad les fue propicia. La añagaza, aunque vieja y de sobra conocidos quienes la utilizan, ha dado sus frutos en las capas políticamente retrasadas del país.





No se insistirá nunca, bastante, en mostrar al desnudo tamaña superchería. Lo que menos importa a la coalición reaccionaria es la revolución de la honradez; lo que si le importa y preocupa y hacia ese objetivo endereza sus pasos, es hacer añicos la estructura económica protectora de las clases desvalidas y reordenar, en beneficio propio, las relaciones sociales creadas en ingentes batallas, por el movimiento revolucionario. Debajo de las alburas trompeteadas, se acurruca torvamente, el retorno al machadato, la vuelta a la factoría, el regreso a la servidumbre internacional, la interrupción radical del iniciado proceso de transformación económica, de consolidación de las instituciones democráticas y de la más equitativa distribución de la riqueza. En resumen: dos revoluciones simuladas y una contrarrevolución a las puertas.

Decisivos serán los comicios en víspera para la revolución verdadera, que aún vive y alienta y ha ganado un trecho apreciable en la consecución de sus propósitos. No se trata, en esta ocasión, como tantas veces antaño, de un simple cambio de equipos en la gobernación de la república. Se trata, por el contrario, de decidir qué concepción histórica, qué fuerzas sociales y qué intereses económicos van a modelar el destino cubano en el futuro inmediato. La disyuntiva es clara y terminante: o se frustra con la victoria de la reacción el proceso de cambios y reformas comenzado el 10 de septiembre de 1953 o logra éste superar el ciclo de adulteraciones, inverecundias y excrecencias que atraviesa y se lanza, resueltamente, por nuevas vías hacia metas más altas y cabales.

Tomado de Roa, Raúl: Retorno a la alborada, Dirección de publicaciones Universidad de Las Villas, Las Villas, 1964.



La disyuntiva electoral*



Estamos ya en los umbrales de una coyuntura decisiva para el pueblo de Cuba. Tres días nos separan justamente de las elecciones del 1° de junio. Se percibe en el aire la tensión precursora de los acontecimientos históricos. Dos tradiciones, dos mentalidades y dos perspectivas, que responden a intereses diversos y a objetivos distintos determinan el sesgo, el contenido y el alcance de la pugna comicial que asume, por eso, una clara y terminante disyuntiva; vía abierta al proceso de cambios y reformas iniciado el 10 de septiembre de 1933 o retorno inexorable a la estructura económica de factoría y a la pseudo-democracia que provocó el alzamiento popular que alborea el 30 de septiembre de 1930. Son, pues, los caminos mismos de la nación los que van a jugarse en las urnas.

La única verdad de la propaganda nuñista es haberse percatado, al revés, de los términos de la contienda planteada. No se trata, ciertamente, de un duelo entre “los que quieren hundir a la república en el abismo que le ha abierto el presidente Grau” y los que “quieren salvarla y conducirla por rutas de orden, de paz, de decencia y de progreso”. Andan, por el medio, desde luego, las tropelías, latrocinios, concupiscencias y adulteraciones imputables a la cubanidad: pero, también, el efectivo haber de progreso político, social y económico obtenido por las masas populares a contrapelo de la bolsa negra, del BAGA, del inciso K, de los márgenes del azúcar, de las primas de lotería, del gangsterismo apañado, de los trueques y de los trucos. De salvar eso, y no de entregarle la república a sus tradicionales usufructuarios, es de lo que, en el fondo, se trata.

* Mayo 28, 1948.



La juventud defraudada por Grau San Martín no espera nada, ni puede esperar nada, de Ricardo Núñez Portuondo y de la coalición reaccionaria que lo aupó y respalda. De lo que se trata, es de trascender, y no de remontar, la etapa presente. La juventud anhela y demanda una rectificación inmediata en la trayectoria seguida; pero, una rectificación enderezada a profundizar el desarrollo del movimiento revolucionario, a impulsarlo hacia planos más altos y objetivos más plenos, a la reforma agraria que transfiera la tierra al que la trabaja, a la industrialización del país, al mantenimiento del diferencial azucarero, a la codificación de la legislación social, a la unidad efectiva de la clase obrera, a la protección y estímulo de cuantos se dispongan a fomentar la riqueza con sentido de nacionalidad, a la consolidación de las instituciones democráticas, a la tecnificación de la administración pública, a la difusión de la cultura, a la autodeterminación nacional, a la independencia económica y al más amplio y creciente grado de bienestar para todos los cubanos. Eso es lo que anhela y demanda la juventud verdadera, ésa que antaño ofreció su vida, generosamente, en aras de un ideal al que le viró sus espaldas Ricardo Núñez Portuondo; la juventud que continuó siendo fiel a su propio impulso, a la ingénita rebeldía de toda fuerza incontaminada, que se sabe dueña de un tesoro y responsable de su aplicación; la juventud que se sublevó ayer, prodigando el heroísmo y la abnegación, contra la satrapía de Gerardo Machado y la dictadura militar de Fulgencio Batista; la juventud que se yergue hoy, como vanguardia invencible, contra los fermentados apóstoles de dos revoluciones simuladas y una contrarrevolución verdadera.

Ricardo Núñez Portuondo y muchos de los integrantes de su estado mayor imperial pertenecen a la generación que carga sobre su conciencia la frustración de la república de 1902 y la sobrevivencia de la colonia, denunciada virilmente por Manuel Sanguily y Enrique José Varona. Pertenecen a la generación que traicionó el "Manifiesto de Montecristi", entregó nuestras tierras al capital extranjero, convirtió en patrimonio privado el tesoro público, yuguló a sangre y fuego las ansias renovadoras de las masas populares e instauró un sistema administrativo de peculado y licencia que compi-

te, ventajosamente, con los más corrompidos de nuestra América.

¿Quién no recuerda los tiempos abominables de la concesión del Dragado, del canje del Arsenal por Villanueva, de Tiburón se baña pero salpica, del mayoral que viene sonando el cuero y de los cuatro gatos de Zayas? ¿Quién ha olvidado a los que traficaron, inverecundamente, con la soberanía nacional, el hambre del pueblo y los fondos del Estado? ¿Cómo puede pasarse por alto que en 1919, de 234,000 alumnos matriculados sólo 71 terminaron sus estudios, que en 1924 sólo el 9% de la población escolar acudió a las aulas y el 54% de los cubanos no sabía leer ni escribir? ¿No exhibían antecedentes penales el 20% de los candidatos postulados en las elecciones parciales de 1922? ¿No hubo que desarmar en cierta ocasión la policía de La Habana por estar repleta de delincuentes de oficio indultados por el Presidente de la República? ¿Y qué decir de la “privilegiada impunidad contra la justicia” que fue en la república anterior a 1933 la inmunidad parlamentaria? ¿Y qué decir de las cárceles y prisiones, verdaderos “seminarios del crimen”? ¿Y qué de los tribunales de justicia? ¿Y qué del traspaso, a manos extranjeras, de las tres cuartas partes del suelo laborable, del 75% de la industria azucarera, de los servicios públicos, de las instalaciones portuarias, de numerosos títulos del Estado y de los principales renglones de la actividad mercantil?

¿Y qué de los ocho empréstitos contratados con la banca yanqui por valor de \$160.000,000? ¿Y en qué, en fin, se invirtieron los centenares de millones de pesos recaudados por los indiscutidos pioneros de la revolución de la honradez”?

Es indispensable recordarlo, en vísperas de comicios, para que nadie pueda llamarse a engaño. De esos empréstitos rapaces y de esos derroches miliunochescos, muy poco recibió en progreso material y espiritual el pueblo cubano. Se proyectaron millares de carreteras y se construyeron sólo unas cuantas con jugosos márgenes para los contratistas, para los validos del poder y para sus propios regentes. Nada efectivo se hizo por la ciencia, la cultura y el arte. No se edificó una sola escuela rural, ni una sola escuela politécnica. Fuera del proyecto de ley prohibiendo la venta de nuestras tierras y



bienes raíces a los extranjeros presentado por Manuel Sanguily en los inicios de la república, no se conoce una iniciativa encaminada a reformar el régimen feudal de la tierra, el sistema fiscal, los aranceles de aduana, la organización financiera, la administración pública, la enseñanza primaria, secundaria y superior. No se adoptó medida alguna para modificar la relación de esclavitud en el régimen jurídico del trabajo, suprimir el latifundio, diversificar los cultivos, suministrarle al guajiro semillas y aperos de labranza, propender al desarrollo industrial y garantizarle al negro preterido y explotado la plena paridad a que le hace acreedor su condición de persona y su valioso aporte a la independencia y a la cultura. Nada se hizo por liberar a la mujer del estado de inferioridad política y social en que vegetaba entre zurcidos y ollas.

El machadato representaría el apogeo y también el declive de ese proceso de franca desintegración nacional, penosamente analizada por Fernando Ortiz en su opúsculo *La decadencia cubana*. La república se sumergió en una torrencera de sangre, lodo y miseria, mientras Gerardo Machado y su camarilla —en gran parte hoy unida al nuevo redentor del Partido Liberal— amasaban fabulosas fortunas, hipotecaban descocadamente la república, entregaban el azúcar y la soberanía nacional a la especulación extranjera, erigían una pretensa industria cubana en beneficio propio, construían calles, carreteras y edificios públicos y privados a expensas de la penuria popular, clausuraban centros docentes, exaltaban el derecho de intervención, violaban la constitución y las leyes, se autoprorrogaban los mandatos electivos y castigaban con la cárcel, la tortura o la muerte, a sus adversarios políticos.

Ese fue el régimen que Ricardo Núñez Portuondo intentó diferenciar de los anteriores en la más encendida loa que jamás haya brotado de sus labios. Ese fue el régimen —histórica culminación de un proceso— que maquilló a su antojo, con la cosmética al uso. Y, a ese régimen nos devolverá, fatalmente, si obtiene la victoria el 1° de junio. Del machadato viene Ricardo Núñez Portuondo y al machadato retornará por imperativos insoslayables de la historia. Nada cuenta, ni pue-



de contar, que se pronuncie, de palabra o por escrito, contra un pasado repelente que es su sombra. Ni cuenta tampoco, ni puede contar, su diaria censura a los “males del presente”. Si no lo abonaran sus antecedentes políticos, su conducta pública, sus responsabilidades históricas, su carácter autoritario y la rancia oligarquía en que su candidatura presidencial se sustenta, basta para anticipar la genuina traza y la verdadera orientación de su gobierno, la omisión interesada que hace en reciente anuncio a toda plana, de los crímenes, robos, malversaciones y fechorías de Fulgencio Batista. Núñez Portuondo denuncia, a toda hora, los asesinatos impunes de las pandillas rivales: pero, se calla los que cometieron, a mansalva, algunos de sus más significados conmlitones. Nunca supo Cuba, en efecto, de pareja superchería. ¿Cuándo, en qué país y en qué época, se pudo adecentar la administración pública, suprimir la bolsa negra y darle al pueblo libertad política, independencia económica y justicia social, acompañado de los millonarios como clase y la voluntad de antemano uncida al capital absentista y a la claque militar?

La revolución surgió, precisamente, para impedir que la república continuara siendo feudo de unos pocos y permaneciera al arbitrio del imperialismo. Surgió para devolverle al pueblo cubano cuanto le había sido arrebatado por obra de gobernantes plegadizos y de usureros insaciables. Se proponía, en suma, la faena histórica de más envergadura y proyección que se recuerda después de las guerras de independencia.

Múltiples factores han confluído y se han conjugado para estorbar su plena asunción del poder real y del poder legal. Tuvo su oportunidad máxima y su hora áurea en el primer gobierno de Grau San Martín. Un *mínimum* de elementales conquistas pudieron a la sazón obtenerse; pero nada más. Diez años de mandarinato omnímodo de Fulgencio Batista, sumieron al país en una ciénaga pestilente. La constitución de 1940 es el producto jurídico de la impotencia de la reacción frente a la impotencia de la revolución. De ahí, que lo mismo pueda servir para fines revolucionarios, que para fines reaccionarios.

De ahí, también, que sólo sea camino y no meta. En los últimos años, el movimiento revolucionario ha adelantado y, a la vez, ha perdido terreno. Grau San Martín pudo haber



colmado la etapa que históricamente le venía impuesta. No lo ha hecho. Y esa es su gran responsabilidad.

Más acá de Grau San Martín y más allá de los tremendos yerros y máculas de la “cubanidad”, están los frutos de la acción popular, los frutos del proceso revolucionario en desarrollo. Cuba ha ganado una nueva conciencia política y un complejo más avanzado de relaciones sociales. Aún subsisten las raíces de la estructura económica de factoría; mas, está en parte cimbrada y totalmente puesta en cuestión. Se distribuyen más migajas de la riqueza, creada por el trabajo social. La clase obrera le ha arrancado al poder público algunas concesiones importantes. Y, asimismo, la clase campesina. Pero distan mucho de las que les corresponde por su posición creadora en el proceso productivo. Sin embargo, en rigor el obrero sigue siendo un paria y el campesino un esclavo. Se han hecho obras públicas sin empréstitos extranjeros. Pero lo más importante es que el pueblo ha adquirido la suficiente madurez para discernir lo que conviene y lo que perjudica a sus aspiraciones y necesidades. Sabe a dónde va, lo que quiere y cómo conseguirlo. La prueba más concluyente de lo dicho es que la propaganda nuñista no ha podido menoscabar el prestigio y la vigencia de los ideales revolucionarios. Si es indiscutible que Grau San Martín nunca personificó la revolución, no lo es menos que sus dos gobiernos están históricamente incluidos en el ciclo revolucionario. Ninguno de los dos ha correspondido, por su composición, estructura y estilo, a los requerimientos de un gobierno propiamente revolucionario; pero, ambos advienen del proceso revolucionario y, en cierto modo, lo sirven.

Están sí, cara a cara, en duelo decisivo, dos tradiciones, dos mentalidades y dos perspectivas. Ricardo Núñez Portuondo representa la vuelta al pasado. Votar por él es votar por el machadato. Estar frente a él, es votar por el futuro. Detrás de Núñez Portuondo se vertebran los caciques de la economía, los señores del azúcar, los camajanes de toda laya, los mangantes en vacaciones. Están los viejos farsantes y los farsantes de nuevo cuño, los que en vano podrían enmascarar sus apetencias de mando y su sed de medro con seráficos pronunciamientos y evangélicas peroratas.



La revolución, la verdadera y única revolución presente en esta lucha, la que ungiéron con su sangre e impulsaron con su sacrificio una legión de héroes y una constelación de mártires, la revolución que no se ha rendido ni mancillado, la revolución como espíritu, como ideario y como esperanza, está, sin duda, frente a la coalición reaccionaria que preside Ricardo Núñez Portuondo; pero, por desgracia, dividida. El peligro que ello entraña no precisa ser encarecido. De esa división sólo podrían beneficiarse los intereses económicos, las clases sociales y los partidos políticos que apoyan a Ricardo Núñez Portuondo.

Unirse ante el enemigo común es, pues, de nuevo, la palabra de orden. Es el mandato de la historia y la voluntad de los caídos. Frente a la conjura reaccionaria de Kornilov, Nicolás Lenin no vaciló en echar rodilla en tierra, con Kerensky. “Está en el interés de los revolucionarios —escribía—, defender el régimen surgido de la revolución frente a la contrarrevolución, aunque no sea más que por las ventajas que le ofrece, gracias a su debilidad”. El nazismo se estableció en Alemania por andar a la greña los partidos obreros. La fragmentación de la voluntad revolucionaria instaló en el poder a Carlos Mendieta, a Fulgencio Batista, a Jefferson Caffery y a los más irreconciliables enemigos de las masas populares. Aún está fresco el ejemplo de Colombia. Unirse, sí, para barrer, implacablemente, con cuanto se interponga, de una manera o de otra, al desarrollo ascendente del movimiento popular. Sólo por la unidad revolucionaria y la derrota de la reacción se podrá impeler el iniciado proceso de la liberación nacional y social de nuestro pueblo, meta única y verdadera de la revolución cubana a la altura del tiempo. Si para dar dos pasos adelante, se precisa dar uno atrás. La cuestión es asegurar, a toda costa, una salida al mañana.

Tomado de Roa, Raúl: Retorno a la alborada, Dirección de publicaciones Universidad de Las Villas, Las Villas, 1964, t. I.



La infecta herencia del BAGA*

Juzgo absolutamente inmoral aceptar ese “donativo”.¹ No importa la noble finalidad a que parece destinarse. No importa que se administre a la luz del día. Dinero robado es dinero manchado.

Se ha dicho del nuestro que es un pueblo de poca memoria. Es falso. Y, aunque a veces la tuviese flaca, nunca tanto como para que pueda haber olvidado la obra nefanda de José Miguel Alemán en el Ministerio de Educación.

Tuvo entonces la oportunidad de ocuparse y preocuparse del destino de la infancia. Pero lo que hizo fue entrar a saco en el presupuesto del departamento a su cargo, transformando en jugoso lodazal lo que debió ser jardín pulcramente atendido. Elevó la prebenda a sistema, destruyó la autoridad profesoral, premió la incompetencia, escarneció al magisterio, estableció el ayuno escolar, aupó el gangsterismo y amasó una fabulosa fortuna a expensas, precisamente, de los sagrados intereses de la niñez. Dejó una cloaca rebosante de detritus: la infecta herencia del BAGA.

Aceptar ese “donativo” de José Miguel Alemán implicaría consagrar la munificencia privada a costa del erario público. Y entrañaría, en este caso concreto, la glorificación póstuma del Inciso K. No sólo eso. Significaría, también, la remisión del peculado por la vía testamentaria. Los “benefactores” de colas de pato, palacios miliunochescos y fincas señoriales se sabrían de antemano perdonados y prestos a emularse en la comisión de todos los pecados.

* Agosto 6, 1950.

¹ Alusión a una supuesta cláusula testamentaria de José Manuel Alemán, donando cinco millones de pesos para la fundación de un hospital infantil.



El mármol impoluto para quienes fatigaron, alegremente, la gama de la pillería. El paraíso para los ladrones. El purgatorio para los trapisondistas. El infierno para los testaferros. El limbo para los justos. Ese sería el ejemplo y la lección que legaríamos a las futuras generaciones de aceptarse ese “donativo”.

El pueblo cubano esté urgido de hospitales, escuelas y caminos. La fortuna de José Miguel Alemán podría sumarse a la de otros de su filibustera estirpe y servir de fondo común para satisfacer esas perentorias necesidades. Hay un procedimiento expeditivo y limpio desde su raíz: la confiscación.

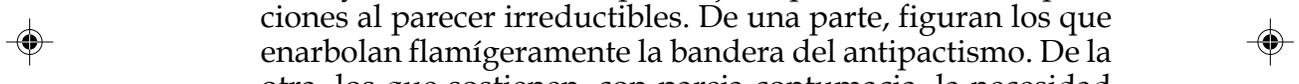
Tomado de Roa, Raúl: Retorno a la alborada, Dirección de publicaciones Universidad de Las Villas, Las Villas, 1964, t. I.





La palabra de orden*

No cabe ya duda de que el movimiento ortodoxo ha entrado en una fase de crisis. Es difícil predecir la inclinación inmediata de la balanza en la pugna interna que lo sacude y desgarrar. Fácil resulta, en cambio, pronosticar lo que le aguarda si no sabe rectificar a tiempo su estrategia y su táctica. Su destino será engrosar otros ríos o crearse viaducto apropiado. Ese ha solido ser el patético epílogo de los partidos políticos que en contingencias excepcionales pierden la cohesión, el norte y la brújula.



Hay en el seno de la suprema jerarquía ortodoxa dos posiciones al parecer irreductibles. De una parte, figuran los que enarbolan flamígeramente la bandera del antipactismo. De la otra, los que sostienen, con pareja contumacia, la necesidad de un programa común de lucha contra el régimen usurpador. Se autoproclaman aquéllos los genuinos legatarios de Chibás. Aducen éstos que de estar vivo el adalid, actuaría en consonancia con las exigencias del instante. De lo que sí podemos estar seguros es que, de agudizarse, esta situación conflictiva acabará por desencadenar la guerra civil entre ambos bandos. Ni que mencionar tengo al único que habrá de favorecerle.

La facción antipactista no lo ha dicho aún expresamente; pero va implícito en su tesis. Quienes no la comparten están mancillando el espíritu y la tradición del movimiento ortodoxo. Son punto menos que apóstatas.

Nadie puede extrañarse de ello. En su breve y gaseosa historia, la ortodoxia ha demostrado, innúmeras veces, que no tolera el disentimiento ni en propio beneficio. Es, por natura-

* Junio 24, 1952.



leza, un movimiento excluyente. Nació bajo el signo de las excomuniones y cree que sólo bajo ese signo le será dable seguir siendo lo que quiso ser. El carácter dogmático de esa postura salta a la vista.

Eso, de suyo, es sobremanera grave en un partido político: pero lo es mucho más si el propósito que la nutre y configura es meramente electoral. No otro es el caso que contemplamos. La táctica antipactista pudo ser la adecuada antes del 10 de marzo. Seguramente lo fue. Pero ya no lo es, ni puede serlo. La situación ha variado sustancialmente. No se está, en manera alguna, ante una justa comicial en un Estado de derecho.

Pasando por alto que la dialéctica fluidez de la vida social es incompatible con las perspectivas congeladas, la facción antipactista de la ortodoxia —so pretexto de lealtad a los principios— ha rehuido cualquier entendimiento con los auténticos y con otros partidos y grupos igualmente interesados en la restauración de la normalidad constitucional. No se crea por ello más radical, ni más ortodoxa. Lo sería si estuviera presta y apta para plantear la solución del problema en un terreno revolucionario. Faltan indicios que permitan siquiera barruntarlo. La mayoría de sus componentes es alérgica, por temperamento y formación, a los métodos revolucionarios. Su mentalidad es típicamente constitucionalista.

Tampoco ofrece fórmulas ni orientaciones de ninguna índole para sacar la república del atolladero en que está. Es obvio, sin embargo, que recónditamente tiene ya un plan definido. Su objetivo, aunque enmascarado todavía, es mantener químicamente aislado el movimiento ortodoxo en confiada espera de la fruta madura. Esto revela, por lo pronto, una incomprensión cabal de los factores operantes y una esperanza infantil. La experiencia demuestra que en política la fruta madura es preciso arrancarla. La facción antipactista continúa enfocando el turbulento panorama de hoy con la óptica electoral de ayer.

No quiere ello decir que yo considere mejores a los componentes de la facción ortodoxa que propugna el programa común de lucha contra la dictadura. La cuestión es otra y de naturaleza puramente política. Ya lo advirtió José Martí en



afilada sentencia: “Hay que hacer en cada momento lo que en cada momento es necesario”. Puede ser limpio o puede ser turbio el móvil que inspira a esta facción ortodoxa. Cabe incluso poner en cuarentena a algunos de sus trompeteros. Pero sea como fuere, lo indubitable es que, sin una convergencia organizada de los adversarios del régimen, no podrá restablecerse la Constitución de 1940, ni lograrse la efectiva recuperación del modo democrático de vida. Cuanto divida, azuce o disperse contribuye eficazmente a posponerlo o impedirlo.

Juntarse es otra vez la palabra de orden. Y es también la más cara aspiración del pueblo. Juntarse quieren las masas de todos los partidos y de los sin partidos. Basta pegar el oído en tierra para percatarse de ello. Juntarse para actuar ahora de consuno, sin compromisos ulteriores ni menoscabos de compromisos pasados, conservando cada partido su independencia actual y su libertad futura. Juntarse, en suma, en torno a un programa común y a una fórmula concreta que conduzcan a la victoria sin componendas ni entreguismos. En punto a responsabilidades —conviene precisarlo— no hay ya nadie aquí que pueda tirar la primera piedra. Muchos de los pecados de uno y otro lado quedarán excluidos a poco que se transite el áspero y riesgoso camino.

Si la alta jerarquía ortodoxa no es capaz de superar rápidamente la crisis que afronta, el caudaloso movimiento popular que encabeza se le irá de las manos como irrefrenable torrentera. En horas como éstas es muy peligroso jugar demagógicamente con la tormenta. La masa ortodoxa —ávida de beligerancia— necesita un cauce y una meta. Tirios y troyanos deben tener presente que un caballo piafante no espera mucho por el jinete.

No es idéntica, en rigor, la circunstancia; pero el axioma es siempre válido en coyunturas de emergencia: “Es indispensable a veces dar dos pasos atrás si se quiere dar uno adelante”. La historia contemporánea enseña que cada vez que se ignoró este axioma el pueblo pagó la miopía, el egoísmo o la estolidez de sus conductores.

Unirse primero; lo demás se obtendrá después por el esfuerzo concertado, la limpidez de propósitos y la táctica con-



gruente. Sólo así pudo derribarse a Machado y reducirse a Batista. A cuantos hemos vivido el proceso revolucionario cubano en su entraña nos tiene que lucir absurdo que aún no se haya dado ese paso.

Tomado de Roa, Raúl: Viento Sur, Selecta, La Habana, 1953





En torno al Frente Único

En tiempos en que juntarse es la palabra de orden, sobran, por obvios motivos, las desavenencias, querellas y resentimientos que benefician al adversario. Útil y fructífero es, por el contrario, cuanto contribuya a esclarecer, unificar, robustecer y afianzar. No es otro el propósito que inspiran estas someras consideraciones en torno al controvertido problema del frente único.

La cifra de opinión pública que representa el movimiento ortodoxo es, sin duda, elevada. Algunos catecúmenos del “aislacionismo estático” creen que su caudal ha engrosado en los últimos meses. Imposible me resulta verificar la validez de la presunción; pero, aunque fuera cierto, poco afecta, en rigor, a la capacidad determinante del PPC en el cuadro actual de la política cubana.

Ni ahora, ni antes, el movimiento ortodoxo ha logrado conseguir la adhesión militante de todo el pueblo. Salvo el Partido Revolucionario Cubano fundado y dirigido por José Martí, ningún otro —ni el auténtico en su torrencial apogeo— pudo erigirse en el intérprete y órgano exclusivo de la conciencia nacional. El “partido único” suele ser planta exótica en donde prevalece la concepción del origen del origen popular del poder. Sólo germina, despunta y florece en los climas totalitarios. La pluralidad de partidos políticos es consustancial a la convivencia cimentada unívocamente en el consentimiento y enriquecida proteicamente en el disentimiento. Sin la libre concurrencia de aquéllos la democracia carece de objeto y sentido.

Una apreciación objetiva del PRC (A) permite concluir que aún arrastra y articula en sus cuadros a vastas y pujantes zonas de la ciudadanía. Sus afinidades con el movimiento orto-



doxo, no obstante haber vivido a las greñas, son mayores que sus discrepancias. El riego que fecunda la doctrina política de ambos fluye de la propia fuente. Su proyección económica y social es idéntica en el ámbito de las ideas. Y, en uno y otro, figuran núcleos importantes de todas las clases, grupos y razas que integran la sociedad cubana: hombres, mujeres y jóvenes en su mayoría laboriosos y honrados, iguales todos ante la Constitución de 1940 y ante las exigencias de la patria, que no es, ni puede ser, *feudo ni capellanía de nadie*.

No es posible llamarse a engaño respecto a las similitudes aludidas entre el PRC (A) y el PPC. Basta recordar simplemente que éste viene de la misma cuenca. El movimiento ortodoxo surgió de las entrañas desgarradas del autenticismo bajo el signo del adecentamiento administrativo, con una perspectiva, una estrategia y una táctica puramente electorales. Es cierto que el PPC no ha pasado todavía por la prueba de fuego del poder y continúa siendo una esperanza para muchos; es cierto también que el autenticismo tiene tras de sí jornadas heroicas y logros fundamentales que le garantizan la supervivencia, a despecho de los errores, frustraciones y máculas imputables a sus gobiernos. No es ya, desde luego, un partido revolucionario; lo fue en superior proporción que otro alguno; pero pudiera tornar a serlo si el afán de lucha que ya anima a sus huestes —otrora aguerridas como pocas— adquiere cuerpo y espíritu en su más alta jerarquía. En eso sí se diferencia radicalmente del PPC, que nunca lo fue, ni lo es aún, ni parece estar en camino de serlo.

Pero ni el movimiento ortodoxo ni el PRC (A) poseen títulos suficientes, en estos momentos, para autoproclamarse monopolizadores de las distintas corrientes de opinión pública hostiles al régimen. Es evidente que la repulsa popular a la dictadura es casi unánime; mas también lo es que esa repulsa no está sólo en la ortodoxia o en el autenticismo. Incluso parte de ella está en otros partidos, o fuera de ellos con influencia y dimensión singulares. La Federación Estudiantil Universitaria ejemplifica este último extremo.

La necesidad de una articulación beligerante de todas las fuerzas opuestas al régimen, con absoluta preservación de su independencia política actual y de su libertad de acción



futura, nace imperativamente de la peculiar situación provocada por el golpe castrense y de la constelación de factores operantes. Si bien la fragmentación democrática de la opinión pública es indubitable, lo es asimismo que está sobrepasada por la unidad profunda de intereses y aspiraciones que liga a todos los sectores de la población frente a una coyuntura que los afecta en análoga medida. No se nos ha arrebatado únicamente la Constitución de 1940 y la libre determinación de la voluntad popular. Se ha perdido también el Estado de derecho, sustentáculo mismo de la confianza colectiva, de la continuidad histórica, de la seguridad económica y del traspaso pacífico del poder.

Eso lo saben y ya empiezan a sentirlo, al margen de su filiación política o de su apoliticismo, comerciantes y profesionales, obreros y capitalistas, terratenientes y empleados. El horizonte luce cuajado de sombras y presagios para todos. La inestabilidad es hoy la nota dominante de la vida cubana. Encaramos, en suma, una de las crisis más graves de nuestra historia republicana.

No veo yo cómo podría superarse efectivamente sin la convergencia organizada de todos los interesados en resolverla sin martingalas ni entreguismos. Las crisis de carácter nacional demandan soluciones nacionales.

Tomado de Roa, Raúl: Viento Sur, Selecta, La Habana, 1953



La línea divisoria*



No precisa estar dotado de excepcionales antenas para percibir que nos hallamos enfrentados a una crisis que afecta a la esencia misma de la república. La situación provocada por la violenta interrupción del ritmo constitucional no es un problema particular de los ortodoxos o de los auténticos. Es una situación nacional que es necesario encarar y resolver con una óptica que trascienda el reducido círculo de los intereses partidaristas. La línea divisoria antes del 10 de marzo delimitaba electoralmente los campos de acción de la coalición gubernamental y de las fuerzas políticas que le disputaban el poder. La línea divisoria supera hoy las diversas concepciones, apetencias, intereses y métodos que suelen caracterizar a los partidos políticos en épocas de normalidad institucional.



El sectarismo y la intransigencia, propios de esas circunstancias, han sido ya suplantados, en la conciencia popular, por un afán de unidad y de pelea que brota de la naturaleza misma de la situación. De ahí que resulte tan chocante la actitud de la facción de la dirigencia ortodoxa que se autoproclama intérprete del legado. No quiere ver ni oír lo que todo el mundo ve y oye. La necesidad inaplazable de presentarle batalla conjuntamente a la dictadura se fundamenta en el hecho inexorable de ser ésta radicalmente incompatible con el modo democrático de vida.

La línea divisoria marca nítidamente el ámbito respectivo de los que apoyan esa dictadura y los que se le oponen. Establecer otro tipo de distingo que no sea ese, es hacerle torpemente el juego a los usufructuarios del poder. Si la ortodoxia

* Junio 29, 1952.



o el autenticismo —para sólo referirme a las organizaciones políticas más densas y pujantes— estuvieran en un plano revolucionario, cabría, teórica y factualmente, la posición excluyente ante los partidos o grupos que no la compartieran o censuraran. Ni podría adoptarse otra, frente a partidos o grupos de oposición tramitada. Pero en el plano de la lucha cívica, como el que ortodoxos y auténticos propugnan, lo que insoslayablemente se impone y el pueblo desorientado anhela, es el entendimiento beligerante sobre bases comunes al interés nacional y con plena independencia política y libertad de acción futuras de las fuerzas concurrentes.

La historia política contemporánea enseña que en el frente único de carácter electoral privan los intereses de camarillas, los rejugos de asambleas y las ambiciones personales. Puro señuelo demagógico es la plataforma doctrinal que propaga. No suele acontecer así, como también lo enseña la historia de estos tiempos dramáticos, en el frente único de lucha por un programa de salvación nacional. En el frente único de esta clase —que nada tiene que ver con los frentes populares manufacturados en Moscú— se supeditan los intereses de partido a los intereses nacionales. Los compromisos contraídos cesan en el instante mismo en que se logra el objetivo. Cada partido mantiene su propia concepción, estructura y autonomía. Ni se confunden, ni se funden. Andan temporalmente juntos, pero no revueltos. Y, de violarse las normas establecidas o adulterarse la línea trazada, siempre sobra tiempo para romperlo o denunciarlo. Lo que sí es sobremanera peligroso es volar en globo dentro de una campana neumática. El aislamiento de las masas populares conduce, fatalmente, al vacío.

Tarea cardinal del frente único es la rigurosa formulación de las bases comunes de interés nacional; pero mucho más lo es fijar la manera de viabilizar su consecución mediante el activo concurso de todos. No concibo cómo pueda llegarse a eso sin que traben contacto y creen el aparato adecuado quienes van a asumir la responsabilidad de encabezar la contienda. Las coincidencias abstractas y los entendimientos metafísicos no cuentan en política, ni sirven para nada. Sin un programa concreto, una estrategia definida y una táctica dinámica, el frente único es una entelequia. La acción espon-



tánea siempre se disuelve en humo. Sólo fía en ella la mentalidad política prelógica.

No hay que exprimirse el meollo para dar esta vez en el clavo. El programa ha sido ya diseñado en sus líneas generales: Constitución de 1940, código electoral de 1943, gobierno neutral y elecciones libres. El objetivo estratégico no puede ser otro que el cabal retorno al régimen democrático. La táctica ha de aplicarse con dialéctica congruencia al objetivo. Nada de eso guarda relación alguna con “los pactos sin ideologías y las ideologías sin pactos”. El frente único a que me refiero es un frente único de combate del, por y para el pueblo de Cuba y no para ningún partido político. Es increíble que, a estas alturas, y con la rica experiencia disponible, se trastruequen u olviden estas sobadas consejas del refranero político.

De nuevo apelo a José Martí: “Hay que hacer en cada momento lo que en cada momento es necesario”. El momento actual es enteramente distinto al momento anterior al 10 de marzo. No se trata ahora de un alineamiento de partidos con vista a la conquista y disfrute de los cargos públicos. El problema es mucho más hondo y complejo. Se trata nada menos que de contribuir eficazmente a que el pueblo cubano recobre la soberana determinación de sus destinos. Eso es lo fundamental y previo. Lo demás es paisaje y divisionismo sin línea divisoria.

Tomado de Roa, Raúl: Viento Sur, Selecta, La Habana, 1953



Campanas sin badajo*

Nada suele darse por añadidura en este pícaro mundo. El milenario apotegma cobra categoría de axioma en política. En ella sólo mediante la acción se alcanza el objetivo propuesto. Los iracundos profetas de Israel sentaron jurisprudencia sobre la materia en sus flamígeros peregrinajes por las arenas del desierto.

Hay gente, no obstante, que todavía sigue creyendo en que el poder puede caerle del cielo, como milagroso maná en una noche centelleante de luceros. No se precisa apelar a trámite alguno. Sobra con cruzarse cívicamente de brazos en confiada espera de la bíblica ocurrencia. Sería para desternillarse de risa si no anduvieran de por medio el 10 de marzo y los intereses fundamentales de la nación. Ni siquiera es necesario mencionar al único beneficiario, ni tampoco a único perjudicado. Están a la vista.

Desde cualquier plano que se la mire, la política es, primariamente, actividad. Es actividad incluso en sus más subalternas formas de expresión. No se concibe un partido político —sea constitucionalista, electorero o revolucionario— en mera contemplación del transcurso. Su pasividad concluiría, inexorablemente, en parálisis. El ámbito en que la política se desarrolla no es un olimpo sino un palenque. La realidad política, histórica por naturaleza, es un constante y contradictorio fluir. Su atmósfera y su subsuelo están íntimamente relacionados y recíprocamente condicionados.

Misión ineludible del auténtico líder político es ver claro en el contorno y en el dintorno de la situación concreta que afronta y proceder en consonancia. Es obvio, de puro sabido,

* Julio 10, 1952.



que son los factores operantes y los idearios políticos, dinámicamente conjugados, los que dictan la norma a seguir en cada momento histórico. En circunstancias normales, resulta sobremanera fácil orientarse adecuadamente. En las coyunturas críticas es cuando se ponen a prueba el coraje, la comprensión, la agilidad y la visión de las dirigencias políticas. No es lo mismo navegar en un lago sereno que en un mar enfurecido. Brújula, timón y brazo tienen que trabajar de consuno si se aspira a dominar los elementos.

Los legados espirituales sirven únicamente en la medida en que influyen en función de presente. Se puede no dar un solo paso atrás en su defensa sin que ello comporte un solo paso adelante. El culto ritual estratifica las religiones. El dogma es la negación de la vida. La política es vida y no muerte. Los que supieron caer por un ideal siguen siendo útiles como trincheras y no como altares. Si Rafael Trejo pudo ser la bandera de lucha de nuestra generación, fue porque su sangre se proyectó hacia el futuro sin obturarnos las perspectivas. Nunca nos atuvimos dogmáticamente a lo que Trejo dijera. Nos atuvimos exclusivamente a lo que había que hacer para que su generoso sacrificio fuese útil al pueblo cubano. Su espíritu estuvo siempre presente; pero la estrategia y la táctica del movimiento revolucionario contra el machadato brotaron de la entraña sangrante de la realidad.

Los que andan ahora a las greñas por apetencias excluyentes y pruritos de limpieza, mientras la república anda al garete en aguas tormentosas, deben mirarse en ese espejo. El pueblo cubano está ya harto de bizantinismos, intrigas, simulaciones y estulticias y demanda urgentemente un plan de acción efectiva contra la dictadura.

Nunca el verbo florecido en campana neumática ha sido capaz de liberar a ningún pueblo de la coyunda. Las grandes transformaciones históricas se han efectuado al aire libre y con el concurso activo de las masas. Si se pretende impeler la situación presente hacia los objetivos declarados, es indispensable darle contenido, cauce y norte a las palabras. Dicho de otra manera: formular un programa, fijar una estrategia y adoptar una táctica que conduzcan, sin menoscabo de los principios, al restablecimiento cabal del régimen democráti-



co. No es precisamente fulminando excomuniones, adorándose el ombligo y consultando el testamento como podrá reanudarse el trunco proceso iniciado el 30 de septiembre de 1930.

En horas como ésta, urgida de quehaceres, el embullo de no hacer nada so pretexto de tenerlo todo, se paga irremisiblemente ante el pueblo, que no es tonto, ni ciego, ni sordo; y que está sufriendo en propia carne y oscuramente —en el glorioso anonimato de los infusorios creadores de continentes— las arbitrariedades del régimen y la estolidez de sus pretensos redentores. No quepa duda al respecto. El pueblo cubano ha madurado demasiado para fiar en pócimas mágicas o en inercias providenciales. Al cabo, formará filas con quienes lo dirijan y lleven a la victoria con un sentido nacional en el enfoque y en la conducta. Son ya muchos los que poseen nítida conciencia de esto. El panorama de hoy es radicalmente distinto al panorama de ayer. No estamos en un Estado de derecho, ni ante una democrática convocatoria a elecciones. Hasta las vísperas del ominoso madrugón, cabían los artilugios y expedientes propios de una contienda por la conquista y disfrute de los cargos públicos mediante el sufragio universal. Campanas sin badajo son hoy las consignas y tácticas de ayer.

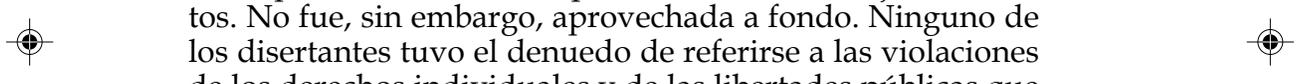
El río de la historia jamás se remonta. Lo que pudo ser y no fue ya no es; pero lo que es, siempre deviene. De los bate-leros templados y audaces, duchos en sortear escollos, represas y remolinos, será, por fuerza, el mañana. Cuando la democracia se pierde por un acto de violencia, sólo se recobra por la voluntad concertada de todo el pueblo. No hace falta acudir a experiencias extrañas para verificar la validez del aserto.

Tomado de Roa, Raúl: Viento Sur, Selecta, La Habana, 1953.



Marca de fábrica*

La semana pasada clausuró sus actividades el Seminario auspiciado por la Academia Interamericana de Derecho Comparado y el Centro Regional de la UNESCO. Eminentes profesores extranjeros y cubanos examinaron el tema de los derechos humanos — clave profunda de la concepción democrática de la sociedad y el Estado— desde diversos ángulos y perspectivas. Numerosa fue la concurrencia a los varios cursos desarrollados. No cabe duda de que se sembró en surco pródigo.



De perlas era la ocasión para determinados enjuiciamientos. No fue, sin embargo, aprovechada a fondo. Ninguno de los disertantes tuvo el denuedo de referirse a las violaciones de los derechos individuales y de las libertades públicas que a diario se cometen en esta porción del planeta, plagada de dictaduras y tiranías. Pero la mayoría de ellos mantuvo, con dramático énfasis, la imperativa necesidad de defender esos derechos y esas libertades donde estuvieran amenazadas o abolidas. Ni qué decir tiene que mentaban la soga en casa del ahorcado. En ese sentido, el Seminario sobre Derechos Humanos constituyó, sin proponérselo acaso, una tácita denuncia y un expreso repudio de la ominosa situación imperante en Cuba.

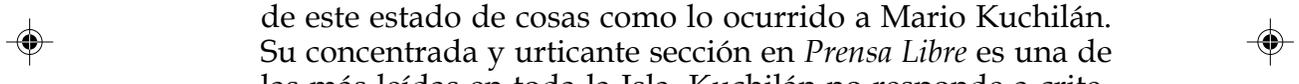
Larga y dura ha sido la lucha sostenida por el hombre para obtener el reconocimiento de sus derechos inalienables e imprescriptibles. Vastas y hondas revoluciones —jalonadas de inmortales documentos— le han roturado el camino a esa terca y noble aspiración. No le van en zaga las ingentes contiendas libradas por el pueblo cubano por la consecución de parejo

* Agosto 20, 1952.



objetivo. Bastante cerca anduvimos de alcanzar la plenitud democrática en los últimos diez años. En ese breve y fecundo interregno —bruscamente interrumpido por el madrugón de marzo— nuestra vida política se desarrolló, por lo pronto, en un Estado de derecho dimanado de la voluntad popular. Los derechos individuales y las libertades públicas tenían efectiva vigencia y descansaban en un régimen objetivo de garantías contra las extralimitaciones y abusos del poder.

Mero papel mojado es hoy la Declaración de los Derechos Humanos, suscrita por nuestro país el 10 de diciembre de 1948 en memorable Asamblea General de las Naciones Unidas. Los estatutos unipersonales del gobierno usurpador reproducen, literalmente, la parte dogmática de la derogada Constitución de 1940; pero ninguno de los derechos allí consagrados se respeta ni cumple en la práctica, José Martí quiso que la ley primera y fundamental de la república fuese el culto a la dignidad plena del hombre. La única ley que hoy rige es la arbitrariedad.



Nada ha revelado tan crudamente la verdadera naturaleza de este estado de cosas como lo ocurrido a Mario Kuchilán. Su concentrada y urticante sección en *Prensa Libre* es una de las más leídas en toda la Isla. Kuchilán no responde a criterios de partido, ni a resabios de capilla: es un periodista independiente, atento a los latidos de la conciencia popular. Era y es adversario del régimen; pero a cara descubierta. No se le podía callar con recaditos, ni comprar con prebendas. Entonces se urdió el “paquete” y se le acusó de estar conspirando. De ahí al brutal atentado de que iba a ser objeto mediaba un reducido trecho.

Ya todo el mundo sabe lo que aconteció mientras las estrellas bostezaban indiferentes en un cielo de vidrio. Mario Kuchilán fue secuestrado en su propia casa, esposado, vendido y cobardemente agredido en una solitaria carretera. Pretendían arrancarle a golpes, patadas y amenazas lo que Kuchilán ignoraba y todo el mundo ignora: el misterioso paradero del profesor universitario y ex-ministro de Educación doctor Aureliano Sánchez Arango. Concluida la fechoría, los autores se perdieron furtivamente en las tinieblas propicias de la impunidad y de la noche. Tirado en la cuneta, amarra-



das las manos y atados los pies, inconsciente y sangrante dejaban al popular redactor de *Babel*; pero con el coraje intacto y la pluma enhiesta.

Se explica la conmoción y la protesta. El hecho, por lo que significa y augura, es gravísimo. No se trata sólo de un aleroso atentado a la libertad de expresión. Se trata, ante todo, de una flagrante agresión a la seguridad de la ciudadanía y a la dignidad humana. A todos concierne y afecta por igual. Ahora es un destacado periodista la víctima; mañana puede ser un humilde hombre del pueblo. Se empieza así: la experiencia demuestra cómo se acaba.

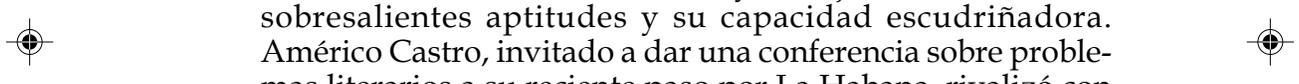
Las autoridades han prometido, una vez más, apurar la investigación hasta las últimas consecuencias y castigar a los responsables. No precisan, en rigor, esclarecimientos mayores. Cualquiera podría señalarlos. La marca de fábrica es inconfundible.

Tomado de Roa, Raúl: Viento Sur, Selecta, La Habana, 1953.





Vocación, palabra y ejemplo de José Gaos



El ciclo de disertaciones filosóficas ofrecido en nuestra Universidad el pasado verano por el profesor español y Rector de la Universidad Central de Madrid, José Gaos, la honra sobremedida. No es esta la primera vez que una autorizada voz extranjera se alza en sus aulas para iluminarlas con sus enseñanzas. Investigadores foráneos, de singular valimiento en sus respectivas disciplinas, han desfilado por ellas en estos últimos tiempos. No hace aún muchos meses que el filólogo Ramón Menéndez Pidal y el medioevalista Claudio Sánchez Albornoz mostraron, en sendos y trabajados cursillos, sus sobresalientes aptitudes y su capacidad escudriñadora. Américo Castro, invitado a dar una conferencia sobre problemas literarios a su reciente paso por La Habana, rivalizó con aquéllos en sapiencia y en rigor metódico. Y ahora mismo, José María Ots, historiador de Indias, y Luis Recasens, filósofo del Derecho, acaban de rendir una fértil faena. Ninguno, sin embargo, encarnando en su individualidad intelectual los valores éticos que el comentarista de Husserl. José Gaos, en efecto, por su condición de Rector de una Universidad ilustre agredida por la barbarie, se trasciende objetivamente a sí mismo y deviene símbolo vivo de las esencias más puras e insobornables de España y del espíritu humano. La Universidad de La Habana, al acoger cálidamente en su cátedra al Rector de la Universidad Central de Madrid, que es hoy, para la inteligencia responsable y la conciencia popular, la Universidad por antonomasia, ha sido, una vez más, leal a su historia y al ritmo del mundo. A Roberto Agramonte corresponde, en rigor, esta entrañada y memorable afirmación de fidelidad a causa de la cultura y de la justicia social, que es la causa que defiende actualmente, en el campo de batalla, con



quijotesco heroísmo y para todos los pueblos, el pueblo español.

Este reportaje improvisado no tiene otra aspiración que consignar alborozadamente tan levantada postura y dar una versión personal de las conferencias de Gaos y mi propia versión del conferenciante, de quien, sí me separa más de un criterio matriz en punto a Filosofía y en punto a Política, me vincula, en cambio, más allá de toda discrepancia el sustancial afán de una vida más bella, más noble, más espiritada y más justa. Yo, como Eckermann refiriéndose a Goethe, lo proclamo de entrada: “Este que aquí veo y transcribo, y cuyo pensamiento resumo, no es el Gaos de Gaos. Es mi Gaos”.

Instantánea al descuido

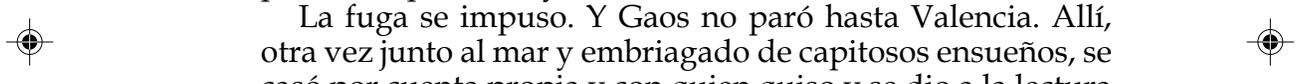
José Gaos tiene treinta y siete años y medio. Es irremediablemente calvo y usa lentes. Si no fuera por esa calvicie prematura y denunciadora de su fiero y oscuro batallar con los libros y esa madurez risueña que le trasuda del cristal de los espejuelos, Gaos daría la sensación refrescante de un estudiante en ejercicio y no precisamente de Filosofía. Da la impresión, de todas maneras, de un hombre ya metido hasta el tuétano en el barro hirviente y redentor de la vida. Es ágil, buido, cristalino, efusivo, parlero. Se advierte en seguida, y desde cualquier ángulo que lo enfoque la cámara, que la palabra oral es su modo vital de expresión. Escribe con elegancia, soltura y justeza. Pero la escritura no parece ser en él una actividad primaria de su vida intelectual. Ha escrito poco. Ha hablado mucho. Sus clases se prolongan casi siempre hasta el oscurecer. Se parece más a Sócrates que a Heidegger.

Gaos es asturiano. Tempranamente se le reveló la vocación filosófica. No tenía aún quince años y fue en primavera y bajo el sortilegio escolástico de Jaime Balmes. El *Curso Elemental de Filosofía* fue devorado sin tregua en la primera lectura. Al concluir la segunda, realizada con delectación morosa a la sombra fragante de unas vacaciones campestres, se había encontrado a sí mismo. Era, constitutivamente, un destinado a la Filosofía. Pero ahora se iniciaba para Gaos el tiempo de prueba. Dar con la vocación es siempre fácil. Serle fiel, abra-



zarla hasta sus últimas consecuencias —la cicuta o la hoguera— cuesta caro. Tan caro que, por lo general, se traiciona en los umbrales mismos de su posesión deslumbrante. Yo recuerdo, a este respecto, aquella frase profunda estampada a los trece años por Carlos Marx en un ejercicio de composición literaria: “No siempre podemos abrazar la carrera a la que nuestra vocación nos llama; la situación que ocupamos dentro de la sociedad empieza ya, en cierto modo, antes de que nosotros mismos podamos determinarla”.

La genealogía social de Gaos le salió, inmediatamente, al encuentro. Surgió la pugna. Otro, en análogo trance, se hubiera rendido. Gaos, no. Se debatió con irreductible denuedo. Y, al cabo, se salió con la suya. La burguesía había acaso perdido un honesto notario; pero la vocación se anotaba una hazaña y la cultura enriquecido su acervo. El triunfo insólito lo debía Gaos, en buena parte, a la sangre marinera del abuelo materno y a haber nacido en Gijón, donde el horizonte encrespado y los mástiles retadores incitan, violentamente, a la proeza responsable y a la aventura sin término.



La fuga se impuso. Y Gaos no paró hasta Valencia. Allí, otra vez junto al mar y embriagado de capitosos ensueños, se casó por cuenta propia y con quien quiso y se dio a la lectura sin norte y sin tasa. Tragaba libros enteros de la más varia calidad y contenido con la misma facilidad con que se ingiere una oblea. En un mes, se sopló todo Baroja sin que el hígado se le afectara. Muy pronto su abigarrada biblioteca le fue insoportablemente familiar y se adentró en las ajenas con voracidad de langosta. Más de una madrugada lo sorprendió inquiriendo tremulante, en un libro de lomo enlutado y repleto de citas, el sentido último de la vida. Las grandes interrogaciones —¿qué somos? ¿de qué estamos hechos? ¿a dónde vamos? ¿finalismo o causalidad? —empezaron a inquietar su vigilia. Pero, al par que reflexionaba y leía, forjaba versos estremecidos y de repujada factura y componía farsas teatrales para regalo propio y contento de sus amigos. Jamás, sin embargo, y por más que lo intentara, pudo estructurar una novela. Cuantas inició se le convirtieron, insensiblemente, en escenario. Fue aquella, no obstante, una experiencia profunda. Y de ella extrajo Gaos su convicción, ya definitiva-





mente cimentada, de que la literatura es una forma de la Filosofía. Nada tendría de inusitado, por eso, que su nombre apareciese rutilando cualquier noche en el pórtico de un gran teatro.

Cuando Gaos irrumpió en Madrid con sus veinte años desplegados como pabellones, iba, sin embargo, derechamente al naufragio. Se sentía, como nunca, llamado por su vocación nativa; pero no basta la pura fidelidad al propio destino para que éste destino florezca de plenitudes, como no le basta al marinero la pasión por el mar. Filósofos y marineros, si no quieren concluir mendigando un enchufe o en una taberna portuaria, han menester del compás y de la brújula.



Gaos tuvo la inmensa fortuna de encontrarlos a tiempo. Manuel García Morente y José Ortega Gaset le emproaron la vocación al garette y lo equiparon espléndidamente para la navegación de altura. Manuel B. Cossío fungió, en la conducta, de estrella polar. Por primera vez, Gaos estudió de verdad. La Filosofía no se rinde, como la Literatura, al primer galanteo. La Filosofía sólo se entrega, previo un noviazgo de prueba enguirnaldado de espinas, a los que se sienten capaces de cabalgarla en éxtasis toda la vida. El primer requiebro de Gaos fue una envolvente y amorosa mirada de conjunto a la evolución de las esencias; pero su *eros* filosófico fue sólo correspondido por el amargo deleite de la duda. La Filosofía, como la mujer, no se da nunca al primer requiebro. Ni al segundo. Hay que conquistarla, por el contrario, mediante una política —toda una política— demostrativa de que se es acreedor a merecerla. No se llega a poseer y saborear la intimidad de la Filosofía, como no se llega a saborear y poseer la intimidad de la mujer, sin antes padecer de insomnio y manguillarse el espíritu a golpes de pecho. El neokantismo le sirvió, así, a Gaos, de cilicio y almohada, durante un largo tramo del severo aprendizaje. Estudió lenguas clásicas y modernas extranjeras. Sobre el alemán se le entrecortó el resuello. Concluyó su carrera. Tradujo a Hegel con ejemplar pulcritud y registró luego a Husserl exhaustivamente. Más tarde a Heidegger. La Filosofía, asediada infatigablemente por amor tan disciplinado y enfebrecido, acabó por rendírsele a Gaos y ser suya. La declaratoria íntima de indisolubilidad del



vínculo coronó el himeneo. En sumario balance, el débito de Gaos puede resumirse de esta suerte: a García Morente y a Ortega y Gasset debía orientaciones raigales y los secretos de la técnica filosófica y al ejemplo vivo de Cossío un acusado sentido del deber y de la dignidad humana, que Gaos renueva, cotidianamente, a su claro recuerdo.

Gaos se vinculó, muy pronto, al profesorado. Se sentía urgido de diálogo y afanoso de ejemplarizar. Profesor primero en el Instituto de León, se incorporó en 1930 a la docencia universitaria desempeñando la cátedra de *Lógica y Epistemología*. En 1933 pasó a la Universidad Central de Madrid, enseñando, alternativamente, la *Introducción a la Filosofía* y la *Teoría y Didáctica de las Ciencias del Espíritu*.

Su labor en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid ha sido tan intensa como fecunda. Gaos no limitó su faena a la mera docencia. Al advenir la República, prestó su más decidido y diligente concurso a la magna tarea de reorganizar la Facultad y la enseñanza en general. Reorganizada aquella, se incorporaron a sus cuadros los más altos valores de la inteligencia española. La figura dominante de la Sección de Filosofía era José Ortega y Gasset. Y Gaos, con Xavier Zubiri, la cabeza más representativa de las nuevas promociones españolas vocadas al saber principal.

Entregado totalmente a su vocación, Gaos no tenía otra vida que la pura vida de las ideas, que es vida en la abstracción. Cumplida su función académica —comentario riguroso de textos y dilatado y travieso coloquio a la vuelta con la muchachada más inquieta y sensible— se refugiaba en su biblioteca a revivir, en sí mismo, la historia de la Filosofía contemporánea. En cada uno de sus grandes ciclos, creyó encontrar, palpitante y colmada, la verdad absoluta. La verdad absoluta no estaba en ninguno. Una angustia punzante le taladró hasta la médula. Y esta angustia, coincidente con su propia madurez biológica, se le fue cuajando, en imperceptible proceso, en decepción doctrinal y vital; pero, fiel a sus votos recientes, que formuló de por vida, y a aquella tarde soleada de su adolescencia cercana en que, sobre Balmes, se encontrara con su vocación auténtica, sufrió su desolación en silencio. Y si alguna vez se sintió desesperadamente urgi-



do de gritar al mundo su defraudación entrañable, siempre le contuvo el recuerdo primaveral de la esperanza fallida y la secreta esperanza del recuerdo logrado.

En esta coyuntura anímica, lo sorprendió la sublevación cavernaria de 1936. Estaba, a la sazón, en Santander, dictando un curso en su Universidad de verano. De allí saltó a Francia y de Francia regresó a España. Hubiera podido, como tantos, quedarse sabrosamente a salvo de todo riesgo en el extranjero, aguardando la hora oportuna de cobrar filiación. Pero su deber, como filósofo y como hombre estaba en España, en la España verdadera y única, en la España leal, y a esta España fue.

Designado Rector de la Universidad Central de Madrid, se puso sin dilación a la obra de custodiar y mantener encendido su espíritu. Trasladada provisoriamente a Valencia, el primer centro de cultura de España funcionó sin otros quebrantos y deficiencias que los inherentes al estado de guerra. Ni la invasión extranjera ni los monstruosos bombardeos aéreos de las ciudades y poblaciones sin objetivo militar alguno han podido romper el ritmo ascendente de la cultura española. España es hoy —caso impar en la historia— más culta que nunca. Y es más culta que nunca porque su destino histórico es también el destino de la cultura.

Cuando laboraba en la organización del nuevo curso académico, Gaos recibió, por conducto y a iniciativa del profesor Roberto Agramonte, un cablegrama de la Universidad de La Habana invitándole a dispensar en su seno un ciclo de conferencias. De momento, se negó abiertamente. No le parecía decoroso abandonar su país en trance tan decisivo como el que vive. Convencido después por voces amigas y por su propia conciencia y autorizado por el Gobierno de la República, José Gaos embarcó rumbo a Cuba, comido por el doble tormento de la guerra española y de la decepción filosófica.

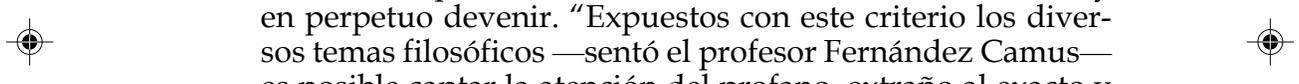
De la Filosofía del Derecho a la Filosofía de la Filosofía

El temario de las conferencias de Gaos, inserto en la prensa varios días antes de su llegada, concitó un interés vivísimo en la zona más preocupada de nuestra juventud universita-



ria y, particularmente, en los que acababan de asistir al curso de Filosofía del Derecho del profesor Emilio Fernández Camus. Era la primera vez que tan fundamental disciplina se explicaba condignamente en nuestra Universidad. El profesor Fernández Camus traía al alto empeño, no sólo su inusitada aptitud para transmitir lo que sabe, sino, también, su maduro dominio de la materia, ya subrayado y encarecido por Kelsen, Radbruch, Kisch y Recasens.

La lección inaugural de este curso, que versó sobre la Filosofía y el Renacimiento, fue, sin duda, una lección magistral en el más legítimo sentido del vocablo. Baste consignar, de pasada, que el profesor Fernández Camus supera victoriosamente la mera postura especulativa, que se traduce, por lo común, en una adhesión histórica al mundo de los valores cristalizados. El profesor Fernández Camus, apoyándose sólidamente en el método hegeliano, que, no obstante su raíz teológica, contiene ya los elementos sustanciales de una concepción dialéctica de la naturaleza y de la historia, asigna al estudio del pensamiento filosófico una función creadora y en perpetuo devenir. “Expuestos con este criterio los diversos temas filosóficos —sentó el profesor Fernández Camus— es posible captar la atención del profano, extraño al exacto y certero conocimiento de los contenidos particularizados de la ciencia. Siguiendo esta vía podemos despertarle una sensación fervorosa al presentar el trayecto del movimiento filosófico, que se nos revela en toda sus manifestaciones como un proceso en perenne renovación, como un fluir de verdades y errores, cuyo fin no podemos predecir ni señalar”. Esta concepción esencialmente dinámica del estudio de la historia de la Filosofía le permitió ofrecer en esta lección inaugural del curso —introducción indispensable al análisis crítico de los temas centrales de la Filosofía del Derecho— un trazo iluminado y en muchos aspectos personalísimo de la época histórica que abarca, especialmente cuando centró su inquieta pupila en el examen de la Filosofía del Renacimiento. Fue una conferencia jugosa de atisbos y cargada de sugerencias. El pensamiento renacentista conservó, a lo largo de ella, esa frescura de alba que parece consustancial a toda época nueva en la historia.





Las conferencias de Gaos renovaron en los oyentes de Fernández Camus la apetencia filosófica despertada al calor de su palabra culta y vivaz. Y ni uno solo faltó a las lecciones del insigne profesor español. Parejo fenómeno se operó en los discípulos más avisados de Roberto Agramonte, que también señorea en las disciplinas que profesa.

Presentación y presencia de Gaos

Una concurrencia nutrida y radicalmente heterogénea desbordaba el amplio Anfiteatro de la Escuela de Pedagogía la noche en que el profesor José Gaos inició su faena. El acto, que señala, sin duda, una fecha crucial en nuestra historia universitaria, fue presidido y abierto por el Rector, Dr. José Manuel Cadenas, junto al cual tomaron asiento el representante diplomático de la República española, Ingeniero Carlos Montilla, el Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, Dr. Evelio Rodríguez Lendián y el Dr. Roberto Agramonte. En primera fila, envuelto dramáticamente en su propio silencio, la mirada encendida y la atención alerta, Juan Ramón Jiménez, el poeta de más puro y personal acento de la España contemporánea y ejemplo vivo de sensibilidad civil y de consecuencia política.

Tocole a Roberto Agramonte, por su condición de profesor de Filosofía, presentar a su ilustre colega. En palabras sobrias y precisas, que a continuación reproduzco, cumplió su cometido el profesor Agramonte, trazando un admirable perfil del conferenciante y ofreciéndole emocionado la solidaridad fraternal de los universitarios cubanos:

La Universidad de La Habana, y particularmente la Facultad de Filosofía y Letras —empezó diciendo Agramonte—, se honran, en la noche de hoy, al recibir en esta casa de la *scientia scientiarum* al insigne profesor, filósofo y Rector de la Universidad Central de Madrid, José Gaos.

Puedo decir, sin reservas mentales, que el ciclo de conferencias que hoy inauguramos constituye uno de los sucesos académicos más cualificados del presente curso universitario. Y me encuentro satisfecho de haber interpretado con justeza los deseos del señor Rector de cerrar este curso con



“broche de oro”, al solicitar del profesor Gaos que pospusiese deberes imperiosos de su patria, a fin de que dictase en la Universidad cubana un curso medular de Filosofía.

La significación de este curso que el profesor Gaos ha titulado sugestivamente *Filosofía de la Filosofía* debe ser precisada. Cuba es, quizá, uno de los países de América que tienen una tradición filosófica. En todo momento las actitudes filosóficas que han mantenido nuestros maestros de la Filosofía, nuestros pensadores, han sido una sensible interpretación de los acontecimientos históricos de su época. En este sentido hay entre nosotros una sociología del saber filosófico. Evoquemos la significación del Padre Varela, reaccionando contra el escolasticismo tomista en el Colegio de San Carlos, con aquella proposición que dice: *in humano vero ratio et experientia sunt unicé veritatis acquirenda media*, en lo humano la razón y la experiencia son los únicos medios de alcanzar la verdad. Recordemos a aquel mentor de la generación de 1868, que fue Don Pepe de la Luz, quien fue recibido en 1829 por Walter Scott, con estas palabras: “¿Con cuál de los sabios de Europa tengo el honor de hablar?” Pensemos en el ímpetu con que Varona derrocó las enseñanzas del krausismo, y alentó el estudio del positivismo y del evolucionismo, para llegar a una filosofía de la experiencia de la vida, a una filosofía existencial.

Y he aquí la magnífica oportunidad y significación en la historia de nuestras ideas del curso del profesor Gaos, que nos va a llenar la laguna de la etapa del neokantismo. Gaos no quiere, como querían los escolásticos, enseñar la Filosofía sino filosofar. Gaos no va a exponer meramente las ideas filosóficas predominantes en las diversas épocas; va a decirnos cual ha sido su experiencia, y la de su generación, después de haber vivido muchos años en la atmósfera del neokantismo y de la fenomenología, en qué sentido esto ha sido útil y en qué sentido es preciso rectificar. Gaos no concibe al filósofo como una polilla de biblioteca, sin contacto alguno con la realidad de la vida, sino como un ente soberbio y lleno de voluntad de dominio que trata de domeñar las cuestiones últimas y fundamentales de la existencia. En el inicio de la *Metafísica* de Aristóteles se lee que



“todos los hombres se empeñan por naturaleza en conocer”. ¿Pero el conocer es un efecto del hacer o el hacer un efecto de conocer? He aquí una cuestión sobre la cual discurrirá Gaos en una de sus conferencias con singular maestría y sapiencia.

La personalidad de Gaos es suficientemente conocida por todos los que están al día en el movimiento de ideas de nuestra época. Puede dividirse en tres partes: la del pensador, la del maestro y organizador docente y la del traductor. En la formación filosófica de Gaos han contribuido tres personalidades decisivas: la de Ortega y Gasset, filósofo original y persuasivo, la de García Morente, el conocido traductor de Kant y Spengler, y la de Cossío, como arquetipo humano. Su labor central ha sido la de analizar y vivir la Filosofía contemporánea extranjera, especialmente la alemana, y particularmente, la fenomenológica.

Nacido en Gijón en el año 1900 —es quizá el Rector más joven del mundo— fue profesor del Instituto de León de 1928 a 1930, y de *Lógica y Epistemología* de la Universidad de Zaragoza de 1930 a 1933. En Madrid desempeñó la cátedra de *Introducción a la Filosofía* y enseñó la *Teoría* y la *Didáctica de las Ciencias del Espíritu*.

Su labor como organizador docente ha sido admirable. Confeccionó una ponencia reorganizando la Instrucción Pública de la República española y ha contribuido de modo decisivo en la formación del magisterio secundario, orientando los cursos de perfeccionamiento y profesando él mismo en Madrid cursos como el titulado *Relaciones entre la Filosofía y la Literatura*, que es un ejemplo de colaboración entre cátedras disímiles, cosa puesta en práctica últimamente.

Su labor en la Facultad de Filosofía de Madrid ha sido constructiva y dinámica. Ha trabajado en colaboración con Ortega y Gasset, cuyos últimos cursos los ha dedicado a la exposición, en forma sistemática, de su filosofía de la razón vital; con Xavier Zubiri, profesor que enseña con una técnica rigurosa y exclusiva; con Morente, redactor principal del Estatuto de la Facultad, constructor de su edificio y expositor sin igual; y con Luis Recasens, profesor de Filosofía del Derecho y de Teoría del Estado.



Por otra parte, Gaos se ha anotado singulares triunfos como disertante en los cursos de verano de la Universidad de Santander.

Entre las contribuciones más destacadas del profesor Gaos al acervo filosófico debemos citar su tesis sobre Husserl, su *Comentario a las Investigaciones Lógicas* de Husserl y sobre las *Meditaciones Cartesianas* (aún inédito) y sus *Cursos sobre la Filosofía en el Siglo XIX*, que han sido publicados en resumen. En su estudio sobre *La Filosofía de Maimonides* aborda muy interesantes problemas en relación con los judíos. En su trabajo *Iniciación a la Filosofía* desarrolla los tópicos contenidos en el subtítulo de esta obra, a saber, “los problemas de la Filosofía desde el punto de vista de las formas de la enseñanza”.

Como traductor nos basta con un solo dato. Gaos ha traducido doce mil páginas del alemán, entre las cuales basta, para asegurarle un sólido prestigio, la regia traducción de las *Investigaciones Lógicas* de Husserl, las *Lecciones sobre Filosofía de la Historia Universal* de Hegel, la de la *Sociología del Saber* de Max Scheler, y la de los *Caracteres de la Edad Contemporánea* de Fichte. Además, es el director de la serie de *Textos Filosóficos*, entre los cuales citamos el *Discurso sobre el Espíritu Positivo* de Comte, y de los cuales ha traducido la *Teoría de la Ciencia* de Fichte.

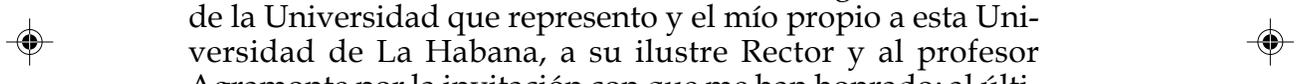
Como organizador de este curso deseo vivamente que la juventud cubana ávida de saber, ávida de precisar su posición en este cosmos caótico que es la actualidad, se aproveche de la sabiduría y dinamismo del profesor Gaos. La Filosofía siempre es difícil, pero a su vez es de una absoluta claridad. Gaos no ha venido a La Habana en viaje turístico, sino a dejar la impronta de su saber filosófico y de su eficacia de maestro. A este fin él no ha escatimado en trabajar, él desea trabajar con nuestros discípulos, desea ponerse en contacto con ellos, conversar. A este fin, a la labor de las seis conferencias públicas, ya anunciadas, se añade, la de tres seminarios de dos horas cada uno a base de las disertaciones. Por otra parte, a petición mía, el profesor Gaos dedicará dos seminarios o conversaciones sobre Lógica a los profesores de Institutos y Escuelas Normales que quieran perfeccionar sus conocimientos en esta disciplina que hoy ha caído bajo el campo de la Lógica Matemática, con lo cual la Facultad de



Filosofía y Letras da cumplimiento, a una de sus finalidades propia, que es la de aumentar el caudal del saber del profesorado secundario.

Profesor Gaos: perdonad mis dilatadas palabras ante este selecto auditorio que está impaciente por escuchar vuestra voz autorizada. No sienta usted, en nuestra ciudad universitaria la nostalgia de la grandeza y ruina de la ciudad universitaria de Madrid. Los universitarios cubanos le reciben a usted como hermano y ven en usted a uno de los representantes más genuinos de la España culta y civilizada, a uno que, por el ejemplo de su conducta, sigue la máxima del filósofo español: "Vivid de tal modo que morir sea para vosotros una suprema injusticia".

El Rector de la Universidad Central de Madrid, con visible emoción, se levantó de su asiento, entre un cálido y envolvente abrazo de aplausos. Y con voz grave y segura pronunció estas palabras estremecidas que suscitaron resonancias gemelas en los presentes:



Permítanme ustedes, ante todo, decir el agradecimiento de la Universidad que represento y el mío propio a esta Universidad de La Habana, a su ilustre Rector y al profesor Agramonte por la invitación con que me han honrado; al último también por las palabras tan excesivas, en su afectuosidad, con que acaba de recibirme esta cátedra. Una invitación como la que esta Universidad me ha hecho siempre hubiera sido un alto honor para la Universidad que represento y para mí personalmente. Pero hecha, precisamente, en la coyuntura actual del mundo y, en particular, de mi patria española, merece una duplicada gratitud porque tiene, sin duda, una doble significación. Es, desde luego, una muestra de solidaridad fraternal con los colegas españoles en esta hora dramática de nuestra existencia como la de todos nuestros compatriotas; pero es también, seguramente, una manifestación de fe en el destino inmediato y eterno del pueblo español y de las orientaciones e instituciones políticas y culturales que él, él exclusivamente, espontáneamente, en revelación de su genio y uso de su albedrío, ha querido darse y pueda querer darse. Si aquella primera muestra de solidaridad nos toca a los universitarios objetos de ella en lo más vivo de





nuestra intimidad, esta otra manifestación de fe repercute entrañablemente en todo nuestro ser de españoles. Gracias, pues, sin más impotentes palabras. Y ahora, no cumplido este deber de cortesía y agradecimiento, sino habiendo dado suelta, simplemente, a esta expresión de sentimiento cordial, voy a entrar en el desarrollo de las conferencias que me propongo hacer víctimas a ustedes, con filosófica crueldad, contando de antemano con que ustedes asienten gentilmente a su propio sacrificio.

Vivir es convivir

Mientras proyecta una mirada entre risueña y diabólica sobre el auditorio tenso, Gaos baraja unas cuartillas con prestidigitadora destreza. Se siente tan dueño de sí como del saber principal. Y sabe lo que se trae entre manos. Un extraño papel le brota súbitamente de éstas y procede a leerlo:

La Filosofía es ciertamente encantadora, Sócrates, cuando alguien se da a ella mesuradamente en la juventud; pero si se cultiva más allá de lo debido es la perdición de los hombres. Por muy bien dotado naturalmente que esté un hombre, si continúa filosofando después de la juventud, es forzoso que se vuelva ignorante de todas aquellas cosas que es menester sepa el hombre que haya de llegar a ser un hombre cabal y considerado: se vuelve ignorante de la ley de la Ciudad, de las palabras de que hace falta servirse al hablar a los demás en los asuntos públicos y privados, de los placeres y pasiones propios de los hombres, en suma, se vuelve ignorante absolutamente de todas las cosas humanas.

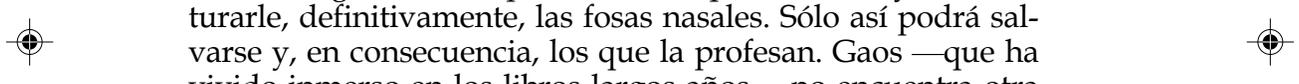
Acercarse a la Filosofía en la medida en que contribuya a la educación, está bien: no le está mal, al que es un muchacho, filosofar. Pero desde que un hombre ya mayor sigue filosofando, la cosa se vuelve ridícula, Sócrates.

En un muchacho joven me place el espectáculo de la Filosofía; me parece adecuado; estimo que tal es un hombre digno; que el que no filosofa no es un hombre digno, ni jamás llegará a ser capaz de ninguna acción bella y grande. Pero la ver-



dad es que cuando veo a un hombre mayor seguir filosofando sin cesar, me parece que este hombre, Sócrates, le está haciendo falta una buena tanda de palos.

(Palabras de Calicles en el *Gorgias* de Platón.)



Filosofía de la Filosofía rotula Gaos este ciclo de disertaciones. Rótulo, en verdad, sugestivo. Acaso —comenta— pueda haber sorprendido a algunos y hasta alarmado a otros. No se trata, empero, de un fascinante juego de palabras. Responde, por el contrario, a un imperativo irrenunciable. Desde los presocráticos hasta hoy, la Filosofía se ha impuesto ella misma la obligación específica de aprehender y explicar la esencia de las cosas. Ha llegado, pues, la hora en que la Filosofía debe explicarse a sí misma, en que debe justificar, a voz plena, su derecho a la vida en la vida misma, de enmaridarse entrañablemente con ella, sacudiéndose, de una vez para siempre, de esa mugre de conceptos estáticos que amenaza ya con obturarle, definitivamente, las fosas nasales. Sólo así podrá salvarse y, en consecuencia, los que la profesan. Gaos —que ha vivido inmerso en los libros largos años— no encuentra otra vía de salvación que esa para la Filosofía. No lo dice todavía concretamente; pero, al fin, lo dirá, lo tendrá que decir, como balance positivo de su personal experiencia, que es, en rigor, la experiencia de toda una generación y la de todos los que, a tiempo, supieron sacar el pescuezo, por la ventana de la biblioteca empolvada, al claror trémulo de las estrellas.

La formulación de la *Filosofía de la Filosofía* requiere una forma particular de expresión y una técnica adecuada. Las recetas al uso conducirían a soluciones falaces. La técnica más idónea que puede utilizarse al efecto es el encuentro del filósofo consigo mismo y su autorreflexión del hallazgo. Y Gaos se adentra así, sin reservas ni vacilaciones, en el cogollo de su intimidad más íntima y en su vida pasada, escudriñándose con una sinceridad profundamente dramática. Estamos, pues, otra vez, frente a un filósofo que se desnuda. Pero nunca, como ahora, la autoconfesión, la autobiografía, alcanzó categoría tan alta.



Un filósofo por fuera no ofrece, usualmente, más interés que el vecino de al lado. A veces menos. Mas, ¿qué es la Filosofía? ¿Cómo es por dentro un filósofo? ¿Cómo vive y para qué vive? ¿Por qué, en suma, se entrega de por vida a los libros con pasión digna de mejor suerte?

La Filosofía ha sido definida, desde Thales de Mileto hasta Carlos Jaspers, de mil modos y maneras, inmediata o mediatamente condicionados por el grado de desarrollo del pensamiento humano y de las relaciones sociales de producción preponderantes. Sabiduría y Filosofía fueron términos equivalentes en los primeros filósofos griegos. Pitágoras y los pitagóricos deslindaron, nítidamente, los ámbitos: Sabiduría es posesión plena del conocimiento, Filosofía es amor al conocimiento, amor a la Sabiduría. Concebida como método de enseñanza, esclarecedor y polémico, por los sofistas —maestros de sabiduría— para Sócrates, su histórico antagonista, la Filosofía era “la ciencia de la virtud”. Platón, su iluminado discípulo, la definió, por el contrario, como el “conocimiento de las esencias eternas, de las ideas metafísicas, del ser en tanto que ser”. Epicteto, el esclavo, que aventajó al emperador Marco Aurelio en independencia mental y en limpieza de espíritu, sostuvo que la Filosofía “nos enseña de dónde venimos, quién nos ha creado y a permanecer firmes en el sitio donde nos han puesto los dioses”. Santo Tomás, cuya potencia mental enalteció la Escolástica, reitera, sin embargo, al estagirita. Francis Bacon, en el pórtico de un mundo nuevo, gestado en la panza tenebrosa del régimen medioeval, definió la Filosofía como “el conjunto de los axiomas comunes a todas las ciencias”. Descartes, en su *Discurso del Método*, que representa para la razón burguesa, según el juicio certero de José Antonio Portuondo, lo que el *Manifiesto Comunista* para la razón proletaria, afirma transponiendo a Aristóteles, que la Filosofía es “el conocimiento de la verdad por las primeras causas”. Y mientras para Emmanuel Kant la Filosofía “no es una ciencia formada, sino una ciencia posible, que no es dada en ninguna parte en forma concreta”, Fichte la proclama, orgullosamente, “ciencia de las ciencias”. David Hume, como antes John Locke, desembarazados de la metafísica tradicional sin superar, por eso, la metafísica, asig-



nan a la Filosofía un objetivo antropológico: el conocimiento del hombre y de lo humano. Hegel, que hechizó a Europa con su pujanza formal, le propuso como meta a la Filosofía, en flagrante contradicción con su teoría del devenir, la realización sinfónica del Espíritu Absoluto. Ludwig Andrés Feuerbach, que fue la cabeza rectora de la izquierda hegeliana, subvirtió la magna concepción idealista del filósofo de Jena, postulando que “la naturaleza y el hombre, y no la idea, deben constituir el fundamento de la Filosofía, porque toda especulación hecha fuera de la realidad inmediata y del hombre concreto no es más que una vana especulación”. Carlos Marx y Federico Engels, enderezando bizarramente la dialéctica hegeliana y asumiendo como punto gnoseológico de arranque la teoría del conocimiento formulada por Feuerbach, definieron la Filosofía como un instrumento de reorganización de la sociedad y de interpretación del cosmos sobre bases estrictamente científicas. Enrique Bergson, en los albores de la actual centuria, dio a la Filosofía la tarea de aprehender la vida y su sentido mediante la intuición. Edmund Husserl, el fenomenólogo y los existencialistas —que inauguran una memorable y aún no clausurada polémica contra el origen empírico de lo *apriori* mantenido por el positivismo— en un gesto de suprema soberbia, alumbraron al mundo un método nuevo e impusieron a la Filosofía la misión de “satisfacer las irremediables aspiraciones de la humanidad a un conocimiento puro y absoluto, un conocimiento absolutamente universal, por una justificación absolutamente última”. Según Dilthey, el objeto de la Filosofía consiste en “comprender, reviviéndola con una experiencia íntima, la vida del espíritu en su evolución histórica”. Hessen define la Filosofía, por último, como “un intento del espíritu humano para llegar a una concepción del universo mediante la autorreflexión sobre sus funciones valorativas, teóricas y prácticas”.

¿Qué es, pues, la Filosofía? ¿Es, puede ser, todo eso, a la vez? A José Gaos no le preocupa, en esta ocasión, lo que la Filosofía haya sido o sea para otros. Estrictamente ceñido a las cuestiones que plantea la cuestión de la *Filosofía de la Filosofía*, el profesor español trasciende, sin rozarla apenas, la problemática de las definiciones y se contrae a penetrar la



esencia de lo que la Filosofía fue para él y sus camaradas de promoción en cada uno de los ciclos vividos.

La vocación filosófica —que vive larvada en la zona más inconsciente de uno para revelarse mesiánicamente— se encuentra a sí misma con un afán de saber principal. Este afán de saber principal, apenas se corporiza, demanda un medio específico de existencia. La vida filosófica es una vida esencialmente abstracta. El filósofo es, por eso, un hombre aparte. Y no a la manera de Erasmo, que supo siempre arrimar su sardina a la brasa. Hombre aparte, en el genuino sentido del vocablo, es aquel que vive en radical abstracción del mundo objetivo, del mundo temporal e histórico, del mundo verdadero. Un cuarto de atmósfera enrarecida y una montaña de libros: he ahí la cárcel estrecha —mejor la necrópolis— en que discurre voluntariamente la existencia del filósofo. De afuera suben hasta su ventana tapiada, risas ingenuas y llamamientos desesperados, fragancias y lágrimas. El filósofo no se percató de ello. Ni podría percatarse aun cuando tuviera la ventana abierta de par en par. Inclinado sobre los textos venerables, está apuntando en la tarjeta cómplice sus reflexiones sobre la *cosa en sí*. Esa es su vida, y lo que es más grave todavía en un hombre que intenta condensarla presuntuosamente en sistemas, toda la vida para él.

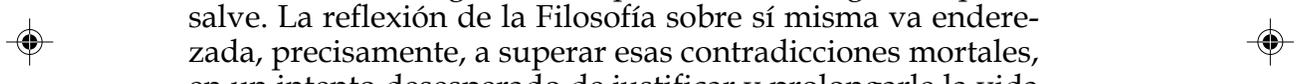
Pero la vida, por fortuna, no es eso. Ni tampoco las varias definiciones que sobre su esencia se han dado con solemnidad merecedora, a veces, de una higiénica trompetilla. Vivir —afirma Gaos, que está ya viviendo la vida— es convivir. Y advierte en seguida: en la partícula *con* es donde radica la sustancia misma de la vida, que se compone de situaciones sucesivas y distintas. El profesor español se detiene aquí un instante y nos da, en movida teoría de imágenes, su visión de la vida contemporánea, fijando las que, a su juicio, son sus características centrales. No le convence la técnica. Y concluye por patentizar su repulsa al exhibicionismo y al politicismo excesivo, añorando, patéticamente, los divanes hondos, tan propicios al descanso muelle y a la meditación serena y larga.

Vivir —repite— es convivir. Convivir con las cosas y con los seres. Los libros tienen, sin duda, una función instrumental trascendente. Negarlo sería estúpido. Sería ponerse al ni-



vel de las botas de Hitler, que los quema por temor a la fuerza expansiva de las ideas redentoras que algunos contienen. Lo que es monstruoso es enfeudar la vida a los libros. La vida —puntualiza Gaos— es algo más que leer y escribir. La vida está fuera de los libros. Y arremetiendo sin contemplaciones contra la bibliocracia dominante hoy en el mundo insta a los jóvenes que lo escuchan a que vivan primero y lean después. El horizonte de la vida no es el horizonte de los libros. Vivir es convivir.

El mundo mágico de las ideas



La Filosofía —comenzó diciendo el profesor español tras un sumario recuento de los puntos cardinales de su conferencia anterior— vive una hora dramática, una hora esencialmente crítica, determinada, en rigor, por ciertas contradicciones hasta ahora no resueltas que le están minando la existencia. Es un proceso patológico que la conducirá, sin remisión, a la muerte, si antes no surge una terapéutica de emergencia que la salve. La reflexión de la Filosofía sobre sí misma va enderezada, precisamente, a superar esas contradicciones mortales, en un intento desesperado de justificar y prolongarle la vida a una forma radical del pensamiento que agoniza oscuramente entre las cuatro paredes de una biblioteca sellada, en un intento supremo de salvarse y salvar la vocación.

La autobiografía se reanuda y Gaos deviene otra vez, merced al procedimiento, sujeto angustiado del drama silencioso y terrible de la Filosofía. Ya sabemos el tipo de vida que el filósofo lleva en el habitáculo sin sol de su biblioteca: una vida que, sustantivamente, nada tiene que ver con la vida. Mas, ¿qué hace el filósofo, qué han hecho hasta ahora el filósofo de biblioteca —espécimen nuevo en la evolución de la cultura— en la penumbra enrarecida que le circunda y es su atmósfera habitual? No hace otra cosa que historia de la Filosofía. Y eso —historia de la Filosofía— es lo que ha hecho él y todos cuantos se han entregado al estudio de las esencias. Las cátedras varias que versan sobre Filosofía no hacen tampoco otra cosa que historiarla. En una palabra: aprendices de filósofos o filósofos ya cuajados se concretan a hablar por boca



de clásicos, en función exclusiva de un pensador anterior. Y esto acontece, para Gaos, a virtud de la tendencia historicista que tiñe y singulariza el pensamiento y la vida modernos.

Urge, empero, fijar la acepción que el profesor español da al término histórico. No es, desde luego, ninguna de las que confieren a un hecho la condición de tal por estar inserto en el pasado, en la historia general o por erguirse, con perfiles propios, en el undivago fluir de los aconteceres. Para Gaos, somos históricos en el sentido de que poseemos una conciencia peculiar. Esta conciencia histórica —precisa advertirlo— no ha existido siempre. Fue el hombre de la Edad Media quien se sintió y se supo, por primera vez, distinto de otro hombre y de otra cultura. El hombre clásico, por el contrario, careció de conciencia histórica. Y no podía ser de otra manera. La cultura griega era una cultura primaria. No hubo una cultura maestra de la griega. El hombre moderno se caracteriza, en cambio, por tener una conciencia histórica ya madura. Nuestra cultura es una cultura superpuesta a la medioeval y a la antigua y, como aquellas, transitoria. Un eslabón de las que han sido y serán. (Los manes de Juan Bautista Vico y la sombra prusiana de Oswald Spengler asomaron una milésima de segundo a los espejuelos de Gaos.)

La historicidad del hombre le viene de que no es naturaleza inmutable. La sustancia del hombre es el tiempo. Estamos hecho de tiempo. En consecuencia, somos lo que hacemos en cada momento. Pero el tiempo no es una categoría eterna. El tiempo no puede concebirse sin límites. Tiempo implica, necesariamente, finitud. Por eso, la vida —concluye el pensador español— es urgencia en función e instancia del tiempo.

Leer, leer, leer: he ahí lo que el filósofo hace en su biblioteca. ¿Y por qué lee así el filósofo? Lee para reconstruir y vivir en sí mismo la historia de la Filosofía. Como sus compañeros de generación intelectual, Gaos ha vivido diferentes etapas en este proceso. Cuando ellos se vocaron a la Filosofía, se iniciaba en el mundo del pensamiento una reacción radical contra el positivismo imperante que se tradujo en una vuelta a Kant. Se restauraba, en suma, la monarquía absoluta del idealismo alemán, puesta bajo la advocación ceñuda del método crítico o trascendental. Esta regia concepción filosó-



fica traía un mundo nuevo que mostrar a los hombres. El mundo se componía, en efecto, de muchas más zonas de las que el hombre ingenuo podría sospechar. El hombre ingenuo no logra trascender casi nunca la provincia dominada por lo físico. Hay, sin embargo, otro mundo más vasto que este mundo puramente físico y que el mundo trascendente constelado de ángeles: el universo interior, sustancialmente distinto a los otros, de contenido y fisonomía específicos. Se imponía, por ende, caracterizarlo, diferenciarlo del mundo concéntrico de la naturaleza. Las cosas del mundo físico son objetos y las del mundo interior no son, no pueden ser objetos, pero tienen objeto. El ejemplo gráfico primero y el cuadro objetivo en el encerado después esclarecieron luminosamente el concepto.

Mundo nuevo, mundo deslumbrador, mundo maravilloso, que se abría, como enjoyado abanico, a la pupila cansada de la experiencia rampante. Mundo de las ideas, mundo de las cosas ideales, mundo cristal. La naturaleza y función de cristal —define el profesor español— es proyectar nuestra vista más allá de lo que sobre él se encuentra, que se nos hace visible mediante un puro esfuerzo de acomodación. Mundo mágico, donde las ideas son más importantes que las cosas, donde las ideas priman y se contemplan desinteresadamente. Y en seguida unas palabras ceñidísimas y aladas sobre el mundo metafísico, donde las ideas tienen un sujeto que las aloja, un sujeto intemporal, omnipresente, ubicuo. Pero, como el tiempo es finito, Gaos se ve compelido a truncar su disertación sin haber podido despachar el clásico argumento de San Agustín.

La muerte en soledad

Como en su conferencia anterior se vio precisado a yugularle violentamente la vida al mundo mágico de las ideas, Gaos juzga imprescindible resucitarlo un instante y proyectar sobre sus batientes difuminados un haz de esclarecimientos explícitos. La Filosofía, por otra parte, es un continuo volver sobre lo mismo. No acontece así en las ciencias, que poseen una estructura lineal. La estructura radiada o cíclica de la Fi-



losofía permite y hasta impone el *corsi e ricorsi*. Nunca la primera palabra alcanza su plenitud hasta que no es proferida la última.

Estamos, pues otra vez, en el habitáculo sin sol del filósofo, reconstruyendo dramáticamente la historia de la Filosofía. Y ante nosotros se devela de súbito, al conjuro del pensador español, la refulgencia embrujada del mundo ideal, donde los objetos son inespaciales, omnipotentes, ubicuos, donde el triángulo es siempre igual a sí mismo: mundo que demanda la contemplación desinteresada, como un cielo reverberante de astros. Aristocles —apellidado Platón en el Registro Civil de la Filosofía— sube sigilosamente al primer plano de la conciencia: “Las ideas están presentes en las cosas, las cosas imitan a las ideas, las cosas participan de las ideas”. Y en seguida Gaos, con sabio exorcismo, devela otra túnica del misterio y brota con claridad específica la región ideal de los valores como mundo de realidades. El oyente avisado se fuga a los anaqueles del subconciencia y extrae, jubiloso, una página de Ortega y Gasset, ese gran tenor castellano de las esencias tudescas.

¿Qué son los valores? ¿Cuáles son los valores? Y ante los circunstantes absortos desfilan, en ideal hermandad, la Belleza, la Santidad, la Bondad, el Heroísmo... (Presencia iluminada de la Venus de Milo, de Francisco de Asís, de Giner de los Ríos, del no pasarán madrileño y del morir generoso en Castellón de la Plana.)

Los valores son inespaciales y ofrecen, como acusada característica, la bipolaridad y la jerquía. Los valores son las únicas cosas que se nos presentan en parejas encontradas y conforme a rigurosa prelación. Y es necesario aprehenderlos por actos de estimación o preferencia, por actos que Max Scheler denomina, en su léxico personalísimo, *intuiciones emocionales*. Los valores reclaman una postura concreta: la indiferencia no cabe ante ellos. Hay, no obstante, una limitación constitutiva para aprehender los valores. Un contemporáneo de Heráclito estaba imposibilitado de raíz para entender y gozar la humildad. El cristiano, por el contrario, es el primero que la siente y la explica y ofrece, por ende, su mejilla izquierda al que le abofetea la derecha. El hombre actual, a



su vez, ha perdido la noción y el sentido de la castidad. La interpenetración de los sexos contrarios es la unidad superior en la dialéctica de la naturaleza humana.

Este mundo mágico de las ideas y de los valores, es la droga celeste que la primera etapa de su vivir filosófico brindó al disertante y a sus compañeros de generación. Y viven así largo tiempo abstraídos. Mas, ¿abstraídos en qué? Nada menos que en ésto: en el descubrimiento y posesión de las ideas y de los valores y en su contemplación desinteresada. Era, sin duda, el disfrute plenario del afán filosófico. Embriagados de esencias, participaban al fin de la beatitud suma, cuyo goce entrañable implicaba el ascetismo como condición inexcusable. La Filosofía concluía así dentro de su cárcel estrecha, a espaldas de la humana agonía, en un acto de serena moderación.

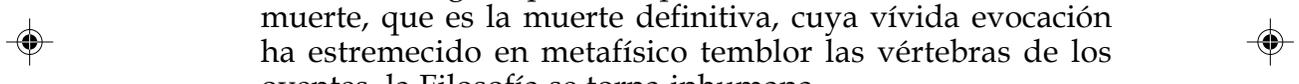
No duró largo tiempo esta abstracción trascendente. Acaso un quinquenio. Acaso más. Una nueva Filosofía suplantó a la anterior. La magnífica visión pluralista se resolvió en una reducción del mundo a objetos. Objetos y actos: he aquí la constatación inicial de esta desolada inversión. Las cosas se constituyen objetos cuando el sujeto toma la actitud adecuada, que se formula, técnicamente, como la actitud objetivadora. Y esta es, sin duda, una actitud compleja. Afecta a la mente, es distanciadora, unitilitaria, abandona las cosas para contemplarlas. Es una actitud que no ha existido siempre. Tiene data y fecha precisa. A los griegos cabe la gloria y la miseria de haber asumido, por primera vez, esta actitud objetivadora, contemplativa, teórica.

Pero es sólo el afán de *principialiad* —subraya el conferenciante—, es sólo el afán de *apriori* el que procura el saber salvador. Y este saber salvador se logra ahora, únicamente, mediante, la abstracción radical, sólo cuando se posee —expresión terrorífica— la conciencia de la conciencia. Estamos ya rozando la soledad radical. Y por ello un ritmo de angustia se apodera del acento de Gaos y se extiende a la concurrencia, concretándose en un presentimiento confuso. El filósofo, circundado de libros, roído por un morbo fatal, se va enajenando de todo hasta quedarse solo y solitario con lo absoluto inalienable, que es la razón.



La razón: he ahí el aparato infernal que lo lleva a gravitar sobre sí y a que todo lo demás gravite sobre su propia autogravitación. La razón es lo único inalienable. Es la sombra que no podemos saltar. Y allí queda el filósofo, en su atmósfera enrarecida, con la ventana tapiada, con su horizonte de libros, sólo con la razón de su razón. Está solo de sí mismo, que es la abstracción radical. Humanidad —precisa el pensador español— es convivencia. Vivir es convivir. Pero en la abstracción radical la convivencia no existe. No existe nada fuera de la razón.

El filósofo, sostenido trágicamente por la razón, que morirá con él, es soledad sola en su biblioteca atascada de infolios y de pisapapeles funerarios. Ante su pupila, cegada para la convivencia ulterior, se abre un páramo silencioso y helado de sombras. Es la hora de lo trascendente. Es la hora en que Dios se presenta. Pero Dios no acude. No puede acudir. La muerte en soledad es el corolario obligado de la abstracción radical. La palabra adviene monólogo, soliloquio, inefabilidad. Y al llegar aquí, al aceptar cruelmente la soledad en la muerte, que es la muerte definitiva, cuya vívida evocación ha estremecido en metafísico temblor las vértebras de los oyentes, la Filosofía se torna inhumana.



La decepción de la Filosofía

Gaos inicia su cuarta disertación sobre la *Filosofía de la Filosofía* puntualizando el sentido inhumano de la segunda etapa vivida por su promoción filosófica. En la primera etapa de esa experiencia dramática, el filósofo está primariamente movido por un afán de saber eidético. En la etapa subsiguiente —etapa de la soledad radical—, este afán eidético se transforma en un afán de actitud principal, de la que es imposible enajenarse. Es una actitud inalienable, apical, terminal. El filósofo, recluso en el habitáculo sin sol de su biblioteca, con la ventana tapiada y su horizonte de libros, se queda solo de sí mismo, solo con la razón de su razón, en soledad absoluta, sin esperanza de convivencia ulterior. Es una actitud inhumana. Si la humanidad es vida y la vida es convivencia, el filósofo, ente esencialmente humano, no puede



confinarse en la soledad radical sin dejar de ser lo que es. Y ésta fue la fechoría — la trágica fechoría — que el conocimiento visceral de la Filosofía contemporánea perpetró a Gaos y a sus compañeros de generación, haciéndoles transitar, brutalmente, de la deificación del filósofo a su condenación inexorable en la soledad de sí. El saber de salvación se convertía así, merced a este tránsito, en un saber de perdición: el cielo se trocaba en infierno. La Filosofía se autoaniquilaba en la soledad radical.

¿Cómo reaccionaron Gaos y sus compañeros de promoción filosófica contra esa contradicción monstruosa? No duró mucho tiempo este saber de perdición como verdad absoluta. Un nuevo grupo de Filosofías iluminó, prontamente, la tiniebla escalofriante e inhumana de la soledad radical. Este grupo de Filosofías —Filosofía de la vida, Filosofía existencial, Filosofía de la razón vital— es hasta ahora la última experiencia vivida. Es la Filosofía sustentada por sus maestros más inmediatos, esa la Filosofía de José Ortega y Gasset, todavía en plena fraguación.

Esta Filosofía de la vida se diferencia, radicalmente, de las anteriores en su afán de concreción. La actitud principal, inalienable, no es lo racional, sino lo vital. La razón pura es insuficiente para la vida concreta. La nueva Filosofía intenta, por eso, presentar una imagen de la vida en concreción: una imagen aún no rotunda y que asume la forma de una estructura.

En esta Filosofía lo fundamental es la vida y la vida en su sentido puramente humano, no en su sentido biológico. En el principio es la vida; pero —en seguida advierte— hay que ir a los rasgos más profundos del humano vivir. Entre estos rasgos, urge señalar dos que son cardinales y que se expresan en las preposiciones *en* y *con*. Y aquí emerge la circunstancia para el filósofo. (El filósofo y la circunstancia: sobre la pared refulgente se confunde la sombra de Gaos con el perfil de Ortega y Gasset.) No se puede vivir sin la circunstancia. Y definiendo a continuación los dos extremos que puede adoptar la doblez peculiar del hombre —autenticidad y degeneración— concluye tentando al auditorio con una fenomenología del tedio, frustrada por la finitud del tiempo. El tedio —apun-



ta presurosamente— es aquel límite del humano vivir en que ya uno se siente.

Pero encontrar *en* supone una transmutación en *con*. Es imposible *en* sin *con*. Vivir —recuerda otra vez— es convivir. *Con* impone, necesariamente, reciprocidad. Las cosas no vivientes no están —no pueden estar— en compañía. Es menester que el ente sea persona. Y la condición previa para que esta persona exista es que existan dos. Acaso —arguye con ironía— radique en esto el sentido profundo que tiene la historia de la costilla de Adán. ¿Por qué somos muchos —se pregunta el pensador español— y no uno solo? ¿Por qué si el arcángel Gabriel encarna el solo la gabrielidad, un hombre no podrá él solo también encarnar la humanidad? Acontece, empero, con el hombre, todo lo contrario. Si ser hombre es convivir, tenemos necesariamente que ser dos, que es mucho, como es.

Sin embargo, no basta, para entender el sentido de la historia, con esta promoción sucesiva de hombres. Es imprescindible, además, que esas promociones de hombres se diversifiquen. Somos medularmente distintos. Ni siquiera somos como nuestros padres. Y esto solo encuentra explicación en el tiempo. El hombre —reitera el pensador español— está hecho de tiempo. Está hecho, especialmente, de pasado. Es un ser que se detiene en seguida por delante y que se prolonga desmesuradamente por detrás. Y es ésta prevalencia del pasado la que explica el hablar por boca de clásicos y la historicidad peculiar de la vida contemporánea. No hay ahora deificación ni condenación, sino vida concreta.

La historia de la Filosofía se desarrolla, a veces, con ritmo vivaz, a veces, con ritmo lento. En ocasiones domina, señero, un solo sistema filosófico. En otras se suceden con ritmo vertiginoso, varios sistema filosóficos vividos todos por una sola generación como verdad absoluta. La experiencia es única. No es lo mismo, en efecto, conocer los diversos sistema filosóficos que registra la historia del pensamiento humano que vivir, como definitivos, tres saberes radicalmente distintos. Es, sin duda, una aberración. Y ese es el caso, precisamente, de la promoción filosófica del conferenciante, que es, por ello mismo, una promoción escarmentada.



Esta pluralidad de Filosofías plantea un profundo problema, una contradicción sobremanera honda. La unidad es esencial a la Filosofía. La Filosofía, empero, tiene historia. Y al tener historia le falta unidad. La cuestión es, por lo pronto, paradójica. Y su consecuencia final es una decepción entrañable, traída por el proceso mismo de la madurez de la vida.

Generaciones y edades: he ahí un tema clásico de la Filosofía. No hay edades ni generaciones en abstracto. Las generaciones y las edades se dan en concreto. El escenario histórico está constituido por la superposición de cinco generaciones, de las cuales tres centrales son las protagonistas.

La Filosofía, como intento de totalidad, no aflora en el hombre hasta que éste no trasciende la pubertad. Según Gaos, existe una afinidad preestablecida entre los rasgos de la edad juvenil y los rasgos mismos de la Filosofía, tal como ésta se ha entendido hasta aquí. La edad juvenil es la edad de la abstracción. El joven es relativamente introvertido, vive inmerso en un mundo de ideas generales, es utópico, ilusionista, proyectista, irresponsable, revolucionario, aun siendo, en el fondo, reaccionario, rigorista con el prójimo y consigo mismo, narcisista, dinámico, frenético. La juventud —resumen— es la edad de las posibilidades sin tasa y de la facilidad para morir.

En la madurez, el proceso es inverso. La vida se concreta, se integra, se consolida. El hombre maduro es, por eso, realista. Trueca la idea por el hecho. Y, ante la incomprensión juvenil, acepta la aspereza y la fealdad de la vida. Es, en suma, reaccionario. Tiene necesidad de serlo. La tesis suscita escorzo en más de un oyente.

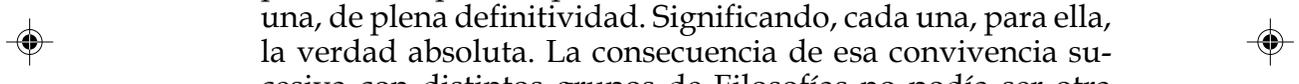
Gaos plantea, embridada con la anterior, otra cuestión que escuece probablemente a las aludidas. La mujer —afirma— jamás concede su madurez, como el hombre se niega a hacerlo con su senectud. ¿No será ello porque en la mujer la madurez coincide con la vejez? La mujer —agrega— parece estar incapacitada para el estudio de las esencias. Y la razón última estriba, para Gaos, en el hecho de ser la mujer, primariamente, concreción vital. En cuanto a la vejez, el profesor español la saca violentamente de la historia no sin que Rafael Suárez Solís se revuelva, enfurecido de juventud, en su asien-



to. La verdad es que el dilecto asturiano, no obstante su madurez empinada, conserva aún bizarrías y arrestos privativos de la más vibrante mocedad.

Pero en la madurez, y en virtud de esa consolidación y concreción de la vida, al hombre se le plantea, como necesidad intransferible, la reflexión de la Filosofía sobre sí misma. Este ciclo de conferencias responde, pues, a esta necesidad intransferible. Decepcionado doctrinal y vitalmente de la Filosofía, el hombre se vuelve hacia lo concreto. Y este es el trance dramático que vive ahora el disertado conferenciante: decepcionado vital y doctrinalmente del saber principal a los treinta y siete años y medio de edad.

Soberbia y debilidad del filósofo



La promoción a que pertenezco —sienta Gaos— se vocó a la Filosofía como afán de saber principal. Mundo mágico de las ideas, soledad radical, razón vital: he ahí las tres grandes etapas vividas por esa promoción filosófica con carácter, cada una, de plena definitividad. Significando, cada una, para ella, la verdad absoluta. La consecuencia de esa convivencia sucesiva con distintos grupos de Filosofías no podía ser otra que la decepción doctrinal y vital de la Filosofía misma. El conocimiento histórico de la Filosofía contemporánea acabó, así, revelando una profunda contradicción. El saber principal ha menester, cabalmente por serlo, de una rigurosa unidad. Pero —ya se ha visto— el saber principal tiene historia y, por consiguiente, le falta unidad. Y de esta constatación angustiosa y terrible, coincidente con la madurez de la vida, es de donde brota esa insatisfacción trascendente que plantea, como necesidad intransferible, la reflexión de la Filosofía sobre sí misma, que Gaos denomina *Filosofía de la Filosofía*. El drama de su promoción filosófica es, de esta suerte, el drama de una vocación patentemente decepcionada. ¡Miserable situación de crisis en la plenitud de la vida!

La coyuntura planteada demanda, de modo imperativo, una postura concreta. Hay, sin duda, una evasión sin dificultades: desertar la Filosofía sin razonar esa deserción. No es ésta, sin embargo, una genuina salida. El problema es otro y



se ofrece en dilema: o se abandona de una vez la Filosofía razonando este abandono, o se persevera en la Filosofía razonando la obstinación de seguir en ella.

Se habla, a menudo, de cuestiones ociosas en la vida cotidiana. ¿Es la cuestión de la Filosofía una cuestión ociosa? La Filosofía se distingue, precisamente, por ser todo lo contrario: la cuestión de la Filosofía es una cuestión afanosa. Y sólo el hombre maduro está en aptitud plenaria para responder a esta cuestión.

Se impone, en consecuencia, desentrañar el verdadero, el apical sentido del saber principal. No es, en manera alguna, el que inicialmente le habíamos supuesto. Y para desentrañar ese sentido apical de la vocación filosófica precisa hacer la prosopopeya del filósofo. Etimológicamente considerada, prosopopeya se compone de *prosopos* —persona— y de *peya* —hacer—. Esto es: hacer la persona, describirla, retratarla. Y como *prosopos* significa, asimismo, máscara, describir al filósofo conllevará situarlo desnudo en la plaza pública. La prosopopeya del filósofo será, pues, su total desenmascaramiento.

Merced a la palabra develadora de Gaos, el filósofo se nos va descubriendo y mostrándose el movimiento auténtico que lo vocó al saber principal. Y este móvil no es otro que el afán de dominio. No es otro que la soberbia. Hay una armonía preestablecida entre la soberbia y la Filosofía. Pululan por la vida soberbios que no lo son pretendiendo serlo. Sólo el filósofo es el verdadero soberbio. Ninguna Filosofía hubiera sido posible sin la soberbia. Y el profesor español procede a describir la soberbia, concordante, en esencia, con la descripción hecha por él de la Filosofía. El método fenomenológico le servirá de instrumento. ¿No se ha hecho ya una fenomenología del asco? ¿Por qué no hacer entonces una fenomenología de la soberbia? El propio conferenciante tiene escritas algunas páginas apretadas y esclarecedoras sobre el tema. Sólo que ahora, y por razones obvias, hará la fenomenología de la soberbia sin pretensión de agotarla.

¿Qué es la Soberbia? Soberbia significa, raigalmente, estar encima, ser sobre. El *Diccionario de la Lengua Española* la define como afán de preferencia. En realidad, esto dice muy poco acerca de cual es esa superioridad implícita en la raíz



etimológica y en la definición académica. Una montaña es una cosa soberbia. El pavo real y el león son animales soberbios. Pero, una mujer soberbia es, ante todo, una soberbia mujer. La soberbia no es tampoco un afán de ambición. Soberbia es, sustancialmente, conciencia de superioridad. Y esa conciencia de superioridad asume dos formas cardinales: dominación o señorío y estimación o complacencia en sí mismo. El saber principal deviene, así, saber principesco. “Solo al más sabio —se lee en el Capítulo II, Libro XII, de la *Metafísica* de Aristóteles— le compete mandar”.

Pero, esta conciencia de superioridad, esta unidad de abajo a arriba, este medir de pies a cabeza, es necesario que sea en algo y con respecto a alguien. Es, por tanto, primero, una superioridad intrínseca de algo absolutamente personal vinculado a la inteligencia; es, después, una superioridad sobre los demás. Se mira, por lo general, de dos maneras: como espectador y como inspector. El filósofo mira como inspector a los demás. Y esos demás, despreciados por él, tienen que ser los que más o el que más. Tiene que ser, en suma, lo más elevado. El filósofo es, así, el hombre que necesita de Dios, el hombre que se mete con Dios.

Para comprender la soberbia es imprescindible apelar a entes superiores a la humanidad. La clave de la soberbia es el demonio. El demonio, no el diablo. Pero hay toda una jerarquía entre los demonios. El endemoniado es el poseso. El demoníaco irradia grandeza, fuerza, poder. Y se detiene ante los nombres propios: Luzbel, es la inteligencia deslumbradora; Lucifer, la inteligencia astuta; Satanás y, particularmente, lo satánico, es la soberbia en grado de vesania. Los teólogos han discutido gravemente, entre manjares apetitosos y espumantes licores, si Satanás era un serafín o un querubín. De lo que no cabe duda es que Satanás es más lépero y avisado que ellos.

El filósofo pertenece, pues, a la casta de los hombres de dominación. Y es, precisamente, en este sentido, en que el filósofo es, sin ser político, primo carnal del político. Ahora bien: ¿por qué no es político el filósofo? El filósofo busca la superioridad por el lado de la idea. La idea y la razón son los instrumentos que dan a las cosas su sentido. Dueño de am-



bas, el filósofo es dueño de la realidad y de los demás. La idea y la razón son las más poderosas herramientas de dominación. Mucho más poderosas que el látigo. Por eso, el filósofo trata de sojuzgar a los hombres por las ideas y por la razón. En esto se diferencia radicalmente del político, que, por otra parte, carece de ideas para el filósofo. El rasgo caracterológico del filósofo no es otro que ese: inmersión en sí mismo, abstracción de lo circundante. El filósofo no se vierte nunca sobre la circunstancia. (A menos, objeto yo in mente, que sea un filósofo capaz de haber realizado la unidad de la teoría y de la práctica, como el excelso profeta de Treveris.)

El filósofo dominador es, no obstante su conciencia de superioridad, física y socialmente débil. El recuerdo de Jorge Guillermo Federico Hegel, nutriendo su imponente jactancia a la sombra del absolutismo prusiano, ilustra plásticamente el aserto de Gaos. El filósofo dominador es incapaz de enfrentarse con el toro y cogerlo por las astas. No se le ha visto jamás enredado cuerpo a cuerpo con la masa. Está poseído del miedo a la masa misma que pretende esclavizar. Y recurre por ello a la idea y a la razón, elabora un libro cargado de pólvora y lo lanza alegremente por la ventana para que se explote en la plaza pública, sin exponerse a las consecuencias.

Soberbia y debilidad: ahí está el filósofo, desenmascarado, desnudo, como es. Incapaz de enfrentarse responsablemente con lo circundante, es el hombre que tira la piedra y esconde la mano. El político, por el contrario, va directo a las cosas y a los hombres, los ataca de frente, elude el rodeo. Y al llegar aquí Gaos precisa el papel que ha venido a desempeñar entre nosotros: ha venido a ser el sofista. El sofista griego, en efecto, representó, en el mundo clásico, papel análogo al suyo, exhibiendo atrevidamente a sus colegas, sin máscaras hipócritas, soberbios y débiles, a la luz meridiana de la plaza pública. Y eso he hecho yo con la Filosofía contemporánea y sus fautores —resume el profesor español sin que le vacile el acento.

Vida ejemplar y palabra concreta

La vocación filosófica —empezó Gaos diciendo— que se nos apareció primigénicamente como afán de saber principal se



presenta en la madurez con un cariz distinto. Es, en primer término, saber de dominación, constituyendo los principios y la razón los atributos e instrumentos de mando. Y es, en seguida, conciencia definida de superioridad. Superioridad intrínseca, radical al sujeto, vinculada a la inteligencia y superioridad opuesta al que más. El filósofo es, así, el hombre que se mete con Dios. Es, en una palabra, el soberbio, el verdadero soberbio. La Filosofía ha dejado de ser, pues, pura y desinteresada contemplación de las ideas y de los valores. El afán de dominación ha suplantado al amor de saber.

Desde los griegos, existen dos formas cardinales de mirar y de saber: la *teoría* y la *historia*. ¿Qué es la *teoría*? No es otra cosa, en rigor, que la ideación de la idea dominante de la *polis*. Contra ella, insurgieron briosamente los sofistas, planteando la primera gran crisis de conciencia del mundo europeo. Y el filósofo quedó desnudo, en su desnudez específica, en la plaza pública, soberbio y débil, sin máscaras hipócritas. ¿Y la *historia*? Recordar, rememorar, revivir hechos, personas, cosas. La *historia* supone una existencia deambulante, coloquial, efusiva. Es la existencia del viajero en cuanto tal, banalizada hoy por la doblez humana.

Es un enorme error atribuir al mirar teórico un desinterés del cual siempre ha carecido. El filósofo es como el político, como el pedagogo, como el técnico. Es, primariamente, un ser de dominación y de poder. Pero este ser, así conformado, puede ser, a su vez, fuerte o débil. El fuerte, extravertido, domina en la conciencia concreta y pública, por medio de la palabra oral, del ejemplo y de la iniciativa. Es un hombre de responsabilidad y no teme la interpelación. El débil, por el contrario, introvertido, ejerce la dominación de manera indirecta por medio de la idea oral o escrita. Pero no admite la interpelación porque le tiene miedo. Y se vale, por eso, del esoterismo, de una técnica secreta, de una terminología hirsuta y repelente para imponerse. Esto ilustra, con cenital claridad, el rasgo escolástico que presenta la Filosofía, que, como es sabido, empezó en la escuela.

¿Es la Filosofía sólo afán de poder y dominación? Urge ya responder a esta cuestión afanosa. Y la respuesta no puede ser otra ni más dramática que ésta: el filósofo es un ser de



dominación, pero también de debilidad. Únicamente la madurez está en aptitud de reconocer, sin avergonzarse, sin naufragar irremediablemente en el tedio, esta radical debilidad propia.

¿Qué hacer? Por lo pronto, hay que indagar el sentido de la soberbia. ¿Por qué existen soberbios? ¿Por qué se produce la soberbia? Inicialmente, se tropieza con un sentido empírico, biológico-social: la soberbia existe porque no es posible la convivencia sin la jerarquía, sin hombres de superioridad. No le basta a la Filosofía con este sentido empírico de la soberbia. La Filosofía exige, por su propia naturaleza, un sentido trascendental: manifestación extrema del ser humano, que objetive la extremosidad misma de éste. El hombre oscila, así, entre la abyección y la superación de su ser en la soberbia, que posibilita la evasión de su propia finitud. La soberbia es, por ende, una transgresión del ser y en esa transgresión del ser radica su sentido trascendental, que legitima su existencia.

Precisa ahora desentrañar el sentido del saber principal mismo. No hay que creer que el sentido de las cosas depende de la vía por la cual se genera. Sólo el pecador es capaz de comprender el arrepentimiento. Sólo el resentido está predispuesto para valorar determinadas modalidades de la justicia. Análogamente, la Filosofía, hija de la soberbia, tiene su propio y peculiar sentido. Hay, no obstante, un profundo contrasentido en la Filosofía, una contradicción ya subrayada, entre su unidad doctrinal o pretendida y la pluralidad histórica o efectiva en que aquella se manifiesta.

¿Cómo resolver este contrasentido? El medio más idóneo para interpretarlo no es otro que ese término venerable que es la verdad. La Filosofía ha pretendido, denodadamente, la unidad. La unidad de la realidad: he aquí un postulado acogido y propugnado por manadas enteras de filósofos. Y la Filosofía quedó definida, como la conformidad del saber con la realidad. La verdad es, pues, una. Pero, ¿y si no fuese una la realidad sin dejar, por ello, de existir esa conformidad? Entonces, tendrían que ser plurales el saber y la verdad.

Ya conocemos la realidad abstracta. Contemplemos ahora la realidad efectiva, la realidad integral del universo. ¿Cómo es esta realidad? Sin duda, una realidad concreta, localizada



e individualizada. Somos diferentes unos de otros. Y ello acontece porque estamos ubicados en sitios metafísicamente diversos. Persona y espíritu son distintos en la historia y en el tiempo. La realidad integral, es pues, por fuerza, plural. Y si la realidad es plural tiene que serlo, parejamente, el saber. Los griegos no pensaban así. Pero hoy se aceptan otros tipos de realidad. Y porque así es, el saber de salvación no puede ser más que individual y concreto. No podemos salvar a nadie ni nadie nos puede salvar. Y aquí se plantea, en toda su dimensión, el problema de la comunicación de la verdad.

La verdad universal —afirma Gaos— no requiere comunicación. Ella es, por sí misma, ubícua y, por consiguiente, está en todo. En cambio, la realidad individual, intransferible, nos plantea el problema de su comunicabilidad.

¿Es posible —pregunta el pensador español— que en el terreno del espíritu dos espíritus se identifiquen? Sobre esta cuestión, Gaos sostiene dos opiniones aún no definitivamente enraizadas. Yo creo —dice— que los espíritus son impenetrables por la razón individual y por la palabra. La razón individual no une a los hombres. Más todavía: en vez de comprendernos, por ella nos separamos. La razón individual es algo que lleva al sujeto al ámbito de sí mismo en que no coincide con los demás. Pero creo, asimismo —agrega— que es posible, efectivamente posible, la identificación por la acción y el sentimiento. Las discordias no se terminan nunca con la palabra. Se terminan siempre con un ademán, con un gesto, con una mirada. Se terminan, en suma, por el sentimiento generador de esta mirada, de este gesto, de este ademán. La palabra es un obstáculo.

Hay, por el contrario, verdadera, genuina identificación en la acción y el sentimiento. Si el tiempo no fuera finito, el conferenciante disertaría sobre la erótica o tratado del amor, que corrobora su tesis. El amor —ya lo dijo Aristocles— “es un divino arquitecto que bajó al mundo a fin de que todo el mundo viva en conexión”.

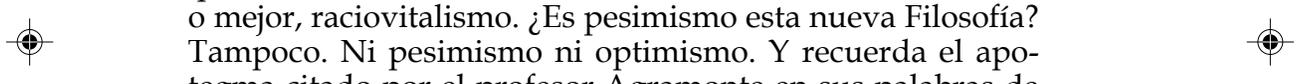
Pero no sólo el amor identifica. Se llega a la identificación también por la acción.

La Filosofía está, pues, cogida entre la espada y la pared: está cogida entre la razón y la palabra y la identificación acti-



va y afectiva. ¿Cabe aquí la conciliación? Si esta conciliación fuera imposible —sentencia Gaos— la Filosofía carecería de sentido. Si la Filosofía no es vida ejemplar —dechado de vida ejemplar— y palabra concreta, movida por un afán salvador, la Filosofía no es Filosofía. Y aquí estamos ya en la entraña misma de la *Filosofía de la Filosofía*, que, al reflexionar sobre sí misma, encuentra al cabo la vía redentora, la vía purgativa que conduce a la plenitud de su razón de ser y de su persistencia.

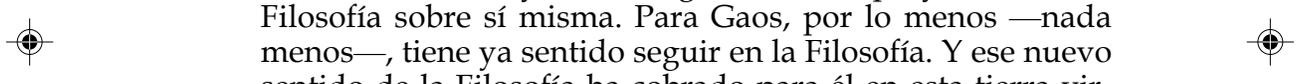
Esta nueva Filosofía es ahora la Filosofía para Gaos. Examinémosla de cerca con la premiosidad angustiosa que la finitud del tiempo impone. ¿Es escepticismo? En modo alguno. La verdad se mantiene íntegra. ¿Eclecticismo? Menos aún. En definitiva, cada cual asume su propia verdad. Es, sí, personalísimo. Y esa es la razón por la cual Gaos no es tomista, ni marxista, ni orteguiano. No lo es, porque no puede serlo, porque ni es Santo Tomás, ni Carlos Marx, ni José Ortega y Gasset. Es, también, humanismo. Y es racionalista en cuanto que conserva un mínimun de razón. Es, asimismo, vitalismo, o mejor, raciovitalismo. ¿Es pesimismo esta nueva Filosofía? Tampoco. Ni pesimismo ni optimismo. Y recuerda el apotegma citado por el profesor Agramonte en sus palabras de presentación: “Vivir de tal manera que la muerte sea una suprema injusticia”. No hay, pues, que temer al eterno retorno, ese tema central de la Filosofía y de la angustia humana. Es necesario tener el valor de revivir la vida con sus dolores, sus miserias, sus pequeñeces. Y más necesario aún saber remorir las agonías de la muerte. Hemos llegado ahora —concluye— al término de la *Filosofía de la Filosofía*, de esta historia y autobiografía que les prometí desde mi primera conferencia. La Filosofía misma no puede menos de quedarse, como ya les he dicho, para otra ocasión. Otra ocasión... Espero tenerla. Porque sin necesidad de apelar al eterno retorno, me basta con lo que Cuba va a dejar en mí. Va a dejar una imagen de Paraíso Perdido y de Tierra Prometida, que va a perdurar en mí como una invitación persistente al retorno por mi parte. Se trata, desde luego, de la imagen de una tierra en que el interés por la Filosofía emula al de Atenas, pues yo no sé si los atenienses hubieran sido capaces de





aguantar, no digo a mí, sino a cualquiera de los grandes filósofos que la visitaron o nacieron en ella, a un Anaxágoras, a un Protágoras, a un Sócrates (a éste, desde luego, lo aguantaron mal) seis conferencias de Filosofía en esta sazón del año. Se trata, desde luego, de una tierra en que hasta las mujeres tienen una mirada encendida y una sonrisa amable incluso para el filósofo, que es el colmo de la cortesía femenina. Pero se trata, sobre todo, de las inmensas, atrayentes posibilidades intelectuales y vitales de una tierra en que la vida es joven, nueva, inédita y en que hasta las ideas huelen con un aroma cálido e incitante. Para mí, después de la ya larga quincena que llevo aquí, y a pesar de la vida un tanto abstracta que he llevado, por causa de estas conferencias, es absolutamente evidente que si la Biblia no pone de una manera expresa aquí el Jardín del Edén es, en resumidas cuentas, porque Dios no enseñó a Moisés sino muy poca Geografía.

Ni disertación transeúnte, ni mero lujo dialéctico, ni truco fenomenológico, ni remedo orteguiano ha sido, pues, esa reflexión dramática y cinematográficamente proyectada de la Filosofía sobre sí misma. Para Gaos, por lo menos —nada menos—, tiene ya sentido seguir en la Filosofía. Y ese nuevo sentido de la Filosofía ha cobrado para él en esta tierra virgen de tradiciones inexorables y las filosofemas en lata, de aire limpio y de esplendentes cinturas, vigores inextinguibles y derivaciones insospechadas. Para algunos de sus oyentes, acaso la renovada frustración del vivir filosófico en el hermetismo abstracto de la biblioteca opere a la inversa y encienda en ellos el afán de vivir, en sí mismos y por sí mismos, esa experiencia profunda. Para otros, seguramente, la Filosofía tendrá —tuvo siempre— un sentido radicalmente distinto. Y no se trata sólo de un intento de interpretación del mundo, sino, también, de un ansia intransferible de transformarlo. Gaos sueña, para la Filosofía, para su Filosofía, esta misión trascendente: dotar al proletariado de vida privada. Ello no será, sin embargo, creo yo, hasta que el proletariado pueda objetivamente “encontrarse a sí mismo encontrando de nuevo al hombre totalmente perdido”. Sólo cuando el proletariado, por su propia iniciativa histórica, deje de ser lo que es: “una clase que representa la total pérdida del hombre”.





Dilatada y ardorosa polémica levantaron las conferencias de Gaos. La *Filosofía de la Filosofía* y su vasto repertorio de problemas fueron discutidos por estudiantes en manga de camisa Malecón arriba. El Prado se transformó, mágicamente, por unas semanas, en Jardín de Academo. Y en los cafés al aire libre se entremezclaron, hasta confundirse, abstracciones y naranjadas. Alfonso Bernal del Riesgo, profesor de Psicología de nuestra Universidad, intentó, en coruscante artículo, develar el propósito de Gaos. ¡Grecia insurrecta en Hatuey y Guarina!

Por otra parte, la conferencia pronunciada por Gaos en la *Institución Hispano Cubana de Cultura* sobre *Las formas del pensamiento español* replanteó esta vieja cuestión, que nada tiene de ociosa: ¿existe, en puridad, una Filosofía española? Ni que decir tiene que la mayoría se pronunció negativamente. Y fue aún más lejos: ni existe, ni puede existir. La Filosofía —resumen los discrepantes, reiterando el tópico— requiere un genio específico y un clima sustantivamente europeo. Ni ese clima, ni ese genio, se dan, ni pueden darse en España: Europa acaba en los Pirineos y el genio español es esencialmente literario y torero. La tesis, inexpugnable para sus mantenedores, es, en el fondo, tan frágil como aquella otra de Montesquieu condenando, inapelablemente, a la esclavitud, a todos los pueblos tropicales, porque la libertad es flor exclusiva de la zona templada.

La Filosofía contemporánea se ofrece a nuestra pupila severamente encuadrada en sistemas. Problema que se plantea: ¿es consustancial a la Filosofía la forma de expresión que hoy asume? Gaos sostiene, apoyándose en Dilthey, que hay, a través de la historia del pensamiento europeo, la alternancia de un período de sistematización y otro de disolución de los sistemas.

¿Fue Sócrates un sistemático? ¿Lo fue acaso Platón? No lo fueron. ¿Y puede negarse que fueran filósofos, que hicieran Filosofía? En Aristóteles, por el contrario, la Filosofía adquiere un carácter adusto, que, acogido y subrayado por la Escolástica, va a estallar en el Renacimiento en un triunfal regodeo de apetencias vitales, para reaparecer, con acusado rigor, en la metafísica. Nietzsche y Bergson inauguran, subsiguiente-



mente a este período de sistematización cerrada, una era de libertad de expresión filosófica. Para Gaos esa forma particular de producirse alternativamente el pensamiento filosófico obedece a una motivación profunda. Toda sistematización de pensamiento —afirma— comporta un como alejarse ese pensamiento de la vida misma.

España, indudablemente, no ha parido hasta ahora un sistema típico de Filosofía. Hasta aquí tienen razón —dice Gaos— los que insurgen contra la existencia de una Filosofía española; pero, si se admite como forma válida de pensamiento filosófico todo aquel que cargue un alto potencial de voluntad filosófica habrá que convenir en que España se apareja, por derecho propio, a Alemania y a Francia, países ambos en los que la Filosofía ha venido asumiendo una forma sistemática. En España, la Filosofía se expresa en forma arbitraria y sus yacimientos más ricos precisa buscarlos en la literatura y, principalmente, en la música. No puede olvidarse, además, que fue un español del siglo XVI, Luis Vives, quien le roturó el camino a Descartes, que es, para Hegel, “el verdadero fundador de la Filosofía moderna”. Vives —que se anticipó a Juan Jacobo Rousseau en sus conclusiones pedagógicas— se encaró airoso con el problema del método científico, postulando que la experiencia es la base de todo conocimiento. Su obra capital, *De Cuasi Corruptaron Artium*, tiene, en la historia de las ideas, la misma relevancia epocal que el *Novum Organum* de Bacon.

En mi opinión, el problema planteado por Gaos lo resolvió ya, por sí mismo, el pueblo español, prefiriendo el quehacer vital al no hacer especulativo, forjando así, con su propia sangre y su propio denuedo, una Filosofía de la vida que nada tiene que ver con la Filosofía existencial ni con Unamuno y Ortega y Gasset. Una Filosofía que, al emancipar plenamente al hombre de su servidumbre histórica y restituirle sus potencias arrebatadas, se realiza a sí misma y legitima y salva la Filosofía. Esa es la respuesta del pueblo español a los sistemas cerrados de Filosofía y a la guerra totalitaria, su engendro nefando.

La palabra de Gaos —palabra concreta— ha hecho surco entrañable en la juventud cubana. Y, tanto como su palabra,



su ejemplo. En definitiva, lo que en un filósofo importa no es su Filosofía sino la sustancia humana que la alimenta. Gaos, es, primordialmente, un hombre en el auténtico y profundo sentido del vocablo. Vocado a la Filosofía de por vida, no ha desoído, por eso, el llamamiento inapelable de su tierra nutricia. Y, al revés de otros, que han cobijado miserablemente en Europa y en América su complicidad enmascarada o su indiferencia punible, José Gaos ha sido fiel a su pueblo y convive con él su dolor sombrío y su clara esperanza. Cuando se aprestaba al regreso, tuvo que poner proa a México. A México ha ido especialmente invitado por el gobierno de Lázaro Cárdenas y con la autorización previa y la expresa complacencia del gobierno español. La juventud mexicana sabrá ahora de su vocación fervorosa y de su conducta ejemplar. Y, como en Cuba, echará hondas raíces. Hombres como él no abundan, ciertamente, en estas latitudes, calcinadas por el sol y por los mayorales del imperialismo.

La estancia de Gaos en el vecino país nos pone en oportunidad inmediata de escucharlo de nuevo. Nuestra Universidad puede y debe contratar sus servicios por un curso académico. Acrecentaría su prestigio y oxigenaría su atmósfera. Gaos es un profesor de alto bordo. Sus disertaciones recientes dan solo una aproximada medida de lo que Gaos es capaz. Gaos es más que eso. Para mensurarlo sin yerro, hay que oírlo en la cátedra y en la intimidad jugosa del círculo afín y hay que verlo en el Seminario trabajar con los textos. Es de los profesores que marcan con fuego y descubren luceros. Nuestra mejor juventud lo aguarda con ansia. Roberto Agramonte y Emilio Fernández Camus —sus pares cubanos en dedicación filosófica— y la *Federación Estudiantil Universitaria* no deben escatimar sus esfuerzos en viabilizar su regreso. José Gaos, figura cimera del pensamiento español contemporáneo y Rector en funciones de la Universidad Central de Madrid, merece, como pocos, ese honor jamás dispensado.

Tomado de Roa, Raúl: Vocación y palabra de José Gaos. Universidad de La Habana, 1939.



Rómulo Gallegos*

No se trata, por cierto, de una antinomia académica. Cultura y barbarie constituyen el nudo dramático de ya secular conflicto en nuestra América mestiza. Su forma de expresión varía con las circunstancias; sus raíces sociales y el ámbito natural siguen siendo los mismos. Ni la historia, ni la sociología, han logrado traducir y expresar tan vívidamente como la novela ese crudo conflicto. Santos Luzardo y Doña Bárbara son sus símbolos más representativos, y el ímpetu romántico y la violencia zoológica las fuerzas que respectivamente los mueven en un mundo todavía inmerso en atmósfera mágica y colonial dintorno.

Familiares son ambos símbolos a los pueblos de nuestra sangre, lengua y espíritu. No en balde Doña Bárbara y Santos Luzardo brotaron de sus entrañas hirvientes. Doña Bárbara fue ayer la selva enfurecida y el trabajo forzado, el río indómito y el pensamiento sumiso, el picacho inviolable y el derecho de pernada, la llanura devoradora y la casta engreída, el huracán desmandado y el pueblo desvalido. Es hoy la selva, y el río, y el picacho, y la llanura, y el huracán, y es Tirano

* Leí estas palabras en el homenaje continental rendido en México a Rómulo Gallegos al cumplir setenta años de edad y veinticinco de publicada su novela *Doña Bárbara*. Duele sobremanera consignarlo. Hasta entonces hombre de “una sola posición en la vida”, espejo de dignidad intelectual, el gran novelista es hoy —voluntad reblandecida y conciencia obnubilada por enfermedad senil— espectral instrumento de Rómulo Betancourt y su camarila de farsantes, ladrones, verdugos y cipayos. A su impúdica traición al pueblo venezolano y a su abyecta entrega al imperialismo yanqui, Rómulo Betancourt —prototipo del gorila en cuclillas— suma este calculado desprestigio de la gloria literaria más alta de Venezuela en nuestro tiempo.

El espíritu de la obra de Rómulo Gallegos alienta ahora en los héroes y mártires —hombres y mujeres— de las guerrillas y de los comandoas de las FALN.



Banderas. Fue siempre tiniebla, codicia, miseria, terror, yugo. Naturaleza salvaje, tripa embozada y garra implacable. Y, si antes tuvo por aliados a inquisidores y encomenderos, gamonales y caciques, espadones y mercaderes, hoy apaña, incita y remunera sus depredaciones y fechorías un buitre de pico de oro y plumaje de cobalto. Ya también habla inglés la autoritaria y cruel mujerona y se amanceba con cualquier mister Danger ávido de petróleo, goloso de azúcar, acaparador de estaño o traficante en plátanos.

Santos Luzardo fue antes impulso ascendente y se llamó Morelos, Bolívar, Juárez, Sarmiento, González Prada, Hostos, Martí. Hoy es impulso ascendente y conciencia cuajada y se llama Rómulo Gallegos, padre del símbolo y héroe mayor de sus novelas, invenciones ejemplares dolorosamente amasadas con levadura de realidad. Fue siempre libertad, progreso, justicia, ala, fulgor. Voluntad en tensión, ánimo entero y esperanza flameante. Mil veces derrotado. Santos Luzardo volvió quijotesca al camino y ahí está, erguido y pugnaz, desafiando rigores y adversidades sin arriar la bandera. Está ahí, y aquí está, setenta agostos maduros de primaveras, en ristre la pluma limpia, el decoro intacto, luz ardiente en la sombra, ancho mundo por delante y la posteridad anticipada. Aquí está Rómulo Gallegos, para orgullo y regocijo nuestro, dictando la reconfortante lección de su vida enhiesta y de sus fecundas letras, espejo de escritor y de hombre, presidente legítimo de la Venezuela que sufre, lucha y espera. A lo que esa vida y esas letras significan en esta hora americana, venimos a rendirle homenaje los que aún estamos en pie, voz unívoca y múltiple en que claman y reclaman viejos dolores y afrentas nuevas, sinfonía pavorosa de carnes lacradas, huesos rotos, silencios imponentes, aullidos terribles; y, a la vez —no podía ser de otro modo ante esas letras y esa vida—, a patentizar nuestra repulsa a los que, por miedo, soborno o protervia, han prostituido las suyas y mancillado su dignidad intelectual, homúnculos y zánganos capaces de todas las vilezas.

Septuagésimo aniversario de Rómulo Gallegos y aniversario también de Doña Bárbara. Un cuarto de siglo de publicada ha cumplido este año la ya clásica novela. Su lectura fue



mi primer encuentro con Rómulo Gallegos y tremenda la impresión que me produjo. Era yo estudiante y no andaba, precisamente, acumulando el seco saber de los textos. Mi vida se desenvolvía bajo húmeda y pesada bóveda, a toque de corneta y viendo del sol las lívidas sombras que proyectaban los barrotes. La barbarie regía en Cuba con el nombre de Gerardo Machado, y yo, por combatirla a pecho descubierto, estaba preso. Discutir y leer eran nuestras únicas ocupaciones en aquel ya largo día y aquella larga noche que se fundían en un tiempo sin tiempo. Irrumpió *Doña Bárbara* y el tiempo cobró ritmo y sentido: se contaban las horas y se la leía por rigurosos turnos. Algunos, como exorcizados, recitaban, sonambúlicamente, párrafos enteros. Otro, comido por ansia irrefrenable, propuso que se la leyera colectivamente. Aquél —audaz mocetón nimbado ya por la aureola del mártir— estafaba las horas hilando quimeras a la lírica sombra de Marisela. Embriagados de aquellas descripciones prodigiosas, en que se mezclaban, tumultuosamente, las oscuras potencias de la naturaleza y las encendidas pasiones de los hombres, se posesionó de varios el afán de aventura, Orinoco arriba, en frágil bongo, en pos de la llanura y del misterio, a fatigar la proeza y presentarle batalla a los caudillos bárbaros y a las coronelas de la selva. Y no faltaría quien, al doblar la última página, se le saliera en cubanísima expresión, su primitivo deslumbramiento.

Pero, para casi todos, la lectura de *Doña Bárbara* fue como una revelación. Aquella novela embrujada y embrujadora, escrita en prosa caliente y jugosa —médulas y aromas tostados al sol— era mucho más que eso: lienzo palpitante de telúrica epopeya, trozo vivo de historia americana, trasunto fiel de un conflicto que era el propio nuestro en escenario distinto. Esclarecía y aprovechaba mucho más que cuanto habíamos leído sobre Venezuela y sus problemas y mucho más, también, que sesudos tratados sobre las causas de la crónica crisis de la democracia en nuestra América y los modos efectivos de superarla. Auténtica obra de arte, no era una novela de tesis; pero sí una novela con mensaje. El triunfo ineluctable de la cultura sobre la barbarie era el mensaje de la novela y la profesión de fe de su autor. Fue así como



Rómulo Gallegos vino a nosotros y quedó definitivamente vinculado a la generación cubana de 1930, como ya lo estaba a la venezolana de 1928 —y según consigna Andrés Henestrosa en reciente artículo— a la mexicana de 1929. Maestro de juventudes fue en aquella sazón memorable Rómulo Gallegos y maestro de juventudes es hoy y será mañana, como lo fue desde los ya lejanos tiempos de “La Alborada” y de su ejercicio docente en escuelas y liceos de Venezuela. Alumbrar conciencias y contribuir al mejoramiento humano, con la palabra y el ejemplo, fue siempre su vocación.

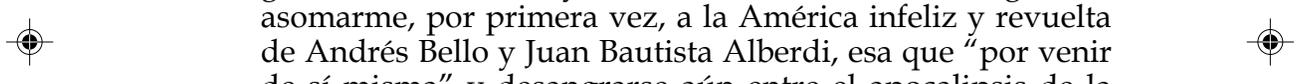
Ese fue nuestro primer encuentro con Rómulo Gallegos; pero el primer encuentro de éste con Cuba —imagen de isla mulata, reverberante, dulce y acogedora en los presentimientos de su vigilia— fue en 1932. La rebeldía popular contra la tiranía de Machado alcanzaba épicas dimensiones. Siega espantosa de vidas en flor. Gallardo empinamiento de la dignidad ciudadana. Cultura y barbarie, frente a frente, en desigual combate. Urgían fusiles y balas. Rómulo Gallegos vivía en esa época desterrado en Nueva York. Un grupo de jóvenes revolucionarios se le acercó solicitando su concurso para allegar fondos con destino a una expedición armada. No los dejaría concluir. La ayuda requerida era un deber y un honor. Días después, Rómulo Gallegos pronunciaba, bajo los auspicios de improvisada Federación de Estudiantes Latinoamericanos, una conferencia que tituló “Tierras de Dios”, magistral capítulo de una novela por hacer. La concurrencia sobrepasó todos los cálculos y semanas más tarde zarpaba, sigilosamente, rumbo a Cuba un puñado de valientes con un alijo de armas y *Doña Bárbara* de bitácora, jergón y espuela.

Atraído acaso por la tierra de sus antepasados, Rómulo Gallegos fue a España, donde levantó su tienda de peregrino hasta la muerte de Juan Vicente Gómez, etapa esta la más dichosa de su vida personal y la más próspera de su actividad literaria. Su diario contacto con el pueblo español —obreros, campesinos, pescadores, oficinistas— enriqueció su experiencia vital y totalizó su visión de nuestra América, síntesis dialéctica del indio, el español y el negro. En 1935, el general Lázaro Cárdenas, presidente de México —recio gajo de pueblo, timonel de la revolución en tiempos de prueba, militar



que jamás clavó la constitución en los ijares de su caballo— invitó oficialmente a Rómulo Gallegos, a propuesta de mi fraternal amigo Andrés Iduarte, a residir en ésta la tradicional sobrepatria de todos los perseguidos y desterrados del mundo. Quince años después el proyecto se convertía en realidad.

Aparecieron *Cantaclaro*, *Canaima*, *Pobre Negro* y *Sobre la misma tierra*; y aquel regusto estético de *Doña Bárbara* se renovó con el deleite que acendran los años, a la par que la admiración por la vertical conducta de Rómulo Gallegos y el vigoroso aliento social de sus obras. Pero yo no conocí personalmente a Rómulo Gallegos— a ese hombre bueno, sencillo y cordial— hasta 1948, en que fui invitado por él, conjuntamente con Fernando Ortiz, Jorge Mañach y Juan Marinello, a su toma de posesión como Presidente de Venezuela.



Jamás emprendí viaje alguno con mezcla tan singular de emociones. No había visitado hasta entonces sino la otra América, esa que aún lleva la entraña partida por el vuelo generoso de Lincoln y la avaricia rastrera de Cutting. Iba a asomarme, por primera vez, a la América infeliz y revuelta de Andrés Bello y Juan Bautista Alberdi, esa que “por venir de sí misma” y desangrarse aún entre el apocalipsis de la montonera y la epifanía de la democracia, ha sido patrimonio de pocos, grillete de muchos y presa propicia. Iba a adentrarme en nuestra América justamente por el pueblo donde aquella “mostró al mundo cómo la libertad vence desnuda”, cómo se impone y señorea el despotismo sin artificios ni atuendos y cómo la sangre que se vertió por conquistar la libertad se sigue ofrendando para recobrarla. Iba, en suma, a adquirir carta de ciudadanía americana en la nación que, además de haber intentado liberar a Cuba de la dominación española, era la cuna de mis ascendientes paternos.

Entre mis memorias más vibrantes y hondas, guardo yo la de Caracas enjoyada de orquídeas y resplandeciente de gozo, festejando de nuevo la reconquista de la libertad. No podía ser más rispido el contraste, ni más proclive al paralelismo. Por espacio de media centuria, la libertad secuestrada purgó su heroísmo en la persecución, la mazmorra, el exilio y la muerte. Desde Guzmán Blanco hasta López Contreras, Vene-



zuela vivió a merced de la violencia erigida en sistema. Aquel torvo ciclo remedaba “al Paraguay lúgubre de Francia, la mayordomía espantada de Veintimilla, la hacienda sangrienta de Rosas”. Ahora Venezuela podía vivir “con los ojos abiertos y la lengua suelta”. Ahora podía soñar, pensar y trabajar libremente. Incluso podía hacer mofa de sus gobernantes y reírse a carcajada batiente. La gracia urticante del semanario satírico *El Morrocoy Azul* era el pimentoso aliño de cada fin de semana. Mídase la anchura del salto por la distancia histórica que separa el radiante amanecer de Carabobo de la tiniebla demoníaca de La Rotunda.

Uncida al arbitrio de capataces empedernidos, extraviada por el cesarismo letrado, vendida su entraña al imperialismo, ubre inagotable de generalillos y doctores, Venezuela reanudaba su verdadero camino, el que Simón Bolívar le roturó con su brazo, pero a la altura de la época. La Junta Revolucionaria de Gobierno, presidida por Rómulo Betancourt, le había restituido al pueblo, en cumplimiento de palabra empeñada, el pleno ejercicio de su soberanía. El sufragio universal, directo y secreto promovía a la presidencia de la república, en comicios intachables, al primer novelista contemporáneo de lengua española. Se repetía, exactamente ochenta años después, el caso insólito de Domingo Faustino Sarmiento. La inteligencia, que tan decisiva participación tuviera en la gesta de la fundación, volvía por sus fueros, ensanchando promisoriamente el angosto horizonte de la política americana.

Dejó a Venezuela disfrutando de un régimen democrático como hasta entonces no había existido otro en nuestra América. Su profunda raigambre popular, su autonomía de movimiento, su impulso creador y su espíritu de servicio le infundían características propias y le asignaban señero papel. Ni a movimiento revolucionario alguno, por aquellos años, le era dable exhibir personeros tan probos como los que habían forjado aquel régimen, entre el asalto redoblado del Feudalismo sobreviviente, la coacción de las empresas petroleras y la hostilidad de la autocracias tropicales, cobijo y trinchera del caudillismo desplazado. Milagro me parecía que los espadones de Venezuela hubieran envainado, mansamente,



su hambre de poder y su sed de riqueza. Y, aún más, que hubieran aguantado a pie firme, la severa admonición de Rómulo Gallegos, confinándolos a los cuarteles: “Vuelve nuestro ejército a los cuarteles; pero vuelve sin pretensiones inaceptables de constituir un Estado dentro del Estado, de arrogarse privilegios inaceptables de casta dirigente de la política, sin reclamar herencia de aquellos hegemones armados que se tenían usurpada la función de grandes electores en Venezuela. Porque no hemos salido de la tutela de broncos guerreros para caer bajo predominio de casta militar privilegiada, pues no fue ésa la finalidad de aquellos brazos que alzaron el arma reivindicadora aquel día de octubre memorable. Para que el pueblo recobrar su derecho inmanente se hizo aquella revolución; y contra esta constitucionalidad que de ella dimana, por ejercicio soberano del pueblo, no prevalecerán apetencias que nuestras leyes no admitan”.

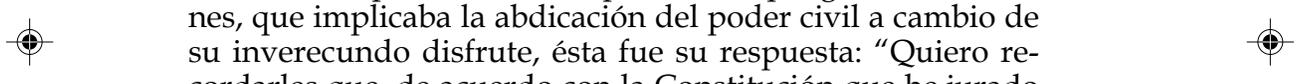
Los cambios fundamentales ocurridos durante la década anterior en la estructura política, económica y social de Venezuela pregonaban, a pulmón lleno, lo que iba de Juan Vicente Gómez a Rómulo Gallegos; el mensaje del novelista fructificaba óptimamente. Santos Luzardo parecía a punto de ganar la partida a doña Bárbara. Y, entre dificultades y acechanzas, el espectáculo maravilloso de un pueblo en marcha hacia el porvenir. Lo recuerdan, sin duda, Carlos Pellicer, Vicente Sáenz y Luis Cardoza y Aragón, que allá fueron invitados también por Gallegos.

Si algún gobierno de nuestra América cumplía su cometido en consonancia con sus promesas y deberes, era, sin duda, el encabezado por el egregio escritor venezolano. Venía aquel gobierno derechamente de las urnas y contaba con el respaldo mayoritario del pueblo. El poder civil había recobrado sus prestigios y potestades. Se administraban los dineros públicos con absoluta pulcritud. Un equilibrado sentido de justicia inspiraba las relaciones entre el capital y el trabajo. Rendía culto a “la dignidad plena del hombre”, respetaba las libertades políticas, difundía a chorros la cultura, promulgaba la reforma agraria, fomentaba la marina mercante, abría caminos, creaba escuelas, ponía a raya a los monopolios ex-



tranjeros, mantenía celosamente incólume la soberanía nacional. Venezuela volvía a ser, otra vez, gonfalon y vanguardia.

El cuartelazo militar urdido por Marcos Pérez Jiménez, secundado por Carlos Delgado Chalbaud y apoyado por las empresas petroleras, las oligarquías montaraces, los partidos reaccionarios, los usurpadores fugitivos y los dictadores del continente, torcerían, de súbito, el rumbo de Venezuela en la áspera ruta de la democracia. Cuba sería víctima de idéntica conjura cuatro años más tarde. Y, sólo hace unas semanas, Guatemala, impúdicamente ultrajada por hordas mercenarias a sueldo de la United Fruit, con base de operaciones en Honduras, y protección abierta de mister Danger Dulles, cerrilmente empeñado en convertir a nuestra América en un hatillo del State Department.



La caída del gobierno constitucional de Venezuela pertenece ya a la historia por la dignidad y coraje con que fue arrosada. Desde que afloró la criminal sedición, Rómulo Gallegos se supo irremisiblemente perdido. Pero cuando los coroneles traidores pretendieron imponerle un pliego de condiciones, que implicaba la abdicación del poder civil a cambio de su inverecundo disfrute, ésta fue su respuesta: "Quiero recordarles que, de acuerdo con la Constitución que he jurado cumplir y defender, los únicos organismos ante quienes estoy obligado a rendir cuentas de mis gestiones políticas y administrativas, son, en primer lugar, el Poder Legislativo, en la oportunidad de la memoria anual o en el momento que aquel Poder me lo ordene, y en segundo lugar ante el Poder Judicial, si es que contra mi persona es incoado juicio de cualquier naturaleza. Pero nunca ante el Ejército Nacional, institución que tiene claramente determinada su esfera de acción en la Carta Fundamental. El Ejército tiene señalados deberes y actuaciones que no son propiamente las que ustedes en estos momentos se han tomado la libertad de ejercer. Yo sé que mi suerte está echada. Midan ustedes la responsabilidad que asuman. Yo ya he medido íntegramente la mía. Si la decisión de ustedes es desconocer el poder civil en sus legítimos fueros y derechos, sepan entonces que una llamarada de violencias incendiará Venezuela de punta a punta y serán ustedes los únicos responsables de la guerra civil".



Acaeció todo tan rápidamente que no hubo tiempo de organizar la resistencia popular. El ejército ocupó las calles, asaltó los locales de los partidos democráticos, allanó moradas, saqueó los sindicatos obreros y redujo a prisión a los principales dirigentes políticos y sindicales. Minutos antes de ser aprehendido en su propia casa, Rómulo Gallegos redactó una alocución al pueblo venezolano, exhortándolo a defender sus derechos conculcados; pero no pudo ser radiada por estar ya las emisoras en poder de los facciosos. Este documento, hasta ahora inédito, posee el temple y la sobriedad de las arengas históricas:

“En mi residencia particular acabo de recibir la noticia de que ha sido ocupado el Palacio Presidencial de Miraflores por fuerzas militares comandadas por el teniente coronel Marcos Pérez Jiménez, donde se ha practicado la detención de varios Ministros del despacho y espero que, llevado a cabo el atropello de las instituciones a que se han decidido las fuerzas armadas, vengan ya a apoderarse de mi persona. Culmina así un proceso de insurrección de la guarnición de Caracas y del alto mando militar, iniciado hace diez días en un intento de ejercer presión sobre mi ánimo para imponerme líneas de conducta política, cosa que sólo puede hacer el pueblo de Venezuela cuya voluntad represento y cuya confianza poseo. A tales pretensiones me he opuesto enérgicamente en la defensa de la dignidad del poder civil, contra la cual acaba de asestarse, una vez más, un golpe de fuerza dirigido al establecimiento de una dictadura militar. ¡Pueblo de Venezuela! Yo he cumplido mi deber; cumple tú ahora el tuyo no dejándote arrebatar el derecho legítimo que habías conquistado de darte tu propio gobierno por acto cívico de soberanía política”.

Ya preso e incomunicado, se emplearon todos los recursos para inducir a Rómulo Gallegos a renunciar su investidura. Se le plantearía la disyuntiva de permanecer arbitrariamente recluido o ausentarse del país. Su réplica fue terminante: “Bien saben ustedes que en Venezuela hay tan sólo dos sitios para mí: o el Palacio Presidencial o la cárcel. En cuanto a otra determinación, tengan en cuenta que yo soy el Presidente de la República prisionero. Sépanlo bien. Ustedes podrán matarme; pero yo no



renunciaré a la Presidencia de la República. Dije al asumirla que estaba dispuesto a dar la vida por el honor de mi pueblo. Estoy listo para eso. Ya yo corté mis amarras con la tierra...”

Este capítulo de la vida de Rómulo Gallegos es superior a sus novelas. Como escritor, ya había colmado todas las medidas al ser escogido por el pueblo venezolano para regir sus destinos. En este amargo y glorioso trance, su estatura humana adquirió majestad de prócer y perennidad de estatua. No en vano —fiel a su pueblo y al espíritu de su obra— supo caer “del lado de la honra”.

Costa Rica, Guatemala, Estados Unidos, Cuba, México. Otra vez —y ya de vuelta de todos los azares y de todos los laureles— el destierro y la agonía y la siembra. Si por imperativos insoslayables de conciencia dejó temporalmente el ejercicio de la pluma por el de la política creadora, ahora retornaba a la literatura sin abandonar sus responsabilidades y obligaciones. Su última novela, *La brizna de paja en el viento*, fue concebida, escrita y editada en Cuba —que lo recibió como a hijo— y cubanos son sus personajes, sus problemas y su ambiente. Mexicana es la novela que está escribiendo en su tenso refugio de Morelia. México es ya su segunda patria de la gran patria común. Bajo esta tierra hospitalaria, duerme, amorosamente arropada, doña Teotiste Arocha, su abnegada esposa y compañera, fragancia luminosa en el recuerdo, arroyuelo de miel en las angustias, trino de fe en las hondas soledades, recatado alivio en la incurable nostalgia —la pura mujer sobre la tierra. Desde México, Rómulo Gallegos dicta hoy su lección a toda América. Vida ejemplar y hombre completo: he ahí la esencia de su biografía.

Maestro y amigo, ¡Salud! Si humilde, es la mía voz de América por cubana y proscrita, voz de pueblo que sufre, lucha y espera, voz de Guatemala invadida y alzada y de Venezuela sojuzgada y rebelde, voz de España vendida y erecta y de México amenazado y altivo, voz de Santos Luzardo en duelo irreconciliable con Doña Bárbara, voz de tus letras civiles anunciando la derrota inexorable de las armas.

Tomado de Roa, Raúl: Retorno a la alborada, Dirección de publicaciones Universidad de Las Villas, Las Villas, 1964.



Tributo a Andrés Eloy Blanco*

Agradezco sobremanera a los jóvenes del Comité Estudiantil de Superación Universitaria que me hayan brindado la honrosa oportunidad de participar en el homenaje que le rinden esta noche al gran poeta venezolano Andrés Eloy Blanco. Y agradezco, en pareja medida, las generosas palabras que me ha dedicado el estudiante José Ramón Taín. Conservar el aprecio de los jóvenes, a través de las promociones sucesivas a la mía, es uno de mis mayores orgullos.

No me viene ahora en vano, a la memoria, la anécdota que en seguida refiero. Una vez, hace muchos años, conversábamos en la alta noche un grupo de estudiantes revolucionarios reclusos en el Presidio Modelo, de Isla de Pinos. Recuerdo la escena con singular vividez. Nos habíamos distribuido en el suelo en torno al camastro renqueante de mi fraternal amigo Pablo de la Torriente Brau. El hambre, la nostalgia y la lluvia, que batía tenazmente en el patio, nos habían desvelado y decidimos estafar el almanaque charlando sobre todo lo divino y lo humano. Conviene precisarlo. Eramos todos pobres y todos nos sentíamos prestos a la abnegación, al sacrificio y a la ejemplaridad. Aún más. En pleno despunte de la juventud ya nos sentíamos vocados a la muerte. En esos días heroicos, la generación del 30 era la generación del 30.

Alguien dijo:

—Los nuestros están cayendo a montones. Pero yo espero escapar con el pellejo sano de este degüello colectivo y llevar una vida sabrosa y tranquila.

* Aula Magna de la Universidad de La Habana, agosto 8, 1949.



Y otro le replicó al instante:

—No te hagas ilusiones. El verdadero revolucionario viene al mundo con un pasaporte de residencia condicionada.

De pronto, irrumpió, sentenciosamente, Pablo de la Torriente Brau

—Yo creo que nuestra vida futura debe ser de tal modo que seamos para los demás lo que somos hoy para nosotros mismos...

Era un grupo de estudiantes revolucionarios, conversando en una noche lluviosa, hace ya muchos años, en el Presidio Modelo.

De ese grupo, la mayoría murió como había vivido, con la pupila llameante y el corazón entero; pero otros, a la sazón ufanos de sus penurias, ocupan hoy posiciones cimeras, disfrutan de riquezas mal habidas y son ya indignos de su glorioso pasado. De los que aún sobrevivimos, soy yo uno de los que puede hablar de Julio Antonio Mella, de Rafael Trejo y de Antonio Guiteras sin mancillar su memoria. Soy yo uno de los que se ha mantenido inquebrantablemente fiel a nuestros ideales de entonces. Y, porque así es, puedo venir, con la frente enhiesta, la Conciencia tranquila y la lengua suelta, a rendirle tributo a Andrés Eloy Blanco y hacer una vez más causa mía la causa venezolana.

Dije hace poco, en la emocionante despedida de Rómulo Gallegos, que el gobierno de la república había burlado al pueblo cubano al reconocer a los usurpadores de Caracas. Ahora lo reitero y lo ratifico para siempre. Y puedo afirmar que, para siempre, porque yo no pertenezco a la raza de los vendibles.

Andrés Eloy Blanco va a recitarnos esta noche sus poemas más representativos. Versos suyos aprendí yo de memoria durante su primera visita a La Habana. No le conocí entonces personalmente. Era un poeta laureado. Su *Canto a España* se lo acababa de premiar la Academia de la Lengua. La juventud literaria de Cuba, encabezada por Rubén Martínez Villena, coronó de férvidas alabanzas al poeta triunfante. Su primer libro de versos, *Tierras que me oyeron*, atestiguaba ya el inagotable caudal de su inspiración y la alta calidad de su temperamento lírico.



Andrés Eloy Blanco era visitante asiduo a la célebre peña literaria del café Martí. Allí dio a conocer, estremeciendo a sus oyentes, las angustias de su pueblo y las infamias de La Rotunda. Y allí dio a conocer, asimismo, su propósito de retornar a Venezuela para enrolarse en la lucha contra Juan Vicente Gómez. Desafiando todos los rigores de la dictadura, Andrés Eloy Blanco fundó dos partidos revolucionarios: la Unión Social Constructiva Americana y el Frente de Acción Republicana; y dirigió el semanario clandestino *El Imparcial*. Le fue puesto precio a su cabeza y cuatro años estuvo encarcelado en hediondas y lúgubres mazmorras. Tres libros de poemas, escritos de memoria, brotaron en la penumbra sangrante de su celda. Cuando Juan Vicente Gómez expiró, Andrés Eloy Blanco, en simbólica ceremonia, arrojaría al mar centenares de grillos en el golfo de Puerto Cabello. Lo demás ya se ha dicho y no creo necesario insistir en ello: fundador de Acción Democrática, presidente de la Asamblea Constituyente y Ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno de Rómulo Gallegos; pero, sí quiero agregar que Andrés Eloy Blanco es el poeta más leído y el hombre más popular de Venezuela.

Tuve el honor de ser invitado por Rómulo Gallegos a su toma de posesión. Pude entonces darme cuenta de la ingente labor que precisaba desarrollar para sacar a Venezuela del atolladero en que la había metido el caudillaje, la reacción y el imperialismo. Y pude darme cuenta, también, de los graves peligros internos y externos que ya se cernían sobre el gobierno constitucional presidido por el esclarecido autor de *Doña Bárbara*. De toda suerte, lo importante era que el pueblo venezolano había ganado, en épicas jornadas, el pleno ejercicio de su soberanía.

Nueve meses más tarde —y por un golpe artero de una camarilla militar codiciosa, venal y traidora, apoyada en las empresas petroleras, en los partidos reaccionarios y en los espadones del continente, con el beneplácito del generalillo a destajo que desangra y esclaviza a España—, Venezuela retornaba, trágicamente, a la opresión, a la tortura, a la persecución, al crimen y al destierro.

Como Don Quijote, Andrés Eloy Blanco ha vuelto al camino, dispuesto a reanudar la pelea en favor de los derechos



conculcados de su pueblo. Y vuelve limpio de sangre y de oro. Sin otra hacienda que su pluma. Hay que pregonarlo, virilmente, a todos los vientos. En esta atmósfera deletérea que respiramos, en que la concupiscencia, el peculado, la simulación y la demagogia pululan silvestres, resulta sobremanera reconfortante ver a este grupo de venezolanos, que todo lo fueron en su patria, afrontar las vicisitudes del ostracismo con los bolsillos vacíos y la miseria de huésped. Esa conducta ejemplar es la que debió reconocer la cancillería cubana y desconocer, permanentemente, la Junta Militar que ahora oprime y saquea a Venezuela en beneficio propio y de los monopolios extranjeros; pero, ya el pueblo de Cuba ha dicho su palabra definitiva al repudiar el reconocimiento y ponerse, resueltamente, junto a Rómulo Gallegos y el pueblo venezolano.

Y ya finalizo. Yo he venido exclusivamente, sin muceta ni borla, a rendirle a Andrés Eloy Blanco un cálido homenaje de admiración y simpatía en nombre de los que aún permanecemos de pie y en la tribuna más allá de mi pueblo. Y he venido, igualmente, a testimoniarme mi repulsa a los poetas de abanico y de cripta, a los santos y santones sin milagros, a los politicastos de oficio, a los apostolitos de crocante y, sobre todo, a los escritores hermafroditas. “La palabra ha caído en descrédito —escribió José Martí— porque los débiles, los vanos y los ambiciosos han abusado de ella; pero todavía —añadió— tiene oficio la palabra”.

Esclarecer, fundar o redimir es el oficio de la palabra. “Los versos se han de hacer —postuló quien jamás pudo ver un crimen en calma— para castigar con ellos, como un látigo, a los que quieren quitarle a los hombres su libertad; se han de hacer para ser útil al mundo. En el mundo, si se lleva con dignidad, aún hay poesía para mucho. ¡Corona de cenizas para los poetas cortesanos! ¡Corona de himnos para el honrado poeta de los pobres!”.

A esa egregia estirpe pertenece Andrés Eloy Blanco, poeta del pueblo, que canta para el pueblo, que sufre por el pueblo y lucha por el pueblo. Hombres así, poetas así, que dan su corazón a los demás en melódica ofrenda, son acreedores a la exaltación de sus contemporáneos y al amor de la posteridad.



Andrés Eloy Blanco, compañero y amigo: tengo fe profunda en que muy pronto tus versos volverán a resonar por los caminos de Venezuela festejando el triunfo de la revolución, de la libertad política y de la justicia social. Hago votos por ello. Y, como pública despedida, pongo a la disposición de tu pueblo mi palabra, mi pluma y mi brazo. De América somos hijos y Venezuela es la madre de nuestra independencia.

Tomado de Roa, Raúl: Retorno a la alborada, Dirección de publicaciones Universidad de Las Villas, Las Villas, 1964.





La lección de Antonio Machado*

Por “una senda clara y hacia otra luz más pura”, a donde “lleva quien deja y vive el que ha vivido”, se fue, sangrante el corazón sonoro, en un brumoso mediodía de marzo, Antonio Machado, el poeta sin segundo de la España nueva. Repicaron los yunques; enmudecieron las campanas. La España “inferior que ora y bosteza, vieja y tahúr, zaragatera y triste, que ora y embiste cuando se digna usar de la cabeza”, la España de “charanga y pandereta”, saludó su ida con un aullido empozoñado de blasfemias. La España “del cincel y de la maza”, la España “implacable y redentora”, la España que alborea le hizo un agónico “duelo de labores y esperanzas”.

Cinco años hace que partió el lírico egregio, “ligero de equipaje”, desnudo casi, el pecho en carne viva, ni vencido ni convencido, ardiéndole la fe. Voz de su tiempo fue su voz viva. Voz de siempre es su voz muerta, por siempre viva. Parecíanos antes, al leerlo, que su verso brotaba del hondón de la tierra, remansado y claro, irisada apenas su limpidez por males de ausencia y angustia sin calado. La onda bruñida y morosa de su verso cae ahora crepitante de lo alto, como del surtidor de Cronos, en un aire arremolinado de estertores y vagidos. Es un verso que clama y reclama, incita y espera, la intimidad desnuda envuelta en sangre, el repliegue hecho herida, la añoranza fuego. Grito es ahora aquel verso que fue recato de amor, soledad perfumada, espejo de entraña, saudades de Soria, soñar soñado de caminos. Y, junto a otros nombres, sus pares legítimos, le fulge el espíritu con el ful-

* Palabras leídas en el homenaje que le fue rendido a Antonio Machado, el 10 de abril de 1944, en el Aula Magna de la Universidad.



gor inexpresable de un diamante pulido por los guijarros del Duero, "luminoso y profundo" como lo vio Rubén Darío.

Gente del oficio ha escrito ya páginas ejemplares sobre el poeta Antonio Machado. Sobre la raíz y el vuelo de su poesía, lo que en ella trasciende a Jorge Manrique y al Romancero, lo que en ella viene con él sin cicatrices ni reflejos, lo que es inalienablemente suyo en ella, hablará Juan Chabás. Este puñado trémulo de cuartillas que he compuesto, para honrar su memoria en el primer lustro de su muerte, es la ofrenda conmovida y viril de un lego en menesteres literarios. Bien me tengo sabido lo que Platón dejó dicho al respecto. Sé bien que si la República quiere funcionar armónicamente debe el filósofo filosofar, el guerrero guerrear y el labriego labrar; pero también sé que si sólo filosofa el filósofo, guerra el guerrero y labra el labriego la República gana en eficacia lo que pierde en humanidad. Zapatero a tus zapatos es el imperativo de toda aspiración de plenitud. Zapatero a tus zapatos y sólo a tus zapatos es la fórmula más adecuada y efectiva para vaciar el espíritu de substancia creadora, para crear una república de hombres huecos, la nada sin nada.

Juan de Mairena discrepaba tajantemente de ese mezcuiño ver y sentir. Si se quiere ser el que se es, gentilhomme o arriero, príncipe o diputado del pueblo hay que ver y sentir hasta donde alcance el horizonte y aguanten las visceras. Este deber es irrenunciable e intransferible. Y, por lo mismo, nadie puede negarle a nadie el derecho de rendirle homenaje a quien aromó su fatiga, iluminó su vigilia o reconfortó su ánimo, trasmutando en ráfaga celeste el pardo reptar de su vida cotidiana. Ninguna mano es torpe para tributar esta ofrenda. Ningún labio es indigno para loar, llorar o maldecir el misterio. Aun los hombres más humildes y oscuros, los que únicamente "labran, generan y sueñan", han sentido alguna vez la necesidad metafísica de expresar su gratitud y su asombro a la flor, al lucero, al canto y al hombre que viene de todos porque viene de sí. Estas mis palabras breves van dichas por ellos, presentes en el verso de Antonio Machado, presentes en su lidia civil, presentes en su muerte, presentes en su reposo ígneo, presentes en el ansia nuestra de devolverle a España, con la huesa florida del poeta y la libertad secuestrada,



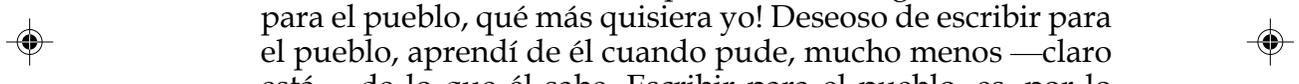
el arrobo que el labriego siembra cuando genera, culto analfabeto que acendra el saber con la miel de su espontaneidad, sombra acusadora del filisteo, cariátide que siendo plasma germinal de la historia ha “llevado sobre su cuello toda la historia dorada de los otros”.

Poeta de ellos, poeta del pueblo, fue Antonio Machado. Haberlo sido es su timbre más alto. Jamás se dejó hechizar por el canto de sirena del *homo pro se*. Jamás se le murió la voluntad en una noche de luna. Jamás se situó por encima de la contienda. La teoría del hombre aparte, de la inteligencia pavoneándose sobre los partidos y las contradicciones sociales, le fue radicalmente ajena. Sabía lo que este supuesto apartamiento olímpico comportaba en la práctica. En nombre de la fraternidad de las *élites* y de la independencia del espíritu, al paso que se clamoreaba, con matinal alborozo, el descubrimiento y divinización del hombre, Marcilio Ficino caracterizaba al pueblo como “un pulpo, animal de muchos pies y sin cabeza”. “El pueblo —concluía Guicciardini— es un monstruo lleno de confusión y errores, cuyas vanas opiniones están tan alejadas de la verdad como España de la India, según Ptolomeo”. “Los campesinos —escribía Maffeo Veggio— no participan de la naturaleza humana, sino de la naturaleza del buey”. “Los hombres que en la república ejercen un arte mecánico —diría el genial florentino a la sombra protectora del poder— no están jamás en condiciones de gobernar como príncipes, porque nunca han sabido otra cosa que obedecer. Es necesario no confiar la dirección sino a los ciudadanos que no han obedecido sino a los reyes y a las leyes, es decir a los que viven de su renta”. “Es vil e indigno —postularía Erasmo en la impunidad garantizada de su biblioteca—, sentir con el pueblo”. Y el excelso Giordano Bruno, sin librarse por eso de la hoguera, propondría este programa cruzado de luces y tinieblas: “Las verdaderas proposiciones no son presentadas por nosotros al vulgo, sino únicamente a los sabios que pueden comprender nuestro discurso; porque si la demostración es necesaria para los contemplativos que saben gobernarse a sí mismos y a los otros, la fe, en cambio, es necesaria al pueblo que debe ser gobernado”.



No era nueva esa postura antihumanista del humanismo. Ya el maravilloso artífice de los universales había propugnado el látigo del mito y la mentira para reducir a obediencia a “esa especie de monstruo feroz presto siempre a renovar la audacia de los antiguos titanes”. Pululan hoy los que predicán pareja pedagogía en nombre de la superioridad de los mejores. La neutralidad de la cultura fue antes, como es ahora, como siempre será, el apoliticismo mentido de los que militan en el “partido de los saciados”, reverso cómplice de los intelectuales que se ponen militantemente al servicio de los intereses creados.

Ni que decir tiene que no fue ese el partido de Antonio Machado. El partido de Antonio Machado fue el partido de los que tienen hambre y sed de justicia, de los que consideran que la palabra es acto, de los que están siempre dispuestos a darse a la muerte por amor a la vida. Cuando a Machado le preguntaron, hace ya muchos años; ¿piensa usted que el poeta debe escribir para el pueblo o permanecer encerrado en su torre de marfil? —respondió de esta guisa: “Escribir para el pueblo, qué más quisiera yo! Deseoso de escribir para el pueblo, aprendí de él cuando pude, mucho menos —claro está— de lo que él sabe. Escribir para el pueblo, es, por lo pronto, escribir para el hombre de nuestra raza, de nuestra tierra, de nuestra habla, tres cosas de inagotable contenido que no acabaremos nunca de conocer. Y, es mucho más, porque escribir para el pueblo nos obliga a rebasar las fronteras de nuestra patria, escribir también para los hombres de otras razas, de otras tierras y de otras lenguas. Escribir para el pueblo es llamarse Cervantes en España, Shakespeare en Inglaterra, Tolstoi en Rusia. Es el milagro de los genios de la palabra. Tal vez, alguno de ellos lo realizó sin saberlo, sin haberlo deseado siquiera. Día llegará en que sea la más consciente y suprema aspiración del poeta. En cambio a mí, mero aprendiz de gay-saber, no creo haber pasado de folklorista, aprendiz, a mi modo, de saber popular”. Cuando se ve compelido a evacuar Madrid por orden superior, le ofrece a Lister y a Modesto, en gesto impar, sus brazos ancianos para la defensa de la plaza. “En España —dirá en seguida en Valencia— lo mejor es el pueblo. Por eso la heroica y abnegada defensa





de Madrid, que ha asombrado al mundo, a mí me conmueve, pero no me sorprende. Siempre ha sido lo mismo. En los trances duros, los señoritos —nuestros *barinas*— invocan a la patria y la venden; el pueblo no la nombra siquiera, pero la compra con su sangre y la salva”. Y cuando tiene que abandonar España, “vendida toda de río a río, de monte a monte, de mar a mar”, camino del destierro, de la soledad y de la muerte, sale entre los suyos, confundido con ellos, la frente alta, el corazón erguido, la palabra entera, encendida de cólera la sangre jacobina, en diálogo con Dios, famoso el verso, “como deja el capitán su espada, por la mano viril que la blandiera”.

Ese fue, en junto, el hombre. Y esa su lección imperecedera.

Lo demás —Larra y Machado, Abel Martín y la filosofía existencial, Machado y Heidegger, Sócrates y Mairena— no me toca a mí decirlo. Ni podría decirlo aunque quisiera. “Cada sabio, su problema y cada loco, su tema”. Yo he venido exclusivamente, sin muceta ni borla, a rendirle esta ofrenda del pueblo en la tribuna más alta y más limpia del mío. Y he venido, asimismo, a decir mi repulsa a los poetas de abanico y de cripta, a los escritores hermafroditas, a los santos y santones sin milagros, a los incultos analfabetos y a los cuelliparados de la plebe. “La palabra ha caído en descrédito —sentenció José Martí— porque los débiles, los vanos y los ambiciosos han abusado de ella; pero todavía —agregó— tiene oficio la palabra”. Esclarecer, fundar o redimir es el oficio de la palabra. “Los versos se han de hacer —postuló quien jamás pudo “ver el crimen en calma”— para castigar con ellos, como un látigo, a los que quieren quitarle a los hombres su libertad, se han de hacer para ser útil al mundo”. “En el mundo, si se lleva con dignidad, aún hay poesía para mucho. ¡Corona de cenizas para los poetas cortesanos! ¡Corona de himnos para el honrado poeta de los pobres!”.

*Lleva quien deja y vive el que ha vivido.
¡Yunques sonad; enmudeced campanas!*

Grana otra vez la hora del nuevo florecer de España, abonada con sangre de todas las Españas y el fermento revolucionario.



rio de la América nuestra, que no será enteramente libre hasta que España lo sea, colonia última del imperio en derrota, lodo pútrido de polvos infectos. Sombras roqueñas, sombras de acero y luz se reincorporan para reanudar la epopeya, se levantan por todos los caminos trazando la ruta. Sobre los pinares de Romanillos se recorta, como una incitación al heroísmo infatigable, el másculo perfil de Pablo de la Torriente Brau. Y, donándolo todo, como un clarín de victoria, la voz del poeta del pueblo, la voz del pueblo en su canto:

*Madrid, Madrid, que bien tu nombre suena,
rompeolas de todas las Españas!
La tierra se desgarrar, el cielo truena,
tu sonrías con plomo en las entrañas.*

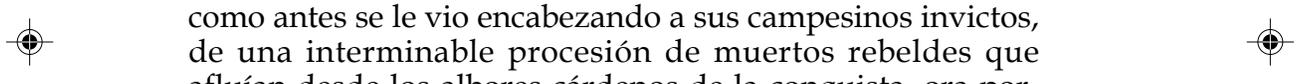
Tomado de: Colectivo de Autores: Homenaje de la Universidad de La Habana a la memoria de Antonio Machado. 1944.





Ser y devenir de Antonio Maceo*

Gobierno y pueblo se juntan esta noche para rendirle entrañable y solemne tributo a Antonio Maceo y, en su impar y confluyente personalidad de héroe, esencia y símbolo de la nación, a todos los que cayeron ciñendo la palma del martirio en aras de la patria, a lo largo de empeñosa y secular lucha por su independencia, integración, justicia, libertad, progreso y decoro.



Sesenta y cinco años se cumplen hoy del trágico desplome de aquella vida radiante, generosa y enhiesta, que en brazos de la muerte entraba resurrecta en la Historia, ahora al frente, como antes se le vio encabezando a sus campesinos invictos, de una interminable procesión de muertos rebeldes que afluían desde los albores cárdenos de la conquista, ora portando flechas, machetes o carabinas, ya exhibiendo el surco violáceo del patíbulo o las úlceras purulentas del cepo, bien los tatuajes de la bartolina o del destierro. En ese imponente desfile de sombras iluminadas, marchan del brazo los héroes epónimos y los héroes anónimos; deslindan etapas Hatuey y Aponte. Céspedes y Agramonte, Gómez y Sanguily, Martí y Flor Crombet, Guiteras y Jesús Menéndez; se confunden, en suma, los héroes de Paralejo y los héroes de Playa Girón; y, como culminándolos a todos en síntesis suprema. Antonio Maceo, héroe doblado en pueblo, pueblo doblado en héroe, "líder y masa", para decirlo con la afortunada expresión de Juan Marinello en uno de sus más penetrantes y bruñidos ensayos.

Fue, sin duda, un acierto escoger este día para honrarlos a todos en la exaltación de quien a todos troquela en bronce

* Capitolio Nacional, diciembre 7, 1961.



fundido con el fuego de Prometeo, el titán que le arrancó al cielo sus secretos y trasmutó en realidad humana el impulso ascendente, el vuelo del devenir. Pero este acierto, urge aclararlo, sirvió, por lo común, durante la colonia sobreviviente en la república —entre las excepciones señeras cuenta el panegírico de Salvador García Agüero— para que se encendieran las luces de bengala de la retórica de alquiler, del elogio fermentado o de la perorata rastrera. Los muñeques y manengues que ordeñaban el tesoro público y andaban en cuclillas ante el Mister de turno en la Embajada yanqui —centro de poder de una estructura económica y social uncida a los intereses imperialistas que representaba— habían convertido el culto de los muertos en fiesta de los “vivos”. Cada aniversario de la patria era ocasión propicia para el ocultamiento del crimen, del latrocinio y del vasallaje en la gaseosa humareda de vana palabrería. Se rehuía el recuento, el compromiso o el contraste con la circunstancia, que demandaban, dramáticamente, los héroes invocados. La huesa sagrada de los caídos se exhumaba —profanándola— para justificar las más abominables depredaciones, obsecuencias y vilezas. A la explotación del hombre por el hombre —fundamento del régimen social a la sazón imperante— se unió la explotación de los héroes, cuya plusvalía de gloria se invertía en apuntalar aquélla. A esa descocada mixtificación se redujo, usualmente, la conmemoración de esta efemérides, hasta el primero de enero de 1959. Ese día el pueblo cubano no sólo se adueñó plenamente de sus destinos: ese día el pueblo cubano reivindicó, también, para siempre, el culto de sus héroes. Ya no se les explota, se les honra; ya no se les oculta, se les exhibe; ya no se les declama, se les imita; ya no se les rehúye, se convive con ellos. Son hoy orgullo, ejemplo y propiedad de todos. No en balde los héroes son pueblo y es el pueblo quien manda.

El primer aniversario de esta efemérides en la Cuba liberada se celebró bajo el signo de la reconquista de la tierra, de la afirmación de la soberanía y de la integración nacional. Tocolé al comandante Raúl Castro, héroe de nuestra segunda guerra de independencia y Ministro de las Fuerzas Armadas, hacer el panegírico de Maceo. El segundo aniversario se celebró bajo el signo de la nacionalización de numerosas empresas norte-



americanas, la organización del pueblo en armas y la proclamación, como objetivo central de la revolución, de la abolición de la explotación del hombre por el hombre. Correspondió el panegírico ese día al comandante Juan Almeida, legítimo traspunto, por su origen, pigmento y coraje, del general Antonio. En este aniversario es la Cuba contenida dialécticamente en el proceso de su historia, es la Cuba que aflora del impulso ascendente que encarnó Antonio Maceo, es la Cuba socialista que barrunta en Martí y cuaja en Fidel Castro, voz, pensamiento y brazo del pueblo cubano en esta coyuntura estelar de su existencia, la que rinde el tributo, rescatando, con genuina ufanía, el ser y el devenir de la patria, ya orgánica y dinámicamente integrados en un proceso abierto hacia horizontes cada vez más amplios y resplandecientes.

La conjunción de la raíz y del fruto, del impulso y de la realización, es lo que permite otorgarle toda su significación y alcance a esta efemérides. Se ha arribado ya a ese punto en que la tradición, limpia de ganga y centrada en su cauce, es, en pareja medida, entronque y dinamo. Debe subrayarse el hecho. Sólo en una Cuba socialista —sepulcro de esclavitudes y manantial de libertades— la tradición podría ser cuerpo vivo y conciencia irradiante. Destruídos los aparatos ortopédicos que la conquista, el coloniaje, la reacción, el imperialismo y el capitalismo le había impuesto a su curso natural de desarrollo, la nación se ha encontrado consigo misma, y son sus fuerzas creadoras, antaño reprimidas o deformadas en beneficio del privilegio nacional o extranjero, las que configuran su presente a “la altura de los pueblos que rigen el porvenir humano”, como quiso y expresó Maceo con esa genialidad instintiva del revolucionario que es, a la vez, producto de la historia y desbrozador de sus caminos. Vistas así, en función de su pueblo, de su tiempo y de su impulso, a la vívida luz de la lucha de clases, interpretación y estimativa que proporciona únicamente la teoría y la práctica del marxismo-leninismo, los héroes descienden de las estatuas para participar, activamente, en los afanes, clamores y esperanzas de los hombres. Pueblan de nuevo la tierra con sus incitaciones y reclamos, mientras aquélla no sacie su hambre y sed de justicia. Sobreviven batallando. Y no tendrán reposo



hasta que cristalice la obra a que se ofrendaron, hasta que, si pelearon por restituirle al hombre su “fertilidad perdida”, desaparezcan las diferencias de clase y advenga, como forma superior de convivencia para todos los hombres, aquella en la cual el “libre desenvolvimiento de cada uno sea la condición del libre desenvolvimiento de los demás”.

La evocación de Antonio Maceo nos retrotrae a los orígenes del impulso que le infundió sentido y significación a su muerte. En el deslumbrante amanecer del 27 de octubre de 1492, Cuba debió parecerle a Cristóbal Colón un regalo de los dioses, flotando, voluptuosamente, sobre un mar de zafiro. “Esta es la tierra más hermosa que ojos humanos vieran” —escribió en su “Diario” —, apenas la proa de la fatigada nave hendía el fondo transparente de la lujuriente ribera. La frase hizo entonces fortuna, se repite aun con frucioso regusto y hasta con su criolla punta de honrilla. No surgió, ciertamente, de un arrebató mediterráneo. Colón era genovés; pero su visión de la naturaleza, de la vida y de la historia fue siempre la de un egregio heraldo del capitalismo emergente. El nuevo mundo que amanecía en Europa y encubría América, cubriéndola, traía la entraña partida por el interés de clase y, conjuntamente, la decadencia del feudalismo, el predominio del capitalismo y la revolución del proletariado.

Pero volvamos, por un instante, al “Diario” de Colón. Aquella idílica imagen de paraíso perdido, difundida en Europa por los escritores utopistas, ha perdurado, fresca y luminosa, en el subconsciente de los sucesivos pobladores de la mayor de las Antillas. Es esta, sin disputa, la más profunda vivencia telúrica del pueblo cubano, fundido a su paisaje con sensualidad mestiza. Hay países geográficamente cerrados y países geográficamente abiertos, con sus correspondientes concomitancias psicológicas y culturales. Cuba, desnuda de fronteras, es de los países que entregan su cimbreante contorno y su claro dintorno a la mirada golosa, sin hurtar sus playas reverberantes, sus valles floridos, sus graciosas estribaciones, sus verdes montañas, sus ríos serenos, su cielo límpido y sus lisas intimidades. Copo de sol ceñido de espumas. Cuba ha sido, y es, la perla morena de un collar codiciado de islas.



Pero en la historia de esa tierra de promisión, crucero de ambiciones imperiales, se han conjugado, hasta hace sólo tres años, como una de sus constantes, “las bellezas del físico mundo y los horrores del mundo moral”. El contraste entre el paisaje natural y el paisaje social de Cuba no ha podido ser más rudo. Nunca tampoco, en escenario más reducido, adquirió tan terca firmeza el impulso de fundir históricamente el paisaje social con el paisaje natural. Las raíces de ese proceso se encuentran ya pugnando por despuntar en el oscuro y dilatado tránsito de la factoría a la colonia, que engendra, por ley interna de su desarrollo, el asiento real y la añoranza ideal de la patria, entrevista en aquel grito en flor que se deshoja, llameante, en 1532: “Triste tierra, como tierra tiranizada y de señorío”.

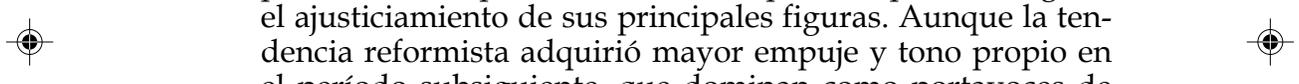
Si es cierto que el germen de la nacionalidad cubana puede ya advertirse promediando el siglo *xvi*, no lo es menos que ésta no adquiere caracteres propios y diferenciados hasta los comienzos del siglo *xix*. Dura, larga y fatigosa ha sido la trayectoria recorrida. Exterminada la población indígena y sustituida por el esclavo africano, el régimen social impuesto por los colonizadores no pudo ser más simple e inhumano: una estructura económica de relaciones sociales, políticas, jurídicas, culturales y religiosas fundada en el derecho de conquista y en el dominio de clase. Los desarrollos ulteriores de este régimen no alteran su sustancia: Cuba fue siempre tierra de explotación y medro hasta que se arrió la bandera española. Como siguió siéndolo bajo los símbolos ficticios del himno, el escudo y la bandera, hasta que las raíces de la dominación imperialista fueron segadas de un tajo.

Espanoles y criollos convivieron durante el lento proceso de gestación de la nacionalidad, sin que aún se expresaran subjetivamente, con rasgos pugnaces, las condiciones objetivas que muy temprano empiezan a contraponer sus necesidades, intereses y aspiraciones. El tenue hilo de la vida cultural se desenvolvía conforme a los más rancios patrones de la iglesia y de la monarquía. La nacionalidad cubana apareció, justamente, en el momento mismo en que los descendientes de los criollos sientan las bases de una cultura propia y adquieren conciencia de su posición en la



sociedad colonial. Su advenimiento lo aceleró la toma de La Habana por los ingleses en 1762 y coincidió con la mutación de la endeble burguesía criolla agraria del siglo XVIII en la poderosa burguesía azucarera cubana del siglo XIX. Los desajustes y las contradicciones entre el desarrollo de ésta y la burguesía comercial española, opuesta a todo progreso material o espiritual que afectase su monopolio político, económico y cultural, y la oposición, a su vez, de la burguesía agraria cubana a la abolición de la esclavitud, constituyen la trama condicionante del proceso histórico durante la etapa que corre desde las postrimerías del siglo XVIII hasta 1820. Su figura cimera fue Francisco de Arango y Parreño y su doctrina se reduce a exigir reformas administrativas y libertades comerciales compatibles con la soberanía española.

La rebelión de los esclavos, como antes la de los vegueros, obtuvieron idéntica repulsa de los españoles y cubanos acaudalados, y tampoco suscitaban resonancias populares las conspiraciones independentistas de la época, ni protesta alguna el ajusticiamiento de sus principales figuras. Aunque la tendencia reformista adquirió mayor empuje y tono propio en el período subsiguiente, que dominan como portavoces de la burguesía agraria cubana José Antonio Saco, José de la Luz y Caballero y Domingo del Monte, si bien condenaba la trata, siguió abogando por la perpetuación de la esclavitud. El desconocimiento en 1837 de los diputados cubanos electos a las Cortes señaló la frustración de las aspiraciones reformistas; pero la briosa polémica de Saco con las autoridades coloniales y su severa denuncia de los más ominosos aspectos de la dominación española contribuyeron a fortalecer y madurar la conciencia de nacionalidad, que arrostraría serios riesgos y graves obnubilaciones con la suplantación, en zonas importantes de la burguesía agraria cubana, de la tendencia reformista por el movimiento anexionista, que conducía, inexorablemente, a la conversión de Cuba en una factoría de Estados Unidos. Intimamente ligado al predominio y mantenimiento de los intereses esclavistas, sufrió un golpe decisivo al ser derrotados los estados del Sur por los del Norte en la llamada Guerra de Secesión.





La tendencia reformista volvió por sus fueros y al afrontar condiciones distintas, derivadas primordialmente del desarrollo de las fuerzas productivas y de la evolución técnica de la industria azucarera, urgida de trabajadores más calificados y temporalmente alquilados, planteó la extinción gradual, mediante indemnización, de la esclavitud, y el reconocimiento de determinados derechos políticos, libertades comerciales y reformas administrativas. Los comisionados de la burguesía azucarera cubana ante la Junta de Información recibieron, por toda respuesta, lo contrario de lo que pedían: impuestos mayores, controles más rígidos, desdenes más rampantes. Y al tomar el camino, con veleidades anexionistas primero, resueltamente después, de la independencia, su interés de clase se confundió, por primera vez, con el interés nacional, arrastrando tras sí a todos los desposeídos y sojuzgados.

El tañido señorial de las campanas de La Demajagua convocaba a las armas para la conquista de la patria, y ofrecía, como merced, la libertad a los esclavos que se sumasen a la contienda. Y lo que en un principio fue río impetuoso embridado por patricios de puños de seda, predios amenos y trenes de esclavos, se transformó, muy pronto, en desbordada torrentera de gente humilde que olía a tierra y por su tierra iba a pelear y a morir, sin parar mientes en que la cosecha de sus sacrificios pudieran disfrutarla otros. Eran los hombres de tierra, eran los nombres humildes, eran los que sólo tenían cadenas que perder, eran la encarnación del impulso ascendente, eran los libertadores. Y jamás los libertadores han tasado sus sacrificios.

De ese vasto semillero, gente anónima que sufría en su carne el garfio y el baldón del régimen colonial, provenía Antonio Maceo. No había nacido, como muchos de los capitanes de la víspera, entre áureos pañales. Había nacido, como la inmensa mayoría de los mambises de fila, en cuna de palmiche. Y era mulato. Dos prejuicios le acecharían toda la vida y de ambos saldría a toda hora vencedor: el prejuicio blanco y el prejuicio negro. Hombre entero, traspuso las limitaciones resentimientos y villanías de su ambiente y, al transfundir en su sangre, la sangre múltiple del pueblo, fue su exponente cabal.



Mozo aún se incorporó al Ejército libertador. El hijo del venezolano Marcos Maceo y de la dominicana Mariana Grajales poseía instrucción escasa y desconocía totalmente el oficio de guerrero. Pero el saber se adquiere por mil medios sutiles y el guerrero se hace guerreando. Y, cuando se traen ínsitas virtudes y potencias singulares para determinados menesteres o empresas, como en este caso, el aprendizaje es tan fácil como propicio. La parábola de su carrera militar lo prueba inequívocamente: asciende de soldado a mayor general, con la misma naturalidad con que se encara a la muerte. La humildad de su cuna le había impedido colocarse desde un principio a la altura de otros que nacieron siendo jefes de la revolución; pero es esa misma humildad la fuente de sus calidades egregias, de sus portentosas hazañas y de sus geniales videncias. Su cepa era de héroe; heroína fue su madre —cifra y compendio de la madre cubana— y héroes fueron su padre y hermanos, con inusitado relieve José. Ninguno había nacido para morir en la cama. El relato de sus hechos linda con la leyenda. A fuerza de ser reales, la imaginación popular los ha nimbado de mitológicos fulgores. Todo pueblo es un poco Homero de sus héroes.

A compás de la transformación que se fue operando en la correlación de clase de las fuerzas mambisas, al definirse los objetivos políticos y profundizarse el carácter social de la guerra, de sus contactos con algunos hombres de superior cultura y absorber ideas y principios que iluminan sus bélicas arremetidas, acentuándole su pasión por la dignidad humana, exacerbándole el odio a todas las formas de esclavitud y afilándole la comprensión del curso ulterior de los hechos y los peligros internos y externos que circuían la revolución, el pensamiento de Antonio Maceo se aclaró, afinó y enriqueció. El guerrillero sin consonante fue deviniendo así en líder de pueblo, totalizándose su personalidad revolucionaria. Los agravios y las injusticias que lo habían lanzado a la brega cobran ahora carne de razones, de ideas, de principios. Y, por eso, su concepción de la naturaleza y los fines de la guerra, trascendía ya, en su cuesta pina, el ámbito de la revolución democrático-burguesa para proyectarse en un futuro que sólo podría cerrarse “cuando no hubiese una injusticia que reparar”.



He aquí por qué Antonio Maceo, como José Martí, encarnó el impulso ascendente que lo hace partícipe de la etapa revolucionaria de hoy. No supo, seguramente, de Marx; pero su aborrecimiento por la desigualdad, el privilegio y la sumisión fue tan raigal e intenso, que no pudo serle ajena la determinación de atacar directamente sus causas. Nada le preocupó tanto como la índole del régimen social que advendría con la victoria de las armas. Su sentido de la disciplina, de la unidad y de la responsabilidad —factores coadyuvantes al fortalecimiento de la base popular del cuerpo de combatientes— indica el grado de su madurez política y de su conciencia revolucionaria. Oid estas palabras preñadas de sentido: “No trabajamos para nosotros ni para la presente generación, muévenos el triunfo del derecho para todas las generaciones venideras; y no creemos jamás que por una hora de vanidad o de egoísmo deba comprometerse la felicidad de muchos siglos”. Y éstas otras, no menos sustanciosas y certeras: “Siempre, como hasta hora, estaré al lado de los intereses del pueblo, uno e indivisible, frente a los intereses mezquinos de partido”.

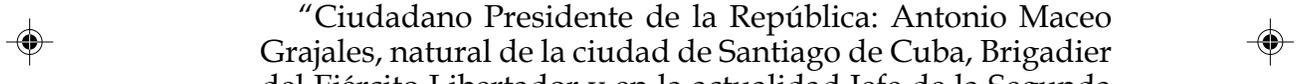
A la calumnia y a la envidia, que comienzan a rondarle como puñales cuando su personalidad política se empareja con su personalidad militar, y en tal virtud el peso de los campesinos y los negros que encabeza se deja sentir en la composición de clase de las fuerzas mambisas, inclinando la balanza en su favor, Antonio Maceo respondió siempre con serenidad, tino, energía y decoro. En la desdichada ocasión en que Salvador Cisneros Betancourt se dirigió al delegado Tomás Estrada Palma, previniéndole de la supuesta ambición de Maceo de ocupar la presidencia de la república en armas (“me temo que la hormiga quiera criar mucha ala, y esta ambición desmedida nos dé mucho que hacer... que se conforme con sus laureles militares y será bueno que usted lo aconseje con ser jefe de la expedición y deje la política a un lado”), el General Antonio le respondió de esta guisa: “Los incapaces de un proceder lícito y llano siempre suponen a los demás manejándose mal, con intriguillas vergonzosas e impropias de hombres que se estiman. En cuanto a lo que usted dice, que yo debo esperar a que me den, debo



significarle que su oferta está buena para los que mendigan puestos, o para las personas que no sepan conquistarse con sus propios esfuerzos el que deben desempeñar en la vida pública; por lo cual le suplico, no olvide mis condiciones de hombre de este temperamento si en otra ocasión se le ocurre hablarme de puestos y destinos que nunca he solicitado; pues, como usted sabe, tengo la satisfacción de no haber desempeñado ninguno por favor; al contrario, con oposición manifiesta hasta para lo más insignificante. La humildad de mi cuna me impidió colocarme desde un principio, a la altura de otros que nacieron siendo jefes de la Revolución.

“Si ustedes no hubieran venido a la Revolución con tantas prevenciones, acaso no les habría sido dable suponer que las tuvieran contra ustedes los demás”.

No escapó tampoco Maceo a los venablos ponzoñosos del prejuicio racial. Este dolido y colérico alegato, cursado al presidente de la República en armas el 16 de mayo de 1876, muestra hasta qué punto sobrevivían en una guerra contra la esclavitud las taras de la mentalidad esclavista:



“Ciudadano Presidente de la República: Antonio Maceo Grajales, natural de la ciudad de Santiago de Cuba, Brigadier del Ejército Libertador y en la actualidad Jefe de la Segunda División, Primer Cuerpo, ante usted, usando la forma respetuosa se presenta y expone que de mucho tiempo atrás, si se quiere, ha venido tolerando especies y conversaciones que verdaderamente condenaba al desprecio porque las creía procedentes del enemigo, quien como es notorio, esgrime y ha usado toda clase de armas para desunirnos y ver si así puede vencernos; pero más tarde, viendo que la cuestión clase tomaba creces y daba otra forma, trató de escudriñar de dónde procedía y convencido al fin que no era del enemigo, sino, doloroso es decirlo, de individuos hermanos nuestros que, olvidándose de los principios republicanos que observar debían, se ocupan más bien en servir miras políticas particulares; por lo tanto, en razón de lo dicho se cree obligado a acudir al Gobierno que usted representa, para que bien penetrado de las razones que más adelante expondrá, proceda como fuere de justicia, y resolviendo, dicte las medidas necesarias a fin de que en ningún tiempo se tache ni aparezca



dudosa la conducta del exponente, ni su honra con la más ligera mancha; pues los deseos de toda su vida han sido, son y serán servir a su país, defendiendo los principios proclamados y exponer su vida como tantas veces lo ha hecho, porque la causa triunfe y se mantenga incólumes los sacrosantos principios de libertad e independencia.

“El exponente, ciudadano Presidente, supo algún tiempo por persona de buena reputación y prestigio, que existe un pequeño círculo que propalaba había manifestado al Gobierno no querer servir bajo las órdenes del que habla, por pertenecer a la clase, y más tarde, por distinto conducto, ha sabido que han agregado no querer servir por serles contrario y poner miras en sobreponer los hombres de color a los hombres blancos. Tal es la cuestión que ese círculo agita: y es de creer la han lanzado para herir en lo más vivo al exponente, porque con cita quieren servir intereses políticos particulares, y por de contado, para ver si así inutiliza al que consideran un estorbo para sus planes; tratando de hundir, ya que de otro modo no pueden, al hombre que ingresó en la revolución sin otras miras que la de dar su sangre para ver si su patria consigue verse libre y sin esclavos. Y no obstante no tener ambición ninguna y de haber derramado su sangre tantas veces cual lo justifican las heridas que tiene recibidas, y tal vez porque sus envidiosos le han visto protegido de la fortuna, apelan a la calumnia y ésta toma incremento; y el que habla como su conciencia la lleva sin sangre, después de penetrar lo que está haciendo, abordó la cuestión de frente con uno de los que componen el pequeño círculo, conociéndose después más y más del inicuo fin que se proponen, como también de que plantan sin advertirlo la semilla de la división: siembran, por descontado, el disgusto; enervan los ánimos y en último resultado será la Patria quien sufrirá las consecuencias.

“Y como el exponente precisamente pertenece a la clase de color, sin que por ello se considere valer menos que los otros hombres, no debe ni puede consentir que lo que no es ni quiere que suceda, tome cuerpo y siga extendiéndose, porque así lo exigen su dignidad, su honor militar, el puesto que ocupa y los lauros que tan legítimamente tiene adquiridos. Y protesta enérgicamente con todas sus fuerzas, para que



ni ahora, ni en ningún tiempo, se le considere partidario de ese sistema, ni menos se le tenga como autor de doctrina tan funesta, máxime cuando forma parte y no despreciable, de esta República democrática, que ha sentado, como base principal, la libertad y la fraternidad y que no reconoce jerarquías.

“Y si llega el postulante al Gobierno de la Nación, es para que se proceda como corresponde, para que aquel que pruebas tuviere las presente, y de no haberlas, sea tenido como enemigo de la República; porque debe considerarse como tal enemigo a todo aquel que esgrime armas que directa o indirectamente favorezcan los planes de nuestros enemigos; y por consiguiente, se hace acreedor a que nuestras leyes le castiguen.

“Y si por un evento no creíble se le negare al postulante la justicia que demanda, y si por un fin político, ya que se ha puesto la cuestión en el tapete se le quisiera condenar a la inercia, dejándole como simple espectador de una guerra que abrazó con tanta fe como denuedo, por creer en la santidad de la misma, pide le den sus pasaportes para el extranjero, donde se reserva hacer uso de sus derechos y protestar ante el mundo civilizado como lo hace ahora aquí, sin que por esto ahora se entienda ni remotamente que esto sea un pretexto para abandonar el país, y mucho menos ahora que la Patria necesita más que nunca el postrer esfuerzo de todos sus buenos hijos; pues ni está inutilizado, a pesar de las once heridas que en su cuerpo lleva noblemente, ni está cansado; porque el exponente —ciudadano Presidente— no es de los hombres que se cansan ni se cansará mientras no vea a su Patria en posesión de los derechos que reportarle debe la sangrienta lucha que empeñó desde 1868 para librarse de todo aquello que no sea republicano. A usted acude con la súplica de que ordene la formación del correspondiente juicio, para que la verdad quede en su lugar y el castigo se aplique a los que a él sean acreedores. Campamento de Baraguá, a 16 de mayo de 1876, 9º de la independencia. Patria y Libertad”.

Salvador García Agüero ha fijado, con nitidez, la actitud de Maceo con estas palabras: “El alegato de 1876 y algunas otras expresiones tan sobrias como elocuentes con motivo de parecidos contratiempos, prueban cómo Maceo, contra lo que



afirmara un ilustre orador en ocasión similar a la presente, no tuvo como política conveniente frente a la cuestión racial no hablar nunca de ella”.

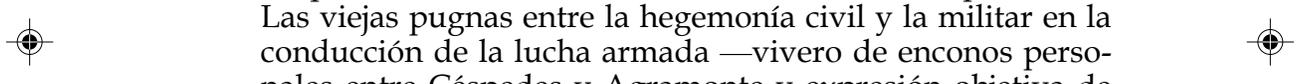
Maceo fue un revolucionario cabal y, por eso, jamás se cansó, se arredró, ni se desvió. El remate natural de la guerra era la liberación completa de la dominación española y el establecimiento de una república igualitaria de amplia base popular y definidos propósitos de reivindicación económica y social para las grandes mayorías nacionales. No se avendría, en consecuencia, a admitir ni a aceptar el Convenio del Zanjón, paréntesis amargo de una lucha sin tregua. Su primera discrepancia con el generalísimo Máximo Gómez, a quien siempre consideró su maestro de armas, data de entonces. La entrevista que sostuvieron fue borrasca. Maceo se opuso, tajantemente, a toda transacción con el régimen colonial. Desechó promesas y concesiones. Y, empujándose sobre su tiempo y la derrota, proclamó la necesidad de seguir combatiendo “hasta la última gota de sangre del último patriota”. La disyuntiva “Independencia o muerte” no era una metáfora, sino un imperativo. En su carta al General Arsenio Martínez Campos, pidiéndole una entrevista, le anticipó su desacuerdo con el Convenio y la única razón que la motivaba: “Conocer qué ganamos con una paz sin independencia, sin abolición total de la esclavitud y sin garantías del cumplimiento del resto por parte del Estado español”. “No nos entendemos” —sería la postrer frase cruzada por Maceo con Martínez Campos—. La resultante de sus convicciones revolucionarias y de su intransigencia patriótica fue la Protesta de Baraguá. Otros podían pactar. Maceo, no. Como ha dicho Salvador García Agüero, “pueblo él mismo, en el más genuino de los conceptos, sintiendo en su carne el dolor del esclavo y la miseria de los libres sin fortuna, no puede pactar sino con una realidad exclusiva, la abolición total de la esclavitud en el seno de una independencia absoluta. El gesto de Baraguá dio exacta medida del líder. Fue la personificación misma del pueblo cubano”.

Si el análisis caracterológico de Leonardo Griñan Peralta descubre múltiples facetas del espíritu y de la conducta de Maceo, su numerosa papelería, recogida y editada por el



Historiador de la Ciudad, Emilio Roig de Leuchsenring, es imprescindible para seguirle la espiral política y el ascenso revolucionario. Acción y pensamiento se aunaban en él, hasta confundirse y expresarse a la par. Y la luz que emanan se mantuvo vigilante y presta a proyectarse en la realidad desde el Zanjón hasta Baire, interregno en que se afincó, provisionalmente, en Honduras y Costa Rica, frecuentó Jamaica, visitó México y le conoció al monstruo las entrañas. Sabía que la guerra había proseguido en la conciencia del pueblo cubano y que no tardaría en traducirse en acción. También Maceo era de los que veían en el subsuelo.

Su amistad con Máximo Gómez ha sufrido nuevos menoscabos y enfriamientos. Se conserva, empero, incólume la admiración y la fe por el bronco y genial guerrillero. En 1881 se habían encontrado en Honduras y vuelven a coincidir en New York en 1884, seducidos ambos por falsas promesas y el Generalísimo obstinado en llevar adelante una guerra desde arriba, despótica y militarista: “General —le ripostó Martí— un pueblo no se manda como se manda un campamento”. Las viejas pugnas entre la hegemonía civil y la militar en la conducción de la lucha armada —vivero de enconos personales entre Céspedes y Agramonte y expresión objetiva de las concepciones políticas discrepantes de los grandes terratenientes y los pequeños burgueses— retoñaban ahora en el destierro, aunque en distinto plano. La contemporización de Maceo con Martí agrió aún más el ánimo del “Viejo Gómez” —como solía llamarlo entre sus amigos— y las desavenencias políticas desaguaron en un duelo epistolar, que comprometió, gravemente, sus relaciones personales. “Dice usted —le escribió— que cree que todo ha terminado entre nosotros. Eso no lo entiendo: pero lo que fuere lo acepto en la forma que usted determine. Suplícole no confunda la causa con nuestras personalidades”. “Como le dije en mi contestación —replicó Gómez— todo creo que ha concluido entre nosotros. Sólo queda una cosa común entre los dos, sagrada por cierto, y que la he hecho mía, la causa de su patria. Para justificar la palabra allá va el hecho, una orden mía”, la “causa común”, la magnanimidad de Maceo, la nobleza de Gómez y la apelación de Martí a ambos, soldó las fisuras y los identifi-





có aún más que antes, cuando a las órdenes del “Viejo” experimentado, el bisoño guerrillero emulaba la audacia de su jefe.

Maceo y Martí se conocieron personalmente en Estados Unidos el 2 de octubre de 1884. Máximo Gómez los presentaría. Se cuenta que entre ambos se produjo una corriente de mutua simpatía. Y que esa simpatía inmediata fue abono pródigo para la honda y ferviente amistad que los ligó. La clarividencia, la fe, el temple y el magnetismo de Martí sacudieron profundamente a Maceo. Martí, a su paso por Kingston, visitaría a su madre y a su esposa. Después de su reunión con Maceo en Costa Rica, en que éste se responsabilizó con la organización militar de la provincia de Oriente. Martí le escribió: “He vivido, desde que nos vimos, en una entrevista continua con usted. De la visita que le hice me traje una de las más puras emociones de mi vida”. Y, en carta posterior, le subrayó que aquella entrevista sería memorable para el Delegado y para Cuba. Cada nueva carta fue un testimonio de creciente amistad; “Siento por usted un cariño entrañable, íntimo; como sí hubiera —crámelo o no— nacido en su cuna”. “Mi orgullo está en que todo el mundo le vea y conozca el mérito como lo conozco yo — las varias clases de méritos que le conozco”. “En esta fatiga del trato de los hombres, muchas, muchas veces, vuelvo los ojos a usted como para hablarle, como si muy de veras lo necesitase y como quien tuviera un placer poco común en su cariño y en su compañía”. En el palpitante bajorrelieve que le dedica en *Patria*, el héroe parece esculpido por el cincel de Plutarco. Es allí donde afirma: “Maceo tiene en la mente tanta fuerza como en el brazo, y con el pensamiento servirá a la Patria más que con el valor”. El político madurado en los libros le calaba la médula al político madurado en los hechos. Y, al rasgarle la afinidad, se complacía en reconocerlo y difundirlo. ¿Y qué no diría Martí de María y de Mariana? Y se alborozaba en recordarle el cariño que les ganó: “¿No me acarició su madre como a hijo? ¿No me ha llamado públicamente su hijo?”

La guerra “necesaria y justa” predicada por Martí estaba ya a las puertas. Era, en efecto, reanudación: pero asimismo, tarea nueva. Tenía partido, doctrina y método. La extracción



social y modesta de muchos de sus dirigentes y la amplia base campesina y obrera en que se sustentaba, le daban alcances más vastos y profundos que los de la guerra de los diez años. De ahí su límpido sentido democrático, su vigoroso acento antimperialista, su declarado carácter antirracista, su insistente pregón contra el privilegio, su proyección americana. “Cuba —consignó más de una vez Martí— debe independizarse de España y de Estados Unidos”. Y a la consecución de ese doble objetivo, había enderezado sus más ahincados y mejores esfuerzos. “De sociología —concluyó— se sabe poco, y de sus leyes, tan precisas como esta: los pueblos de América son más libres y prósperos a medida que más se aparten de los Estados Unidos” Su última carta, dirigida a Manuel Mercado, renueva y ahonda su concepción antimperialista: “... Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi patria y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré es para eso (...) En impedir que en Cuba se abra por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América, al Norte revuelto y brutal que los desprecia (...) Viví en el monstruo y le conozco las entrañas: y mi honda es la de David”.

Maceo y Martí no volverán a encontrarse hasta el 3 de mayo de 1895, en territorio libre de Cuba, en la histórica entrevista efectuada en La Mejorana. No es cierto que la sustitución de Maceo por Flor Crombet en la expedición de Costa Rica, hubiera irritado a aquél con Martí, empañándole el afecto. En esa entrevista, Maceo leyó y aprobó el “Manifiesto de Montecristi”, y sometió a discusión su proyecto de invasión de las provincias occidentales, que fue aceptado. Este fue también su último contacto con Martí.

El primer revolucionario que pisó de nuevo tierra cubana había sido Antonio Maceo. Desembarcó en Duaba el primero de abril. Martí y Máximo Gómez desembarcaron en Playitas diez días después. La circunstancia es asaz significativa y



adquiere valor simbólico. El último mambí que había envainado el machete era el primero que lo desenvainaba. Separado de Gómez el 6 de mayo, Maceo se le une, ya muerto Martí, en Lázaro López, después de la relampagueante campaña de Oriente, jalonada por las victorias de Jobito, Peralejo y Sao del Indio. Iniciaron juntos la epopeya de la invasión y se disputan los laureles en Mal Tiempo, Coliseo y Calimete. Maceo prosiguió el avance como un huracán de lava. Invadió la provincia de La Habana. Ha traído la guerra a los bastiones mismos de la capital. No tardaría en abreviar su cabalgadura en las ondas del Cuyaguaje. Entró en Mantua entre vítores, lágrimas y banderas. El mismo pueblo que protagonizó la proeza transfiguró el hecho en leyenda, la realidad en milagro. Y, al dar por cumplido su plan, Maceo se apercibió a dar la batalla decisiva, a producir el “Ayacucho cubano. Pero no encontró eco ni ayuda en el Gobierno. Más aún: se le negó virtualmente. Y, al morir inesperadamente en la escaramuza de Punta Brava, no sólo se perdió al más grande de los guerrilleros americanos, sino que se esfumaba la perspectiva del “Ayacucho cubano”: el derrocamiento total de la dominación española por la obra del esfuerzo exclusivo del pueblo cubano. la conquista plena de la patria, la asunción al poder de los humildes, la vía limpia para el impulso ascendente.

Pero si todo eso se perdió en Punta Brava, la lección de la invasión y el ejemplo de Maceo quedó vivo, y sólo esperando por quienes reiniciarán la tarea y la llevarán hasta sus últimas consecuencias. Maceo y sus hombres encarnarían, seis décadas después, en Fidel Castro, en Camilo Cienfuegos, en “Che” Guevara y en Raúl Castro, los grandes comandantes de la guerra nueva que trajo, con la independencia y la libre determinación, el ascenso al poder de los humildes, la abolición de todas las desigualdades, la nacionalización de la riqueza, la difusión de las luces y el advenimiento de la sociedad socialista. Y, es por eso, precisamente, que Maceo y sus hombres están hoy más vivos que ayer: la culminación de su obra prolonga eternamente su presencia. Maceo podría hoy, con más razón que entonces, repetir la frase que se le atribuye, no obstante sentirse ya acorralado y preterido:



“Esto va bien”. “¿Voy bien, Camilo? — interrogaría a su vez Fidel Castro. Y, con el pueblo, respondería Camilo: “Vas bien”.

El pensamiento político de Maceo maduró durante los últimos años de su vida hasta alcanzar contornos precisos. Fió, ante todo y sobre todo, en el pueblo. La fuerza de la “causa” no residía en los hombres, sino en las masas. Se opuso siempre a las ayudas foráneas que pudieran engendrar ataduras peligrosas o servidumbres nefastas. Abrigó radicales recelos de los compatriotas que confiaban más en el “auxilio del vecino poderoso”, que en la capacidad combativa del pueblo. Sus preocupaciones por el sesgo manifiestamente imperialista que tomaba la política norteamericana se reflejan en sus cartas y pronunciamientos de los días postreros: “Esto marcha bien y podrá durar por tiempo indefinido, hasta dejar extenuada a España. Sin embargo, como que su pronta terminación es lo que debemos procurar, ya leo en los periódicos que se discute si Estados Unidos debe o no intervenir en esta guerra para que concluya pronto, y sospecho que ustedes inspirados en razones y motivos de patriotismo, trabajan sin descanso para alcanzar para Cuba lo que más puedan, me atrevo a significarles que, a mi modo de ver, no necesitamos de tal intervención para triunfar en plazo mayor o menor. Y si queremos reducir éste a muy pocos días, traigan a Cuba veinticinco o treinta mil rifles y un millón de tiros en una, o a lo sumo, dos expediciones”. “No me parece caso de tanta importancia el reconocimiento oficial de nuestra beligerancia, que a su logro hayamos de enderezar nuestras gestiones en el extranjero, ni tan provechoso al porvenir de Cuba la intervención norteamericana como supone la generalidad de nuestros compatriotas. Creo más bien que en el esfuerzo de los cubanos que trabajan por la patria independiente, se encierra el secreto de nuestro definitivo triunfo, triunfo que sólo traerá aparejada la felicidad del país, si se alcanza sin aquella intervención”. “¿A qué intervención ni injerencia extrañas que no necesitamos ni convendrían? Cuba está conquistando su independencia con el brazo y la sangre de sus hijos. Libre será en plazo breve, sin que haya menester otra ayuda”. “De España jamás esperaré nada; siempre nos ha despreciado y sería indigno que se pensara en otra forma. La libertad se



conquista con el filo del machete, no se pide; mendigar derechos es propio de cobardes e incapaces de ejercitarlos. Tampoco espero nada de los americanos; todo debemos fiarlo a nuestro esfuerzo; mejor es subir o caer sin ayuda, que contraer deudas de gratitud con un vecino tan poderoso". Y, a un joven que aseverase con fe sietemesina que "Cuba llegaría a ser, por la fuerza de las circunstancias, una estrella más de la constelación americana", le repuso rápido y contundente: "Creo, joven, aunque me parece imposible, que ése sería el único caso en que tal vez estuviera yo al lado... de los españoles".

Su concepción de la propiedad no anda lejos de la concepción socialista: "Si la propiedad se pone en contradicción con el progreso de las instituciones sociales, en este caso es fuerza orillarla". La desigualdad social fue objeto de sus punzantes censuras. No sólo la repudió teóricamente; la combatió, asimismo, con las armas. Fue antimilitarista, antirracista y anticlerical. A José de la Luz y Caballero lo definió crudamente como "el educador del privilegio cubano". "Estudie bien este asunto —escribía a Eusebio Hernández— y desapasionadamente juzgue de él echando un velo a todo el beneficio que usted y otros hayan recibido de aquel hombre, dirigiendo la vista hacia tantos que el egoísmo material tiene postrados en la más profunda ignorancia. ¿Puede haber justicia donde no es igualmente distribuida? Usted me contestará que las instituciones españolas se lo prohibían; pero eso no es exacto: Don Pepe tenía influencia y mucho talento que pudo ejercer en beneficio de todos, como lo hizo en favor de algunos; pero era imposible, el hombre no tenía grandes sentimientos; se confundió con Saco. El uno proclamó la conservación de la esclavitud que es lo mismo que declarar eterno el Gobierno de España en Cuba, y el otro heredó y sostuvo la esclavitud que testó a su muerte. ¿Dónde está, pues, esa decantada grandeza? Caballero no completó su obra; fue buen hombre, tenía talento para la enseñanza; pero la ejerció mal. No fue político, tuvo miedo y le faltó valor para realizar la obra que, sin darse cuenta, acometió retrasándola con sus pensamientos de evoluciones, lo hoy llevado a cabo por sus discípulos. Si tantos juicios apasionados creen que aquel hombre cum-



plió su misión en la vida conformándose con dejar incompleta la obra de instrucción y regeneración de un pueblo, podríamos dar por concluida la nuestra por el mero hecho de haberla empezado con el sacrificio de tantos que han perecido en la contienda; pero no debe ser así si queremos que el mundo aplauda nuestras grandezas”.

Pero la concepción revolucionaria de Maceo no se circunscribía a la emancipación de Cuba de la coyunda extranjera y de los privilegios y prejuicios internos. Traspasaba los confines de la Isla y, como Martí, sintió Maceo las injusticias y opresiones ajenas como propias: “Cuando Cuba sea independiente, solicitaré, del Gobierno que se constituya, permiso para hacer la libertad de Puerto Rico, pues no me gustaría entregar la espada dejando esclava esa porción de América:”. Y, porque Puerto Rico permaneció esclava y es hoy dependencia norteamericana, suman millares los hombres de nuestra América que, con permiso o sin permiso, arden en ansias de poner a contribución su brazo para liberarlo. Maceo, como Martí, nos dio lecciones de solidaridad americana, de internacionalismo revolucionario, de comunidad de destino con todos los humildes, perseguidos y explotados del mundo.

En una de esas ráfagas de adivinación que encendían, con frecuencia, a Maceo, alcanzó éste lo que puede calificarse el estadio más alto de su pensamiento revolucionario: “Ahora es preciso obtener la independencia; después ya veremos”. Y en este “ya veremos” está incluso, como ulterior desarrollo de ese pensamiento, la etapa socialista que hoy vive la revolución.

El pueblo que encarnó Maceo sigue adelante en el cumplimiento de las tareas que a él no le fue dable emprender. No le arredran las amenazas de agresión ni las agresiones reales del imperialismo norteamericano; ni su concubinato con la OEA y fuera de la OEA con los cipayos del continente, Betancourt o Somoza, Stroessner o Balaguer, Echandi o Villeda Morales, Prado o Muñoz Marín, Ydígoras o... el que sea. Todos, y cada uno, tienen sus días contados. Si los mercenarios del imperialismo se atreviesen de nuevo a hollar nuestro suelo, o enviara éste sus “marines” para protegerlos o ayudar-



los, la respuesta y el resultado serán oír a vez los mismos: Playa Girón. Nada absolutamente nada, ni nadie, nos hará retroceder.

El curso de la historia está con la revolución cubana. Los pueblos de América Latina, Asia y África están con la revolución cubana. El campo socialista, con la invencible Unión Soviética al frente, está con la revolución cubana. Ni sola, ni desvalida. El mundo está con la revolución cubana. Y el futuro pertenece por entero a la sociedad socialista universal que adviene, y de la cual forma parte, para siempre, Cuba,

Icemos bien alto en nuestros corazones la bandera de la estrella solitaria en este aniversario glorioso, y conjurando los manes de Antonio Maceo y de todos los mártires de la patria, juremos, una vez más, defender nuestra revolución socialista con la consigna que le ha dado ya centenares de vueltas a la tierra: ¡PATRIA O MUERTE! ¡VENCEREMOS!

Tomado de Roa, Raúl: Retorno a la alborada, Dirección de publicaciones Universidad de Las Villas, Las Villas, 1964.





Evocación de Pablo Lafargue*

La historia del socialismo registra pocas personalidades más vigorosas, polifacéticas y brillantes que la de Pablo Lafargue.

Su papel en el movimiento socialista ha sido, durante largos años, centro de imputación de discordantes pareceres. Vladimir Ilich Lenin, con su autoridad incontestable, se encargó de ponerle fin al debate.

Sería incurrir en imperdonable ligereza atribuir a Lafargue aportaciones originales al desarrollo de la teoría marxista. Pero tampoco puede tildársele, como se solía en Francia, de “simple vulgarizador del marxismo”. Es indudable que, a veces, sus enfoques, interpretaciones y juicios no se ajustaron, cabalmente, a los fundamentos y normas del materialismo dialéctico. No es menos cierto, sin embargo, que Lafargue escudriñó a fondo la teoría marxista, la expuso con singular vivacidad, se encaró firmemente con el revisionismo, contribuyó a esclarecer las raíces sociales de la filosofía, el folklore, la literatura, la etnología y la antropología cultural, odió sin tregua a los explotadores, participó en las batallas revolucionarias del proletariado, propagó sus convicciones con fervor infatigable y fue un socialista consecuente en el hogar, en la barricada, en el partido y en el parlamento. No sólo el ejemplo de su fidelidad a la clase obrera y al socialismo continúa irradiando luz. También muchos de sus libros, folletos y artículos siguen siendo útiles.¹

* Febrero, 1962.

¹ “La mayor parte de los escritos de Lafargue conservan todavía su valor científico de propaganda”. (M. Rosental y P. Iludin: *Diccionario filosófico abreviado*, Montevideo, 1960.)



En la atrayente personalidad de Pablo Lafargue concurren, además, dos circunstancias escasamente conocidas en Cuba. Aunque se le considera francés por el apellido y haber vivido desde mozo y casi siempre en Francia, Lafargue era compatriota nuestro: nació en Santiago de Cuba el 15 de enero de 1841. Varias culturas, razas y continentes —insólito suceso— confluyeron en su sangre.² Descendía, por línea paterna, de francés girondino y de mulata dominicana; y, por línea materna, de judío francés y de india taina. Como numerosos franceses y sus descendientes, la familia Lafargue había emigrado de Haití a principios del siglo pasado y reconstruido su vida en la provincia de Oriente, dedicándose al cultivo del café. No obstante este mestizaje de culturas, razas y continentes, y de su temprano trasplante a Francia, Pablo Lafargue se ufano de haber nacido en Cuba, de ser mulato y de hablar y escribir impecablemente el español. Y no menos señalada y sorprendente para muchos es la otra circunstancia: el casamiento de Pablo Lafargue con una de las hijas de Carlos Marx, el haber tenido éste un yerno santiaguero.

La holgada situación económica de su familia permitió a Pablo cursar la instrucción primaria en el reputado “Colegio de Santiago”, a cuyas aulas acudían, como a las de “El Salvador” y de “La Empresa”, planteles dirigidos respectivamente por José de la Luz Caballero y Antonio Guiteras, los vástagos del patriciado criollo y de la exigua clase media cubana. Juan Bautista Sagarra, su dueño y animador, era una de las más descollantes figuras del movimiento reformista, encabezada por el insigne polígrafo José Antonio Saco y el versado escritor Domingo Delmonte. A la influencia y actividad de Sagarra, debió Saco, en buena parte, su elección a diputado a Cortes por Santiago. Como a aquellos hidalgos de gorro frigio, ancho saber y domesticado arresto, a Sagarra le preocupó sobremanera —con óptica de burguesía agraria y

² Paúl Luis acota al respecto:

“Tenía sangre caribe, sangre judía y sangre mulata. Es raro encontrar una mezcla semejante. Ello explica, sin duda, la impetuosidad del autor de *El Derecho a la Pereza*, lo que lo hacía aparecer como un cadete de Gascuña”. *Cent Cinquante Ans de Pensée Socialista*, París, 1947.



bajo la soberanía española, incluyendo el tren de esclavos— la modernización de los métodos de enseñanza, el fomento de la alta cultura y el adelanto económico, administrativo, político y moral del país. Al ser depuesto el Gobernador Manuel Lorenzo, de cuya actitud progresista se le suponía uno de los responsables, Sagarra se vio compelido a huir a Jamaica. Era, en suma, un típico “iluminista” cubano de la época.

De la infancia de Pablo y de sus años en el “Colegio de Santiago” apenas se tienen noticias. Las biografías europeas de Lafargue consignan, a lo sumo, el lugar de su nacimiento.

El único esbozo de su vida escrito por cubano se contrae en esta etapa a vagas generalidades.³ No he podido tampoco, después de rastrear minuciosamente en libros y revistas, ir mucho más allá en el acarreo de datos. He averiguado, por lo pronto, que uno de sus profesores fue el poeta y conspirador Francisco Muñoz del Monte, víctima luego de encarnizadas persecuciones por los sicarios del régimen colonial. ¿Influyeron en alguna medida las ideas de su preceptor en la tierna conciencia del futuro revolucionario, predispuesta ya por las tremantes evocaciones del abuelo, anónimo cofrade de Vergniaud? ¿Sería la sedimentación de su prédica el germen de ulteriores desarrollos? No cabe aventurar hipótesis con tan frágiles conjeturas. Pero lo que sí puede inferirse, como se verá en seguida, es que la calidad de la instrucción en el “Colegio de Santiago” no era inferior a la que se impartía en los centros de enseñanza franceses de aquel tiempo. Y es doble suponer que la obsesión de Lafargue por los días soleados, su sentido dionisiaco de la vida, su carácter impetuoso, su abundante gracejo y su preferencia por el lechón asado, eran residuos de su sangre criolla y de su infancia cubana.

En las postrimerías de 1851, faltándole sólo unos meses para terminar la instrucción primaria, Pablo fue súbitamente arrancado de su tierra natal. Cediendo en parte a las súplicas de familiares secularmente asentados en la región de Burdeos y, sobre todo, inducidos por el afán de abrirle más amplios horizontes a la excepcional inteligencia del hijo, los padres

³ Francisco Domenech: *Tres Hombres y Una Época*, La Habana, 1937.



de Lafargue habían resuelto arrendar sus cafetales e instalarse en la barroca y activa ciudad de Aquitania. Un cabeceante y moroso velero los condujo, sin contratiempo, a Francia.

Pablo traspuso con facilidad las severas exigencias del Liceo bordelés y comenzó, a nivel de sus condiscípulos, los estudios de instrucción secundaria en septiembre de ese propio año. Había dejado tras sí la atmósfera enrarecida de una ergástula enjorjada de sonantes palmeras para respirar el aire corrompido de un imperio grotesco, recargado de pompas baratas. Si decisivo sería para su vida el año de 1851, no lo sería menos para la historia de Francia: daba a su fin “con la escoria de la burguesía constituida en falange del orden y Napoleón III entrando en Las Tullerías como salvador de la sociedad”.

Se levantó, una vez más, la barricada, símbolo romántico de la resistencia parisién. Pero los picos, garrotes y hachas de poco servirían ahora frente a los cañones, fusiles y sables. La Asamblea Nacional fue disuelta. Se decretó el estado de sitio. Millares de ciudadanos pagaron con la muerte, la cárcel, o el destierro su heroico desafío a la contrarrevolución.

Casi pisándole los talones Carlos Marx definió el golpe de Estado de Luis Bonaparte, en libro ya clásico, como caricatura del XVIII Brumario.⁴ Clausurábase toda una época de la historia de Francia. Y, juntamente, se iniciaba el ciclo histórico que culminaría en el primer intento del proletariado de asaltar y traer el cielo a la tierra, sobresaliendo Pablo Lafargue en la vanguardia de los titanes.

⁴ Dos libros sobre este sonado acontecimiento, sensacionales entonces y hoy sepultados en el olvido, se publicaron conjuntamente con el de Marx. Véanse, señaladas por éste, las radicales diferencias que los separan del suyo: “*El Napoleón Le Petit*, de Víctor Hugo, se limita a lanzar unas cuantas invectivas crudas e ingeniosas contra el editor responsable del golpe de Estado. El hecho en sí es, para él, como un rayo que bajase del límpido cielo. No ve en él más que un acto despótico, obra del arbitrio individual de una persona. No advierte que, con esto, lo que hace es engrandecer a una persona en vez de empequeñecerla, reconociéndole un poder personal de iniciativa sin paralelo en el mundo. Por su parte, el *Coup d’Etat* de Proudhon, cae en el vicio de todos los historiadores que se llaman objetivos. Yo demuestro, por el contrario, que la lucha de clases creó, en Francia, condiciones y circunstancias que permitieron a un personaje mediocre y grotesco representar el papel de héroe”.



Pablo se graduó de bachiller en el Liceo de Tolosa. En 1862 ingresó en la Universidad de París. Su espíritu inquisitivo, su desdén a la filosofía de los conceptos y su interés por el progreso de la ciencia experimental, le habían movido a elegir el estudio de la medicina. Justamente treinta años hacía que, al exponer el tema “Consideraciones de un joven antes de elegir carrera” en su ejercicio de graduación en el Gimnasio de Tréveris, Carlos Marx apuntaba la idea que, como dice Franz Mehring, había de completar y desarrollar en todos sus aspectos y que, corriendo el tiempo, iba a ser mérito inmortal de su vida: “No siempre podemos elegir la carrera a la que nuestra vocación nos llama: la situación que ocupamos dentro de la sociedad empieza ya, en cierto modo, antes de que nosotros mismos podamos determinarla”.⁵ Paul Lafargue confirmaría aquel barrunto genial de la concepción materialista de la historia. La posición de su familia en la sociedad le permitió abrazar la carrera a que su vocación le llamaba. Como ya lo habían confirmado, y siguen confirmando, millones de jóvenes a quienes les está vedada la enseñanza universitaria por carecer su familia de medios económicos. No en balde en la sociedad burguesa el acceso a la cultura es un privilegio.

El ingreso en la Universidad marcó otro paso decisivo en la vida de Pablo Lafargue. Hasta entonces, sus inquietudes y rebeldías se habían desfogado en tremendas requisitorias mentales contra el vuelo rastrero y el espíritu de casta de la ciencia oficial. Desconocía aún los mecanismos económicos y sociales que enfeudaban el desarrollo científico a los intereses, necesidades y valores de la clase dominante; pero ya constataba sus efectos. Su inclinación por la ciencia experimental, cuyo sosegado estudio en bibliotecas y laboratorios le absorbía casi todo el tiempo, le había alejado bastante de los “tumultos” del presente y de los “ruidos” del pasado. Pero su insobornable honradez intelectual, su peculiar porosidad a todas las innovaciones y su vehemente simpatía a los desvalidos, fruto de una sensibilidad en carne viva, le disparaban potencialmente contra su circunstancia social.

⁵ Franz Mehring: *Carlos Marx; historia de una vida*, Madrid, 1932.



El encuentro en las aulas y la amistad con afiebrados adeptos de Proudhon, Bakunin, Blanqui, y, particularmente, con el beligerante grupo capitaneado por Charles Longuet, estimuló, primero, y determinó, después, la incorporación de Lafargue a la lucha revolucionaria del proletariado. No demoró en aflorar el combatiente. Bastaría, en rigor, con el simple acercamiento a los problemas planteados por la organización capitalista de la sociedad para persuadirse de la necesidad objetiva de transformarla.

En un principio, desde luego, sucumbió al embrujo de la acción directa propugnada por Blanqui, a los sofismas pequeño-burgueses de Proudhon y a los extravíos delirantes de Bakunin. Era, en cierto modo, inevitable en una coyuntura propicia a la boga de los alquimistas sociales. Pero la lectura del *Manifiesto Comunista*, de *Las Luchas de Clases en Francia de 1848 a 1850* y *El XVIII Brumario de Luis Bonaparte*, y la anunciada constitución en Londres de la Asociación Internacional de Trabajadores, lo aproximaría a Marx, aunque sin romper con Proudhon y Blanqui. Esta extraña mixtura, aliñada con profecías de Saint Simon y ensoñaciones de Fourier, caracteriza muchos de sus artículos en la revista *La Rive Gauche*, dirigida por Longuet. Todavía, empero, pueden leerse con provecho. Su valor permanente reside en el lúcido y documentado análisis que contienen de los rumbosos gastos públicos y de las pírricas victorias internacionales del segundo imperio. Su estilo juvenil, empenachado y hervoroso, chispeante de metáforas y paradojas, anticipaba ya al escritor adulto, que los lectores de la propia revista habían de gustar en los numerosos artículos que publicó en 1867. Importa señalar el titulado "La lucha social", en el que expone, con lujo de citas y ejemplos, los fundamentos de las concepciones filosóficas, económicas y políticas de Marx y traza los rasgos más salientes de su personalidad.

Si la conmoción revolucionaria de 1848 constituye la primera fase del proceso de emancipación del proletariado, la crisis económica que estalló en 1857 en los Estados Unidos, extendiéndose rápidamente a toda Europa, preludia la descomposición inexorable del régimen capitalista. Carlos Marx y Federico Engels, instalados ya en Londres, vigilan su desarrollo



con tenso interés, anotando día a día los efectos políticos y sociales de su borrascosa trayectoria. No desembocaría ésta, como en algún instante de excesivo optimismo llegaron a creer, en una situación objetivamente revolucionaria. Las condiciones tampoco estaban subjetivamente maduras para una insurrección proletaria. La primera gran crisis del capitalismo tuvo, sin embargo, repercusiones revolucionarias de otro orden. En Inglaterra provocó varias huelgas, cambios importantes en la estructura política de Italia y Alemania y serios trastornos económicos en Francia, traducidos en sucesivas oleadas de protestas y motines de obreros, campesinos y estudiantes.

En la etapa subsiguiente a la crisis de 1857, un fenómeno nuevo apareció en Europa: la intervención de la juventud universitaria, como capa social, en las luchas revolucionarias. Los ideólogos de la “democracia liberal” y aun los “socialistas verdaderos” no acertaban a explicarse la causa de la insurgencia. No era, ciertamente, un enigma. Había que escarbar su raíz en la proletarización creciente de la pequeña burguesía, prevista ya en el *Manifiesto Comunista* como tendencia paralela a la concentración capitalista de los medios de producción y de cambio.

La mayoría de los participantes en esas luchas ignoraban también los reales móviles de su conducta y la atribuían, por eso, a la innata generosidad de la juventud, presta a sacrificarse en aras de la redención de los desvalidos. Incluso la porción más avisada y aguerrida incurría, por lo común, en las mismas mixtificaciones y candideces de los socialistas utópicos. La juventud universitaria francesa era, sin duda, la más combativa y revolucionaria del movimiento. Y no precisamente por designios celestiales. Las prédicas de Lafargue y de Longuet, y los artículos publicados en la revista de éste sobre cuestiones económicas y el papel troncal de la clase obrera en el derrocamiento del capitalismo, habían contribuido, básicamente, a su mayor grado de conciencia política y claridad de visión histórica.

Eso explica que los delegados franceses y, principalmente, Lafargue, se destacaran muy por encima de los demás en el célebre Congreso Internacional de Estudiantes, efectuado



en Lieja, Bélgica, en los albores de 1865. Lafargue libró ardorosas polémicas en defensa de sus ideas socialistas, republicanas y materialistas, influenciadas aún por Proudhon, Blanqui, Holbach y Diderot, y, asimismo, cada vez más pervadidas de Marx. Pero era evidente que estaba ya enrumbado en el camino del socialismo científico. Su entusiasta loa de la Asociación Internacional de Trabajadores, su elocuente exhortación a la juventud universitaria de prestarle apoyo, su reconocimiento de la lucha de clases como fuerza motriz de la historia y su solemne declaración de que el proletariado es el cuerpo vivo del socialismo, equivalió a una profesión de fe marxista.

La expulsión de la Universidad de París y su deportación de Francia fue la respuesta del Napoleón de bolsillo a la actitud revolucionaria de Lafargue y Longuet. Ambos no vacilarían en adoptar la decisión congruente: proseguir sus estudios en Londres, conocer a Marx y afiliarse a la Asociación Internacional de Trabajadores. Se proveyeron de algún dinero, liaron los bártulos y cruzaron, gozosos y radiantes, entre olas embravecidas y nieblas parduzcas, el canal de la Mancha.

Veinticuatro años acababa de cumplir Pablo Lafargue cuando irrumpe, con una carta de recomendación de Enrique Luis Tolain, organizador de la sección francesa de la Internacional, en el modesto hogar de Carlos Marx, sito en un pintoresco suburbio de Londres. Este encuentro sellará la definitiva consagración de su vida al movimiento obrero internacional.

“Nunca olvidaré la impresión que Marx me produjo en aquella primera visita que le hice” —anotaría Lafargue, muchos años después, al evocarla.⁶ Habíale sorprendido, en plena faena, en su gabinete de trabajo. “Para penetrar en la vida intelectual de Marx —puntualizaba— es preciso conocer ese gabinete. Estaba situado en el primer piso y a través del ancho ventanal que caía sobre el parque la luz entraba a raudales. Frente a la ventana, a ambos lados de la chimenea, había

⁶ Pablo Lafargue: “Recuerdos personales de Carlos Marx” (*Carlos Marx como hombre, pensador y revolucionario*. Antología de artículos seleccionados por D. Riazanov, Buenos Aires, 1932).



anaqueles llenos de libros y atestados de paquetes de periódicos y manuscritos. A un lado de la ventana, dos mesas repletas de papeles, libros, tabacos, cigarrillos, paquetes de picadura, pisacartas, fotografías de sus hijas, de su mujer, de Guillermo Wolff, de Federico Engels”.⁷

Después de la disolución de la Liga de los Comunistas, Marx se propuso dar cima al más ambicioso proyecto de su vida intelectual: la investigación teórica de las leyes del régimen capitalista de producción a la luz de su desarrollo objetivo en Inglaterra, su “hogar clásico”.⁸ Pero aquella magna aventura del pensamiento —la más audaz y fecunda de que se tiene data en la historia de las ciencias sociales— no iba sólo a transformar, radicalmente, los supuestos, concepciones y métodos de la economía política. Emprendida y llevada a cabo con la finalidad práctica de abatir las posiciones teóricas de la burguesía en el campo de la economía, convertida por los epígonos de Adam Smith y David Ricardo en apologetica vulgar del lucro, iba parejamente enderezada a suministrarle al partido del proletariado la teoría, el método, la estrategia y la táctica que fundamentase y guiara, científicamente, su actividad revolucionaria de clase. *El Capital* anticipa, por eso, en el frente de la conciencia, la derrota inexorable de la burguesía en el frente de la historia. Jamás se escribió libro alguno con tan fuerte potencial revolucionario. Ni tampoco libro alguno se elaboró tan vitalmente ligado a los intereses de la clase a cuyo servicio se escribía. El pupitre de Marx en la Biblioteca del Museo Británico es la contrafigura de la poltrona académica.

Justamente la tarde en que Lafargue fue a presentársele, Marx se disponía a iniciar la ímproba tarea de revisar, organizar y dar forma a la masa colosal de datos, hechos, observaciones y citas acumulados en sus cuadernos de notas. Jenny de Westfalia introdujo a Lafargue en la estancia. Sin abandonar la pluma ni el cigarrillo, el fundador del socialismo científico saludó al azorado visitante con mezcla de curiosidad y simpatía, mientras se ordeñaba las barbas fluviales, todavía

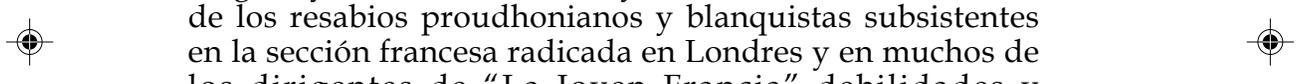
⁷ *Ibid.*

⁸ *Ibid.*



de un negro bruñido con escarchas diseminadas. Sus inquietos y sagaces ojillos se clavaron en un joven alto, de pelo rizado, tez morena, frente acombada, bigote espeso, aire un tanto negligente y maneras locuaces. De un golpe de vista, había descubierto su cepa criolla.

Con sonreída complacencia Marx escuchó su torrentoso relato sobre la crítica situación de Luis Bonaparte, las vicisitudes del movimiento obrero en Francia y las controversias del Congreso estudiantil de Lieja, centellándole el júbilo en la mirada al saber la decisión de Lafargue y de Longuet de incorporarse, inmediatamente, a las actividades de La Internacional. “Jóvenes como ustedes son los que se necesitan —le repuso—. Es preciso formar hombres que continúen después de mí la propaganda socialista”.⁹ Tales eran sus quebrantos de salud a la sazón, que Marx hasta llegó a temer que la redacción de *El Capital* quedase a medio camino.



A su vez, Marx impuso a Lafargue de la influencia y arraigo crecientes de La Internacional en Inglaterra. Alemania y Bélgica, y de sus dificultades y retrasos en Francia a causa de los resabios proudhonianos y blanquistas subsistentes en la sección francesa radicada en Londres y en muchos de los dirigentes de “La Joven Francia” debilidades y desorientaciones a las que no eran ajenos el propio Lafargue y Longuet; le informó, asimismo, de los trabajos preparatorios del Primer Congreso de la Asociación que debía efectuarse en Ginebra el año siguiente, subrayando la urgencia de que ambos cooperasen en el encarrilamiento de la sección francesa: y, después de abundar en su tesis, apuntada ya en el *Manifiesto Comunista*, desenvuelta en *El XVIII Brumario de Luis Bonaparte* y perfilada en una carta a José Weydemeyer, de que la lucha de clases conduce, necesariamente, a la dictadura del proletariado y que ésta no es más que el tránsito hacia la abolición de todas las clases y el establecimiento de una sociedad sin clases, leyóle algunos pasajes del capítulo primero de *El Capital* y le expuso, finalmente, en síntesis deslumbrante, los antecedentes, el contenido y los propósitos de la obra.

⁹ *Ibíd.*



No quiso Marx que el joven proscrito se despidiese sin antes tomar alguna infusión caliente con su familia, signo éste inequívoco de que había roto la coraza de su aparente adustez. De los seis hijos del matrimonio, tres habían muerto durante los primeros años de su destierro. En la reducida sala, también congestionada de libros y periódicos, le aguardaban ya las hijas sobrevivientes en compañía de la madre y de Helena Demuth, la abnegada y fiel “mayordomo” de la casa, quien, como Federico Engels, residente en esa época en Manchester, formaba parte de la familia: Jenny, la esposa, en el centro, alabada por su belleza inmarcesible, inteligencia buida, espíritu entero, talante llano y alegría contagiosa: y, rodeándola, Eleonora la hija menor, “muchacha encantadora con carácter de muchacho”;¹⁰ Laura, la segunda, “sonrosada, rubia, de ojos azules, parecida a su madre, de opulenta cabellera, dorada y brillante como si el sol poniente se hubiera refugiado en ella”;¹¹ Jenny, la mayor, de “color mate y los cabellos y los ojos negros”¹² como su padre, a quien todas apodaban Moro. Movidos acaso por secreta afinidad. Laura y Pablo, apenas presentados, comenzaron a tutearse, y preso éste de su hechizo prolongó la plática más allá de lo debido. Si Marx lo había sobrecogido con su genio, Laura le había fascinado con su hermosura.

Tenía ya el pretexto para repetir la visita al día siguiente: la insistencia de Marx en conocer a Longuet. La tardanza de aquel, embebido en la lectura de su copiosa correspondencia, les proporcionó la oportunidad de trenzar el coloquio, a sus anchas, con las muchachas. Jenny acaparó la atención de Longuet. El requerimiento de Marx dio brusco término al palique. Pero era domingo, y Marx acostumbraba pasear ese día con toda la familia por los “campos y eriales”¹³ de Hampstead Heath, y Lafargue y Longuet se sumaron a la bucólica excursión, abonándose Pablo a las futuras. El idilio

¹⁰ *Ibíd.*

¹¹ *Ibíd.*

¹² *Ibíd.*

¹³ Guillermo Liebknetch: *Por los Campos y Eriales con Marx*, París, 1934.



floreció con la primavera, si bien a hurtadillas de Marx, con la traviesa complicidad de la esposa.

No escaparían a Marx, por otra parte, las sutiles reincidentias proudhonianas de Lafargue y Longuet, no obstante sus pertinaces censuras y befas de las panaceas pseudosocialistas del autor de la *Filosofía de la Miseria* y de recitar parrafadas enteras de la *Miseria de la Filosofía*. Tampoco sería remiso a invertir largas horas en disiparles las confusiones y meterlos en línea. A juzgar por su correspondencia con Engels sobre el asunto, la tarea no fue difícil. En el término de un año, Lafargue se había ganado la plena confianza política de Marx y éste comenzó a encomendarle trabajos de bastante responsabilidad. Las reservas con Longuet, esfumadas al cabo, duraron más tiempo.

Siempre alerta al desarrollo de las múltiples facetas del pensamiento científico, Marx sostenía largas conversaciones con Lafargue sobre el estado de la medicina y de sus perspectivas como ciencia. “Lafargue me ha dicho —le escribe a Engels— que toda la nueva escuela francesa de bacteriólogos, con Robín a la cabeza, se han declarado contra Pasteur y Huxley, por la *generatio aequivoca*. Ha prometido buscarme algunos libros recientes sobre la cuestión”.¹⁴ En otra carta, le expresa: “Lafargue ha sido expulsado por dos años de la Universidad de París, a causa de su participación en el Congreso de Lieja; pero tiene la intención de presentarse a examen en Estrasburgo. En mi opinión, está sobradamente dotado para la medicina, aunque es más escéptico que nuestro amigo Gumpert. El escepticismo parece estar de moda entre los profesores y los estudiantes de París. Por ejemplo: Magendie, que declara que en el estado actual toda terapéutica es charlatanismo. Por su parte, Lafargue estima que la electricidad y el alcohol están llamados a jugar en esto un gran papel”.¹⁵ La progresiva relevancia que va adquiriendo Lafargue en el ámbito de la familia se advierte al recorrer el epistolario de Marx y Engels de esa época. Recálcale a éste, una y otra vez, su interés en que conozca y trate a Lafargue:

¹⁴ *Correspondence de Karl Marx*, París, 1934.

¹⁵ *Ibid.*

“Aunque algo malcriado e infantil, es un bravo mozo”.¹⁶ Pero los compromisos de Engels en Manchester, donde atiende una oficina del padre, han ido aplazando la ocasión.

El 8 de agosto de 1866, el cartero despertó a Engels con la noticia: “Desde ayer, Laura está casi comprometida con Lafargue, mi criollo estudiante de medicina: Es un hermoso joven, inteligente, enérgico y muy dado a los deportes. Se había relacionado primero conmigo, pero no tardó en hacer pasar la atracción del padre a la hija. Su situación financiera es mediana, pues es el hijo único de una antigua familia de plantadores. Me ha enseñado una carta de un célebre médico francés, de París, que habla muy en su favor”.¹⁷ Y, como ya no puede refrenar más su impaciencia, se le apareció poco después, con Lafargue, en Manchester.

Refiere éste que, durante el trayecto, Marx “le describió lleno de entusiasmo las cualidades morales e intelectuales de su amigo”.¹⁸ “La extraordinaria riqueza de los conocimientos científicos de Engels —apostilla Lafargue— lo transportaba de admiración. Era el alter ego de Marx. Durante mucho tiempo, en Alemania, sus nombres aparecieron juntos y la historia los reunirá para siempre. Marx y Engels han realizado en nuestro siglo, el ideal de la amistad descrito por los poetas de la antigüedad”.¹⁹ Y consigna, también, el entrañable temor de Marx de que pueda sobrevenirle un accidente. “Yo tiemblo —me decía— que le suceda alguna desgracia en una de esas cacerías en las que toma parte con tanta pasión galopando a rienda suelta a través de los campos”.²⁰

La fundación de la Asociación Internacional de Trabajadores había acelerado el proceso de unidad, organización y solidaridad del proletariado y el desarrollo de su conciencia de clase. Sus frutos se colectarían prontamente. Huelgas y motines proliferaban en Inglaterra, Francia, Bélgica, Alema-

¹⁶ *Ibíd.*

¹⁷ *Ibíd.*

¹⁸ Pablo Lafargue: *Recuerdos personales de Carlos Marx* (Antología de Riazanov).

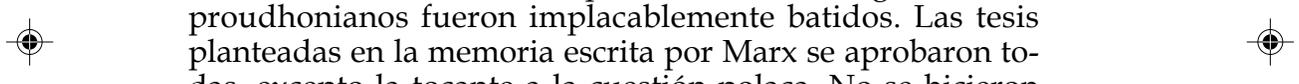
¹⁹ *Ibíd.*

²⁰ *Ibíd.*



nia y Suiza. Reverdecía el espíritu combativo de 1848. Y empezaba ya a plantearse el problema de la conquista del poder. No eran vientos de fronda los que volvían a soplar. Eran rachas de revolución.

El 5 de septiembre de 1866 se inauguró en Ginebra el Primer Congreso de la Internacional. Marx había laborado intensamente en su preparación y en la redacción de una memoria que contenía las bases para “una inteligencia y cooperación directa entre los obreros y que alimentaban y daban impulso, de un modo inmediato, a las necesidades de la lucha de clases y a la organización de los trabajadores”.²¹ Pablo Lafargue le prestó valiosa ayuda en estas tareas. Pero Marx se hallaba tan embargado en la terminación y pulimento de *El Capital* que decidió no asistir al Congreso. Estaba convencido de que el mejor servicio que podía hacerle a la clase obrera, en aquella coyuntura, era equiparla con armas teóricas capaces de demoler la fortaleza ideológica de la burguesía.



El zapatero Jorge Odger presidió las sesiones del Congreso. El balance de éste no pudo ser más halagüeño. Los proudhonianos fueron implacablemente batidos. Las tesis planteadas en la memoria escrita por Marx se aprobaron todas, excepto la tocante a la cuestión polaca. No se hicieron modificaciones de fondo a los estatutos provisionales. La alocución Inaugural de la Asociación se ratificó en todas sus partes. El Consejo General fue reelegido y se le encargó redactar una ponencia sobre la situación de la clase obrera internacional. Su sede permaneció en Londres. Y se adoptaron acuerdos relativos a la reducción de la jornada de labor a ocho horas, a la supresión del trabajo nocturno, a la unidad de acción del proletariado y a la necesidad de imprimirle sentido político a la actividad de los sindicatos. El Congreso se clausuró coreando lemas que se difundirían, como flamígeras incitaciones, en todos los idiomas: “Proletarios de todos los países, uníos”; “La emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos”.

El 20 de julio de 1867, Marx le da cuenta a Engels de que el “viejo Lafargue” ha invitado “a sus tres hijas a ir a Burdeos,

²¹ Franz Mehring. *op. cit.*



donde ellas quedarían con él y su mujer, a tomar los baños de mar. Yo podía menos rehusar esta invitación pensando en la salud de las tres, y en este sentido es realmente una buena fortuna”.²²

A pleito con sus textos de medicina, Pablo Lafargue, entre tanto, ha ido adquiriendo, a la vera de Marx, una sólida cultura política y económica. “Sin hacérmelo notar —refiere—, desarrollaba ante mí todo el contenido del primer volumen de *El Capital*, en conformidad como lo iba escribiendo. Por lo general, sólo cuando regresaba comenzaba a comprender lo que acababa de oír; al principio me era terriblemente difícil seguir este pensamiento profundo y complejo. Desgraciadamente he perdido esas preciosas notas: después de la “Commune”, la policía se apoderó de todos los papeles que tenía en Burdeos y en París y los quemó. Sobre todo siento la pérdida de las notas que escribí una tarde en la que Marx me expuso, con aquella riqueza de desarrollo que le era peculiar, su teoría genial sobre el desenvolvimiento de la sociedad humana. Aquello había sido como sí se me descorriera un velo delante de los ojos; por la primera vez comprendía claramente la lógica de la historia mundial y las causas materiales de las manifestaciones, aparentemente tan contradictorias, del desenvolvimiento de la sociedad y del pensamiento humano. Salí como enceguecido y he guardado esta impresión durante años enteros. Fue la misma impresión que experimentaron los socialistas de Madrid, cuando, valiéndome de mis débiles medios, desarrollé ante ellos esta teoría, la más genial de las teorías de Marx y, sin lugar a duda, la más genial que haya salido jamás del cerebro humano”.²³

Su contacto con el desarrollo vivo de las ideas de Marx y su estrecha colaboración con las actividades de éste, le procuran, a menudo, “la ocasión de observar su manera de pensar y escribir”.²⁴ Puede, por eso, aseverar que “el trabajo era para él, a la vez fácil y difícil: fácil porque los hechos y las ideas concernientes al asunto que debía tratar acudían inme-

²² *Correspondence* de Karl Marx.

²³ Pablo Lafargue: *Recuerdos personales de Carlos Marx* (Antología de Riazanov).

²⁴ *Ibíd.*



diatamente a su memoria: difícil, porque precisamente esta abundancia de impedía una exposición completa de sus ideas”.²⁵

Es indisputable que la biografía clásica de Marx sigue siendo la compuesta por Franz Mehring. Su valor histórico iguala a su valor estético. Ese perfecto equilibrio entre sus elementos sustantivos y formales —veracidad y primor, enjundia y gracia— le ha otorgado el lugar señero que ocupa en el género.

Idéntico rango obtuvo Pablo Lafargue como pintor de las facciones espirituales de Marx. A su extraordinario poder de evocación, débese un retrato del hombre en que se funden, con plástica maestría, los rasgos más rotundos y los matices más delicados. Ese retrato cobra excepcional importancia si se para mientes en que nadie dijo tan poco de sí mismo, habiendo escrito tanto para los demás, como Marx. La nota autobiográfica apenas se percibe en la vasta sinfonía de su obra. De no ser por las referencias esporádicas de Engels, las revelaciones de su hija Eleonora, de Guillermo Liebnicht y de Federico Lessner, y sobre todo, por el palpitante óleo de Lafargue, la “vida interior” de Marx sería casi desconocida. Sabríase apenas del esposo, del padre, del amigo, del compañero; tenues vislumbres, a lo sumo, del vibrante sensorio del sabio, de la calidad humana del adalid del proletariado.

Gracias a Lafargue vemos a Marx levantarse a las nueve de la mañana, ingerir una taza de café, leer los periódicos y trabajar en su gabinete hasta los claros del alba. Asistimos a la gestación de sus ideas, a sus tormentos para describir exactamente las representaciones de la realidad, a sus investigaciones en la Biblioteca del Museo Británico, a sus paternales controversias con los obreros, a sus diatribas contra los anarquistas, a sus escapes literarios, a sus expansiones, familiares y a sus paseos campestres. Seguimos su diálogo permanente, ora escrito, ya oral, con Engels. Acompañémosle en sus lecturas de Esquilo, Dante, Shakespeare, Cervantes, Goethe, Balzac, Burns y Heine. Gozamos sus gruñonas partidas de ajedrez con Helena Demuth y sus fugas a Walter Scott,

²⁵ *Ibid.*



Paul de Kock y Alejandro Dumas. Oímosle hablar en alemán, inglés, francés, español y ruso. Compartimos sus privaciones, dolores, agonías y esperanzas. Vémosle hacer diabluras con sus hijas, sus nietos y los pilluelos de la vecindad. Sabemos que su erudición escalofriaba, que la sencillez era la virtud que más apreciaba, que identificaba la felicidad con la lucha y la desdicha con la sumisión, que su diversión mayor era revolver libros, que su prosista predilecto era Diderot, que su héroe favorito era Espartaco y su heroína Gretchen, que su color y flor preferidos eran el rojo y el laurel, que su nombre mimado era Jenny, que el caviar vencía su desgano y que sus divisas eran *Nihil humani a me alienum puto*²⁶ y *De omnibus dubitandum*.²⁷

A mediados del año, el primer volumen de *El Capital* estaba ya listo para las prensas. La fatigosa labor de poner en limpio el manuscrito, a cargo de Jenny Westfalia, lindó con la proeza. Lafargue, que había compulsado las citas, sugirió a Marx que publicase alguna primicia sobre la obra en Francia. El 12 de septiembre, Marx le comunica a Engels, con satisfacción no exenta de orgullo, que Laura y Pablo han pasado la velada haciendo la traducción del prefacio para *Le Courrier Français*.²⁸

Coincidiendo con la publicación de *El Capital*, finalizaba sus sesiones el 8 de septiembre de 1867 el Segundo Congreso de la Internacional, celebrado en Lausana. Tampoco Marx asistió.

No obstante la ostensible radicalización del movimiento obrero, el tono general del Congreso fue más reformista que revolucionario. Las concepciones proudhonianas impregnaron la mayoría de los acuerdos. Muestra de la desorientación y confusiones reinantes, fue la ponencia en que se define el Estado como “una gerencia social, ya que, por su naturaleza, no tiene intereses distintos ni independientes de la sociedad”.

El pensamiento de Marx configura, sin embargo, la resolución que postula, como inseparable de la lucha por la emancipación social de los trabajadores, la acción política. Esta tesis,

²⁶ “Nada humano me es ajeno”.

²⁷ “Somételo todo a la duda”.

²⁸ *Correspondence de Karl Marx*.



que constituye el aporte cardinal del Congreso, originaría la agria polémica entre marxistas y bakuninistas y la nefasta oposición faccional de éstos. El correcto planteo del problema de la guerra y de la paz fue otro aporte positivo.

En el estío de 1868, Pablo Lafargue terminó sus estudios de Medicina en la Universidad de Londres y, breves días más tarde, contrajo matrimonio con Laura Marx. A la ceremonia, efectuada en la intimidad, asistió, en carácter de testigo único, Federico Engels, cuyo expreso consentimiento para la boda, como “segundo padre” de las muchachas, fue solicitado en tiempo y forma, como decía Marx con irónica gravedad. Jenny de Westfalia rebosaba de dicha.

El 6 de septiembre de 1868 se inició en Bruselas el Tercer Congreso de la Internacional. Marx se excusaría. Pero como miembro del Consejo General cooperó en la preparación del ambiente y en la confección de varias ponencias Engels y Lafargue no escatimaron su concurso al Consejo. Era la primera vez que concurría un delegado español. Hacía ya dos meses que Bakunin había ingresado en la Internacional, pero no asistió.

Tres cuestiones atrajeron preferentemente la atención: la propiedad, la huelga y la guerra. Los acuerdos adoptados afirman vigorosamente la posición de Marx en la Internacional. Y la lucha por la paz y contra la guerra ascendió un nuevo peldaño, al declararse que era parte constitutiva de la lucha general por la emancipación de los trabajadores. Antes de separarse, los delegados, puestos de pie, rindieron homenaje al genio científico de Marx y, a iniciativa de Jean Philippe Becker, se acordó “considerar el *Capital* la Biblia de la clase obrera”.²⁹

El 28 de octubre del propio año surgía en Ginebra, bajo la jefatura de Bakunin, la Alianza de la Democracia Socialista. Si su programa era como lo define Marx “una olla podrida de manoseados lugares comunes, charlatanería vacua, rosario de oquedades que pretendían infundir espanto”,³⁰ harto

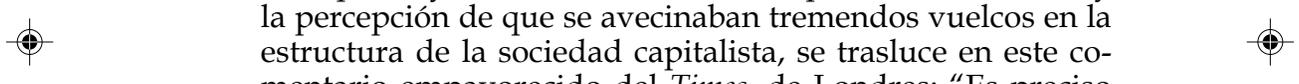
²⁹ Pablo Lafargue: *Recuerdos personales de Carlos Marx* (Antología de Riazanov).

³⁰ Amado del Rosal: *Los Congresos Obreros Internacionales en el Siglo XIX*, México, 1958.



claro y preciso es, en cambio, el objetivo que la Alianza perseguía: apoderarse de la Internacional desde dentro. A su solicitud de admisión, el Consejo General replica exhortándola a disolverse e invitando a sus miembros a que ingresasen en la respectiva sección nacional. Aunque formalmente disuelta, la Alianza continuaría actuando en la sombra y en gavilla,

A la luz de las directrices trazadas por Marx, se reunió en Basilea, el 6 de septiembre de 1869, el Cuarto Congreso de la Internacional. Este Congreso marca el apogeo de la institución. Bajo sus banderas, el movimiento obrero de Europa y Estados Unidos ha ganado mayor unidad, organización, disciplina, combatividad y conciencia. El hecho central de la época era, en rigor, obra suya: la transformación del proletariado de “clase en sí” en “clase para sí”. Y era obra suya, igualmente, la formación de numerosos destacamentos revolucionarios de vanguardia pertrechados con la teoría marxista.



El poder y la influencia alcanzados por la Internacional y la percepción de que se avecinaban tremendos vuelcos en la estructura de la sociedad capitalista, se trasluce en este comentario empavorecido del *Times*, de Londres: “Es preciso remontarse a los orígenes del cristianismo o a la época de la invasión de los bárbaros para encontrar un movimiento análogo al de los obreros de hoy, que parece amenazar la civilización actual con una destrucción semejante a la que los hombres del norte inflingieron al mundo cristiano”.³¹

Una carta de Engels, anunciando que se disponía a cerrar la oficina de Manchester y avecindarse en Londres, provocó un estallido de alborozo en Marx y toda su familia. No podía la fortuna depararle mejor regalo que éste, “El día que Engels avisó que salía de Manchester para venir a Londres —escribe Lafargue— fue día de fiesta en casa de Marx. Se habló largo y tendido de su arribo. Marx estaba tan impaciente que no podía trabajar. Los dos amigos se quedaron toda la noche, sentados, bebiendo y fumando, contándose los acontecimientos sobrevenidos después de su última entrevista. No trans-

³¹ *Ibíd.*

currió un solo día, a partir de ése, que ambos amigos no se viesen, ya en casa del uno, ya en casa del otro”.³²

El Congreso de Basilea había convenido en que París fuera la sede del siguiente. Esta circunstancia y la urgencia de contrarrestar las ponzoñosas actividades de Bakunin en Francia, encinta de acontecimientos trascendentales, indujo al Consejo General a enviar a Pablo Lafargue a París. Dada la índole de su misión, Laura permaneció en Londres.

La situación en Francia era punto menos que explosiva. La correlación de fuerzas derivadas de la centralización creciente de la riqueza en manos de la alta burguesía industrial, del saqueo del tesoro público, del caos financiero, de la incompetencia administrativa, de la pugna de facciones, del aventurerismo internacional y del impetuoso ascenso revolucionario del movimiento obrero, habían metido al segundo imperio en un callejón sin salida. El desesperado intento de estabilizar el bamboleante armatoste, mediante un plebiscito nacional, sirvió para exhibir, aún más crudamente, las lacras, debilidades y contradicciones del régimen. No pudiendo ya mantener el poder por medios políticos, Luis Bonaparte apelaría a los dos únicos expedientes a su alcance: la represión policiaca y la guerra dinástica con Prusia, so pretexto de defender a Alsacia y Lorena de la codicia alemana. Su “salida” culminó en la derrota de Sedán, el derrumbamiento de la república y el advenimiento del primer poder obrero en el mundo.

No es posible reconstruir ahora, por carencia de espacio, a historia de la Comuna. El lector puede recurrir, si le interesa ahondar en la génesis, al desarrollo y el desenlace de esa épica hazaña, a los escritos de Marx,³³ Engels³⁴ y Lissagaray.³⁵ Me limitaré, por tanto, a las precisiones indispensables.

La Comuna se diferencia, sustancialmente, de todas las acciones anteriores del proletariado, en que es la primera insurrección de este enderezada a tomar y regir el poder. No

³² Pablo Lafargue: *Recuerdos personales de Carlos Marx* (Antología de Riazanov).

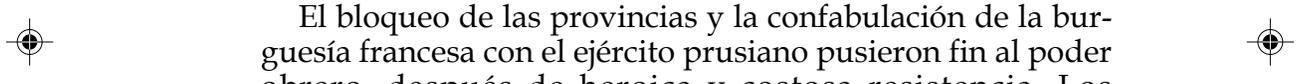
³³ *La Guerra Civil en Francia* (Carlos Marx y Federico Engels: *Obras Escogidas*, t. I.).

³⁴ *Ibid.*

³⁵ *Historia de la Commune de París*, Madrid, 1931.



redujo, empero, su perspectiva a tomar y regir el poder burgués: con nítida conciencia de la naturaleza de clase del dominio político de la burguesía, intentó crear, y, de hecho, creó una forma propia de poder al servicio de sus propios intereses y fines, que al establecer su dominio de clase generaba las condiciones mismas de su desaparición y de todo dominio de clase. El primer decreto de la Comuna definió, claramente, el carácter de clase del poder proletario: la abolición del ejército permanente y su sustitución por el pueblo armado. Los decretos subsiguientes establecen el alza de salarios, el traspaso a los sindicatos de todas las fábricas cerradas, la revocación del mandato en los cargos electorales, la reducción de los sueldos de los funcionarios, la abrogación de los privilegios, la secularización de los bienes del clero y la democratización de la enseñanza. La Comuna fue, como dice Lenin, “la primera tentativa de la revolución proletaria para romper el mecanismo del Estado burgués, y constituye la forma política, descubierta al fin, que puede y debe reemplazar el mecanismo destruido”.³⁶



El bloqueo de las provincias y la confabulación de la burguesía francesa con el ejército prusiano pusieron fin al poder obrero, después de heroica y costosa resistencia. Los *communards* pelearon hasta el último aliento. “La historia —anota Marx— no registra ejemplo semejante de tamaño grandeza”.³⁷

La feroz represión desatada por Thiers tampoco tiene precedente. No hubo piedad para nadie. Un muro del cementerio fue escogido para los fusilamientos en masa. Los sobrevivientes se fugaron al extranjero. “Los mártires de la Comuna —resume Marx— permanecen vivos en el corazón de la clase obrera. A sus exterminadores, la historia los ha clavado ya en una picota eterna, de la cual todas las oraciones de sus sacerdotes no alcanzarán a literarios”.³⁸

Pablo Lafargue logró eludir el acoso policiaco y refugiarse en España. Su destacada participación en la organización

³⁶ V.I. Lenin: *El Estado y la Revolución*, Buenos Aires, 1930.

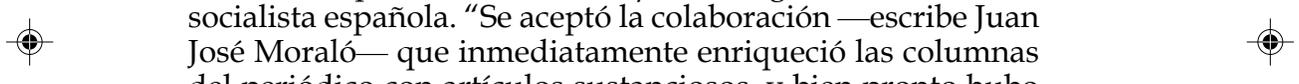
³⁷ *La Guerra Civil en Francia. (Obras Escogidas, t. I.)*

³⁸ *Ibíd.*



de la insurrección, primero, en París, y luego en el sudoeste de Francia, había puesto precio a su cabeza. Marx, en carta a Kugelmann, le expresaba su intranquilidad por el incierto paradero del yerno.³⁹ Este reapareció, poco después, en Madrid. No perdió tiempo Thiers en pedir su extradición al gobierno español. Emilio Castelar, a la sazón presidente de la república, denegó la solicitud.

La estancia de Lafargue en España fue asaz fructífera. Su arribo a Madrid corrió pareja con el recrudecimiento de la persecución a los afiliados de la Internacional, ilegalizada por un acuerdo del parlamento, con el voto en contra de Salmerón y Pi Margall.⁴⁰ Se tropezó también con la hostilidad de los secuaces de Bakunin, cuya influencia en el movimiento obrero español era grande.⁴¹ Púsose en seguida en contacto con Francisco Mora, fundador de la sección española de la Internacional, y, por su intermedio con Pablo Iglesias, Anselmo Lorenzo y José Mesa, que sostenía correspondencia con Marx y Engels. Se inscribió en la Federación local y ofreció su colaboración al periódico *La Emancipación*, órgano de la fracción socialista española. “Se aceptó la colaboración — escribe Juan José Moralo — que inmediatamente enriqueció las columnas del periódico con artículos sustanciosos, y bien pronto hubo algo más que colaboración. Ello es que aún los miembros más ilustrados del Consejo Federal — Mesa, Mora y Lorenzo, y los dos últimos habían oído la palabra de Fanelli — no tenían sino vagas nociones de la acción política de clase, de la finalidad y medios de la Internacional. Contaba Iglesias que muchas veces, en dudas y perplejidades, había preguntado a Lorenzo y a Mora, sin que ninguno de ellos le iluminara como él quería. Lafargue en cambio, sobre poseer una cultura formidable, conocía bien libros tan fundamentales como el *Manifiesto Comunista* y *El Capital*, y, en resolución, el pensamiento de Marx, padre de su esposa, una señora de grande ilustración, muy enterada y partidaria fervorosa de las ideas de su



³⁹ Cartas de Marx. (*Obras Escogidas*, t. I.)

⁴⁰ J. L. Franco: *Un debate sobre la Primera Internacional en el Congreso Español*, La Habana, 1945.

⁴¹ Julián Zugazagoitia: *Pablo Iglesias*, Madrid, 1938.



padre. Y entonces lo que era oscuro empezó a trocarse en claro, y los miembros del Consejo de Redacción comenzaron a reaccionar en favor del Consejo General de Londres y la acción política de clase”.⁴²

Lafargue se había propuesto reducir los estragos causados por Bakunin en la sección española de la Internacional, y si era posible, rescatarla. Se percató, muy pronto, de que la escisión era tan profunda que no cabía ya efectivo entendimiento. Y decidió, entonces, concentrar sus esfuerzos en la organización de un partido de la clase obrera y en la difusión de la teoría marxista, bastante adulterada en España por las malas traducciones.

Puso manos a la obra con entusiasmo y ahínco. Tradujo el *Manifiesto Comunista* y algunos capítulos de *El Capital*. En sus artículos para *La Emancipación* pulverizó a proudhonianos, blanquistas y bakuninistas. Expuso, noche tras noche, ante grupos de obreros, las complejas doctrinas de Marx: el materialismo histórico, la teoría del valor, el concepto de la plusvalía, la tesis de la dictadura del proletariado, fluían de sus labios con sencillez cristalina. No imponía: persuadía. Era un maestro consumado. Discípulo directo de Marx, gustaba, a veces, de enseñar como éste: deambulando por el campo. Y, casi ya con un pie en la borda del buque que lo conduciría a Londres, fundaba la Nueva Federación de Madrid, sustitutiva de la desgarrada sección española de la Internacional y embrión del Partido Socialista.

La huella del paso de Lafargue por España ha sido certeramente justipreciada por Juan José Morató: “La presencia de este hombre fue decisiva para el movimiento y la organización; él fue el verdadero creador del Partido Socialista, porque de él partió el esfuerzo inicial”.⁴³

El retorno de Lafargue, después de haberlo dado casi por muerto, iluminó de alegría el hogar de Marx. Esa noche, invitados por éste, acudieron los amigos y se bebió, fumó y charló hasta muy tarde. Fue especialmente grato para Lafargue encontrarse de nuevo con Longuet y Lissagaray,

⁴² Juan José Morató: *Historia del Partido Socialista*, Madrid, 1910.

⁴³ *Ibíd.*



también escapados de las garras de Thiers. Supo, por ambos, que eran visita diaria de la casa: Longuet había formalizado sus amores con Jenny y Lissagaray cortejaba a Eleonora. Y, asimismo, supo por Laura que el Moro no veía con buenos ojos las pretensiones de Lissagaray. En 1872, Jenny y Longuet se casaron. Eleonora, más tarde, contrajo matrimonio, en régimen de unión libre, con el Dr. Edward Aveling. Fue tan infeliz en su aventura que se suicidó, arrojándose desde un balcón. Según Otto Ruhle, “sirvió de modelo a Bernard Shaw para diseñar el personaje femenino de su drama *El dilema del doctor*.”⁴⁴

El 2 de septiembre de 1872 se efectuó en La Haya la apertura del Quinto Congreso de la Internacional. Marx y Engels estuvieron presentes. Pablo Lafargue asistía en representación de la Nueva Federación de Madrid. Gravitaban en la atmósfera sombríos presagios sobre la suerte de la institución. Unos meses antes, Marx y Engels había sugerido el traslado del Consejo General a New York. “En este Congreso —le escribe Marx a Kugelmann— se decidirá la vida o la muerte de la Internacional, y antes de separarme de ella, quiero protegerla, cuando menos de los elementos disolventes.”⁴⁵

Marx leyó el informe del Consejo General y, a continuación, se abrió a debate la batallona cuestión de los poderes y atribuciones de aquél, fuente de la discordia alimentada por los bakuninistas y reformistas. Este debate duró cinco días y terminó en una sesión secreta, en que se aprobó una moción de Marx solicitando la ampliación de dichos poderes y atribuciones. Se acordó también, a propuesta de Engels, el traslado del Consejo General a New York. Y, en la sesión final, se adoptó, por mayoría, una resolución en que se expulsaba, por conducta impropia de revolucionario, a Miguel Bakunin.

Después del Congreso de La Haya, la Primera Internacional hizo mutis hacia el otro lado del Atlántico. Su misión revolucionaria se había agotado. Abría una etapa y cerraba otra del glorioso movimiento de emancipación del proletariado. Entraba constelada de héroes y mártires en la inmortalidad

⁴⁴ *Biografía de Carlos Marx*, Buenos Aires, 1945.

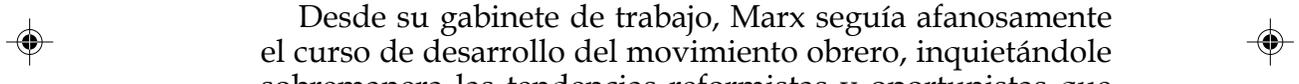
⁴⁵ Franz Mehring: *op. cit.*



de la Historia. Carlos Marx, su fundador y guía en los grandes combates, a partir de entonces se recluyó en su gabinete de trabajo, rodeado del cariño de su familia y de la veneración de Engels.

Necesitado de ganarse la vida, Pablo Lafargue se dedicó a ejercer su profesión. Era, a la vez, clínico y cirujano. Y alternaba sus consultas y operaciones con estudios de anatomía comparada e investigaciones de laboratorio. Invertía sus horas libres en enriquecer sus conocimientos sobre folklore, historia y antropología. Todas las noches, sin faltar una, departía con Marx y Engels. La salud, visiblemente quebrantada, de su suegro, era centro de sus preocupaciones.

Por esos años, Laura dio a luz a dos niños, que murieron tempranamente, no obstante haber puesto Lafargue a contribución toda su sabiduría y experiencia. Presa de total escepticismo, clausuró su consultorio y renegó de la medicina. Y, para subvenir a sus necesidades, montó un taller de fotografía, arte que dominaba a las maravillas. Esta será su profesión durante varios años.



Desde su gabinete de trabajo, Marx seguía afanosamente el curso de desarrollo del movimiento obrero, inquietándole sobremanera las tendencias reformistas y oportunistas que se habían adueñado del Partido Obrero Socialdemócrata Alemán. La *Crítica al Programa de Gotha* constituía un alto al proceso de aburguesamiento de la dirección alemana. Es un libro clave para la comprensión de la teoría del Estado de Marx y del período de transición del socialismo al comunismo.

En la primavera de 1880, Lafargue asistió al Congreso Internacional Socialista del Havre, donde conoció a Jules Guesde, el discutido autor de *El colectivismo y la revolución*, con quien habría de ligarle una amistad fraternal. A instancia suya, Guesde lo acompañó a Londres para entrevistarse con Marx y Engels.

En las postrimerías del año anterior, la corriente encabezada por Guesde había derrotado en el Congreso obrero de Marsella las tendencias proudhonianas y anarquistas y obtenido por mayoría de votos, un acuerdo sobre la necesidad inmediata de organizar un partido político independiente de la clase obrera. El programa de dicho partido, discutido y



aprobado a raíz de su retorno de Londres, nació de las conversaciones de Guesde con Marx, Engels y Lafargue. Su preámbulo fue escrito enteramente por Marx.

La salud de Marx, cada vez más frágil, le impedía trabajar con asiduidad. No pudo ya volver sobre el manuscrito de los volúmenes segundo y tercero de *El Capital*. Pero aún más hondos y lacerantes eran los sufrimientos que le ocasionaba la enfermedad que había contraído su mujer. Esta murió tras atroces torturas, víctima del cáncer, el 21 de diciembre de 1881. Sobre su tumba, y ante reducida concurrencia, Engels pronunció una breve oración, que coronó con estas palabras: "Si ha habido en el mundo alguna mujer que pusiese su mayor dicha en hacer dichosos a otros, era ésta que hoy enterramos".

Marx sobrevivió muy poco tiempo a su esposa. No se equivocaba Engels, cuando al morir Jenny, dijo a Lafargue: "También el Moro ha muerto". Su vida fue, desde aquel día aciago, "una lenta agonía". La muerte repentina de su hija Jenny precipitó la suya. El 14 de marzo de 1883 expiraba Marx dulcemente en su sillón de trabajo. Aún resuenan y resonarán por siempre, las palabras de Engels junto a su ataúd: "Su nombre y su obra vivirán a través de los siglos". Y siempre conservará su lozanía este juicio de Lafargue: "Marx reunía las dos cualidades del pensador genial. Sabía disociar maravillosamente un objeto en sus diversos elementos y después reconstruirlo en todos sus detalles, en las diferentes formas de su desenvolvimiento, descubriendo su armonía íntima. Su demostración no se apoyaba sobre abstracciones, como le han reprochado algunos economistas estrechos. No seguía el método de los geómetras que después de haber sacado sus definiciones del medio circundante, hacen abstracciones de este medio cuando se trata de sacar las conclusiones. No se encontrará en *El Capital* una sola definición, una sola fórmula, sino una serie de análisis agudos que demuestran los matices más fugaces y menos visibles a la simple vista".⁴⁶

Al morir Marx, Lafargue y Laura se radicaron en París. Lafargue reanudó su vida de propagandista, agitador y organizador. Colabora regularmente en *L'Egalité*, diario funda-

⁴⁶ Pablo Lafargue: *Recuerdos personales de Marx* (Antología de Riazanov).



do por Guesde, en el que se habían ya publicado varios capítulos de *El Capital* y los artículos de Engels contra el “socialismo” bismarckiano. Sus exégesis del marxismo se buscaban con avidez. Entabló encendidas polémicas con los reformistas. En *L’Egalité* publicó, en sucesivas tiradas, *El Derecho a la Pereza*, una de sus sátiras más finas y coruscantes, comparable, por su ingenio y estilo, con la famosa *Paradoja* de Diderot. Pero también escribe libros, da cursos universitarios, participa en mítines obreros y organiza sindicatos.

En algunos de sus ensayos, como *El Comunismo y la Evolución Económica*, *El determinismo económico* y *El método histórico de Marx* incurrió, ciertamente, en interpretaciones esquemáticas y mecanicistas de las relaciones recíprocas entre la estructura y la superestructura. Sin embargo, uno de los méritos principales de Lafargue consiste en haber sido uno de los adversarios más consecuentes del movimiento de “retorno de Kant”, impulsado por Bernstein y Stammler.⁴⁷ “Lafargue —precisa Lenin— criticaba a Kant desde la izquierda, no por los rasgos que lo distinguían de Hume, sino por los rasgos que son comunes a Kant y a Hume: no por la admisión de la cosa en sí, sino por la concepción insuficientemente materialista de éstos”.⁴⁸ Lafargue asestó parejamente rudos golpes a las concepciones idealistas de Jean Jaurés, en particular a la idea de la justicia considerada como fuerza impelente del desarrollo social. Como apunta Carlos Rafael Rodríguez, un examen riguroso de la obra de Lafargue “resulta extraordinariamente favorable al gran mulato cubano”.⁴⁹

En el Congreso de Saint Etienne, efectuado en 1882, Lafargue dirigió, con Gabriel Deville y Guesde, la lucha contra el “posibilismo”, culminante en la fundación del Partido Obrero Francés. Desde aquel momento, la vida de Lafargue será un combate sin tregua. Recorre las provincias organizando, agitando, alumbrando. En una de sus campañas en Allien, fue aprehendido con Guesde y condenado a seis me-

⁴⁷ M. Rosenthal y P. Iubin: *Diccionario filosófico abreviado*.

⁴⁸ V. I. Lenin: *Materialismo y Empiriocriticismo*, Montevideo, 1959.

⁴⁹ “Nota sobre Pablo Lafargue”, *Dialéctica*, vol. I, mayo-junio 1942, La Habana.



ses de cárcel. Aprovecharon la forzada inacción para escribir una especie de catecismo colectivista, que tuvo enorme divulgación. Al enfermarse Guesde, se le encargó a Lafargue la organización del Congreso Internacional Socialista, que se inauguró el 14 de julio de 1889.

Por iniciativa suya, teñida con la sangre generosa de los ajusticiados de Chicago, se acordó dedicar el 19 de mayo a evocar, en demostraciones de masas, a todos los mártires y héroes del proletariado y rendirle tributo a sus luchas, sacrificios y aspiraciones. Tocole presenciar en Londres la primera conmemoración de la efemérides. “Yo no he visto jamás—le escribió a Guesde— un mitin parecido al de Hyde Park”.⁵⁰

La sangrienta represión de los manifestantes del 1º de mayo de 1891, inspiró a Lafargue uno de los discursos más incisivos que se hayan oído en Francia. La Corte de Donai lo condenó a un año de arresto en la cárcel de Santa Pelagia. Entre sus barrotes preparó una nueva edición de *El Derecho a la Pereza* y escribió, sobre notas reunidas en 1868, un folleto titulado *La leyenda de Víctor Hugo*.

Vacante un acta de diputado por Lille, el Partido Obrero presentó su candidatura en la elección parcial de noviembre de ese año. Guesde propagó en volcánicas peroratas, su indómito coraje y su lealtad intachable, “reclamando para Francia la gloria del médico americano”.⁵¹ Salió de la cárcel por el voto de los obreros, entre vítores y marchas revolucionarias. En París, lo recibió una muchedumbre enfebrecida. Pero aún falta un trámite que llenar. Su acta se ha puesto en cuestión, alegándose que es cubano y no francés. Pero Lafargue no sólo ratifica, en soberano gesto, su condición de tal. Recuerda, además, que suele firmar sus artículos revolucionarios de esta guisa: Pablo Lafargue, mulato. Guesde destruye la maniobra y se convalida su elección, “Con Lafargue, yerno de Carlos Marx —afirma Paul Leroy-Beaulieu— lo que entra en el parlamento es el colectivismo”.⁵²

⁵⁰ Francisco Domenech: *op. cit.*

⁵¹ *Ibid.*

⁵² Humberto Lagardelle: “Pablo Lafargue, el gran socialista cubano”. (*Revista Bimestre Cubana*, vol. X, núm. 1, La Habana, enero-febrero, 1915.)



En 1893, Lafargue impugnó encarnizadamente la participación de los socialistas en el Gobierno de Waldeck-Rousseau y se manifestó partidario de la huelga política revolucionaria, de la lucha contra la guerra, de la dictadura del proletariado y del internacionalismo obrero.⁵³ Ya el morbo del oportunismo, del reformismo y del social patriotismo había inficionado los cuadros dirigentes de la Segunda Internacional. La actitud de Lafargue le ganó el afecto y la admiración de Lenin. Fue el único socialista con quien sostuvo relaciones personales durante su estancia en París.

Su polémica pública con Jean Jaures sobre el idealismo y el materialismo en la concepción de la historia, cimentó su prestigio intelectual y político. No le dejó pieza sana a su artificiosa estructura dialéctica. Lafargue reveló en esta polémica su diestro manejo de la concepción materialista de la historia y de las teorías de Marx.

La contienda por la independencia de Cuba, reanudada el 24 de febrero de 1895, galvanizó su espíritu y se dio a defenderla en la prensa y en la tribuna. Y advirtió, con aguda perspicacia, los peligros que entrañaba, para su ulterior consolidación, la voracidad insaciable y el impulso expansionista del capitalismo yanqui. Formula esta denuncia: "El estado mayor capitalista que administra la riqueza nacional inmovilizada en los trusts y ferrocarriles, dirige la política; prepara una federación panamericana, reverso agresivo de la doctrina Monroe, y fuerza al gobierno de Estados Unidos a transformarse en protector de las naciones de América del Sur para acaparar sus mercados en detrimento de la industria europea y a negar la tradicional política pacifista para lanzarse en el camino del imperialismo, a la conquista de colonias y despensas".⁵⁴ Y renueva, también, su convicción socialista: "El socialismo extrae del conocimiento del sistema de trusts una nueva fe para su ideal; puede, con redoblada seguridad, afirmar que se realizará en inmediato porvenir y que las plegarias de los sacerdotes, las falsificaciones de los economistas y las represiones policíacas, no retardarán ni un minuto la cri-

⁵³ G.D.H. Cole: *Historia del Pensamiento Socialista*, t. III, México, D.F.

⁵⁴ Pablo Lafargue: *Les Trusts Américains*, París, 1933.

sis social que ofrecerá a los explotados la oportunidad de derribar de un golpe a la oligarquía capitalista”.⁵⁵

En los días de asueto, Pablo Lafargue y su mujer invitaban a sus amistades a la casa campestre que poseían en Draveil “a comer lechón asado y probar el buen vino de Anjou, en honor de la unidad obrera y socialista”.⁵⁶ Ambos transpiraban salud y alegría de vivir. ¿Quién podría sospechar, viéndoles exuberantes de euforia vital, que ya, secretamente, habían resuelto abandonar la vida antes de cumplir los setenta años?

Esto iba a ocurrir cuando menos podría suponerse. En la primavera de 1911, Lafargue y Laura asistieron al Congreso Socialista convocado en Juvisy. Nunca se les había visto tan jocundos y decidores, Lafargue sedujo, una vez más, con su elegante mordacidad y apodícticos argumentos. Ya la nieve de los años resplandecía en su cabellera y en su bigote. Su discurso de clausura fue paradigma de noble, serena y madura elocuencia. Concluyó con un apotegma propio: “El reinado de la inconsciencia habrá de cerrarse”. Y con ese apotegma pronunciaba también su última palabra pública.

La mañana del 25 de noviembre de 1911 amanecieron, inmóviles y cerúleos, en su lecho. Pablo Lafargue y Laura Marx. Se habían suicidado. No omitieron un solo detalle. Distribuyeron equitativamente entre los obreros y campesinos de Druveil sus dineros, sus aves domésticas y su bodega, a Huet le “rogaban que recogiese a “Fido”, reteniéndolo o regalándolo a quien pueda tratarlo bien; “es un perro muy dulce, al que no es necesario maltratar, basta con regañarlo, elevando la voz”.⁵⁷ Y, en el velador, y a la vista, la nota explicativa de su decisión: “Sano de cuerpo y espíritu, me mato antes de que la implacable vejez que me roba uno a uno los placeres y las alegrías de la existencia y me despoja de mis fuerzas físicas e intelectuales, paralice mi energía, quebrante mi voluntad y haga de mí una carga para mí y para los demás. Desde hace años yo me prometí no pasar de los setenta. Fijé la épo-

⁵⁵ *Ibid.*

⁵⁶ Francisco Domenech: *op. cit.*

⁵⁷ Humberto Lagardelle: *op. cit.*



ca de mi partida y preparé el modo de ejecutarla: una inyección hipodérmica de ácido cianídrico. Muero con la alegría suprema de tener la certidumbre que en un próximo futuro la causa a que consagré mi vida durante cincuenta y cinco años triunfará. ¡Viva el comunismo! ¡Viva el socialismo internacional!”⁵⁸

El nuberrío invernal se desleía, melancólicamente, sobre las torres góticas de París. Una multitud, silenciosa y conmovida, traspuso con paso lento, detrás de los dos féretros, el pesado portón del añoso cementerio en que yacen Abelardo y Eloísa, Moliere y Rousseau, Robespierre y Verlaine. Presidiendo el cortejo, de levita negra y sombrero de copa, la plana mayor del Partido Obrero Francés, encabezada por Jules Guesde, fulgentes de lágrimas las barbas hirsutas. Miles de obreros portando banderas rojas y centenares de mujeres con ramos de rosas, formaban la comitiva, que se detuvo, significativamente, cerca del muro en que fueron ejecutados los comunards.

Despidió el duelo un hombre de mediana edad, frente radiosa, ojos taladrantes, perilla azafranada y voz que tenía de martillo y de estrella. Y habló así:

“Camaradas: tomo la palabra para expresar, en nombre del Partido socialdemócrata obrero ruso, nuestro sentimiento de profundo dolor con ocasión de la muerte de Pablo y de Laura Lafargue. Ya en el período de preparación de la revolución rusa, los obreros conscientes y todos los social-demócratas de Rusia, aprendieron a estimar profundamente a Lafargue como a uno de los propagandistas más aptos y profundos del marxismo, cuyas ideas se han visto tan brillantemente confirmadas por la experiencia de la lucha de clases en la revolución y la contrarrevolución rusas. Bajo el signo de esas ideas, se agrupó la vanguardia de los obreros rusos y en su lucha de masas organizadas asestó un golpe al absolutismo y defendió y defiende la causa del socialismo, la causa de la revolución, la causa de la democracia, a pesar de todas las traiciones, vacilaciones y titubeos de la burguesía liberal.

⁵⁸ J. Varlet: Prefacio al libro *Paul Lafargue, Theoricien du Marxisme*. París, 1933.



“En el espíritu de los obreros socialdemócratas rusos, dos épocas se juntaban en la persona de Lafargue: la época en que la juventud revolucionaria de Francia marchaba con los obreros franceses, en nombre de las ideas republicanas, al asalto del Imperio, y la época en que el proletariado francés, dirigido por los marxistas, sostenían la lucha de clases consecuente, contra todo el orden burgués, preparándose para la lucha final contra la burguesía y por el socialismo.

“Para nosotros, socialdemócratas rusos, que hemos sufrido la opresión del absolutismo impregnado de barbarie asiática, y que hemos tenido la suerte de sacar de las obras de Lafargue y de sus amigos el conocimiento directo de la experiencia y del pensamiento revolucionario de los obreros europeos, es ahora particularmente evidente que se acerca con rapidez el triunfo de la causa a cuya defensa consagró Lafargue toda su existencia. La revolución rusa ha abierto la época de las revoluciones democráticas en toda Asia y 800 millones de hombres toman ya parte en el movimiento democrático en todo el mundo civilizado. En Europa, se multiplican cada vez más los signos precursores del final de la época en que dominaba el parlamentarismo burgués, seudopacífico, época que dejará su puesto a los de los combates revolucionarios del proletariado organizado y educado en el espíritu de las ideas del marxismo, que derrumbará el poder de la burguesía e instaurará el orden comunista”.⁵⁹

Era Vladimir Ilich Lenin.

Pablo Lafargue había sido el primer socialista cubano. Cuba, su patria, es la primera república socialista de América

Tomado de Roa, Raúl: Retorno a la alborada, Dirección de publicaciones Universidad de Las Villas, Las Villas, 1964.

⁵⁹ “Discurso de V. I. Lenin en los funerales de Pablo y Laura Lafargue”. (*El Derecho a la Pereza*, Valencia, 1927.)

